



Enredados

MEREDITH WILD

- SERIE HACKER 3 -

TITANIA

Enredados

MEREDITH WILD

- SERIE HACKER 3 -

TTITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *Hardline – The Hacker Series: Three*

Editor original: Forever an imprint of Grand Central Publishing – Hachette Book Group, New York

Traducción: Blanca Viñas Vázquez

1.^a edición Abril 2016

Copyright © 2014 by Meredith Wild

All Rights Reserved

© de la traducción 2016 *by* Blanca Viñas Vázquez

© 2016 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

ISBN EPUB: 978-84-9944-965-4

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para la familia que me abrió su corazón,
y las dos personas cuyo amor hizo que fuera posible.*

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Agradecimientos](#)

Mi teléfono móvil sonó indicando que acababa de recibir un mensaje de texto.

B: Dentro de veinte minutos salgo del despacho.

Silencié mi teléfono, haciendo caso omiso del mensaje de Blake, y centré de nuevo mi atención en Alli. Ella se recogió un largo mechón castaño detrás de la oreja y siguió poniendo al equipo al corriente sobre las estadísticas semanales de Clozpin, la compañía emergente que habíamos creado en Internet. La escuché con atención, alegrándome de tenerla de nuevo en el equipo.

Hacía solo unas semanas que Alli había regresado a Boston, pero al fin compartía una ciudad y un apartamento con Heath. Él estaba feliz, ella estaba feliz y yo estaba encantada de que Alli hubiera retomado su puesto como directora de marketing después de su debacle con Risa. Yo había invitado a Alli a reincorporarse a nuestro equipo antes de dejar que Risa empezara a divulgar información confidencial sobre nuestra compañía.

Al pensar en eso torcí el gesto. Alli era una fuente de optimismo, pero la traición de Risa aún me dolía. No había sabido nada de ella desde nuestro último encuentro, y de alguna forma el silencio entre nosotras me infundía más temor que cualquier otra cosa. Quería dudar de su capacidad para fundar una empresa competidora con Max, quien había estado a punto de invertir en nuestra compañía y era enemigo jurado de Blake, pero la incertidumbre me inquietaba. ¿Y si lograban atraer a nuestros anunciantes y nos los arrebataban? ¿Y si lograban construir algo legítimamente mejor, capaz de satisfacer una necesidad que Clozpin no había cubierto?

Con la cantidad de dinero que Max iba a poner sobre la mesa, además de la información confidencial que Risa había obtenido directamente de todo cuanto yo había aprendido durante el breve tiempo que llevaba ejerciendo como CEO de la compañía, todo era posible. Por lo demás, la forma en que se había marchado, cargada de veneno y resentimiento, ponía de relieve todas las inseguridades que me habían asaltado con respecto a dirigir un negocio.

Yo era todavía una principiante, de eso no cabía duda. Quería creer que era capaz de valerme por mí misma, y en muchos aspectos lo había logrado, pero aún tenía mucho que aprender.

Recibí otro mensaje de texto en mi teléfono móvil, no menos incordiante mientras vibraba contra la superficie de cristal de la mesa de juntas.

B: *¿Erica?*

Puse los ojos en blanco y me apresuré a teclear una respuesta. Sabía que él no me dejaría en paz hasta que le contestara.

E: *Estoy reunida. Te llamaré más tarde.*

B: *Cuando llegue a casa te quiero desnuda en mi cama. Debes marcharte pronto.*

E: *Necesito más tiempo.*

B: *Dentro de una hora te habré penetrado. Tu oficina o nuestra cama, tú decides. Pon fin a esa maldita reunión.*

De golpe noté el aire excesivamente fresco de la habitación sobre mi piel ardiente. Me estremecí y mis pezones se endurecieron, causándome una sensación incómoda al rozar contra mi camisa. ¿Cómo lo conseguía Blake? Unas pocas palabras bien escogidas, transmitidas nada menos que por mensaje de texto, y yo estaba consultando mi reloj.

—¿Quieres abordar algún otro tema, Erica?

Crucé la mirada con Alli. Ella arqueó una ceja, como si supiera que yo no estaba prestando atención. Yo no hacía más que pensar en las consecuencias de hacer que Blake me esperara, y la respuesta física a esa perspectiva empezaba a ser difícil de ignorar. Aparté mis pensamientos de las promesas de Blake y me centré de nuevo en el presente.

—No, creo que hemos terminado. Gracias a todos. —Recogí mis cosas rápidamente, impaciente por marcharme. Indiqué al resto del grupo que podían retirarse y se dispersaron para regresar a sus puestos de trabajo. Alli me siguió hasta mi despacho, separado de los demás por un tabique.

—¿Qué hay de lo de Perry? No quería mencionarlo en la reunión porque es una situación un tanto complicada.

—Poca cosa. Ha vuelto a enviarme un correo electrónico, pero aún no le he respondido. —En esos momentos yo no tenía tiempo para abundar en las complejidades de esa situación si quería llegar a casa antes que Blake.

—¿Has pensado en aceptarlo como anunciante?

—No estoy segura. —Aún tenía mis dudas sobre el tema.

Los grandes ojos castaños de Alli me miraron con sorpresa.

—¿Sabe Blake que Perry se ha puesto en contacto contigo?

—No. —La miré con una expresión más que elocuente, dejando claro que no quería que él supiera nada. La última vez que yo había visto a Isaac Perry, Blake lo tenía inmovilizado contra la pared, agarrándolo por el cuello y amenazándolo con despedarlo si volvía a ponerme una mano encima. Yo no pretendía justificar la inaceptable conducta de Isaac y, al igual que Blake, no estaba dispuesta a perdonarlo. Pero eso era una cuestión de negocios.

—A Blake no le hará ninguna gracia que trabajes con él.

Guardé mi ordenador portátil en el bolso.

—¿Crees que no lo sé?

Las relaciones de Blake influían en mis decisiones estratégicas comerciales más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Alli se apoyó contra mi mesa.

—¿Y qué vas a hacer? Perry debe de haberte ofrecido algo espectacular cuando aún no lo has rechazado.

—Perry Media Group representa a una docena de publicaciones multimedia en todo el mundo. No digo que me fie de él, pero al menos quiero escuchar lo que tenga que decir.

Alli se encogió de hombros.

—Yo apoyaré la decisión que creas más conveniente para la compañía. No me importa tratar directamente con él, si con eso te sientes más cómoda.

—Gracias, Alli. Pero prefiero llegar yo misma al fondo del asunto. Hablaremos de ello más tarde. Debo irme. Blake me está esperando.

—¿Vais a salir? —Alli se animó al instante; la mujer de negocios se desvaneció, para dar paso a mi mejor amiga, que hacía que cada día resultara un poco más alegre.

—Esto... tenemos planes. Nos veremos más tarde —dije, procurando no dar un tono enigmático a mi respuesta antes de abandonar la oficina y despedirme de todos con la mano.

Un minuto más tarde salí al caluroso día de primeros de agosto. El denso tráfico de la hora punta circulaba con lentitud, y mi teléfono móvil sonó antes

de que yo pudiera dar los primeros pasos hacia casa. Solté una exclamación de fastidio y lo saqué del bolso. Blake podía ser endiabladamente persistente. Pero cuando miré la pantalla del móvil, vi un número telefónico de Chicago.

—¿Sí? —respondí tentativamente.

—¿Erica?

—Sí, ¿quién es?

—Soy yo, Elliot.

Me llevé la mano a la boca, sofocando el sonido de mi estupor al oír la voz de mi padrastro.

—¿Elliot?

—¿Tienes un minuto? ¿Te pillo en mal momento?

—No, en absoluto. —Atravesé la puerta del Mocha, el café que había abajo, para refugiarme del calor—. ¿Cómo estás? Hace un siglo que no hablamos.

Él se rió.

—He estado muy liado.

Yo sonreí para mis adentros. Hacía demasiado tiempo que no le oía decir eso.

—Lo entiendo. ¿Cómo están los niños?

—Estupendamente. Crecen demasiado deprisa.

—Ya me lo imagino. ¿Cómo está Beth?

—Muy bien. Ha regresado al trabajo ahora que los niños van a la escuela, para mantenerse ocupada. Los dos estamos muy atareados. —Se aclaró la garganta e inspiró aire—. Escucha, Erica, sé que hace tiempo que tendría que haberme puesto en contacto contigo. Lo siento mucho, de veras. Quería asistir a tu graduación. Pero aquí llevamos un ritmo de locos...

—No te preocupes, Elliot. Lo entiendo. Tienes muchas cosas entre manos.

—Gracias. —Emitió un leve suspiro—. Siempre has sido una chica muy sensata. Incluso cuando eras más joven. A veces pienso que has demostrado más entereza que yo. Tu madre se sentiría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

—Gracias, eso espero. —Cerré los ojos, dejando que el recuerdo de mi madre apareciera en mi mente. Pese a la fachada de fortaleza que presentaba al mundo, sentí un espasmo de dolor al recordar los tiempos en que los tres éramos felices. Esa época se había visto bruscamente interrumpida cuando a mi madre le diagnosticaron un cáncer que se extendió a través de su organismo con pavorosa rapidez y se la llevó de nuestro lado demasiado

pronto.

Aunque nuestras vidas habían tomado rumbos distintos después de la muerte de mi madre, yo confiaba en que Elliot hubiera encontrado la felicidad con su nueva esposa y sus hijos. Aunque fuera a costa de que yo gozara de una infancia normal. Me había criado en un internado y posteriormente en la universidad, pero no me imaginaba unas circunstancias distintas. Esa era mi vida, y el periplo me había conducido a Blake, a una vida que por fin empezaba a cobrar forma después de dejar atrás los estudios.

—Últimamente pienso mucho en Patricia. Me parece increíble que hayan pasado casi diez años. A veces la vida se nos escapa entre las manos. De golpe me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no hablaba contigo.

—Es verdad. Estos últimos años son como una mancha borrosa. Sobre todo últimamente. Y yo creía que antes no paraba... —Entre el negocio y mi relación con Blake, mi vida había dado varios vuelcos. Justo cuando parecía que las cosas se calmaban, la vida nos deparaba una novedad que lo trastocaba todo.

—Bueno, procuraré ir a Boston dentro de poco. No soporto la idea de dejar que pasen diez años sin... sin que nos veamos. Se lo debemos a tu madre.

En mis labios se dibujó una sonrisa de tristeza.

—Sería estupendo. Me encantaría.

—Genial. Prometo intentarlo.

—Llámame cuando sepas las fechas, para que yo coordine mi agenda.

—Perfecto. Hablaré enseguida con Beth y te comunicaré lo que hayamos decidido.

—Confío en ello. Me encantará volver a verte y, por supuesto, conocer a tu familia. —*Tu familia*. Las palabras sonaron extrañas cuando brotaron de mis labios.

—Cuídate, Erica. Seguiremos en contacto.

Me despedí de él, pero en cuanto colgué recibí otra llamada. El corazón empezó a latirme con furia cuando vi el número de Blake.

Mierda.

Entré en el apartamento y dejé mis bolsas sobre la encimera de la cocina. Las luces estaban apagadas, pero el sol vespertino se filtraba a través de las persianas. Cuando pasé a la sala de estar, oí la voz de Blake.

—Llegas tarde.

Al volverme lo vi junto al mueblebar al otro lado de la habitación. Se había quitado la camisa, iba descalzo y sostenía una copa medio vacía en la mano. Su rostro no mostraba emoción alguna pero de alguna forma rezumaba una intensidad que al instante me puso en guardia. Sus ojos verdes parecían relucir en la tenue luz de la sala. Tenía la mandíbula crispada, relajándola solo brevemente para beber un trago.

—Lo siento. Recibí una llamada...

—Ven aquí.

Dejé que mis próximas palabras murieran en mis labios sin pronunciarlas. No íbamos a hablar de la inesperada llamada de Elliot, al menos ahora. Había algo inquietante en la forma en que Blake me miraba, su voz denotaba dureza al pronunciar esas dos breves palabras.

Avancé despacio hacia él hasta que estuvimos a pocos centímetros y entre nosotros irradiaba el calor. Blake era innegablemente atractivo, una belleza viril absoluta. Alto y esbelto, su cuerpo me provocaba constantes cortocircuitos en el cerebro. Esa vez no era una excepción. Le toqué el pecho, incapaz de resistirme debido a nuestra proximidad. Sus músculos se contrajeron en respuesta a mi caricia.

—Quítate la camisa —dijo.

Escruté sus ojos durante un instante, pero no observé un ápice de sentido del humor en ellos. Blake se erguía ante mí como una estatua, una obra de arte exquisitamente tallada, frío e impasible. Deslicé los dedos delicadamente sobre sus bíceps, descendiendo hasta detenerme en la cinturilla de su pantalón vaquero que ceñía sus caderas.

—¿Estás bien? —murmuré. Lo había visto así en otras ocasiones. No era necesario que me lo dijera, porque yo sabía que algo o alguien había conseguido cabrearle ese día.

Él torció el gesto, una respuesta casi imperceptible.

—Estaré mejor dentro de un minuto.

Sabiendo qué podía mejorar su estado de ánimo, me quité la camisa y dejé que cayera al suelo.

—¿Mejor? —pregunté ladeando la cabeza, confiando en lograr que aflorara el amante alegre y juguetón en él.

Sus ojos permanecían inmutables, fríos como el acero.

—No vuelvas a hacerme esperar, Erica.

Su voz tenía un tono peligrosamente grave. Yo contuve el aliento, tratando en vano de controlar las reacciones de mi cuerpo a él. De pronto me invadió

una potente mezcla de deseo y excitación ante lo que imaginé que iba a suceder. Los detalles de la jornada se difuminaron, ocupando un segundo plano ante el aquí y ahora y ese hombre dominante que estaba a punto de follarme para deshogar su frustración, utilizando mi cuerpo con pasmosa destreza para conseguirlo.

Bajé la mano hasta tocar el duro contorno de su miembro erecto y lo acaricié a través del tejido suave y gastado de sus vaqueros.

—Ahora estoy aquí. Deja que te compense por mi tardanza.

Él me sujetó por la muñeca.

—Lo harás, créeme.

Alcé la vista y lo miré a través de mis pestañas. Él me soltó y apoyó la mano en mi pecho. Deslizó un dedo por el borde de encaje de mi sujetador y por la piel de debajo. Esa simple caricia me excitó. Bajó bruscamente la copa del sujetador, me tomó un pecho y se puso a jugar con el pezón. Yo me incliné hacia él, gozando con sus movimientos lentos y circulares, y un espasmo de deseo hizo presa en mi vientre.

Gemí, y él me pellizcó el pezón con fuerza. Yo aspiré a través de los dientes pero no le aparté. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba al tiempo que en sus ojos se reflejó durante unos instantes una expresión perversa.

—Desnúdate e inclínate sobre la mesa.

El amante alegre y juguetón había aparecido, pero también otra persona.

Arrugué el ceño y dirigí la vista hacia el comedor y la amplia mesa de madera rústica situada en el centro. Antes de que pudiera negarme, él me propinó un azote en el trasero y me empujó suavemente hacia el comedor. Yo me moví rápidamente y me quité la falda, el sujetador y las bragas. Me coloqué frente a la mesa, apoyando las manos en la madera de cálida textura. En el centro había unas cuerdas enrolladas en una pila.

—Inclínate —me ordenó con tono seco.

Apoyó la mano entre mis omóplatos y me obligó a agacharme. Extendí las manos ante mí, conteniendo el aliento cuando sentí la fría superficie de la mesa en el pecho, y los muslos presionados contra el borde. Yo era rehén de una intensa excitación, que me impedía pensar con claridad y lo único que sabía con certeza era que a partir de ese momento Blake iba a asumir el control de la situación.

Yo misma se lo había entregado.

Tan pronto como abandoné la rutina de mi vida laboral normal y me instalé

en el apartamento que ahora compartíamos él y yo, empecé a batallar con prácticamente todos mis instintos. Había cedido todo el control al hombre que amaba, confiando en que él cuidaría de los dos. Siempre lo hacía, pero a veces no resistía la tentación de rebelarme un poco, para que supiera que yo seguía allí, luchando.

Blake deslizó su fría mano sobre mis nalgas. Me tensé en respuesta a esa simple caricia. Me mordí el labio, preparada para lo que siempre sucedía a continuación.

—Has llegado veinte minutos tarde. ¿Sabes lo que eso significa?

Antes de que yo pudiera responder, me asestó un contundente azote en el culo. Yo solté un alarido de dolor. Al cabo de unos instantes el escozor remitió, provocándome un intenso calor que me recorrió el cuerpo. Arqueé la espalda, apretándome contra Blake.

—¿Vas a castigarme? —pregunté bajito.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí. —El servilismo de mis respuestas seguía sorprendiéndome, teniendo en cuenta lo lejos que habíamos llegado en nuestra relación y el placer que me procuraban esas zonas oscuras que habíamos descubierto el uno en el otro. El hecho de reconocer el intenso placer que me producían seguía requiriendo cierta dosis de valor.

—Tienes suerte. Vas a recibir veinte azotes. Quiero que los cuentes. No lo olvides, o te azotaré con el cinturón.

Sin pérdida de tiempo Blake me asestó otro azote en el trasero, tan fuerte que el eco reverberó a través de la habitación. En cuanto recuperé el aliento, empecé a contar en voz alta.

—Uno.

—Muy bien —dijo él, propinándome otro.

—Dos.

Con cada doloroso azote, me tensaba y me humedecía más entre las piernas, una circunstancia que no dejaba de asombrarme. Pero lo cierto es que recibir esos azotes me hacía enloquecer. Cuando pasamos de diez empecé a arañar la mesa, más que preparada para el placer que seguiría a ese exquisito dolor.

Veinte.

Suspiré y me apoyé contra la mesa. La sensación de alivio duró poco porque Blake me agarró de la coleta y me obligó a incorporarme.

—Arriba.

Yo me enderecé y él hizo que me volviera. Abrió la boca como para decir algo, pero en lugar de ello juntó nuestros cuerpos. Su piel ardía debajo de la mía, y de pronto le deseé con más intensidad. Él oprimió sus labios contra los míos y me besó con fuerza. El aroma a whisky se mezcló con el almizcle de su olor personal. Abrí los labios, invitándolo, deseando sentir su sabor en mi lengua. Él tiró suavemente de mi coleta, rompiendo el contacto entre ambos.

—Eres demasiado codiciosa.

Yo hice un mohín.

—Eres una niña malcriada, y no escuchas.

—Te escucho —insistí.

—Puede que me escuches, pero no me obedeces. Se acabaron los juegos. Tienes que aprender, y esta noche voy a darte una lección.

Traté de reprimir el temor que me provocó un nudo en el estómago. El miedo a lo desconocido.

—Lo siento.

—Es un buen comienzo. Súbete a la mesa.

Tras dudar unos segundos me senté rápidamente en el borde. Él sacudió la cabeza y me empujó hacia atrás.

—En el centro. Apresúrate.

Yo arqueé las cejas, pero en lugar de preguntarle qué se proponía, me deslicé hacia el centro. Él rodeó la mesa y tomó la cuerda que estaba justo allí.

—Tumbate.

Obedecí y él me sujetó por la muñeca, tirando de mi brazo hasta alcanzar la esquina de la mesa. Con pasmosa rapidez y destreza, me ató los brazos a las patas de la mesa. Cuando se disponía a atarme los tobillos, tiré de la cuerda para comprobar su resistencia. No cedió un ápice.

Me ató una extremidad y luego la otra, dejándome de piernas abiertas sobre la mesa.

—Eso está mejor —dijo, pellizcándome ligeramente en la pantorrilla.

Al darme cuenta de mi tremenda vulnerabilidad, un intenso calor se extendió sobre mi piel hasta las mejillas. Quería decirle que eso era demasiado. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero estaba húmeda entre las piernas y necesitaba que me hiciera lo que su retorcida mente había ideado, fuera lo que fuese. Blake se apartó hasta que desapareció de mi ángulo de visión, lo cual contribuyó a mi creciente inquietud.

—¿Adónde vas? —Procuré ocultar la angustia que denotaba mi voz.

—Descuida, no pienso irme. No cuando te tengo abierta sobre la mesa para darme un festín.

Oí el tintineo de unos cubitos de hielo al caer dentro de un vaso seguido del murmullo de un chorro de líquido. Blake regresó y se detuvo ante mí, llevándose el vaso a los labios, ocultando la sombra de una sonrisa de satisfacción en su hermoso rostro. Había algo en su expresión que prometía que iba a someterme a una lenta tortura. El deseo que pulsaba a través de mi cuerpo se multiplicó. Me hallaba enteramente a su merced.

Transcurrieron unos segundos que se me antojaron minutos. Mis pechos se movían al ritmo de mi agitada respiración, que fue acelerándose mientras yo seguía esperando. ¿El qué? No tenía ni idea, pero las posibilidades me excitaban.

Blake se llevó de nuevo el vaso a los labios, apuró su contenido y lo dejó caer sonoramente sobre la mesa, entre mis piernas. Metió la mano dentro del vaso y al tintineo de los cubitos de hielo siguió la silenciosa impresión que me produjo el gélido contacto sobre mi piel. Él deslizó lentamente un dedo húmedo por la parte interior de mi pierna, sobre la piel sensible de la cara interna del muslo. Me estremecí, tensándome, mientras sus manos descendían por mis caderas hasta alcanzar mi vientre. El cubito de hielo se fundió despacio sobre mi ombligo mientras él tomaba otro.

Luego rodeó la mesa y se detuvo a mi lado. El siguiente cubito de hielo lo deslizó alrededor de mis pezones, recreándose en cada uno. Yo reprimí una exclamación de protesta al experimentar una sensación casi dolorosa. No podía arriesgarme a que siguiera castigándome si ello demoraba el momento de que me penetrara. Él se inclinó sobre mí, sustituyendo el intenso frío del hielo por el calor húmedo de su boca. Mordisqueó mis endurecidos pezones mientras deslizaba una mano fresca y húmeda entre mis muslos hasta localizar lo que buscaba.

Empezó a canturrear suavemente, introduciendo sus dedos con toda facilidad a través de mis pliegues cutáneos, jugando con mi clítoris.

—¿Te gusta que te ate, cielo?

Me humedecí los labios resecos, asintiendo apresuradamente. ¿Me gustaba en realidad? No estaba segura. Lo único que sabía era que no quería que parara. No quería decir nada que le distrajera e impidiera proporcionarme el placer que solo él era capaz de darme. Él me mantenía al borde del precipicio, en un estado de excitación e impotencia que rayaba lo insoportable. Tiré de mis ligaduras, pero únicamente conseguí que la cuerda me lastimara la piel.

—Deja de resistirte, Erica.

Se incorporó, privándome del contacto de su piel y su proximidad.

—Pensé que tenías prisa —me quejé, tratando de contener el deseo que me abrasaba con mayor furia con cada minuto que pasaba. Maldije a Blake y esa cuerda.

Él sonrió satisfecho.

—La tenía, pero la perspectiva de castigarte ha aplacado mi urgencia. Ahora me limito a disfrutar.

Cerré los ojos. Respiré hondo, haciendo que mi pecho se expandiera, y traté de relajarme. Al hacerlo, sentí algo frío entre mis piernas.

Solté un grito, debido a la sorpresa y a una sensación que no estaba convencida que fuera desagradable. Mi clítoris pulsaba contra el cubito de hielo mientras Blake lo movía sobre él, entre mis labios genitales. Contuve el aliento al sentir que bajaba la mano, apartando el cubito de hielo de mis partes más sensibles e introduciendo suavemente su glande en mi interior. Cuando pensé que iba a hacer que me corriera, el efímero contacto fue sustituido de nuevo por el cubito de hielo. ¿Durante cuánto tiempo sería capaz de hacerme esto y reprimir su propio deseo? ¿Durante cuánto tiempo sería yo capaz de resistirlo? Estaba a punto de estallar y gritar de desesperación.

—Blake, no puedo... seguir con esto. Me estás matando.

—¿Qué sientes al tener que esperar... loca de deseo?

Apreté la mandíbula con fuerza, tratando de distraerme y dejar de pensar en la incómoda tirantez entre mis muslos. Me retorcí aun sabiendo que con ello no conseguiría que Blake me follara antes de que quisiera hacerlo.

—Odio esto.

—¿Quieres que terminemos?

—Sí —respondí con un tono que denotaba desesperación.

Él se inclinó sobre mí, rozando con sus labios la sensible piel de mi cuello. Deslizó la lengua sobre la curva de mi oreja, lo cual constituía de por sí una lenta tortura.

—Suplica.

Sentí un escalofrío. Me arqueé alzando el pecho hacia el aire, hacia nada porque él apenas me tocaba.

—Dime cuánto lo deseas. Necesito oírtelo decir.

—Blake... por favor, fóllame de una vez.

—Eso suena como una orden. Quiero que me supliques.

Yo gemí y él se apartó, rompiendo todo contacto corporal conmigo.

—¡Blake! —Yo estaba furiosa y desesperada.

—*Sométete.*

La aspereza de su tono me sobresaltó.

—Si quieres correrte tienes que someterte a mí, Erica. Basta de juegos. Deja de ponerme a prueba.

Tragué saliva, esforzándome en reprimir el instinto de rebelarme contra su orden. *Sométete.* Tenía la garganta agarrotada, como si tuviera esa palabra atascada allí y no pasaría hasta que yo la aceptara. Esa palabra significaba mucho. Me resultaba más fácil someterme cuando trataba de convencerlo de que tomara lo que necesitara de mí. Ahora era él quien tomaba lo que deseaba. No me lo pedía y no estábamos negociando.

Cerré los ojos, esforzándome en oír la voz en mi mente que me decía que me relajara, que dejara de resistirme.

—No me lo pones fácil. —Yo quería que comprendiera mi afán de resistirme, que dejara incluso de insistir en el tema. A veces, incluso cuando adoptaba su aire de dominio sobre mí, me permitía rebelarme un poco.

—Me he pasado el día apagando fuegos. Lo único que deseo cuando regreso a casa es a ti, y no quiero tener que obligarte cada vez. Si tengo que hacerlo lo haré, pero no te lo pediré siempre amablemente ni te lo pondré fácil. De modo que vete acostumbrando a someterte. Estás desnuda, atada a la mesa, y a punto de correrte. ¿No quieres correrte?

—Claro que sí.

—Entonces *suplica.*

—Por favor... —Mi súplica sonaba débil.

—Te escucho, Erica. Por favor, ¿qué?

—Por favor, haz que me corra. Deseo sentir tus manos sobre mí. Haré lo que sea... Te lo juro.

—¿Me estarás esperando en casa, desnuda, la próxima vez que te lo pida?

—Sí.

Las yemas de sus dedos rozaron mi pulsante clítoris. Contuve el aliento y alcé las caderas para intensificar el contacto, pero él se apartó de mí tan rápidamente como se había acercado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Joder, haré lo que sea.

—¿Y no tendré que ordenarte de nuevo que te sometas a mí?

—No —prometí, meneando la cabeza con vehemencia.

Su mano irradiaba calor sobre el punto donde yo ansiaba que me tocara. Resistí el deseo de mover mi cuerpo unos centímetros para aproximarme más a él. *Maldita sea, esto es una tortura.*

Cada célula de mi cuerpo anhelaba sentir sus caricias, pero yo no tenía ningún control sobre la situación.

Esa era la realidad que me resistía a aceptar. De alguna forma tenía que confiar en que él haría que ambos alcanzáramos el clímax. Tras esa constatación, sentí una sensación de liberación. Me relajé sobre la mesa, dejando de rebelarme contra mis ligaduras. Mis músculos se relajaron pero mi mente no dejaba de dar vueltas sobre lo mismo, tan impotente como mi cuerpo a la hora de controlar mi febril excitación.

Entonces me tocó. Apoyó la palma de la mano en mi sexo y me lo apretó con firmeza.

—Esto es mío. No te correrás hasta que yo quiera. ¿Lo has entendido?

Yo lo miré con los ojos nublados por el deseo. Estaba a punto de gritar porque no soportaba más la tensión, como si de alguna forma él me hubiera contagiado las frustraciones que había sufrido ese día.

—Haré lo que quieras, Blake.

Sus ojos se suavizaron durante una fracción de segundo ante mi rendición. Luego me penetró con dos dedos. Sorprendida, emití un suspiro de alivio. Él movió los dedos dentro de mí, explorando mi húmedo pasaje. Temblando, me tensé al contacto de sus dedos, deseando que me hubiera penetrado con su pene pero aliviada de que lo hubiera hecho al menos con sus dedos. Él los movió suavemente dentro de mí al tiempo que me acariciaba el clítoris con movimientos circulares.

Yo emití un breve gemido ante la potencia de ese gesto, aliviada y volviéndome a tensar al mismo tiempo. Mis nervios cobraron vida, mi cuerpo ardía y estaba preparado de nuevo para recibirlo. Dios, ese hombre tenía el don de hacerme penosamente consciente del placer que sentía mi cuerpo cuando lo tocaba. Mis caderas se alzaron unos centímetros como por propia iniciativa, pero me detuve.

Suplica. Su petición reverberaba en mi mente, a un tiempo sensual e implacable. Todo mi ser pulsaba. La sangre circulaba con furia por mis venas, resonando en mis oídos. De pronto sentí el comienzo de un orgasmo imparable, al que no estaba dispuesta a renunciar. Ni por orgullo ni por nada.

—No pares. Te lo suplico, por favor no pares.

—Eso es lo que quiero oír, cielo. ¿Quieres sentir mi polla dentro de ti?

—Dios, sí.

—¿Quieres que haga que te corras primero?

Los colores giraban detrás de mis ojos y cada músculo de mi cuerpo se tensó ante la perspectiva. Abrí los ojos cuando comprendí que él aún no me había dado explícitamente permiso para correrme. Lo miré a los ojos, oscuros y entrecerrados debido al mismo deseo que en esos momentos me recorría el cuerpo.

—Por favor, deja que me corra, Blake, te lo suplico...

Él se agachó y me besó en la boca con furia. Nuestros labios se devoraron, nuestras lenguas chocaron y se succionaron una a la otra, mientras sus dedos seguían acariciándome, follándome con suavidad, conduciéndome hacia el borde del abismo. Un placer abrasador me invadía, como si lo único que tuviera sentido en el mundo fuera el punto donde nuestros cuerpos se unían, el placer que él me ofrecía. Me sentía tan agradecida como desesperada por alcanzarlo. Una ardiente excitación me atrapó. Empecé a temblar debido al esfuerzo de retrasar el clímax.

—Dios —gemí, perdiendo toda noción de la realidad, de cuanto me rodeaba—. Por favor, por favor, por favor.

—Córrete, Erica. Ahora —murmuró con voz ronca dentro de mi boca, redoblando sus caricias en mi sexo.

Me faltaba el aliento y arqueé la espalda, alzándome de la mesa. Ligada de pies y manos, no podía acelerar nada, no podía controlar nada. Las palabras, la orden que me había dado, me habían despojado de toda capacidad para obrar. Yo le pertenecía. Era suya. A su merced y a sus órdenes, me despeñé por el abismo con un alarido. Apreté los puños con fuerza y resistí como pude mientras el orgasmo sacudía mi cuerpo.

En ese instante perfecto el mundo se sumió en el silencio. Yo seguía temblando cuando él se apartó. Sus dedos comenzaron a soltar la cuerda alrededor de mis tobillos. En alguna parte de mi mente durante los delirantes momentos que siguieron al orgasmo, experimenté una sensación de alivio al sentir esa nueva libertad. Segundos más tarde él estaba desnudo, cubriendo mi cuerpo con el suyo. Me colocó las piernas alrededor de su cintura y, apoyando la gruesa punta de su pene en mi entrada, me penetró apenas un par de centímetros.

—La tengo tan dura que me duele. Voy a follarte con tanta furia, hasta el fondo, que la próxima vez no olvidarás quién es tu dueño, cariño. Haré que te corras una y otra vez, hasta que comprendas que soy más que capaz de

procurarnos a ti y a mí lo que ambos deseamos.

Mi voz se perdió en mi delirio. Estaba mareada, apenas preparada para lo que iba a darme a continuación. Los músculos de su torso estaban tensos y duros cuando me rodeó la cintura con un brazo. Sus verdes pupilas, oscuras y dilatadas, se clavaron en las mías. Entonces lo vi, al hombre, pero también al animal que habitaba bajo la superficie.

Él necesitaba eso. Me necesitaba de esa forma.

—Blake. —Me pasé la lengua por los labios, reseco debido a mi trabajosa respiración—. Bésame... por favor.

La tensión en su mirada, la dominante determinación, dio paso a algo distinto.

Lo sentí cuando nuestros labios se unieron, con más ternura pero de manera no menos apasionada. El amor. Lo reconocí. Pese a sus extrañas aficiones sexuales y a su maldito afán por dominarme, yo amaba a ese hombre. Necesitaba ser así para él en la misma medida en que él lo necesitaba.

—Te quiero. —Las palabras surgieron de mis labios cuando interrumpí nuestro beso.

Esos ojos intensos se clavaron de nuevo en los míos. La necesidad que vibraba a través de su cuerpo pareció calmarse durante un momento. Luego se inclinó de nuevo sobre mí. Sus labios rozaron los míos suavemente.

—No puedo respirar sin ti, cielo. Me destrozas y luego vuelves a recomponerme. Aceptas todo lo que te hago, y sin embargo me amas.

La expresión inquisitiva en sus ojos y la duda que encerraban esas últimas palabras me partieron un poco el corazón.

—Blake... soy tuya. Deseo esto. Deseo todo tu ser. —Sentí un nudo en la garganta, por razones muy distintas que antes. El deseo y un amor desenfrenado me invadían, irradiando entre nosotros.

Nuestros labios se unieron de nuevo y él volvió a penetrarme, introduciendo su lengua en mi boca mientras lo hacía. Mi sexo se tensó alrededor de su grueso miembro. Me penetró hasta el fondo. Estábamos perfectamente acoplados, nuestras almas tan unidas como nuestros cuerpos. Él se apartó un poco y volvió a embestirme con furia. Yo sofoqué una exclamación. Su cuerpo estaba duro sobre el mío, tenso debido al esfuerzo de contenerse. Yo sentí también esa necesidad de estallar, de dejarme arrastrar por este deseo salvaje.

Sus ojos irradiaban un calor abrasador cuando me tomó por la nuca con

una mano, apoyando su peso sobre el codo. Le rodeé la cintura con mis piernas, uniendo los tobillos a su espalda, mientras sus poderosos bíceps se clavaban en la piel de mi cintura. Entonces me embistió con fuerza, tal como yo deseaba que hiciera. La fricción de su miembro contra mi sexo me condujo rápidamente al borde del orgasmo. Abrí la boca con un grito silencioso que halló su voz mientras él seguía follándome.

Con furia. Rápidamente. Sin contemplaciones. Implacable. Una de las numerosas formas en que me encantaba que me hiciera el amor.

El ritmo incesante de sus movimientos hizo que me corriera de nuevo. Mi sexo se tensó alrededor de su pene mientras le sujetaba por las caderas con mis muslos. Un violento clímax siguió a otro hasta que él empezó a correrse conmigo. Movía las caderas con furia, penetrándome hasta el fondo, inmovilizándonos sobre la mesa en una desenfrenada carrera para desahogarse, para aliviar la tensión... al tiempo que sus labios pronunciaban mi nombre.

Estaba sentada a horcajadas sobre las caderas de Blake, masajeando con mis pulgares los abultados músculos de sus hombros. Estos apenas se movían, y me pregunté si mis caricias le producían algún efecto. De pronto emitió un leve gemido. Sonreí y me incliné sobre él, apoyando mi pecho en su espalda. Besé su piel, aspirando el perfume de la loción mezclado con su olor personal. Por una magia de la naturaleza, mis músculos también se relajaron. Su penetrante olor a almizcle, el sudor después de habernos hecho el amor, casi me abrumó. Habría podido permanecer en esa posición todo el maldito día, deleitándome con su olor.

—Hueles de maravilla. —Oprimí los labios contra él, besándolo, aspirándolo.

Él soltó una breve carcajada.

Deslicé la lengua sobre su piel para sentir su sabor, como si su olor no bastara. Como si el hecho de que me hubiera follado hasta casi hacerme perder el conocimiento sobre la mesa del comedor, atada de pies y manos como la rebelde sumisa que era, no bastara. Blake Landon era mi droga, mi obsesión, un hábito al que no estaba dispuesta a renunciar jamás.

Le adoré con mis labios y mis dientes. Le masajeeé con mis dedos, deslizándolos sobre él con la misma obsesión.

De pronto se volvió, obligándome a levantarme de encima de él. Me tumbé boca arriba, su espectacular cuerpo desnudo entre mis piernas.

—¿Tratas de que vuelva a follarte? Porque en tal caso, vas a conseguirlo.

Yo me reí. Él sonrió de oreja a oreja, sujetando mis muñecas a ambos lados de mi cabeza. Frotó suavemente los lugares donde la cuerda me había lastimado.

Al observar un leve pero familiar gesto de preocupación en su rostro, me solté. Le tomé las mejillas, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Estoy bien. No empieces a sentirte culpable, ¿vale?

—No quería hacerte daño.

—Te aseguro que no he sentido nada. En el calor del momento, lo único que siento son tus manos sobre mí, tu polla dentro de mí. Me obnubila. Algo que en circunstancias normales podría lastimarme no hace sino intensificar el

placer que me das. Y sabes de sobra que me encanta, de modo que no te comportes como si yo fuera una gatita herida.

—Pero ahora te duele. ¿Y si te salen unos moratones?

—¿Qué más da? La próxima vez no me resistiré tanto. Querías darme una lección, ¿no? —Moví las caderas debajo de él, tentándolo mientras su miembro caliente y erecto pulsaba contra mi vientre. Esbocé una sonrisa burlona. Quería recuperar al Blake juguetón, y no estaba dispuesta a dejar que siguiera censurándose por sus necesidades, unas necesidades que se habían convertido en las mías.

Después de lo que había pasado con el hombre que me había violado hacía cuatro años, pensé que jamás sería capaz de entregar a alguien el control que había entregado a Blake. Pero él me había enseñado a gozar dejándome llevar. Me había abierto los ojos al deseo, a algo más profundo e infinitamente más intenso que todo cuanto yo había experimentado.

Por más que yo había luchado por retener el control él me lo había arrebatado con esa prodigiosa habilidad que tenía. Me había obligado a someterme hasta hacerme enloquecer de deseo, y ahora yo no quería que fuera de otro modo. No imaginaba que pudiera ser de otro modo.

Pasé dos dedos sobre su ceño fruncido.

—¿Qué te preocupa? Hace un rato parecías disgustado.

Él se levantó de encima de mí y se tumbó boca arriba, con la mirada fija en el techo. Antes de que yo pudiera insistir en mi pregunta, una puerta se cerró de golpe y oí unas voces sofocadas. Me levanté rápidamente y cerré la puerta del dormitorio con llave. Luego volví a acostarme junto a Blake, acurrucándome en la curva de su brazo. Apoyé una pierna perezosamente sobre su poderoso muslo.

En la habitación resonó un golpe sordo procedente del vestíbulo del apartamento. El sonido fue seguido por unas risas y luego un gemido de mujer. Sonreí. Allí y Heath estaban otra vez dale que te dale, pero ¿quién era yo para criticarlos?

Menos mal que no habían entrado en el comedor cuando Blake me tenía atada de pies y manos sobre la mesa. No me imaginaba explicárselo a Alli. Por suerte, ella estaba en la inopia acerca de las extrañas manías y aficiones de Blake en la cama, y al menos de momento, yo prefería que siguiera así.

—Deberíamos irnos de viaje —soltó Blake de improviso.

Yo suspiré.

—Estoy segura de que se mudarán pronto a otro apartamento.

—Cuanto antes mejor. Además, no hemos hecho una escapada juntos desde... desde Las Vegas. Podríamos tomarnos un largo fin de semana. Quiero pasar un tiempo a solas contigo. Nosotros solos. Sin distracciones.

Una inesperada serie de acontecimientos, muchos de ellos orquestados por Blake, nos habían llevado hasta allí. Las Vegas había sido un punto de inflexión entre ellos, y el recuerdo de la primera vez que habíamos estado juntos seguía produciéndome una grata excitación que me recorría todo el cuerpo. En aquella época entre nosotros solo había existido el deseo carnal, que había dado paso a una obsesión, y en algún momento de ese salvaje y difuso frenesí, yo me había enamorado de él.

—No creo que deba ausentarme del trabajo ahora. —Las últimas horas habían logrado apartar a Risa y a Max y sus mezquinas intrigas de mi mente, pero la realidad empezaba a imponerse de nuevo lentamente.

—Creo que te has ganado un respiro. Quiero llevarte fuera de aquí unos días. Siempre habrá algo que tengamos que hacer y alguien que nos necesite. Pero no hay nada que no pueda esperar un par de días.

Yo arqueé las cejas. La trabajadora compulsiva que anidaba en mí no estaba muy convencida.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Es más, acabo de decidir que no dejaré que te niegues. Nos marcharemos mañana después del trabajo.

Yo sonreí. La idea empezaba a ilusionarme.

—¿Qué tipo de ropa debo llevarme?

—Yo te prepararé la maleta.

—No es necesario que lo hagas.

—No creo que pases mucho tiempo vestida, de modo que da lo mismo lo que te lleves. Un bikini y unos tanguitos. Con eso tendrás suficiente.

Yo me reí y le di un afectuoso cachete. Él me sujetó la mano y gruñó, obligándome a montarme sobre él.

—Hasta entonces, creo que deberíamos hacer también un poco de ruido.

Me reí de nuevo y sacudí la cabeza.

—Eres capaz de cualquier cosa con tal de no quedarte atrás. Eres incorregible, Blake.

—Créeme, no tengo ningún interés en oír cómo folla mi hermanito. La única manera en que puedo transmitirle un mensaje es devolviéndole el favor. Solo tengo que pensar en la forma de hacerte gritar de placer.

Mi sonrisa se borró un poco de mis labios. Él me abrazó, estrechándome

con fuerza y atizando el fuego con cada suave caricia de sus dedos sobre mi piel.

—Tengo la sensación de que eres un experto en ello.

Una fuerte llamada a la puerta me alertó. Blake se movió a mi espalda, pero no se despertó.

—¿Estás levantada, Erica? —La voz tenue provenía del otro lado de la puerta.

Me puse la camiseta de Blake y lo miré para asegurarme de que estaba decorosamente cubierto con la sábana. Abrí la puerta unos centímetros. Allí estaba completamente despabilada y vestida para irse a trabajar.

—¿Qué pasa? —pregunté, arrugando el ceño—. ¿Qué hora es?

—Las ocho. Vístete. Tengo que enseñarte algo.

La observé con ojos cansados; aún no estaba lo bastante despierta para comprender nada más allá de que quería volver a acurrucarme en la cama junto a Blake.

—¿De qué se trata?

—Ponte en marcha y nos reuniremos en la oficina.

—¿Por qué...?

Antes de que yo pudiera terminar la frase, Alli desapareció por el pasillo y al cabo de unos segundos la puerta se cerró. Entré de nuevo en el dormitorio y me dirigí al baño. Blake seguía durmiendo cuando terminé de ducharme. Me vestí rápidamente y me detuve unos instantes junto a él, gozando al contemplar la rara placidez que mostraba su rostro cuando dormía. De los dos, él era el más madrugador, pero la noche había sido muy larga. Algunas noches no nos cansábamos de hacer el amor, y aquella noche había dado paso a la mañana antes de que el sueño nos venciera. Lo besé suavemente en la mejilla y me fui a trabajar.

Cuando entré en la oficina, todos los del equipo estaban apiñados alrededor de James, con los ojos clavados en la imagen que aparecía en el monitor. Me acerqué a ellos, sin comprender al principio qué estaba mirando.

—¿Qué ocurre?

—Anoche fundaron esta nueva web, PinDeelz —me explicó Alli—. Todos nuestros usuarios de Clozpin recibieron unos mensajes de texto sobre el lanzamiento de esta compañía, inclusive nosotros. Con gran discreción.

Me incliné sobre el hombro de James mientras él navegaba a través de las

páginas de una web que, aunque la imagen de marca era distinta, se parecía mucho a la nuestra. El alma se me cayó a los pies al comprobar que en cada página había un anuncio de Bryant's, uno de nuestros principales anunciantes que aún no había renovado el contrato con nosotros para el mes siguiente.

Hijo de puta.

Me enderecé y entré en mi despacho. Abrí rápidamente mi ordenador portátil y me puse a investigar más a fondo esa web. La página de inicio indicaba que Max era su fundador y Risa la directora ejecutiva. Como es natural, el papel de Trevor no se mencionaba, pero yo sabía que el hacker que había pasado meses, quizás años, tratando de arruinar las empresas de Blake había sido un elemento fundamental en la creación de esa web de la competencia. Aunque eso supusiera abstenerse durante un tiempo de atacar incesantemente mi empresa y las de Blake.

Estaba furiosa. Apenas era capaz de asimilar lo que estaba ocurriendo. Sid y yo habíamos dedicado muchos meses a poner a punto Clozpin, convirtiéndola en la compañía que era en esos momentos. Todo nuestro éxito, todos los errores y las lecciones habían sido rápidamente copiados, corregidos y mejorados.

Allí entró y se sentó en la silla frente a mi mesa; su rostro reflejaba la misma preocupación que el mío. Se mordió el labio pero no dijo nada. Una ira psicótica me invadió. Quería darme el lujo de montar la mayor rabieta que jamás había presenciado nadie. Quería blasfemar, y pobres de ellos si conseguía dar con Max y con Risa... y con Trevor... Correría la sangre.

—Me parece increíble que hayan hecho esto.

—Lo sé —respondió Alli bajito.

—Me cuesta creer que alguien sienta tanto odio hacia Blake y hacia mí como para hacer una cosa así. Esto es sabotaje.

—No durarán, Erica.

Yo solté una breve carcajada.

—¿Por qué? ¿Qué va a impedirselo? Ya conoces a Risa. Sabes lo determinada que es, y con el dinero de Max, no veo por qué no van a poder eliminarnos por completo. El mercado no es lo bastante grande para soportar a dos compañías online que ofrecen lo mismo.

—No pienses eso. No lograrán hundirnos. Desde mi regreso he hablado con muchos clientes potenciales. Es un proceso que lleva su tiempo, pero no tardaremos en cerrar más tratos. Nuestra marca está establecida, y tenemos un excelente historial. Me extraña que consiguieran que Bryant's confiara en

ellos siendo tan nuevos.

Al imaginar lo que Risa debió de decirles para lograr arrebatarnos a uno de nuestros principales anunciantes volví a cabrearme.

—¿Qué voy a hacer?

—Seguir adelante. Quieren distraernos y atemorizarnos. No dejes que lo consigan.

Yo sacudí la cabeza. Nada de lo que ella dijera podía mejorar mi estado de ánimo. En el fondo, no la creía. El cielo se había desplomado sobre mí, y no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que ellos destruyeran todo lo que me había costado tanto construir.

La mañana transcurrió sin mayores novedades, pero yo no me sentía menos exasperada por la situación. Había perdido muchas horas obsesionándome con cada detalle de la nueva web, comparando cada uno de sus elementos con la nuestra. Mis inseguridades iban al volante, y al final conseguirían echarme de la carretera. A la hora de almorzar, buena parte de mi adrenalina se había agotado y mi cuerpo me recordó que había pasado la mitad de la noche sin pegar ojo, con Blake. Necesitaba un café.

Bajé al Mocha y me senté en una pequeña mesa en un rincón. Me entretuve mirando la carta aunque siempre pedía lo mismo. Simone se acercó a mí, atrayendo más de una mirada mientras atravesaba el café. Su cabello rojo, sus envidiables curvas y su insolente sonrisa me saludaron al cabo de unos momentos.

—¿Cómo está mi experta en tecnología favorita?

—He tenido días mejores —respondí—. Yo creía que tu experto en tecnología favorito era James.

Ella sonrió con ironía y se apoyó contra la mesa.

—Ya, bueno, el chico hace méritos para serlo. No estoy muy convencida de que no siga bebiendo los vientos por ti.

Resistí la tentación de poner los ojos en blanco. Confiaba sinceramente en que James hubiera pasado página, y Simone contaba con mi bendición. James era el hombre de sus sueños, desde su pelo negro azabache a su musculoso brazo cubierto por una manga de tinta. El único problema era que había malinterpretado todos los signos cuando Blake y yo habíamos estado separados. O quizá los había interpretado bien, sabiendo que yo necesitaba desesperadamente un amigo, algo o alguien que pudiera llenar el vacío que la ausencia de Blake había dejado en mí. Yo no había caído en la cuenta, hasta mucho después que nada podía llenar jamás ese vacío excepto el hombre que

por fin compartía mi cama.

—No creo que debas preocuparte por eso, Simone.

Ella arrugó un poco el entrecejo.

—¿No estabais enrollados tú y él?

—No. —La miré con ojos como platos, como sorprendida por semejante sugerencia—. Por supuesto que no.

Ella se rió.

—Tranquila. Solo era una pregunta.

Pero no lo era. Era un amargo recordatorio de la indiscreción que James y yo habíamos cometido. Cada vez que pensaba en ese momento de debilidad fuera de la oficina me invadían los remordimientos. En aquel entonces estaba convencida de que Blake mantenía una relación con Risa, por no hablar de su exnovia, Sophia, que no cesaba de perseguirlo. Todo estaba revuelto y confuso. Yo ignoraba lo que el futuro me deparaba hasta que me encontré en brazos de James, deslumbrada por un beso que rápidamente dio paso a la fría realidad de que suponiendo que hubiera un hombre en mi futuro, ese hombre era Blake.

—¿Qué te pasa, cielo? Pareces hecha polvo.

Alcé la vista.

—Lo estoy. Cosas del trabajo. Es una larga historia.

—¿Quieres contármelo esta noche? Puedes explicármelo en términos para los profanos en la materia mientras nos tomamos una copa. Ya sabes que solo comprendo la mitad de lo que tú y tu gente decís.

Yo me reí débilmente.

—Esta noche me marché de la ciudad con Blake, pero quizá podamos tomarnos una rápida copa antes de que nos vayamos. ¿Te importa que venga él también?

—Claro que no. Ahora dime qué quieres que te traiga.

Pedí mi almuerzo y me dispuse a comer sin prisas. La mayoría de los días comía a toda velocidad para regresar cuanto antes al trabajo, pero ese día me dediqué a observar tranquilamente a las personas que pasaban frente a las ventanas del café, ocupadas con sus respectivos quehaceres. Detrás de cada rostro se ocultaba una historia, y no pude por menos de preguntarme si alguna vez podría volver a confiar en alguien fuera de nuestro equipo. Ingenuamente y desoyendo las advertencias de Blake, había confiado en Max, lo suficiente para pensar en cederle la propiedad de mi compañía antes de que Blake decidiera financiarla. Y Risa... Se había mostrado

entusiasmada, deseosa de aprender y asumir toda la responsabilidad que yo necesitaba desesperadamente delegar, para utilizarlo en mi contra.

Me esforcé en reprimir las lágrimas. Si dejaba que rodaran libremente por mi rostro, estarían cargadas de ira por haber tenido que aprender esa lección por las malas.

Miré alrededor del bar en busca de Simone. Al no localizarla, elegí un asiento junto a un taburete vacío. Hice una seña al barman, deseosa de tomarme una bebida fría que me hiciera olvidar los contratiempos que había tenido que soportar ese día.

Mientras esperaba mi bebida, en las pantallas situadas sobre la barra dieron en silencio las noticias de las cinco. El corazón empezó a latirme con furia al ver el rostro de Mark, seguido por unas imágenes de Daniel, probablemente en plena campaña electoral. En la parte inferior de la pantalla apareció un letrero que decía «La policía sigue investigando la muerte de MacLeod». Me dio un vuelco el estómago. Quería que ese capítulo se cerrara probablemente tanto como Daniel. No imaginaba qué aspectos del caso seguía considerando la policía sospechosos después del aparente suicidio de Mark. Por lo demás, no estaba segura de querer saberlo. Cuando me disponía a pedir al barman que subiera el volumen, alguien se acercó a mí.

—Hola.

Me sobresalté un poco al ver a James, mirándome con una sonrisa tentativa. Lucía una de sus gráficas camisetas que se amoldaban a la perfección al hombre tatuado que había debajo.

—Ah, hola —respondí.

Él arqueó las cejas. Hacía mucho que no nos veíamos a solas, ni habíamos quedado para sostener una conversación cara a cara. El trabajo seguía como de costumbre, pero no habíamos hablado sobre él como deberíamos haberlo hecho. En ocasiones me pesaba todo lo que había quedado sin decir entre nosotros. El psicodrama de volver a hacer las paces con Blake me había dejado demasiado agotada para resolver la situación con James. Por tanto, entre nosotros persistía una incómoda tensión, perteneciente al pasado pero nunca lejos de mis pensamientos cuando él estaba presente.

—No esperaba verte aquí, lo siento —dije, tratando de disculpar mi torpeza.

—¿No te dijo Simone que iba a venir?

Negué con la cabeza, ocultando mi gesto de sorpresa con un trago lento de mi bebida. Me preguntaba cómo acabaría esa relación con Simone.

Me rebullí en el asiento, nerviosa, como si sintiera su mirada sobre mí, observando mi reacción. ¿Pretendía ponerme celosa? ¿Demostrarme que había pasado página? En tal caso, lo único que yo deseaba expresarle era que me alegraba de que se sintiera interesado por una persona tan increíble como Simone. Me horrorizaba pensar que le había dado esperanzas sin pretenderlo, que había alimentado unos sentimientos que no tenía derecho a alimentar en el jodido estado de ánimo en que me encontraba hacía unas semanas.

—¿Cómo os va a Simone y a ti? ¿Es una relación seria? —Evité sus ojos, como si eso pudiera ocultar mi evidente deseo de que me lo confirmara.

Él se rió bajito y se pasó la mano por su pelo negro y ondulado, apartándose de la cara mientras observaba la cerveza que el barman acababa de servirle.

—Perdona pero no tengo ganas de hablar de chicas contigo, Erica. Me resulta un tanto... chocante, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Tienes razón, lo siento. —Dios, aquello empeoraba por momentos.

Él sonrió, aliviando un poco la tensión.

—No pasa nada. De todos modos, Simone es tu amiga, ¿no? Estoy seguro de que ella te dará todos los detalles.

Yo le devolví la sonrisa, un tanto aliviada.

—No, nunca le pregunto sobre el tema. No me concierne.

—¿Está enterada Simone de... lo nuestro? —James nos señaló a los dos, un pequeño gesto que indicaba las semanas de tensión y titubeos con respecto a la inesperada atracción que había surgido entre nosotros.

Yo negué con la cabeza.

—Quizá sospeche algo, pero sabe que estoy con Blake.

—Vale. —James soltó un resoplido.

Su evidente alivio me hizo concebir cierta esperanza de que se sintiera algo más que interesado por Simone. Quizá no quería que ella se enterase de nuestro pequeño momento, al igual que yo no quería que se enterara Blake. La perspectiva de que lo averiguara hizo que se me formara un nudo en el estómago. Blake estaba celoso de James y yo no quería exacerbar sus celos.

—¿Cómo te van las cosas últimamente? Hoy parecías muy disgustada.

James tenía el don de adivinar mis estados de ánimo, por más que yo tratara de ocultarlos detrás del delgado tabique de mi despacho. Era inútil ocultarle cómo me sentía o fingir que todo iba sobre ruedas.

—No voy a mentirte, estoy disgustada —respondí—. Para ser sincera, no me importaría propinarle a alguien una soberana paliza. No sé si estoy

disgustada por el hecho de que Risa me haya apuñalado por la espalda, o por las consecuencias que esto tendrá sobre el negocio.

—Ya me lo imagino. Confiabas en ella. Al igual que todos nosotros.

Yo fijé la vista en mi bebida.

—Me siento como una estúpida. Debí haberlo imaginado.

—Era imposible que lo supieras.

Yo me encogí de hombros.

—Es posible. Si no hubiera estado tan obsesionada con mis asuntos personales, quizá me habría dado cuenta.

—No hacías más que trabajar. No podías haber estado más pendiente el negocio. En serio, muchas noches te quedabas a dormir en el despacho.

Sacudí la cabeza, remontándome mentalmente a esos días. Al evocarlo sentí una oleada de cansancio. No recordaba haberme sentido nunca más agotada, más determinada a trabajar hasta caer rendida. Y mientras yo trabajaba sin descanso para impulsar el negocio, Risa había estado conspirando durante todo ese tiempo con Max. Toda la secuencia de los hechos giraba alrededor de mi cabeza, una y otra vez. Cada rotación tenía menos sentido, me daba menos esperanzas de poder frenar sus intentos de hundirme. ¿Qué podía hacer yo realmente?

Me puse a limpiar sistemáticamente el sudor que cubría mi vaso moviendo la mano en sentido descendente, saturando la pequeña servilleta que había debajo. James me restregó el hombro con afecto.

—Erica —murmuró.

Levanté la vista, centrándome de nuevo en el presente mientras contemplaba los ojos profundamente azules de James.

—Nos tienes al resto de nosotros, y me tienes a mí. Sabes que puedes confiar en nosotros, que te ayudaremos a superar esto. No des a Risa la satisfacción de saber que te ha disgustado. Tómate un respiro este fin de semana, y la que viene buscaremos la forma de resolver el tema. Sé cómo te afectan los problemas, pero si sufres una crisis nerviosa debido a esto no nos ayudarás a ninguno. Te necesitamos, ¿recuerdas?

Esbocé una pequeña sonrisa.

—Gracias, James.

—Erica.

Oí una voz masculina detrás de mí. Una mano me sujetó con gesto posesivo por la parte superior del brazo. Blake estaba a mi espalda, casi pegado a mí, con la mirada fija en James. La amargura que destilaban sus

ojos parecía irradiar y reflejarse de nuevo en él, mientras James apenas logró reprimir un gesto de desdén al verlo. Quise levantarme para interponerme entre los dos, a fin de impedir que la tensa situación degenerara en un violento enfrentamiento.

—Blake.

No estaba segura de haber pronunciado la palabra en voz alta hasta que Blake respondió, sin apartar los ojos de James.

—Debemos irnos. Llegaremos tarde.

La mirada de James se posó en la mano con que Blake me agarraba del brazo con gesto posesivo. Su mandíbula se crispó y los músculos de su cuello se tensaron. Yo experimenté de nuevo la sensación de tener un nudo en el estómago. James seguía pensando que Blake me había golpeado. Yo quería disipar esa sospecha, pero no podía hacerlo sin revelar más información de que la que él precisaba saber.

—Creí que teníamos tiempo para tomarnos una copa.

Apoyé una mano sobre la de Blake. Sus ojos se fijaron en los míos, como si mi pequeño gesto hubiera roto un trance.

—Ha habido un cambio de planes —se apresuró a responder.

Yo asentí y tomé mi bolso, ansiosa de neutralizar esa tensión. Me volví hacia James, haciendo que Blake me soltara.

—Nos veremos la semana que viene.

James asintió y se volvió de espaldas a mí. Yo me tensé, deseando poder decir algo que pusiera fin a ese mal rollo. Pero los celos de Blake y el afán de James por protegerme de una amenaza imaginaria estaban muy enfrentados. Blake sacó del bolsillo un billete de veinte dólares y lo arrojó sobre la barra, entrelazó sus dedos con los míos y me condujo hacia la puerta.

—¿A qué cambio de planes te referías?

Salimos a la calle, bañada por la débil luz crepuscular. Antes de que Blake pudiera responder, Simone se dirigió apresuradamente hacia nosotros.

—Eh, ¿adónde vais?

—Lo siento, Simone. Tenemos que marcharnos antes de lo previsto —contestó Blake.

—James te está esperando —añadí con tono jovial, señalando hacia el interior del bar.

Ella nos miró a uno y luego al otro.

—De acuerdo. Bueno, que lo paséis bien, tortolitos.

Sonreí tímidamente y dejé que Blake me condujera hacia el Escalade que

estaba aparcado junto al bordillo, con el motor en marcha. Un segundo más tarde, me senté en el vehículo conducido por Clay, el guardaespaldas cuyos servicios Blake utilizaba últimamente con más asiduidad.

Me deslicé sobre el fresco asiento de cuero junto a Blake. Antes de que pudiera decir una palabra, me sentó sobre sus rodillas y oprimió los labios contra los míos. Era un beso urgente, intenso como el de la noche anterior. Deslizó la lengua sobre mis labios, obligándome a abrirlos. Yo obedecí, gozando con el contacto aterciopelado de su lengua sobre la mía. Él exploró mi boca con delicados lametones. Tratando de reprimir todo pensamiento desagradable que había tenido, me concentré en la pasión de sus caricias, en la necesidad que casi podía saborear entre nosotros.

Su olor me llenó los pulmones mientras compartíamos nuestro aliento. Enredé los dedos en su cabello, besándolo con más ardor, estrechándolo contra mí. La dulzura de su lengua me deleitó mientras jugueteábamos y nos mordisqueábamos. Contuve un gemido, vagamente consciente de que no estábamos solos.

Nos separamos lo suficiente para recuperar el aliento. Si continuamos así, acabaríamos devorándonos en cuestión de segundos.

—Hola —dije, cayendo en la cuenta de que no habíamos dicho una palabra desde que nos habíamos sentado en el coche, de lo cual hacía varios minutos.

—Hola —murmuró él.

Sus ojos mostraban deseo y determinación. Deslizó la mano por mi muslo hasta alcanzar mi trasero y me acarició por debajo del vestido. Yo me mordí el labio, consciente de la tensión que sentía entre las piernas y el frenético deseo que él era capaz de inspirarme en pocos minutos. Solo pensaba en la forma más rápida de conseguir que me penetrara.

—No tengo ni idea de adónde vamos, pero a este paso será un viaje muy largo.

Blake miró hacia la parte delantera del coche.

—No haremos el viaje en coche. Clay nos llevará al aeropuerto. Tengo un avión esperándonos.

—¿Adónde vamos?

—Se me ocurrió que podíamos ir a algún sitio cercano, pero no quería que pasáramos la mitad de la noche atrapados entre el tráfico. Tomaremos un vuelo al Vineyard y llegaremos a la casa en una hora. No quiero perder un minuto más del necesario este fin de semana.

Yo sonreí y lo besé en los labios, saboreando la dulzura del beso.

—Tengo unas ganas locas de llegar.

Como era de prever, un pequeño coche deportivo nos esperaba cuando desembarcamos y nos condujo a nuestro destino final a la velocidad que el espectacular Tesla de Blake era capaz de alcanzar. Nos detuvimos frente a la gigantesca mansión situada en el extremo de la isla. Cuando subimos los escalones de la casa caí en la cuenta del breve espacio de tiempo y los kilómetros que nos separaban de la rutina del día a día. El tibio aire que soplaba del océano constituía un grato contraste con el sofocante y húmedo calor de la ciudad. La sensación de alivio era otro recordatorio de lo mucho que necesitaba tomarme unos días de descanso.

Nada más entrar, Blake dejó nuestras bolsas junto a la puerta y se volvió hacia mí. Me abrazó y yo le rodeé el cuello con los brazos. Deslizó las manos sobre el tejido de mi vestido hasta alcanzar el borde y me lo arremangó.

—Hoy te he echado mucho de menos —dijo, sujetándose con firmeza por las caderas.

—Yo también te he echado de menos. Como siempre.

—Debo advertirte, sin embargo, que no tengo ganas de esperar. Quiero tomarte rápidamente y sin contemplaciones. ¿Podrás soportarlo, cariño?

Yo contuve el aliento, sintiendo que su promesa prendía fuego en mi piel. Flexionando y relajando los brazos, Blake me empujó contra la puerta. Sin esperar una respuesta, insertó los dedos en el elástico de mis bragas y me las bajó.

—Quiero tomarte ahora.

Yo espiré con fuerza, sintiendo que la piel me ardía hasta las mejillas. El corazón me latía con furia debido a la intensa excitación que me invadía. Me quité apresuradamente el vestido y él se apartó lo suficiente para que cayera al suelo. Luego se abalanzó de nuevo sobre mí, besándome los pechos, succionándome los pezones. Uno tras otro. Yo gemí al sentir sus dientes mordisquear la sensible punta. No había una célula en mi cuerpo que no anhelara que cumpliera la promesa que acababa de hacerme.

—De acuerdo.

Tiré de su camiseta con manos temblorosas y se la quité por la cabeza. Él se desabrochó la cremallera del pantalón, liberando su rígido sexo antes de que cayera en sus manos. Me mordí el labio con fuerza. Sabía que él no querría esperar un momento más para tomarme.

Me colocó una pierna sobre su cadera y situó su miembro en mi entrada. Me penetró lentamente, dejando que yo lo recibiera dentro de mí poco a poco, retirándose solo para penetrarme más profundamente. Cuando su pene me llenó por completo, mi sexo estaba húmedo y tenso a su alrededor.

Apoyé la cabeza contra la puerta y emití un breve gemido.

—Blake.

Mi sexo pulsaba contra su grueso miembro. Permanecimos unos instantes en esa posición, jadeando, conectados, el deseo circulando con furia por mis venas. Le clavé las uñas en el costado, estrechándolo contra mí para sentirlo más profundamente.

—Joder, eres increíble. He pensado todo el día en esto, en metértela hasta el fondo. Sentir tu cuerpo oprimiéndome y corriéndote sobre mi polla. No he pensado en otra cosa durante todo el puto día. —Me inmovilizó contra la puerta, embistiéndome más profundamente.

Yo contuve el aliento.

—Más.

Al oír mi pequeño ruego, me tomó por las nalgas, alzándome para que pudiera rodearle la cintura con mis piernas. Me apoyó contra la pared. El peso de mi cuerpo unido a su fuerza nos mantenía estrechamente conectados. Me tensé ante la perspectiva de alcanzar el orgasmo al tiempo que gozaba de la maravillosa sensación de estar allí con él, nuestros cuerpos unidos de nuevo. Habían pasado solo unas horas, y la delicada piel entre mis muslos no hacía sino intensificar el deseo que me inspiraba.

Sostuve su rostro en mis manos, sintiendo su dura barba de un día arañarme las palmas. Él me miró profundamente a los ojos. Sus verdes pupilas reflejaban deseo, amor y ese intenso afán posesivo, dejándome de nuevo sin aliento.

—Eres mía, Erica.

Justo en el momento en que esas palabras alcanzaron mis oídos, empujó hacia arriba. Me tensé al instante alrededor de su verga, sofocando una pequeña exclamación de dolor. Me la había hundido hasta el fondo, hasta el límite.

—Soy tuya —murmuré.

—Si tengo que recordárselo a todos los hombres que te miren con demasiada insistencia, que piensan por un segundo que pueden poseerte, lo haré.

Empujó de nuevo hacia arriba. La fricción de nuestros cuerpos y su tensión

me nublaron los sentidos. Deseaba que me poseyera con tanta urgencia como él deseaba poseerme. Cerré los ojos, sintiendo que estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Mis músculos se tensaron involuntariamente alrededor de su miembro.

Mi voz se quebró, sofocada por la fuerza de sus poderosos movimientos, uno tras otro en una rápida sucesión. Su nombre llenó el aire entre nosotros, una y otra vez mientras yo suplicaba más. Me tensé alrededor de su sexo, deleitándome con la fricción que me enloquecía, con cada uno de sus movimientos.

—Haré que ese tío lo comprenda. Maldita sea. Que sepa que me perteneces.

—Él ya lo sabe, Blake. Soy tuya... Siempre lo he sido. —Abrí los ojos, el deseo me nublaba la vista—. Hazme tuya, Blake.

Deslicé una mano sobre su pelo y lo agarré por las raíces. Silenciado con nuestro beso, Blake gimió. Sosteniéndome por las caderas contra la dura madera de la puerta siguió moviéndose dentro de mí. Al cabo de unos segundos me sentí embriagada por su sabor, perdida. Perdida en él, transportada por esa sensación, rindiéndome a ella por completo. Él me tomó con furia, cada caricia suya exhalaba amor y desesperación. Nos elevamos juntos, ansiando alcanzar el orgasmo que nos uniría de la única forma que en esos momentos importaba.

—Blake... Dios mío. Joder.

Mis muslos se relajaron en torno a él a medida que se aproximaba el clímax, ofuscando mi mente. Solo podía pensar en Blake, en ese amor. Él era la respuesta cuando todo lo demás en mi vida parecía haberse torcido. Eso tenía sentido. Yo necesitaba eso, lo necesitaba a él, de un modo que no tenía sentido y sin embargo tenía todo el sentido del mundo.

—Ahora —dijo con voz ronca.

Esa simple palabra me lanzó al vacío. Abrí la boca con un grito silencioso al tiempo que el orgasmo sacudía todo mi ser. Me aferré a él, centrándome en las pulsiones de su pene dentro de mí, conduciéndome a través del abismo hacia un lugar perfecto. Tras unos últimos y poderosos movimientos, me corrí con un grito. Él me penetró hasta el fondo, sujetándome con fuerza, hasta que cada músculo se tensó, su cuerpo sepultado en lo más profundo de mi ser.

—¡Erica!

Tenía la voz ronca, como si se sintiera tan exhausto como yo.

Estrechándome, como si temiera que yo desapareciera si no lo hacía, se detuvo para recuperar el aliento, rozándome el cuello con sus labios.

El orgasmo me dejó sin fuerzas, un hecho que se hizo evidente cuando él me soltó por fin. Cuando mis pies aterrizaron en el suelo, sentí que las piernas me temblaban. Él me sostuvo para que no me cayera, sujetándome por las caderas al tiempo que se retiraba. Al apartarse noté que me corría un cálido líquido por el muslo. Quise moverme, pero él me lo impidió sujetándome con fuerza. Su mirada se detuvo en la traslúcida línea que resbalaba sobre mi piel.

—Joder, cariño. Al ver eso siento ganas de volver a tomarte.

—Voy a poner perdido el suelo.

Él se rió.

—Quizá pongamos perdida toda la casa, porque aún la tengo dura. Estoy hecho polvo, pero en estos momentos solo pienso en volver a correrme dentro de ti. Durante toda la maldita noche.

En mi rostro se dibujó una sonrisa de felicidad.

—¿Vas a tenerme dos noches seguidas sin pegar ojo? A este paso, acabaremos hechos unos zorros.

Él sonrió y me abrazó de nuevo, besándome en los labios con ternura.

—Estamos de vacaciones, ¿recuerdas? Puedo hacerte el amor toda la noche y dormiremos durante el día. Nadie puede censurarnos por ello.

—No tenemos invitados —murmuré.

—Gracias a Dios. No pienso compartirte con nadie hasta el martes por la mañana.

Blake se apartó un poco para subirse la cremallera del pantalón. Luego me tomó en brazos, echó a andar hacia el dormitorio y entró en el baño contiguo.

Nos duchamos, enjabonándonos el uno al otro. Cuando salimos de la ducha Blake me envolvió en una esponjosa toalla blanca y me secó el pelo con otra. El calor de la ducha acabó con las escasas fuerzas que nos quedaban. Nos dejamos caer en la cama, debilitados por la jornada, por el desenfreno con que habíamos hecho el amor.

Me acurruqué junto a él, gozando de nuestra proximidad, piel, limpia y suave, contra piel.

—Te quiero, Blake.

Él me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Yo también te quiero.

Abrí los ojos y el mundo adquirió nitidez. Apoyado en un codo, Blake me atrajo hacia él con una sonrisa perezosa en los labios.

Me desperecé. Tenía curiosidad por saber cuánto tiempo habíamos dormido. Él deslizó la mano por el lado de mi torso y una leve excitación me recorrió el cuerpo. Me puse a canturrear, apoyada contra él, consciente de que estaba desnuda y él cubierto solo por la sábana. Sus ojos relucían de pura admiración y el amor que vibraba entre nosotros. Florecía en pequeños momentos como ese, haciendo que los buenos ratos fueran mucho mejores y los malos, dignos de tratar de enmendarlos. Lo que yo sentía por ese hombre me dejaba sin aliento.

—Estás guapísima por la mañana —murmuró.

Traté de ocultar mi sonrisa, volviéndome hacia la almohada.

—Para.

Él me apartó el pelo de la mejilla y me besó allí, deteniéndose junto a mi oreja.

—Nunca dejaré de decirte esas cosas. Seguiré diciéndolas mientras viva.

Me arqueé para besarlo, derritiéndome con facilidad para él. Me afané en asimilarlo todo, dejando que me penetrara a través de la piel hasta los huesos. Esa nueva libertad, el hecho de estar fuera de la ciudad con el hombre al que amaba tan desesperadamente.

Me tumbé de nuevo, acurrucada contra su brazo. Una parte de mí estaba aún grogui, como si pudiera dormir durante días. La noche anterior había visto en sus cansados ojos que él también estaba falto de sueño. Intuí que últimamente había tenido problemas, pero no tenía idea de qué se trataba. Pese a lo unidos que estábamos físicamente, odiaba la distancia que se interponía a veces entre los dos. Ese muro que él erigía entre nosotros, generalmente con el propósito de protegerme.

Deslicé un dedo sobre el contorno de su labio inferior.

—Quiero que puedas contármelo todo. ¿Te sientes capaz de hacerlo?

Él arqueó una ceja.

—Sí, ¿por qué?

—Tengo la sensación de que últimamente... no sé, has estado tenso. Me

gustaría que me explicaras el motivo.

Él resopló, tomó mis manos y me besó en la yema de los dedos.

—No se trata de que no quiera compartirlo todo contigo. Me consta que puedo hacerlo. Se trata más bien de que no quiero agobiarte con mis problemas.

Yo esperé hasta que me miró a los ojos, deseando demostrarle que lo que había dicho era en serio.

—No me agobias. Me inquieta no saber lo que te preocupa. Nunca sé si yo tengo la culpa o si puedo hacer algo para ayudarte.

Su expresión mudó, ocultando las emociones que se agitaban en su interior.

—No puedes ayudarme con esto.

—¿Con qué? Cuéntamelo.

Él suspiró y se recostó de nuevo en la almohada.

—¿De veras quieres que hablemos de Max? No es un tema de conversación agradable.

Yo arrugué el ceño. Tenía curiosidad por saber lo que Max se llevaba entre manos.

—¿Qué ha hecho?

—En realidad no hace nada, pero eso no impide que me cause un jodido quebradero de cabeza. He tratado de apartarlo de la junta de Angelcom desde que averigüé que había financiado a Trevor para atacar mis... nuestros sitios webs.

—Pero puedes hacerlo sin problema, ¿no? Eres el director ejecutivo.

—Cierto, pero esto es más bien una democracia versus una dictadura, cosa de la que me arrepiento amargamente. No puedo echarlo así como así. Tengo que presentar esas decisiones a la junta. La mayoría de los miembros no votará a favor de su expulsión.

—¿Por qué? El asunto no tiene vuelta de hoja, ¿verdad?

—No quieren cabrear a Michael, el padre de Max. Tiene más dinero que Dios, y no quieren arriesgarse a perjudicar nuestro potencial contacto con él echando a Max por su absoluta falta de ética.

Lo miré, reflexionando sobre esa frustrante circunstancia. No era de extrañar que últimamente Blake estuviera todas las noches a punto de estallar debido a la tensión. Era difícil imaginar lo duro que debía de ser para él tener que tolerar al hombre que durante años había tratado de socavar su autoridad, sin ningún apoyo por parte de sus colegas. Al menos las personas de mi

equipo estaban de mi lado, y nunca cuestionaban quién era el enemigo. En todo caso, desde que Risa se había marchado. Yo seguía esforzándome por eliminar mi persistente paranoia de que no podía confiar en nadie después de haberlo hecho plenamente en Risa, haciéndola partícipe de una información confidencial que ella utilizaba ahora contra mí. Sin embargo, Clozpin no tenía nada que ver con los inversores de cuello blanco y los círculos corporativos en los que ellos se movían.

—¿Te sorprende?

—¿A qué te refieres?

—Angelcom tiene como premisa proporcionar más dinero a personas que ya tienen montañas de dinero. Ese tipo de personas adineradas lo son porque tienen la costumbre de amasarlo y protegerlo. Es normal que se comporten como lo hacen.

Él negó con la cabeza.

—Supongo que no. Pero no deja de ser bastante irónico.

—¿En qué sentido?

—La compañía está infestada de los codiciosos gilipollas a los que he tratado de eliminar desde un principio.

—¿Qué vas a hacer? Si no votan a favor de expulsar a Max, ¿qué otro recurso tienes?

—Aún no he decidido mi siguiente paso. No estoy seguro de cómo reaccionaría Michael si le explicara la situación. Si lograra hacer que comprendiera, obtendría el apoyo de la junta y me aseguraría de que Max no volviera a poner el pie en otra sala de juntas de ninguna de mis empresas.

—Pensé que Michael y tú erais muy amigos.

—Y lo somos. Al menos, lo fuimos durante un tiempo. Hace mucho que no lo veo, y como es natural, no quiero tener que decirle en nuestro próximo encuentro que su hijo es un farsante y un tramposo.

Deslicé un dedo sobre su pecho, que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Mi espectacular compañero. Me fastidiaba que tuviéramos que tratar con gentuza como Max y Trevor. Dios, la lista era interminable.

—Lo siento mucho, Blake. Es una situación muy complicada. Pero seguro que hallarás la forma de resolverla. Siempre lo haces. Un tipo como Max no puede seguir pisoteando los sueños de otras personas impunemente. Al menos, eso espero.

Pese a lo furioso que estaba Blake con Max, yo no estaba segura de que ese fuera el momento idóneo para contarle que él y Risa habían fundado una

nueva web que representaba una amenaza para mí.

Él me tomó el mentón y lo alzó. Nuestros ojos se encontraron.

—¿Qué sucede?

Yo dudé antes de responder.

—Max y Risa han fundado su pequeña empresa. Una web que compite con la mía. Una copia exacta de Clozpin, y todo indica que se han llevado al menos a uno de nuestros principales anunciantes. Y quién sabe cuántos usuarios.

Él arqueó las cejas.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Allí me habló de ello ayer. Quería que yo te lo contara. Y francamente, necesitaba tiempo para encontrarle sentido a todo esto. No sé si lo he logrado. Tengo la impresión de que se han propuesto destruir sistemáticamente mi compañía con la misma determinación con que han ido a por ti. Pero yo no soy tú. No tengo tus recursos ni tu experiencia. Aún tengo mucho que aprender sobre cómo dirigir una empresa. No esperaba verme obligada a colocarme a la defensiva en plena expansión de nuestro negocio. Primero Trevor y ahora esto. Trato de no dejarme vencer por la impotencia, pero es difícil.

—Créeme, ese tipo no conseguirá destruir tu negocio. No se lo permitiré. Y pese al odio que les anima, esos dos no podrán con nosotros. —Blake me acarició la mejilla con los nudillos—. Duele, pero así es el mundo de los negocios. No debes perder la fe en ti misma. Es lo que ellos quieren. Si yo hubiera tirado la toalla cada vez que he sufrido un revés profesional, hace tiempo que estaría acabado. Eres demasiado fuerte para dejar que esto te hunda.

—Me parece increíble que alguien pueda ser tan retorcido, tan odioso. Yo sería incapaz de hacerle eso a alguien, por mucho que lo odiara.

—Lamento decírtelo, pero más vale que te vayas acostumbrando. En cuanto las cosas empiezan a irte bien, alguien decide ir a por ti, destruyendo tu compañía o tratando de arrebátártela.

Yo lo miré con ojos como platos.

—Con eso no haces que me sienta esperanzada sobre mi futuro como emprendedora.

—Los golpes te endurecen. Además, me tienes a mí.

—Pero ¿qué podemos hacer? No tenemos ningún control sobre los tejemanajes de esos impresentables. Es un sabotaje, pero no puedo hacer nada

al respecto.

Blake guardó silencio un momento, como analizando la estrategia con la que afrontar el problema.

—Bueno, siempre podría hackear su web —dijo, esbozando una media sonrisa.

Yo puse los ojos en blanco.

—Genial. Un duelo de hackers. Creo que ambos estamos de acuerdo en que con eso no resolveremos nada. Además, sería indigno de ti.

Él soltó una carcajada.

—¿Tú crees?

—Dijiste que solo utilizas tus poderes por una buena causa, ¿recuerdas? Aunque sean unos impresentables, no te veo destruyendo su web.

Él frunció los labios.

—Quizá tengas razón. —Me rodeó con un brazo e hizo que me inclinara sobre él, besándome con ternura—. No quiero seguir hablando de Max. Este fin de semana nos pertenece. ¿Qué te apetece hacer?

Miré el reloj; era casi hora de almorzar. Nuestro horario se había trastocado. En realidad, el tiempo no importaba cuando Blake y yo estábamos solos.

—¿Tú qué quieres hacer?

Sus ojos se oscurecieron con una pícaro sonrisa.

—Si de mí dependiera, no nos levantaríamos nunca de la cama.

Yo me incorporé y me monté sobre él a horcajadas.

—No hemos venido hasta aquí para pasarnos todo el día en la cama.

Él emitió una exclamación de protesta, recreándose en mi desnudez.

—No me das un motivo de peso para levantarme.

Deslizó las manos sobre mi cuerpo, acariciándome los pechos y pellizcándome los pezones hasta que se endurecieron. La admiración carnal que traslucían sus ojos me excitó al instante. Mal que me pesara, anhelaba su boca.

Como si intuyera que empezaba a rendirme, Blake me agarró por el trasero y me sentó sobre su poderosa verga, que pulsaba a través de la sábana que se interponía entre nosotros. Me mordí el labio y empecé a mover las caderas, seducida por la inevitable verdad de que yo deseaba lo mismo que él, con idéntica urgencia. Eché la cabeza hacia atrás al sentir el contacto de su miembro contra mi clítoris, restregándomelo tal como yo anhelaba. Un fuego abrasador me recorrió la piel, excitándome hasta la médula.

Él me alzó con sus caderas, apartando bruscamente la sábana que nos separaba. Tenía la polla tan dura como yo había imaginado, hinchada y dispuesta para penetrarme. Más que dispuesta. La expresión de sus ojos dejaba muy claro que negarme era una causa perdida. Metió la mano entre mis piernas y empezó a acariciar con suavidad mi sexo, húmedo y caliente.

—Siempre estás preparada para mí —murmuró.

Respondiendo a las silenciosas súplicas de mi cuerpo, me encajó sobre su rígida verga. Yo ahogué una exclamación al sentir que me penetraba hasta el fondo, asomándome al abismo que siempre parecía acompañarnos.

—Eso es, cielo. Toma toda mi polla.

Cerré los ojos y me entregué a las sensaciones que me embargaban. Todos mis sentidos estaban centrados en cómo encajaban nuestros cuerpos, y en cómo ese hombre sabía proporcionarme placer.

Abandonamos la intimidad de la casa y nos dirigimos a la ciudad. La isla hervía de actividad. Pasamos el resto de la tarde recorriendo tiendas, tratando de evitar la inevitable multitud de turistas estivales. Conversamos, pero no sobre el trabajo. Nos reímos, tocándonos siempre de alguna manera. Yo lo necesitaba, y él quizá también, porque no recuerdo un momento en que no estuviéramos físicamente conectados. La mayor parte del tiempo simplemente gozamos de nuestra mutua compañía, sin decir nada, pero felices de estar juntos.

De un tiempo a esta parte nos deseábamos con frenesí, con una voracidad que no hacía sino aumentar después de haberla saciado. Yo le necesitaba. Y esa necesidad pulsaba a través de mi ser a todas horas. Como telón de fondo de mi día a día, en las demandas de nuestras noches y en los lapsos silenciosos de sosiego que compartíamos. Yo había perdido todo control sobre la situación, y había desistido de tratar de recuperarlo. Habíamos pasado demasiado tiempo separados. No podía rechazar ninguna oportunidad, por efímera que fuera, de estar juntos.

Desde el día en que Blake había hecho descarrilar mi presentación, meses atrás, había capturado algo en mí. Yo ya no podía prescindir de lo que había surgido entre nosotros. Puede que él sintiera lo mismo, y esa persistente necesidad —de tocarnos, de abrazarnos, de perdernos el uno en el otro durante nuestras largas noches— fuera una manifestación de la indescriptible emoción que compartíamos.

Entre nuestro revolcón vespertino, las actividades en la ciudad y el aire fresco de la isla, cuando aparcamos delante de la casa yo estaba agotada. Cuando entramos y sentí el fresco ambiente del interior me estremecí. Prefería con mucho la tibia brisa estival a los interiores climatizados. Había pasado demasiados meses aterida de frío, ansiando que llegara el verano. No quería desperdiciar ni un momento del sol cálido.

Blake, siempre en sintonía conmigo, me frotó los brazos para aliviar el frío que se había apoderado de mí.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Ve a relajarte en la terraza mientras yo preparo algo de comer.

Accedí y salí a la terraza desde la que se divisaba una espléndida vista del océano. Me senté en una de las sillas de madera y apoyé los pies en una banqueta. Cerré los ojos y dejé que la cálida brisa me acariciara la piel mientras el sol declinaba. El sonido de las olas rompiendo sobre la arena de la playa era tan relajante, que de haber permanecido unos minutos más a solas me habría quedado dormida.

Blake se reunió conmigo, depositando en la mesa una bandeja con quesos, galletitas saladas y fiambres. Sirvió vino blanco en dos copas y me pasó una.

—Gracias —dije.

Sus ojos mostraban una expresión cálida y risueña. Yo le devolví la sonrisa, preguntándome qué habría inspirado esa expresión.

—Se te ve feliz.

Él se reclinó en su asiento, sonriendo satisfecho antes de beber un trago.

—Me siento muy feliz. Es el efecto que me causas.

Su respuesta me llenó de alegría. Tomé la copa y cuando el afrutado líquido se deslizó sobre mi lengua, comprendí que esta había sido una idea genial. Tres días de paz y tranquilidad con Blake era un regalo del cielo. Me instalé cómodamente en la silla, relajándome.

—Esto es increíble, Blake. Podría quedarme aquí toda la vida. Se respira una paz maravillosa.

—Ten cuidado con lo que deseas. El fin de semana que viene lo organizaré todo para que nos mudemos aquí.

Yo me reí.

—No te burles. No puedo expresar un deseo sin que te apresures a hacer que se cumpla.

Sus ojos sostuvieron mi mirada, serios y profundos. El tono guasón de mis

palabras se desvaneció cuando pensé en la suerte que tenía de estar con Blake. Respiré hondo, súbitamente conmovida por esa realidad. ¿Qué había hecho para merecer a un hombre tan maravilloso?

—Sabes que no tengo palabras para agradecerte todo lo que haces por mí. Me gusta tomarte el pelo, pero en serio, ¿cómo puedo recompensarte por todas las cosas maravillosas que has hecho por mí?

—Ya se te ocurrirá algo —respondió, señalando mi copa—. Anda, bebe.

Suspiré y bebí un trago largo. Estuve a punto de escupir el líquido cuando algo duro cayó sobre mis labios. Me apresuré a tragar el vino y miré dentro de la copa.

Madre mía.

Me enderecé, apoyando los pies en el suelo y tratando de serenarme, pero nada podía atenuar mi estupor ante lo que contemplaba. Me quedé mirando como una estúpida el interior de la copa, pasmada y vagamente consciente de que Blake se había levantado y estaba arrodillado a mis pies. Deslizó las palmas de las manos por los lados de mis muslos desnudos hasta alcanzar el borde de mis shorts.

—Respira, cielo.

Yo obedecí, aspirando una bocanada de aire, incapaz de apartar la vista del espléndido anillo cuajado de diamantes que descansaba en el interior de mi copa vacía. No podía pensar. Apenas podía respirar.

—Tú no eres la única que tiene motivos para sentirse agradecida. Me has dado tanto como yo a ti. Me has demostrado tu amor en momentos en que no te puse las cosas fáciles... Erica, cariño, mírame.

Tragué saliva para aliviar el nudo que tenía en la garganta. Las lágrimas afloraron a mis ojos cuando sostuve su cálida mirada.

—Esto es una locura —murmuré.

—Quizá sea una locura, pero es nuestra vida, y quiero pasarla contigo, como tu marido. Quiero regresar a casa sabiendo que siempre estarás allí. Quiero hacerte el amor cada noche y despertarme junto a ti cada mañana durante el resto de mi vida.

Sacudí la cabeza, sin dar crédito, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Por más que me devanaba los sesos, no encontraba las palabras adecuadas.

Él me enjugó las lágrimas en mis mejillas y tomó la copa de mis manos. La volcó, rescatando el anillo que contenía, y depositó la copa en la mesa. Luego tomó mi mano con ternura y me miró.

—¿Quieres casarte conmigo, Erica?

Lo miré a los ojos, que ahora mostraban un color verde y luminoso a la débil luz crepuscular. El tiempo se detuvo mientras la pregunta resonaba en mi mente, consciente de la enormidad de lo que Blake acababa de pedirme. ¿Era esto real? ¿Me lo había pedido en serio?

—¿Estás seguro?

Él sonrió. Me pareció que nunca había estado tan guapo.

—Sí. Estoy seguro.

—¿No crees que es un poco precipitado? Es lo que dirá todo el mundo.

Sus ojos mostraron durante un segundo un gesto de perplejidad.

—Hemos pasado juntos lo que mucha gente no experimenta en toda una vida. No necesito más tiempo para saber que tú eres la persona con la que deseo estar. En serio, me importa un bledo lo que digan los demás. Y a ti tampoco debería importarte.

Miré sobre su hombro el flujo y reflujo constante del océano. Nuestro pequeño paraíso adquirió un aspecto incluso más surrealista. Ser la esposa de Blake, unir nuestras vidas de forma irrevocable. Yo había pensado en ello, como es natural. Había tratado de no tomarme demasiado en serio sus insinuaciones sobre un futuro juntos. Sin embargo, en el fondo era lo que deseaba. A pesar de que la perspectiva me aterrorizaba cuando pensaba en lo que significaba, deseaba estar siempre con Blake. Él acarició con el pulgar la piel sobre mi nudillo, haciendo que el corazón me latiera aceleradamente. Yo amaba a ese hombre, y creía que nada podía cambiar eso.

—De acuerdo —dije, bajito.

Él arqueó una ceja.

—¿De acuerdo?

Yo sonreí.

—Sí.

—¿Estás segura?

Solté una risita nerviosa.

—Sí, estoy segura. Deseo... deseo casarme contigo. Te amo, Blake. ¿Cómo podría responder otra cosa que no fuera «sí»?

En su rostro se dibujó una sonrisa. Deslizó el reluciente anillo sobre mi nudillo y después de colocarlo en su sitio depositó un beso en mi dedo anular. Luego se levantó, haciendo que me levantara también y rodeándome con sus brazos. Nos abrazamos con tal fuerza que yo apenas podía respirar.

—Te quiero, Erica. Nunca sabrás cuánto, pero haré lo imposible para

demostrártelo.

Yo le estreché contra mí tratando de asimilar la realidad de nuestra promesa, sintiendo un calor que me recorrió todo el cuerpo. Nuestro amor me llenaba hasta el extremo que creí que el corazón me iba a estallar.

En ese momento comprendí que jamás podría amar a nadie como amaba a Blake.

El resto del fin de semana pasó volando. Blake me llevó en una moto acuática a visitar las islas circundantes, donde tomamos el sol y escuchamos el sistemático murmullo del agua del océano hasta que nos sentimos demasiado cansados y hambrientos para permanecer más rato. Exploramos cada rincón remoto de la isla. Comimos y bebimos e hicimos el amor. Conversamos y nos hicimos promesas. Cada minuto era como un pequeño paraíso.

Ese compromiso entre nosotros representaba una novedad, un sueño. Pero también lo era estar en la isla, aislados de nuestro mundo real. Cada vez que mis ojos se posaban en el espléndido anillo que lucía en el dedo, el corazón me daba un vuelco de alegría. Era un recordatorio brillante y conmovedor del amor que Blake sentía por mí. Feliz y al mismo tiempo inquieta por lo que significaba para nuestro futuro, no pude evitar fantasear sobre nuestra maravillosa vida en común.

—¿Te gusta el anillo?

Alcé la vista y miré a Blake, que me había sorprendido admirándolo cuando nuestro avión se aproximaba a la oscura silueta urbana de Boston.

—Me encanta. Es sencillo.

—Si quieres, podemos escoger otro más grande. Me decidí por este, aunque no estaba seguro de lo que querías.

—No, me gusta este. Es perfecto.

—Bien. —Sonrió y me apretó la mano suavemente—. Colocaremos otro junto a él, y entonces sabré que eres mía para siempre.

Al imaginar al compañero de mi anillo de compromiso, de pronto comprendí el significado.

—Como las pulseras.

Él asintió.

—Me tendrás esposada y ligada a ti para siempre, Blake. ¿Estás seguro de que es lo que deseas?

Él se inclinó sobre mí, besándome en los labios con ternura.

—Esa es la idea.

El corazón me dio un vuelco. Sentí un nudo en el estómago debido a los

nervios, ante la perspectiva de pertenecer a Blake para siempre. Sería su *esposa*.

A medida que nuestro avión se deslizaba flotando hacia el Aeropuerto de Logan, lamenté que regresáramos tan pronto. Había sido una escapada increíble pero breve. Yo estaba aún bajo el efecto del «subidón», pero cuando aterrizáramos nos aguardaban a ambos unas realidades menos gratas. Fieran cuales fuesen los problemas que se presentaran, los afrontaríamos juntos. Yo había prometido a Blake que siempre sería así. Basta de correr y de tratar de ser fuerte por mí misma. No era fácil luchar contra mi carácter independiente, pero en esos momentos lo más importante era compartir mi vida, lo bueno y lo malo, con Blake.

Cuando entramos en el apartamento, Alli me recibió con una exclamación de alegría y un fuerte abrazo. Yo me reí y le devolví el abrazo. La felicidad de tener a mi mejor amiga junto a mí multiplicaba la dicha que me producía nuestro compromiso.

Heath estrechó la mano de Blake.

—Enhorabuena, tío.

En el rostro de Blake se dibujó una pequeña sonrisa.

—Gracias.

Heath se volvió hacia mí y me abrazó con fuerza.

—Erica, mi futura cuñada. No sabes dónde te has metido con este elemento, pero te deseo lo mejor.

Yo me reí y lo aparté con un afectuoso empujón. Ambos hombres entraron en la sala de estar para charlar mientras Alli me arrastraba hasta la cocina para inspeccionar el anillo. Lo observó durante varios segundos mientras la luz arrancaba unos reflejos a los diamantes. Sonreí, experimentando una renovada sensación de euforia al pensar que él me había pedido que fuera su esposa y yo había accedido. Sin haber tenido la oportunidad de fantasear sobre cómo se produciría esa situación entre nosotros, había comprendido al instante que era lo que yo deseaba.

Alli pasó el pulgar sobre el anillo, arqueando una ceja.

—Este anillo es diferente.

Me encogí de hombros, sin saber qué decir. No quería explicarle que las pulseras que Blake me había regalado meses atrás hacían las veces de esposas, y que ese anillo encerraba un simbolismo análogo.

—Sí, es diferente, pero nosotros somos así. A mí me encanta. Además, ¿cómo voy a trabajar todo el día con el ordenador con un gigantesco pedrusco

en el dedo?

Alli se apoyó contra la encimera, alzando la vista del anillo y fijándola en mis ojos por primera vez desde hacía unos minutos. Me observó casi con tanta curiosidad como había observado mis diamantes.

—Conociéndote como te conozco, imagino que en tu mente deben de bullir un millón de pensamientos con todo lo que ha ocurrido.

Yo me reí.

—Un poco. Me siento...

—¿Qué?

Suspiré.

—No sé. Supongo que aún estoy en estado de shock por que Blake me haya pedido que me case con él, y quiera que nuestro compromiso sea permanente.

—Blake está loco por ti. Lo sabes.

—Fue una decisión muy fácil de tomar. Está claro que yo también estoy locamente enamorada de él. Aunque me consta que no habría aceptado una negativa por respuesta. —Me reí para mis adentros, tratando de imaginar hasta qué extremos habría llegado Blake para obtener la respuesta que quería.

Mientras mi mente divagaba, Alli sonrió de oreja a oreja y dio unos saltitos de alegría.

—¡Me siento feliz por ti, Erica! He pasado todo el fin de semana con el alma en vilo. Heath me lo dijo después de que os hubiérais marchado, y me moría de ganas de volver a verte.

—Yo no tenía ni idea —dije, admirando el regalo que me había hecho Blake, su promesa.

—Me cuesta creer que fuera la primera vez que hablabais sobre el matrimonio.

La miré sorprendida.

—¿Por qué? ¿Lo habéis hecho vosotros?

Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—No me refiero a nosotros. Me refiero a vosotros. Por lo general, la gente habla sobre el matrimonio antes de declararse. Para tantear el terreno.

—Blake lo mencionó en cierta ocasión, pero creo que fue en plan de broma. Yo le dije que estaba loco. Y lo dije en serio. Sigo pensando que esto es una locura. Estoy muerta de miedo, pero quiero estar con él. Si esto es lo que él desea y quiere que lo hagamos ahora, por mí de acuerdo.

La perspectiva era tan abrumadora como inesperada. Yo amaba a Blake sin

reservas, pero no había considerado la posibilidad de consolidar nuestra relación con el matrimonio hasta al cabo de unos años.

El matrimonio, para mí, significaba estabilidad, algo seguro y en lo que podía confiar. Vivir felices por siempre y esas cosas. Por el contrario, en esos momentos, en mi vida había muy pocas cosas estables salvo mi amor por Blake. Pese a que él me había asegurado que todo iría bien, el futuro de la compañía me seguiría preocupando profundamente hasta convencerme de que estaba asegurado junto con los puestos de trabajo de todas las personas de mi equipo.

Clozpin era mucho más que un trabajo, y lograr que prosperara constituía algo más que una meta a corto plazo. Yo necesitaba que tuviera éxito por varias razones. Si no lo conseguía, dependería por completo del dinero y la seguridad que Blake podía ofrecerme. Aunque me alegraba saber que siempre me apoyaría y nunca me lo echaría en cara si fracasaba, la idea de depender por completo de otra persona me angustiaba.

—¿Habéis pensado en una fecha? ¿El lugar donde celebraréis la ceremonia?

Me reí ante el entusiasmo de Alli pero al mismo tiempo traté de reprimir la ansiedad que me producía tener que ocuparme de esos detalles. ¿Cuándo tendría tiempo para ello? ¿Esperaría la familia de Blake una boda por todo lo alto? Me había sentido tan abrumada por el hecho de que Blake me hubiera pedido que me casara con él, que ni siquiera se me había ocurrido preguntarle qué opinaba al respecto. Aún trataba de asimilar el concepto básico del matrimonio.

—No tengo la menor idea de lo que vamos a hacer o cuándo.

Los grandes ojos castaños de Alli mostraban una expresión sorprendida y expectante.

—Pero, como es natural, confío en que me ayudes —me apresuré a añadir.

Ella sonrió y se puso de nuevo a dar unos saltitos. Yo me reí ante su inagotable entusiasmo. Alli sería una ayuda impagable a la hora de organizar todo lo referente a la boda. Si alguien estaba capacitada para hacerlo, era ella.

—Tú eres quien debería casarse. Probablemente ya lo tienes todo planeado —dije, bajando la voz y volviéndome apresuradamente para cerciorarme de que Heath no me había oído.

—Es posible, pero de momento me conformo con organizar la tuya. Quién sabe si algún día llegaré a planear mi propia boda.

—Tengo la sensación de que Heath y tú ya habéis hablado del tema.

Ella se encogió de hombros y apoyó la cadera contra la encimera.

—Un poco, pero es un paso muy serio. Los dos sabemos que aún no estamos del todo preparados para eso. No obstante, tengo otra buena noticia para ti.

—¿Ah, sí? —Arqueé una ceja, llena de curiosidad.

—Heath y yo hemos encontrado otro piso. Está bastante cerca, pero estoy segura de que Blake alucinará al saber que va a recuperar su apartamento. Empezaremos a trasladar nuestras cosas esta semana, de modo que don Huraño no tendrá que seguir compartiéndote conmigo. —Alli sonrió y me dio un afectuoso golpecito en el hombro.

Yo sonreí, alegrándome por ella y por nosotros.

—Debes de estar muy ilusionada.

—Sí. Es la primera vez que viviremos en nuestro propio apartamento. Está desocupado, por lo que supongo que podremos instalarnos en él dentro de pocos días.

—Es fantástico. Si quieres que te ayude, no tienes más que decírmelo.

—No te preocupes. Tú concéntrate en tu trabajo. Sé que tienes que ponerte al día en muchas cosas en la oficina, pero anota en tu agenda que la semana que viene cenaremos juntas. Heath quiere invitar a la familia para enseñarles nuestro nuevo hogar. Además, estoy segura de que todos querrán hablar de los detalles de la boda, de modo que lo pasaremos de maravilla.

—De acuerdo —respondí débilmente.

El nudo en mi estómago se acrecentó cuando Alli mencionó a la familia de Blake. Sentía gran afecto por ellos, pero a veces me agobiaban un poco. ¿Era posible ser demasiado amable, preocuparse en exceso por los demás? Quizás en comparación con mi familia. La perspectiva de invitar a los Hathaway a entrar en mi vida para celebrar esa ocasión era, para decirlo suavemente, inquietante. A mi madre la habían ninguneado desde el día en que les había comunicado que estaba embarazada de mí. ¿Me ningunearían también a mí, o fingirían interés y asistirían a mi boda como si se hubieran preocupado siempre por mí? Cualquiera de esos escenarios era estresante, pero no quería privar a la familia de Blake de una ocasión que, sin duda, significaría mucho para ellos. Lo cierto era que nuestras dos familias no podían ser más diferentes.

Para evitar que Alli siguiera interrogándome, la conduje de nuevo a la sala de estar y pasamos el resto de la velada charlando con los chicos. Yo me relajé junto a Blake, agradecida, enamorada y decidida a sacar el máximo

partido de las pocas horas que quedaban de nuestra escapada lejos del mundo.

Todo había estado en calma en la oficina esa semana, aparte del rumor de las máquinas y el teclear de las personas que trabajábamos en ella. Yo estaba haciendo unos cálculos rápidos cuando sonó mi teléfono móvil. En la pantalla apareció el número de Daniel. No sabía si contestar o no. En cuanto reestableciera contacto con él, empezaría la batalla por mantener una saludable separación entre nuestras vidas y los temas de negocios. No me había apetecido hacerlo, y después de averiguar que otros dos anunciantes habían cerrado sus cuentas con nosotros desde el lanzamiento de PinDeelz, no estaba segura de querer hacerlo ahora. Quizá por pura necesidad de pensar en otra cosa que no fuera la caída en picado de mi compañía, decidí responder.

—Hola, Daniel.

—Hola. No sabía si atenderías mi llamada.

Quería ser sincera en mi respuesta, pero al mismo tiempo no quería cabrearlo. Había confiado en que ese próximo capítulo de nuestra relación no fuera tan conflictivo. No estaba segura de poder sobrevivir al mismo. Daniel Fitzgerald había demostrado ser violento y peligroso, pero yo quería convencerme de que era capaz de controlar al hombre detrás del aparato político, detrás de las capas de presión social que le habían llevado a convertirse en lo que era. Pese a mis recelos, una parte de mí estaba empeñada en salvar lo que pudiera de nuestra desastrosa relación padre-hija.

—He estado fuera de la ciudad —respondí, ofreciéndole una verdad a medias—. ¿Cómo estás?

—La campaña ha ido bien, de modo que no puedo quejarme. ¿Y tú cómo estás?

—Humm... bien.

Su silencio se prolongó durante varios segundos y sentí la necesidad de llenarlo.

—Blake y yo vamos a casarnos.

Él permaneció callado.

—Supongo que debo darte la enhorabuena.

—Gracias —contesté con voz queda. Me costaba creer que Daniel se alegrara sinceramente por mí, cuando él era el motivo de que Blake y yo hubiéramos pasado separados las semanas más tristes de mi vida. La

distancia había estado a punto de hundirnos.

—Suponiendo que no hayas olvidado el trabajo del que hablamos para la campaña —dijo.

Respiré hondo, dispuesta a mostrarme firme.

—Necesito tiempo, Daniel, después de todo lo ocurrido. Pero no, no lo he olvidado.

—¿Has tenido tiempo suficiente para tomar una decisión? ¿Podemos vernos para hablar de ello? El tiempo apremia, y tu aportación sigue siendo importante. No quiero dar nada por sentado en esta carrera.

Me puse a tamborilear con mi bolígrafo en la mesa, pensando en mis propios problemas de negocios.

—Quizá. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

Lo último que quería era reconocer el estado de mi negocio. Eso podía inducirle a presionarme para que trabajara para él de forma permanente. No me imaginaba peor castigo por haber fracasado como emprendedora que verme obligada a hacerlo.

—Podemos quedar para almorzar la semana que viene en mi cuartel general. Will te pondrá al corriente de algunos temas.

—De acuerdo.

—Hasta entonces. Y enhorabuena de nuevo, Erica. Me alegro mucho por ti.

Yo arrugué el ceño sintiendo que las palabras se atascaban en mi garganta.

—Gracias —respondí por fin.

Colgué y me quedé mirando mi teléfono. Quizá no había sido capaz de comprender a Daniel. O quizás eso significaba que había empezado a ganar su confianza y él la mía.

Pasé el resto del día sumida en una frenética actividad, realizando tareas grandes y pequeñas, hasta que mis energías se agotaron. Miré el reloj y pensé en marcharme, a fin de disponer de unos minutos más para arreglarme, antes de reunirme para cenar con Marie, la mejor amiga de mi madre, y su novio, Richard. Sid entró en mi despacho, interrumpiendo mis reflexiones.

—¿Qué hay? —pregunté, alzando la vista para mirarlo.

Sid aposentó su delgado cuerpo en una silla frente a mi mesa.

—¿Tienes unos minutos para que hablemos?

Yo me tensé, temiéndome lo peor. La web se había ido al garete o él había encontrado otro trabajo y ya no le interesaba seguir en Clozpin.

—¿Va todo bien?

Él se encogió de hombros.

—Aparte del hecho de que estamos perdiendo anunciantes y que la captación de usuarios se ha ralentizado. ¿Vamos a quedarnos cruzados de brazos sin hacer nada al respecto?

Yo me relajé un poco, pero el tono de su pregunta hizo que me pusiera a la defensiva.

—¿Qué quieres que haga, Sid? No tengo ningún control sobre la web de Risa ni los tejemanejes que se llevan entre manos para arruinarnos.

—Exacto. —Sid me miró con sus grandes ojos castaños.

—¿Y?

—Bueno, ¿por qué no te centras en las cosas que puedes controlar en lugar de obsesionarte con lo que hacen ellos? No van a desaparecer del mapa por arte de magia, y si tu estrategia consiste en no hacer nada confiando en que lo harán, no duraremos mucho tiempo. Todos los días aparecen y desaparecen webs como la nuestra.

—Nos mantenemos a flote, Sid. No hay que perder la esperanza —respondí, tratando de convencerme de ello.

—No entré a trabajar aquí para mantenernos simplemente a flote. No hay razón para que la compañía no pueda crecer. Diversificarse.

Yo arrugué el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tenemos que aumentar la apuesta. Ellos han copiado nuestro concepto, y si eso es lo único que saben hacer, serán ellos quienes se hundan. Creo que debemos empezar a pensar de forma más creativa en lugar de aferrarnos a conceptos trillados. ¿Qué podemos hacer para mejorar nuestra web?

Alcé las manos con gesto de exasperación.

—Desde hace días apenas pienso en otra cosa. Se me han ocurrido varias ideas, pero nada revolucionario.

—Quizá piensas en términos poco ambiciosos. Tienes muchos contactos. ¿Por qué no te asocias con alguien? Quizá debamos revisar este tipo de oportunidades.

—No necesitamos dinero. Blake ha invertido una cantidad considerable.

—No me refería a eso. Me refiero a ampliar el mercado al que va dirigido nuestro producto. Deja de pensar en el pequeño servicio que ofrecemos y piensa en lo que podemos hacer a mayor escala.

Yo asentí, impresionada por su sugerencia.

—Quizá tengas razón. ¿Se te ocurren otras ideas?

Él se encogió de hombros.

—No soy una veinteañera. Simplemente pienso que abordamos el problema desde un punto de vista equivocado. Fuiste tú quien propuso este concepto, y creo que si consigues dejar a un lado el pánico que te atenaza y olvidarte de lo que hacen en PinDeelz, puedes llevar a esta compañía a otro nivel. Superarlos a ellos con creces.

—Gracias, Sid. Pensaré en ello.

—De acuerdo. Dime si quieres que te eche una mano.

—Desde luego. —Me recliné en la silla—. ¿Cómo está Cady?

—Bien. Todo va bien —respondió sonrojándose.

Yo reprimí una sonrisa.

—Me alegro.

Él se levantó apresuradamente de la silla.

—Me marchó. Hasta mañana.

Me despedí de él con la mano y me puse a pensar. Distráida, empecé a hacer unos dibujitos en mi bloc de notas hasta que el cálculo de pérdida de ingresos que había hecho hacía un rato quedó rodeado por un decorativo diseño. Tal vez Sid tuviera razón. ¿Por qué no podía encontrar más fácilmente las respuestas? Toda decisión importante que yo había tomado últimamente parecía ser reaccionaria. ¿Por qué habíamos dejado de pensar de forma creativa para hacerlo con el mero afán de sobrevivir? Habíamos conseguido que Blake invirtiera el dinero suficiente para que la compañía creciera y se mantuviera, pero si yo no lograba hallar una solución al presente problema, su inversión disminuiría rápidamente. Me estremecí ante la idea de fallarle. Él me había abierto muchas puertas, ¿y para qué?

Cuando estaba a punto de rendirme se me ocurrió una idea. Rebusqué en el cajón de mi mesa hasta encontrar una tarjeta. Respiré hondo para calmar mis nervios y marqué el número que aparecía en ella.

Entramos en el ambiente climatizado de Abe y Louie's; la pesada puerta se cerró a nuestra espalda, bloqueando la luz que había penetrado junto con nosotros. Tomé a Blake del brazo. El maître del asador desapareció para preparar nuestra mesa y Blake se volvió hacia mí, estrechándome contra su pecho. Me quedé sin aliento al sentir el repentino contacto, abrazados a la vista de todas las personas que había cerca.

—¿No te recuerda nada?

Sonreí al evocar nuestro primer encuentro fortuito. Ya entonces, Blake me había dejado sin aliento.

—Bastantes cosas. Quería meterte en el guardarropa y besarte hasta borrar esa sonrisita satisfecha de la cara.

Él murmuró «humm», trazando el contorno de mi labio inferior con el dedo. El deseo que traslucían sus ojos hizo que mi corazón empezara a latir con furia contra su pecho.

—Aún puedes hacerlo.

—Cierto. Pero no quiero que nos echen antes de que llegue Marie.

—¿Crees que nos echarían por eso?

Yo contuve el aliento. Blake apoyó una mano en mi nuca y depositó un casto beso sobre mis labios. Con la otra mano me rodeó la cintura para sostenerme mientras hacía que me inclinara hacia atrás. Sonreí bajo la suave presión de sus labios sobre los míos, rodeándole el cuello con los brazos.

—Te has vuelto muy romántico.

Él sonrió, ayudándome a enderezarme, y relajó la mano con que me sostenía.

—Por lo que veo, seguís celebrándolo.

Aparté mi embelesada mirada de Blake y la dirigí hacia la puerta; la voz que provenía de allí me recordó que no estábamos solos. Marie entró seguida por un hombre de pelo oscuro. Sus ojos reflejaban curiosidad, orgullo y amor, y su expresión me llenó de gozo. Blake me soltó para que me acercara a saludarla. Marie me abrazó con afecto.

—Felicidades, cariño —me susurró al oído.

—Gracias.

Marie retrocedió y se volvió hacia el hombre que la acompañaba. Era alto, de más de un metro ochenta de estatura, con el pelo negro y corto y la tez aceitunada. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos durante un momento.

—Hola, Erica, soy Richard Craven. Es un placer conocerte por fin.

Yo le ofrecí la mano y él la estrechó.

—Lo mismo digo. Marie me ha hablado mucho de ti.

Alto, moreno y reacio a comprometerse. Lo miré y luego a Marie. Marie, la mujer que podía ser mi madre, pero que siempre me parecía demasiado juvenil y vibrante para su edad. Parecía incluso más joven al lado de ese hombre, en cuya presencia adquiría una expresión dulce, casi como la de una adolescente.

Blake se acercó a nosotros.

—Hola, Richard. Soy Blake Landon.

Este sonrió y le estrechó la mano.

—Por fin nos conocemos.

Blake lo miró perplejo.

—Hemos coincidido en varios eventos que se han celebrado en la ciudad. Soy periodista, de modo que asistía para escribir la crónica social y demás.

—Entiendo. Bien, encantado de conocerte formalmente, Richard. ¿Nos sentamos a cenar?

Marie palmoteó de gozo, sonriendo.

—Estupendo —respondió.

Blake me tomó de la mano e hizo una señal con la cabeza al maître, que se acercó a nosotros.

Nos sentamos a nuestra mesa y Marie me asedió a preguntas mientras esperábamos que nos trajeran la comida. ¿Dónde y cuándo íbamos a celebrar la boda? ¿A quiénes íbamos a invitar? ¿Cuándo iba a ir de tiendas para elegir mi vestido de novia? Respondí a tantas preguntas como pude. Blake y yo teníamos que ponernos de acuerdo en algunos planes básicos sobre nuestra boda antes de que otra persona tuviera ocasión de interrogarme acerca de los detalles. Me fastidiaba no tener respuestas, lo cual contribuía a la creciente ansiedad que sufría.

Centré mi atención en la conversación que Blake mantenía con Richard, desesperada por hallar una escapatoria.

—¿Escribes para una publicación específica? —le preguntó Blake.

—Ocupo un puesto de redactor en el *Globe*, pero de vez en cuando escribo para otras publicaciones.

—Richard tiene que viajar con frecuencia —terció Marie.

—¿Qué tipo de temas te interesan? —pregunté.

Richard se volvió hacia mí. En sus ojos observé una expresión que me desconcertó. Curiosidad, quizá cierto interés, pero no logré descifrarla.

—Escribo sobre todo tipo de temas, pero lo que más me interesa es la crónica política.

—¿Te divierte? —pregunté, confiando en que no percibiera la indiferencia en el tono de mi voz.

En sus labios se dibujó una seductora sonrisa.

—¿Hay algún aspecto de la política que no resulte entretenido?

Se me ocurren uno o dos, pensé. Emití una breve carcajada, no queriendo o

quizás incapaz de ofrecerle una respuesta sincera que no desembocara en una discusión sobre política, lo cual habría resultado desagradable durante la cena.

—¿Y a ti, Erica, te interesa la política?

—No especialmente. —Dejé mi servilleta sobre la mesa—. Disculpadme, tengo que ir al lavabo.

—Iré contigo, cariño —dijo Marie.

Se retocó el maquillaje frente al espejo, dándose un poco de brillo en el labio inferior.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Richard? Parece estupendo. Todo un seductor.

Marie me dirigió una pícaro sonrisa.

—A mí me sedujo con su encanto.

Puse los ojos en blanco y me reí.

—No me cuentes vuestras intimidades, Marie. Creía que habíais pasado por una mala racha. ¿Qué fue lo que cambió?

—Durante un tiempo él viajaba con frecuencia y apenas nos veíamos. Sinceramente, pensé que las cosas se habían enfriado entre nosotros. Pero estas últimas semanas han sido diferentes. No sé, es difícil de explicar, pero creo que hemos superado una etapa en nuestra relación.

—Eso es positivo, ¿no?

—De momento me conformo con eso. Lo estoy pasando demasiado bien para darle más vueltas al tema. ¿Qué me dices de Blake? Debes de estar flotando en una nube.

El mero hecho de pensar en él me hizo sonreír de felicidad. Llevábamos cuatro minutos separados y ya le echaba de menos. Qué tonta era.

—La verdad es que sí. Me pilló tan de sorpresa, que aún no me he hecho a la idea de que vamos a casarnos.

Ella meneó la cabeza y me dio una palmadita en la mejilla.

—Mi pequeña. Es increíble. Vas a casarte antes que yo. Si no te quisiera tanto, te odiaría un poco.

Me reí.

—Si no fuera por que Blake parece tener prisa por llevarme al altar, no me importaría dejar que te me adelantaras.

Marie ladeó un poco la cabeza.

—¿Estás segura del paso que vas a dar? Blake parece un tipo estupendo, pero no es preciso que lo hagas si no estás preparada. No quiero que te

conviertas en una vieja solterona como yo, pero tienes mucho tiempo por delante.

Bajé la vista, jugueteando con mi maravilloso anillo. No imaginaba que nada, ninguna duda o reserva, amenazara con interponerse entre el hecho de seguir luciendo ese anillo en el dedo y yo.

—No creo que nadie esté preparado para el matrimonio. Además, ya le he dicho que sí, de modo que ya me he comprometido —dije emitiendo una risita nerviosa.

Marie me acarició la mejilla con dulzura.

—Escucha a tu corazón, Erica. En el mundo no hay más que ruido, y esa es la única voz de la que podemos fiarnos en nuestra vida. Si tu corazón dice sí, lo demás no importa.

La abracé con fuerza durante largo rato. Pensé en todas las veces que me había reconfortado, aconsejándome y consolándome.

—Gracias por todo, Marie. Y no eres una vieja solterona.

Ella se rió bajito y me soltó, pestañeando para reprimir las lágrimas.

—Bueno, basta de sentimentalismos. Voy a estropearme el maquillaje. Regresemos junto a nuestros chicos.

El resto de la velada transcurrió en un ambiente cordial. Conversamos, y Marie relató varias anécdotas de los veranos que habíamos pasado juntas cuando yo iba al colegio. El bochorno que podía causarme su franqueza era rápidamente sustituido por la gratitud que sentía hacia ella por ser la única persona que podía representar a mi familia ausente. Blake me apretó la mano debajo de la mesa, dirigiéndome de vez en cuando una mirada cómplice, como si él también gozara con los pequeños retazos de mi pasado que le ofrecía Marie. Era lo más parecido a contemplar embarazosas fotos mías de bebé que él podía experimentar en mi mundo.

Nos terminamos un postre absolutamente delicioso y Richard pidió la cuenta justo en el momento en que mi móvil empezó a sonar. Lo saqué del bolso y reconocí el número.

—Disculpadme, tengo que atender esta llamada.

Blake arrugó el ceño, pero me levanté de la mesa antes de que pudiera asediarme a preguntas.

—¿Sí?

—Erica, soy Alex Hutchinson.

—Hola, Alex. Gracias por devolverme la llamada. Humm, no estoy segura de si te acuerdas de mí.

—Por supuesto. Landon nos presentó durante el evento en Las Vegas. Tardé un minuto en ubicarte, pero tienes una red social de moda, ¿no?

—Así es. Clozpin.

—¿Cómo te va?

—En general, muy bien. Estoy explorando distintas opciones para ampliar la web, posiblemente incorporando alguna plataforma de comercio electrónico. Como es natural, he pensado en ti, y ese es el motivo de mi llamada. No sé si hay alguna posibilidad de que nos asociemos, pero en cualquier caso me encantaría que me dieras algún consejo. Sé que debes de estar muy liado.

—No te preocupes. De todos modos, creo que será más fácil que hablemos personalmente. ¿Vas a venir este fin de semana para asistir a la entrega de los Tech Awards?

—Humm, no —respondí, no queriendo reconocer que ese evento no estaba en mi radar.

—Si puedes organizártelo para venir, conseguiré un par de entradas. Podríamos hablar sobre las oportunidades de trabajar juntos durante tu estancia aquí. Y, por supuesto, puedes incluirlo en el capítulo de gastos comerciales.

Yo me reí.

—Creo que podré arreglármelas. Consultaré mi agenda y te enviaré un correo electrónico confirmándotelo, pero me encantaría ir.

—Genial, ya me dirás algo. Si no puedes venir por algún motivo, estoy planeando ir a Boston dentro de un par de semanas para visitar a unos familiares, de modo que podemos vernos entonces.

—Muy bien. Gracias de nuevo, Alex.

Colgamos y no pude ocultar la sonrisa que se dibujó en mi rostro cuando Blake se acercó a mí en la entrada.

—¿Quién te ha hecho sonreír de esa forma?

—Era Alex Hutchinson.

—¿Qué tienes que hablar con él?

La arruga de su ceño se acentuó, pero relajó el gesto cuando Marie y Richard se reunieron con nosotros. Nos despedimos con un abrazo y Marie me hizo prometer que la llamaría para acompañarme a comprar mi vestido de novia.

En mi mente bullían muchos pensamientos cuando Blake me condujo fuera del restaurante. El empleado del servicio de aparcamiento apareció con el

Tesla, que aparcó frente al establecimiento, y Blake abrió la puerta para que me subiera. Después de sentarse al volante, se incorporó al denso tráfico nocturno. Al cabo de unos minutos de silencio, por fin dijo:

—¿Por qué estáis en contacto Alex y tú?

—Hablé con Sid sobre la posibilidad de cambiar el rumbo de Clozpin, a fin de hallar una solución más creativa, y recordé que Alex se había ofrecido a ayudarme cuando nos conocimos. No estoy segura de que le interese formar una sociedad conmigo...

—¿Qué tipo de sociedad?

El entusiasmo que había despertado en mí la llamada se disipó al percibir el escepticismo en la voz de Blake.

—No sé si él consideraría esa posibilidad. Su sitio web es inmenso y está claro que le va muy bien sin asociarse con nadie. Pero Max y Risa han formado una compañía que compite con la nuestra. He perdido otros cuantos anunciantes, y mis ingresos van a mermar gravemente. Pensé que...

—Lo entiendo, pero ¿pensaste en asociarte con Alex Hutchinson sin informarme de ello?

Yo me rebullí en el asiento.

—No creí que fuera necesario. ¿Hay algo con respecto a Alex que debería saber? Si se trata de algo parecido a lo que me ocultaste con respecto a Max, me gustaría saberlo antes de tomar un vuelo a San Francisco para reunirme con él.

Blake soltó un bufido, delatando su creciente frustración. Aparcó bruscamente a unos metros del apartamento y permaneció en silencio un instante, con la vista fija en la calzada.

—No tiene nada que ver con Max. Me asombra que no me comentaras nada de esto. Soy inversor en tu compañía.

—Te agradezco lo que has hecho, Blake. Mi intención es devolverte el dinero que has invertido, pero para hacerlo tengo que conseguir que la compañía siga funcionando. De lo contrario va a ser un fracaso estrepitoso y perderás todo el dinero que has invertido.

—El dinero me importa una mierda, Erica. No me importa perder cuatro millones de dólares si ese dinero fue lo que te trajo a mi vida. Estaría dispuesto a perder cada centavo que poseo.

El corazón me dio un vuelco de alegría al oír esa declaración.

—Gracias, Blake. Pero estoy decidida a lograr que este negocio sea un éxito. Me puse en contacto con Alex porque tuve una corazonada, y la verdad

es que no creí que me devolvería la llamada tan pronto. No esperaba que se mostrara tan dispuesto a hablar del tema, pero creo que es una oportunidad que debo examinar. Te lo cuento ahora, pocos minutos después de que haya sucedido. Lamento que pensaras que te estaba ocultando algo, porque no era esa mi intención.

Él tomó mi mano y frotó suavemente el dorso.

—¿Todo va bien en la oficina? —Yo no quería discutir, pero intuía que había algo que le preocupaba y confiaba en no ser yo el motivo de todos sus problemas—. ¿Has podido hablar con Michael?

—Le llamé, pero aún no me ha devuelto la llamada. Quizá vaya a Dallas. Algunas cosas es mejor hablarlas cara a cara.

—Podrías ir mientras yo estoy en California.

Él negó con la cabeza, apretando los labios con firmeza.

—No, iré contigo. Alex es amigo mío. Hemos trabajado juntos en algunas ocasiones y no quiero que vayas sola.

—Por mí encantada. Este fin de semana se celebra la entrega de unos premios de tecnología y Alex me ha dicho que si podía arreglármelas para ir, conseguiría unas entradas.

Blake incrementó un poco la presión sobre mi mano.

—Muy bien. Pediré a Cady que lo organice todo. Podemos tomar un vuelo el viernes por la noche.

Me incliné sobre él y deslicé la mano que tenía libre sobre su camisa. Sus ojos se oscurecieron. Permanecimos en esa posición, inmóviles en la oscuridad, con los ojos reluciendo a la luz de las farolas. Intuí que él tenía más cosas que decir, pero no quería insistirle esa noche. Alargué la mano hacia él, cubriendo la breve distancia entre nosotros.

Cuando nuestros labios se unieron, busqué la dulce profundidad de su boca. Nuestro beso se intensificó. Nuestras lenguas se enredaron. Él me soltó la mano para apoyar la suya en mi mejilla, haciendo que girara el rostro para besarme mejor. Yo arqueé la espalda, deseando que nuestros cuerpos se unieran en ese instante, pese a lo poco práctico que era hacer el amor en el coche.

—Te quiero —musité, tratando de recuperar el aliento.

Bajé la mano, gratamente sorprendida al comprobar que, como de costumbre, tenía una erección. Lo besé con pasión, tentándole con unos breves lametones dentro de la boca mientras imaginaba mi lengua lamiendo otra zona de su anatomía.

Él se apartó, resollando.

—Entremos en casa.

Antes de que pudiera moverse, le desabroché la bragueta y mis dedos empezaron a acariciarle el miembro con movimientos circulares. Lo besé en el cuello, mordisqueándole la piel mientras le acariciaba el sexo desde la raíz hasta la punta.

—Joder, Erica, entremos. Puede vernos algún transeúnte.

Yo sonreí contra él.

—¿Y qué? ¿Va a denunciarnos? Quizá disfrute viendo cómo te la chupo. —Empecé a besarle el lóbulo de la oreja—. Mi amante ha tenido un mal día. Deja que te consuele.

Él soltó otro resoplido, su pene palpitando en la palma de mi mano.

—Más tarde te castigaré por esto.

Yo me reí bajito.

—¿Vas a castigarme por querer chuparte la polla? Creo que puedo afrontarlo.

—Si aparece un policía antes de que me haya corrido, revisaremos el concepto de castigo. Puede que no te guste. Apresúrate.

Él se levantó un poco, haciendo que su miembro rígido se moviera en mi mano. Empecé a salivar ante la perspectiva de sentir su sabor. Obedeciendo sus indicaciones, me agaché y oprimí los labios alrededor de su piel ardiente. Lamí el glande y deslicé la lengua sobre su pene, lubricándola y sintiendo los movimientos espasmódicos en mi boca.

—Joder. Me encanta tu boca.

Gemí. Su sabor y su olor a almizcle asaltaron mis sentidos. Empecé a chupársela con un pulso rítmico. Él me agarró del pelo y yo reduje el ritmo de mis movimientos, dejando que él asumiera el control. Me tomó del pelo con más fuerza, guiando mis movimientos sobre su verga, metiéndola más profundamente en mi boca, moviéndose más deprisa. Le oí golpear el volante con la mano. Arqueó las caderas, introduciendo su pene hasta el fondo de mi garganta y luego retirándose un poco. Yo respiré con fuerza a través de la nariz un segundo antes de que él repitiera el movimiento, poniendo a prueba mi resistencia.

Una vez más, emitiendo un grito ahogado, sus músculos se tensaron. Una sarta de obscenidades flotaba en el aire a nuestro alrededor. Un chorro tibio me llenó la boca. Acabé de trabajármelo, tragando la prueba de su eyaculación hasta dejarlo limpio. Él se apartó de mí bruscamente, apoyando

la cabeza en el respaldo del asiento.

—Vas a matarme.

—Conozco esa sensación —murmuré, rebulléndome en el asiento debido a la excitación que se había apoderado de mí.

Él volvió la cabeza, mirándome.

—Estás húmeda, ¿verdad?

Me moví ligeramente, pero la fricción de mis muslos apenas consiguió aliviar la tensión que sentía entre las piernas.

—Sí, y estoy dispuesta a suplicarte que hagas algo al respecto.

Él deslizó un dedo por el escote de mi blusa, rozándome la parte superior de un pecho. Me mordí el labio con fuerza, la tensión dentro de mí acrecentándose. Alzó la mano para liberarme el pecho con el pulgar y me besó en los labios. Un beso profundo, posesivo, cuyo sabor permaneció unos momentos sobre mis hinchados labios.

—Tócame —gemí.

—Deseo hacerlo, créeme. Pero en cuanto hunda mis dedos en tu coño no podré bajarme de este coche sin follarte. Quizá quieras que el mundo sepa que te estoy follando hasta dejarte sin sentido, pero si voy a acabar en la cárcel, quiero que sea por algo más notable.

—¿Qué ha sido de tu espíritu aventurero? —repliqué con tono socarrón. Lo besé con furia, enloquecida de deseo—. No puedo esperar más.

—Créeme, puedes y lo harás. Te haré esperar más tiempo si no levantas ahora mismo el culo del asiento y entramos en casa —dijo con tono áspero—. Este coche no es lo bastante espacioso para todas las cosas que voy a hacerte.

El sol se puso sobre la curva del horizonte cuando el avión emprendió rumbo hacia el este. Me apoyé contra Blake, cansada de mi jornada. Me alegraba poder tomarme un respiro ese fin de semana, aunque fuese un viaje de trabajo. Habría preferido hacer otra escapada al Vineyard, pero más valía eso que nada.

—Tenemos que hablar sobre los planes de nuestra boda. Si tengo que soportar otro interrogatorio por parte de Alli me volveré loca.

Él sonrió.

—Alli probablemente ha provocado un infarto a Heath.

Yo callé, no queriendo insinuar que era posible que la pareja no tardara en empezar a planear su propia boda. Heath aún tenía mucho camino que recorrer para enderezar su vida después de la temporada que había pasado en un centro de rehabilitación. El hecho de estar de regreso en Boston con su familia y ahora con Alli parecía haberle sentado estupendamente, pero todos le estimábamos demasiado para dar por sentada su recuperación. Quizás era por eso por lo que Blake no le había insistido en que se mudara a otro apartamento, aunque ahora que él y yo vivíamos juntos la presencia de Heath y de Alli invadía nuestra intimidad.

—¿Has pensado en lo que quieres hacer?

Yo suspiré.

—La verdad es que no. Me siento demasiado agobiada para pensar en tantos detalles. Cuándo, dónde, quién... No sé cómo voy a ocuparme de todo.

Él tomó mi mano y la apretó suavemente.

—Haremos lo que tú quieras. Al fin y al cabo, lo único que me importa es casarme contigo. Si celebramos una boda por todo lo alto pasará a formar parte de la historia familiar de los Landon, y si nos tomamos un fin de semana en Las Vegas para casarnos, los dos solos, no me importará con tal de que te conviertas en la señora Erica Landon. Solo te pido que no me hagas esperar demasiado, ¿de acuerdo?

Yo me relajé un poco al observar la ternura en sus ojos cuando pronunció mi nombre, el nombre que pasaría a ser mío cuando nos casáramos.

—Opino lo mismo, pero no quiero disgustar a tu familia. Si nos fugamos

para casarnos en Las Vegas, seguramente me odiarán por haberles robado su momento.

Él se rió levemente.

—¿Su momento? Cariño, este es nuestro momento. Podemos hacer lo que queramos. Heath acabará pidiendo a Alli que se case con él, y ella tendrá entonces la oportunidad de volverse loca planeando su boda. No tienes más que decírmelo y reservaré la capilla de Elvis.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—No sé. Supongo que tengo que pensarlo.

—¿Te preocupa tu familia?

El nudo que sentí en el estómago respondió a su pregunta antes de que lo hiciera yo.

—Tal vez un poco. Es una lástima que mi familia no se parezca más a la tuya. No estoy segura de querer invitarlos a la ceremonia.

—¿Se lo has dicho a Elliot?

Negué con la cabeza.

—¿A Daniel?

—A él sí. Dijo que se alegraba mucho por nosotros, lo cual me dejó alucinada.

—Bueno, está claro que no será él quien te lleve del brazo al altar.

—No creo que debemos preocuparnos por eso. Si alguien debe hacerlo, probablemente sea Elliot. El otro día recibí una llamada suya inesperada. Hacía meses que no hablábamos.

—No me lo dijiste.

—Iba a hacerlo, pero tenías la acuciante necesidad de atarme a la mesa del comedor. Por cierto, fue por culpa de él que me retrasé.

Blake me apretó la mano, quizás en un silencioso gesto de disculpa. Yo me sentía demasiado cómoda para moverme y comprobar su reacción.

—¿Qué te dijo?

Me encogí de hombros, arrepintiéndome de haber sacado el tema. Entendía las razones de Elliot por querer ponerse en contacto conmigo, pero detestaba pensar que lo hacía por un sentimiento de obligación o de culpa.

Blake me tomó por la barbilla e hizo que me volviera hacia él.

—¿Te dijo algo que te disgustó?

Yo sostuve su mirada y me enderecé en el asiento.

—No. Pero el hecho de hablar con él me trajo muchos recuerdos. La mayoría tristes. Quiere venir a verme y conmemorar el aniversario de la

muerte de mi madre. Han pasado diez años.

Contemplé el oscuro cielo nocturno a través de la ventanilla de mi lado. Vi en mi imaginación a mi madre tal como la recordaba, como sucedía cada día y en momentos como ese. De algún modo, siempre estaba conmigo.

—Es curioso que a pesar de los años una conversación pueda devolverme de nuevo a esa época. De pronto yo tenía doce años. Ahora soy una mujer hecha y derecha. Puedo racionalizar y afrontar los contratiempos, pero no sé si alguna vez podré recordar su vida o su muerte sin experimentar los mismos sentimientos devastadores que tuve de niña.

—Es natural.

—¿Tú crees? Debería ser capaz de pasar página, pero esa conversación me hizo comprender todo el dolor sin resolver que hay aún dentro de mí.

—¿Por qué dices que está sin resolver? Al parecer, tu madre no tenía otras opciones.

—No me refiero a eso. Entiendo que no había nada que pudiéramos hacer para salvarla. Se trata más bien de la forma en que todo se vino abajo cuando ella murió.

—¿Te refieres a Elliot?

Asentí con la cabeza.

—No puedo enfadarme con él. Al fin y al cabo, no es mi padre. Estaba comprometido con mi madre, y no podía saber que ella enfermaría.

—Pero también estaba comprometido contigo.

Reflexioné sobre esa idea más tiempo de lo que quería.

—Ahora ya no importa. No sé por qué he sacado el tema.

—Porque aún te duele.

—Ya soy mayorcita. Puedo afrontarlo.

—Lo sé. —Blake se llevó mi mano a los labios y la besó con dulzura—. No es preciso que seas tan jodidamente fuerte.

Yo me reí bajito.

—No sé ser de otra manera.

—Supongo que en eso nos parecemos. Pero preferiría que me dejaras ayudarte a sobrellevar los problemas que te agobian.

Le miré con gesto interrogante.

—Por ejemplo, esta reunión con Alex. Yo podría haberla organizado para ti, tanteándolo para averiguar las posibilidades de un acuerdo y negociar algo que resultara beneficioso para ti. Pero eres tan cabezota que insistes en hacerlo todo tú sola.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Él se rió suavemente.

—¿Por qué te empeñas en ello, cuando puedo hacerlo yo mientras tú te concentras en otras cosas?

Retiré la mano de la suya.

—Como por ejemplo ¿qué? ¿Los planes de boda?

—No, ocuparte de otros aspectos del negocio. ¿No es lo que te gusta?

—Fomentar estas relaciones forma parte de mi trabajo. Si alguien debe hacerlo, soy yo.

—Como quieras, Erica. Si prefieres hacerlo todo por la vía difícil, no me opondré, pero no pienso irme a ninguna parte, por lo que te conviene recapacitar. Estamos en el mismo equipo, ¿recuerdas?

Me tomó la mano que tenía apoyada en el regazo, entrelazó sus dedos con los míos y deslizó los labios a lo largo de mi brazo. Yo me estremecí al sentir su aliento sobre mi piel. Mis pezones se endurecieron al instante. Miré a través de la ventanilla, tratando de enfurecerme, pero ese gesto inocente constituía una peligrosa promesa de la facilidad con que él asumía el control cuando lo deseaba. Blake era lo bastante persistente como para derribar las defensas de cualquiera.

Por más que yo me resistiera, siempre ganaba él.

La espaciosa sala de actos estaba abarrotada de gente. De diversos estamentos sociales. Desde ejecutivos a expertos en tecnología, pasando por otras profesiones. Por lo que Blake me había contado, ese evento reunía al «quién es quién» del mundo de la tecnología y en él se daba cita un espectacular muestrario de personas de la industria. Blake lucía un traje de color marengo, y yo un sencillo vestido drapeado rojo oscuro y unos zapatos de tacón negros.

Blake me condujo a través de la multitud rodeándome la cintura con un brazo. Ese gesto me reconfortó en más de un sentido. Ese tipo de eventos siempre me ponían nerviosa, y aunque deseaba valerme por mí misma, el hecho de que él estuviera allí conmigo me tranquilizaba.

—Landon.

Habían pasado varios meses desde la última vez que nos habíamos visto, pero al cabo de un segundo reconocí a Alex cuando se dirigió hacia nosotros. Miró primero a Blake y luego a mí, y después sus ojos se posaron en el brazo con el que Blake me rodeaba la cintura. Pensé en apartarme para obligarlo a

soltarme, pero habría resultado un tanto embarazoso. Si Alex aún no sabía lo de nuestra relación, ahora lo sabría. Y si creía que mi reciente éxito se debía al dinero de Blake..., bueno, quizá tuviera razón. Yo confiaba en que no desestimara mi propuesta de asociarnos debido a ello.

Me reproché dar tanta importancia a ese detalle. A fin de cuentas, Blake y yo estábamos ahora comprometidos. *Comprometidos*. Esa idea me dejaba pasmada cada vez que pensaba en ella.

—Me alegro de verte, Alex. Muchas gracias por habernos invitado a venir.
—Alargué la mano para estrechar la suya con firmeza, de profesional a profesional.

Él me miró sonriendo de oreja a oreja.

—Encantado. Celebro que pudierais asistir los dos. Este evento siempre resulta interesante. Todos los peces gordos están aquí, de modo que os sentiréis en vuestro elemento.

—Gracias —dije tímidamente.

—Bueno, háblame de Clozpin. ¿Cómo os van las cosas?

Me aclaré la garganta, confiando en no parecer tan torpe como me sentía. Me volví hacia Blake.

—Humm, me apetece una copa.

En sus labios se dibujó una media sonrisa.

—No faltaba más. ¿Quieres una, Alex?

Este alzó el vaso que sostenía.

—No, gracias.

Blake se dirigió hacia el bar, abriéndose camino airoso entre el gentío. Al separarse de mí, el calor que se había concentrado en la zona de mi cuerpo que había estrechado se disipó. Respiré hondo. Necesitaba un poco de espacio para decir lo que había ido a decirle a Alex. Lo miré a los ojos con una pequeña sonrisa.

—Seré sincera contigo, Alex. El negocio ha ido viento en popa. Hemos captado a varios anunciantes importantes, y en el breve espacio de tiempo desde que se fundó hemos gozado de un crecimiento espectacular. La trayectoria es fuerte. Sin embargo, hace poco ha aparecido una web competidora. Es prácticamente un clon de la nuestra y están tratando de robarnos a nuestros anunciantes.

Alex arrugó el ceño.

—Debe de ser frustrante.

—Mucho, pero al mismo tiempo me ha abierto los ojos. Nuestro equipo es

más fuerte que nunca, nuestra base es muy sólida y creo que podremos llevar a la compañía al siguiente nivel sin mayores problemas y superar con creces a nuestros imitadores.

Alex bebió un trago de su bebida.

—¿Cómo te propones hacerlo?

—Ahí es donde entras tú. Estoy abierta a todo tipo de sugerencias, pero creo que este es el momento perfecto para asociarme con alguien que pueda utilizar el tráfico que generamos en Internet para promover sus propias ventas y a cambio ayudarnos a crecer. Después de la conferencia miré tu web, y aunque siempre he tenido en mente el comercio electrónico confieso que he estado muy atareada creando nuestro actual modelo de negocio. No estaba preparada para acometer un cambio tan importante hasta hace poco.

Alex asintió lentamente. En sus labios se dibujó una sonrisa fugaz.

—Ahora comprendo por qué Landon ha invertido en tu compañía.

Yo solté una risa nerviosa, sin saber qué responder. Pensé en Blake al tiempo que las palabras de Alex resonaban en mi mente. Ladeé la cabeza y lo observé durante unos momentos.

—No recuerdo haber mencionado que Blake había invertido en el negocio, pero quizá sea obvio.

—Pude haberlo supuesto, pero no, Blake y yo hemos hablado hoy brevemente por teléfono. Él quería tantear las posibilidades y el tema salió a relucir. Descuida, estaba decidido a dejar que tú me presentaras tu propuesta. Sin embargo, no mencionó la web que os ha copiado, lo cual hace que aprecie aún más tu sinceridad al hablarme de ello.

Yo apreté la mandíbula. No sabía si enfadarme con Blake o sentirme orgullosa por haber impresionado favorablemente a Alex. Pero ¿por qué se entrometía siempre en mis asuntos? ¿Cuándo se daría cuenta de que podía valerme por mí misma? Mi cerebro me recordó que quería ayudarme, de forma compulsiva, pero otra parte de mí se preguntó si creía realmente que yo estaba capacitada para tomar mis propias decisiones.

La voz de Alex interrumpió mis reflexiones.

—Parece un comienzo prometedor. Te propongo que nos reunamos mañana para hablar de los pormenores. No quiero impedir que disfrutes de la fiesta. Estoy seguro de que Blake estará impaciente por presentarte a gente. Hay muchas personas interesantes aquí que deberías conocer.

Alex señaló con la cabeza algo a mi espalda. Me volví hacia donde miraba, de pronto más deseosa de localizar el rostro de Blake entre la multitud que de

dar caba a mi posible socio comercial. Cuando por fin lo vi, el alma se me cayó a los pies. El hermoso contorno de su perfil estaba de cara a Risa. Ella jugueteaba con un mechón de su cabello negro azabache mientras hablaba con él, articulando unas palabras que yo no lograba captar. Presentaba como de costumbre un aspecto impecable, vestida con un traje de chaqueta negro de firma. Pero su expresión era provocativa, tenía los ojos muy abiertos y el cuerpo levemente inclinado hacia atrás frente a la columna inmóvil del cuerpo de Blake.

—¿Erica?

Yo me volví de nuevo hacia Alex.

—¿Te parece que quedemos mañana para almorzar?

De golpe noté que me costaba concentrarme.

—Sí, muy bien.

—Estupendo. Nos veremos en el restaurante del hotel sobre el mediodía.

—Perfecto. Estaré encantada de reunirme contigo.

Al cabo de unos instantes Blake se colocó junto a mí, tomándome por la parte superior del brazo. Me sujetaba con firmeza, enviando unas señales de advertencia a mi cerebro. ¿Cuándo había aprendido yo a interpretar sus estados de ánimo? ¿Y cuándo había empezado mi cuerpo a reaccionar de forma tan intuitiva a ellos?

—¿Nos disculpas, Alex? —El tono de Blake ya no era relajado y despreocupado. Sus palabras sonaban secas, como si Alex ya no fuera un viejo amigo sino otro conocido de negocios.

—Desde luego. Pasadlo bien.

Alex se despidió de nosotros con la mano sin decir nada más. Blake me condujo hacia la puerta por la que acabábamos de entrar, apretándome el brazo con fuerza. Yo resistí la tentación de soltarme bruscamente y reprocharle que hubiera hablado a Alex de mi propuesta antes de que lo hubiera hecho yo. Quería estar furiosa con él por inmiscuirse de nuevo innecesariamente en mi vida profesional, pero al margen de eso había algo que me inquietaba.

—¿Qué hace Risa aquí?

—Ha venido por la misma razón que todos nosotros. Para ver y ser vista —respondió Blake entre dientes.

Sentí un nudo en el estómago provocado por la angustia. Nos detuvimos delante de los ascensores y él pulsó el botón con fuerza.

—¿Qué te ha dicho?

Sonó la campanilla y entramos en el ascensor, que por suerte estaba vacío. La puerta se cerró lentamente y él me acorraló contra la pared del espejo, inmovilizándome con su cuerpo. Me tomó por el mentón, obligándome a mirarlo a los ojos. Yo no podía rehuir esos ojos intensos que me taladraban.

—Te lo preguntaré por última vez. Y vas a decirme la maldita verdad. Si no lo haces, hemos terminado. Se acabó.

El nudo en mi estómago se intensificó al oír su amenaza.

—Me mentiste una vez porque creíste que me estabas protegiendo, pero si me mientes ahora, será la última vez que lo hagas. —Blake respiró hondo—. Dime la verdad y resolveremos el tema.

El corazón me latía con tal furia que pensé que se me iba a saltar del pecho. Estaba tan estupefacta que durante unos segundos no pude reaccionar.

—Blake... me estás asustando.

Él crispó la mandíbula, como luchando con las palabras que trataba de contener detrás de sus hermosos labios, apretados con firmeza.

—¿Has follado con James?

El corazón me dejó de latir. Lo miré a los ojos, buscando desesperadamente el motivo de esa inopinada pregunta.

—No —murmuré.

El ascensor se detuvo y él salió, dejándome allí, y echó a andar con rapidez por el pasillo. Yo le seguí apresuradamente hasta nuestra habitación. Me detuve junto a la puerta hecha un lío, sin saber qué hacer. ¿Qué le había dicho Risa? ¿Qué había provocado esa intensidad en él, tan violenta como inesperada?

Blake se quitó la chaqueta y la arrojó. Aterrizó sobre una silla y él se acercó a la ventana. Se pasó las manos por el pelo mientras contemplaba la espectacular vista de la ciudad.

Yo me quedé mirándolo. Impresionada, asustada, enamorada. No sabía qué ocurría esa noche entre nosotros, pero me horrorizaba lo alejado que parecía estar de mí. Avancé un paso hacia él y me detuve en seco cuando se volvió hacia mí. Cuando nos miramos de nuevo a los ojos me quedé sin aliento. Frío como el hielo. Sombrío e insensible como jamás lo había visto. No era mi tierno y romántico amante, sino el implacable multimillonario que no permitía que nadie le contrariara.

—Desnúdate.

La orden rompió el silencio entre nosotros. La palabra me dejó físicamente helada, provocándome un escalofrío que me recorrió la columna dorsal.

—Blake, no comprendo...

Él se desabrochó la camisa y empezó a sacársela lentamente.

—Quiero que te desnudes. Te quiero desnuda aquí, en el centro de la habitación.

—¿Por qué... por qué estás tan disgustado conmigo?

La frágil fachada de su controlada expresión se vino abajo. Hizo una mueca, enseñando los dientes.

—Maldita sea, Erica. Me mudaré a otra habitación y tomaré el primer avión que parta mañana por la mañana. Tú puedes dormir sola y regresar sola a casa. Si eso es lo que quieres, ponme a prueba. Para comprobar si estoy dispuesto a cederte el espacio que deseas.

Su piel se tiñó de rojo. ¿Había estado alguna vez tan furioso conmigo? Pero ¿por qué? Observé un tic en su mandíbula, el músculo tenso mientras esperaba que yo reaccionara. Abrí la boca para decir algo, pero no pude. No sabía contra qué me estaba defendiendo. ¿Qué había ocurrido para que tras gozar de una agradable velada nos viéramos envueltos en el tornado de esa inusitada furia?

Como en respuesta a mi silenciosa pregunta, dijo con tono grave y mesurado:

—Risa me ha contado lo de James. ¿Recuerdas vuestra pequeña cita fuera de la oficina después de que yo la acompañara a su casa? Al parecer las cosas se pusieron muy calientes entre vosotros. —Blake ladeó un poco la cabeza—. Suponiendo que la historia sea cierta.

No. Eso no podía estar sucediendo.

Mis ojos se nublaron debido a las lágrimas que trataba de reprimir. Estaba paralizada. Habría hecho cualquier cosa con tal de poner fin a esto sin pensarlo dos veces.

Él arrojó su camisa a un lado y avanzó hacia mí.

—¿Fue un encuentro tan ardiente como en la playa? Recuerdo lo excitada que te mostraste después.

—Blake —le imploré. Lo estaba tergiversando todo. Maldije a Risa por hacerme eso, por hacernos eso a los dos.

Él se colocó frente a mí, mirándome a los ojos. Parecía más alto, más avasallador que nunca. Bajé los hombros, acobardada ante él.

—¿No es verdad? Dime que no es verdad.

Apreté la mandíbula con firmeza. Todo lo que dijera ahora sería inútil. No le interesaban mis excusas.

Enredó los dedos en mi pelo, agarrándolo por las raíces para atraerme hacia él. Yo emití un breve gemido de dolor. Apoyé las manos en su pecho para no caerme al sentir que las piernas apenas me sostenían. El calor de su piel casi abrasaba la mía. Se inclinó sobre mí y sentí su aliento en mi pelo, en mi cuello. Podía olerle..., al hombre al que amaba y que quizá me odiaba en esos momentos.

—Desnúdate. —El veneno en su voz había dado paso a una peligrosa determinación que hizo que se me pusiera la piel de gallina—. Y arrodíllate.

Cerré los ojos. Espiré con fuerza, sintiendo como si sus palabras ya me hubieran desnudado. Quería llorar, pero recordé su amenaza. Que me abandonaría. Quizá solo por una noche, pero la posibilidad de que se marchara en medio de esas circunstancias me aterrorizaba. Me parecía increíble que no estuviera pensando en abandonarme por completo.

Al cabo de unos segundos me soltó. Cuando se apartó estuve a punto de dar un traspié. Fijé la vista en mis pies, deslizando las manos sin cesar, nerviosa, sobre mi vestido. Sin pensar, porque en esos momentos era incapaz de hacerlo con claridad. Mis dedos se detuvieron sobre el nudo que sujetaba el vestido sobre mi cuerpo. Torpemente, con manos trémulas, traté de deshacer el nudo. Por fin conseguí soltarlo, y el vestido cayó al suelo alrededor de mis pies. Consciente de que los segundos transcurrían y sabiendo que él los estaba contando, expectante, me apresuré a quitarme el sujetador y me bajé las bragas.

Me quedé en el centro de la habitación, desnuda. El silencio se prolongó entre nosotros. Levanté la cabeza para mirarlo. Sus ojos, centelleantes debido a las violentas emociones que se agitaban en él, me gritaron una orden en el silencio de la habitación.

Ante su tácita orden, me agaché, apoyando las manos en las rodillas. Una voz en mi cabeza gritó que no debía hacerlo, no de esa forma, pero otra respondió que me merecía cada minuto de ese suplicio. En cualquier caso, no podía permitir que me abandonara, y si tenía que arrodillarme para que se quedara, lo haría.

Contemplé el suelo enmoquetado frente a mí. Eso era lo que él deseaba de mí. Cuando quise preguntar por qué, cuando quise resistirme, las palabras de Blake resonaron en mi mente.

Sumisión total. Control total sobre tu placer y tu dolor.

Eso era lo que él quería... mi sumisión. No quería tener que explicarse. Yo podía pedirle perdón. Podíamos hablarlo, pelearnos, pero eso era lo que él quería ahora. Quizás era lo que yo necesitaba también. Ese tornado de nuestros cuerpos chocando uno contra otro, silenciando al resto del mundo. Pero él estaba furioso, y yo odiaba ver esa expresión en sus ojos sabiendo que la había inducido yo.

Él se acuclilló frente a mí, pero mantuve los ojos bajos, fijos en sus zapatos, en la forma en que su pantalón se tensaba contra sus musculosos muslos. Dios, era un hombre impresionante. Incluso cuando estaba enfurecido.

Su mano me rozó la mejilla, produciéndome un escalofrío que me recorrió la espalda.

—Si no estuviera tan cabreado en estos momentos, quizá me sentiría impresionado por ti, Erica. Mi pequeña sumisa por fin está aprendiendo. Veremos cuánto tiempo eres capaz de mantener esta actitud, porque esta noche vas a recibir el peor castigo de tu vida. ¿Crees que podrás soportarlo?

Alcé la cabeza y lo miré achicando los ojos. La luchadora que anidaba en mí amenazaba con soltarle lo que pensaba. Respiré despacio a través de la nariz para calmarme. *Tienes que capear el temporal.*

—¿Sigues sin querer utilizar una palabra de seguridad?

Mi pecho trató de expandirse cuando aspiré la siguiente bocanada de aire. Me apresuré a respirar de nuevo y negué con la cabeza, bajando de nuevo la vista. Estúpidamente, me convencí de que el hecho de elegir una palabra le daría a él la libertad de obligarme a utilizarla.

Él pasó las yemas de los dedos sobre mis labios, provocándome un cosquilleo.

—Él te besó. ¿Lo besaste tú a él?

Aspiré aire a través de mis trémulos labios.

—Por si no te habías dado cuenta, esta noche no tengo ganas de repetirme. ¿Lo besaste tú a él?

—Sí, yo... lo besé. —Las palabras dejaron un sabor amargo en mi boca. ¿Por qué? ¿Por qué había llegado tan lejos? Las náuseas hicieron presa en mi estómago al pensar que ese estúpido momento podía hacer que perdiera a Blake.

—¿Te metió la lengua en la boca?

Yo esperé un segundo y asentí de nuevo, abrumada por la sensación de náuseas. Él deslizó los dedos suavemente hasta mi pecho, sosteniendo uno de mis pesados senos en su mano.

—¿Y sus manos? ¿Cómo podía resistirse a estas tetas tan perfectas cuando tenía la lengua dentro de tu boca? ¿Te tocó aquí?

Tiró levemente de mi pezón, arrancándome un gemido de dolor.

—No lo sé. No.

Él bajó más la mano, deslizando la palma sobre mi vientre hasta detenerse entre mis piernas, que estaban separadas. Rozó mis labios genitales, apenas tocándome.

—¿Aquí?

—No —insistí.

—¿Deseabas que lo hiciera?

—No.

Me golpeó con la palma de la mano en el sexo, con una violencia que me produjo una inusitada sensación de dolor y placer.

—La verdad, Erica —me espetó.

—Yo quería estar contigo —me apresuré a responder—. Si alguna parte de mí deseaba esas cosas, el motivo era ese. Pero te digo la verdad cuando te aseguro que no sentí *nada*.

—¿Pretendes decirme que te besó durante el rato suficiente para que Risa lo viera, metiendo su maldita lengua en tu boca, y no sentiste nada?

Cerré los ojos, odiando todo eso. Todo estaba confuso, tan liado como me sentía yo cuando permití que James se aproximara demasiado a mí. Tenía la garganta agarrotada debido a la emoción.

—Blake. Por favor, créeme. Todo ocurrió muy deprisa. Él me pilló desprevenida y sí, puede que durante una fracción de segundo pensé que le deseaba. Pero luego no podía soportarlo. Incluso convencida de que te habías marchado para siempre, que no volverías a ser mío, comprendí que no le deseaba. Te deseaba a ti, pero él no es tú. Nunca lo será. Por más que me

odios y me castigues, eso nunca cambiará.

Mi voz tenía un tono lastimero cuando pronuncié las últimas palabras, la verdad que me atormentaría hasta el día de mi muerte si Blake me abandonaba. ¡Dios santo, me destrozaría para siempre!

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué diablos tuve que enterarme de esta forma?

Yo agaché la cabeza.

—No quería herirte, Blake —respondí, pero era demasiado tarde para eso.

—¿Tienes idea de lo furioso que me siento ahora mismo? —Su voz sonaba más grave, peligrosamente grave.

Le miré tímidamente a los ojos. Aparecían borrosos a través de las lágrimas que nublaban los míos. La ausencia de comprensión que traslucían me dejó helada.

—Lo siento. Lo siento mucho... —Mi voz se quebró, pero yo deseaba desesperadamente que lo supiera.

—¿Es verdad? ¿Me demostrarás cuánto lo sientes?

—Haré lo que tú quieras. —Extendí las manos hacia él, pero él me sujetó por las muñecas para impedir que lo tocara.

—¿Qué te hace pensar que te deseo después de lo que hiciste?

Sus palabras me hirieron como si me hubiera clavado un puñal en el corazón. Pero sus ojos desmentían sus palabras. Vi en ellos furia, pero también dolor. No el suficiente como para suavizar los duros rasgos de su semblante, pero el suficiente para hacerme albergar una pequeñísima esperanza.

—Tú eres el único hombre que deseo y que desearé. Por favor, no me odies, Blake. Fui una estúpida y estaba asustada. Me horroriza lo que ocurrió, que perdiera toda esperanza de recuperarte antes de que tuviéramos la oportunidad de hacer las paces. Te quiero. Por favor... deja que te lo demuestre.

Él se detuvo unos segundos antes de soltarme las muñecas. Se levantó y cruzó la breve distancia hasta el sofá. Su brusco rechazo reforzó la sensación de náuseas en mi estómago. Contuve el aliento al oír el sonido de su cinturón cuando se lo quitó rápidamente. Lo sostuvo en la mano un instante, mirándome con un gesto cargado de significado. Sentí una opresión en el pecho, empecé a respirar con dificultad. Inopinadamente, dejó caer el cinturón al suelo y se sentó en el sofá.

Se bajó la cremallera del pantalón, liberando su rígida verga. Empezó a

acariciársela de arriba abajo, lentamente. En esos momentos emanaba de él una tensión distinta, una tensión que yo podía aliviar si él me permitía hacerlo. Pasó un rato mientras se excitaba masturbándose, sin apartar la vista de mí. Me clavé las uñas en la parte superior de los muslos. Ardía en deseos de acercarme a él, pero si me movía sin su permiso me castigaría. No me atreví a decir nada.

—Acércate —dijo con voz ronca.

Aliviada, hice ademán de levantarme.

Pero él me lo impidió, ordenándome:

—A rastras. Quiero que permanezcas a cuatro patas hasta nueva orden.

Tras dudar un momento, empecé a moverme. La moqueta se clavaba en las palmas de mis manos y me lastimaba las rodillas cuando atravesé la distancia que nos separaba. Las mejillas me ardían de vergüenza. En esa postura me sentía tan humillada como él deseaba que me sintiera.

Sin embargo, nada podía disminuir el deseo que él me inspiraba. Me senté sobre los talones entre sus piernas, sumisa como me había mostrado un poco antes. El hinchado glande de su rígido sexo desapareció bajo la palma de su mano y reapareció cuando la deslizó hacia la base. Tenía el glande húmedo y reluciente. Me pasé la lengua por los labios, casi sintiendo su sabor: solo deseaba tener su miembro en mi boca. Yo podía eliminar esa frustración, aliviar ese deseo que nos abrasaba a los dos.

—¿Quieres esto? —Su voz sonaba débil debido a la tensión al tiempo que empezaba a acariciarse más deprisa.

—Sí. —Me incorporé un poco, apoyando las manos en sus rodillas.

—No mereces esto. La satisfacción que te procuraría.

El puñal que me había clavado en el corazón se hundió más profundamente. Me agaché, como un animal herido.

—Por favor. Déjame que te lo haga —le imploré.

Él respiraba trabajosamente a través de los dientes. Me mordí el labio, mi frustración se intensificó al intuir que él estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Mis palabras se perdieron. ¿Iba a ignorarme hasta que se corriera? Deslicé las manos hacia arriba y hacia abajo sobre sus muslos. Me humedecí los labios, imaginando sentir su sabor, el instrumento de su deseo entre ellos.

—Déjame que te lo haga, cariño, por favor. Te amo. Quiero hacerlo.

Él cerró los ojos, sus músculos endureciéndose al contacto de mis manos.

—Joder —gruñó. Su cabeza cayó hacia atrás con un trémulo suspiro.

Envalentonada, apoyé una mano sobre la suya, deteniendo sus acelerados

movimientos. Al cabo de un segundo tenía su sexo en mi boca. Moví la lengua con rápidos movimientos circulares sobre su glande. Lo succioné con fuerza, hundiendo las mejillas, para tomar todo su pene en mi boca. Me moví y gemí, restregando mis muslos uno contra otro, colocándome de forma que pudiera abarcar prácticamente la totalidad de su miembro en mi boca.

Al instante noté que estaba a punto de correrse. Tras unos últimos y urgentes movimientos contra el fondo de mi garganta, se estremeció al tiempo que soltaba un gruñido mezcla de dolor y placer. Me agarró por el pelo y me apretó contra él hasta que se hubo vaciado, su sexo moviéndose espasmódicamente y palpitando después de la eyaculación.

El dolor en las rodillas y la incomodidad que sentía por la manera en que él me movía para que le procurara placer se disiparon cuando sentí su sabor, cuando aspiré su olor. Le lamí el miembro de la base a la punta hasta dejarlo limpio. Mi amante, mi bello y atormentado amante. Yo deseaba ser eso para él. Quería adorarlo, servirle. Quería serlo todo para él, incluso en esos sombríos momentos en que nada tenía sentido excepto las exigencias de nuestros cuerpos.

Él retiró su miembro de mi boca, y los sonidos de nuestra respiración llenaron el silencio. Mis pechos estaban tensos y pesados. Me había humedecido entre las piernas. Le deseaba ahora, con tanta furia como la que él había mostrado un rato antes. Pero resistí la tentación de demostrárselo, de pedirle más. Apoyé las manos de nuevo en mis rodillas, respirando a través del deseo que me devoraba.

Él levantó la cabeza. Su semblante se había suavizado después de alcanzar el orgasmo, pero tenía la mandíbula apretada con firmeza.

—Tócate.

Sin pensarlo dos veces me toqué entre las piernas. Me lubriqué el clítoris con el flujo de mi excitación y empecé a acariciarme rítmicamente. Cerré los ojos. Un breve gemido escapó de mis labios cuando imaginé que eran sus dedos los que me acariciaban.

—¿Desearías que fuera yo quien te tocara?

—Sí.

—¿Quieres que meta mi polla en tu húmedo coño?

—Sí —respondí con voz entrecortada. Mi vientre se tensó y un calor abrasador me recorrió la piel. Mi sexo pulsaba y se contraía, anhelando que él me penetrara. Sentirle dentro de mí, hasta que esta locura desapareciera y solo quedáramos nosotros, juntos.

—Sigue excitándote.

El temor me invadió cuando sentí que se apartaba de mí. Si antes me había rechazado, ¿qué le impedía atormentarme hasta conducirme al borde del abismo y dejarme allí, para vengarse? Mis dedos restregaban mi clítoris con frenesí. Sentí que me aproximaba el orgasmo y me afané en alcanzarlo. Cerré los ojos para no ver nada, para concentrarme en lo que hacía. De pronto comprendí que si no me masturbaba hasta alcanzar el clímax él me dejaría insatisfecha.

—Blake —gemí. Su nombre brotó de mis labios como una oración desesperada. Él no estaba dentro de mí, pero estaba conmigo. Invadiendo mis pensamientos, profundamente arraigado en cualquier fantasía que me condujera al orgasmo. Lo mantuve junto a mí mientras arañaba el sofá, ahora vacío, alzando las caderas al tiempo que trataba de alcanzar el clímax.

—Estoy aquí.

Abrí los ojos al oír su voz junto a mi cuello. Antes de que pudiera concentrarme, pasó un brazo a través de los míos a la altura del codo, tirando de mis hombros hacia atrás. Mis pechos se tensaron. Mi clítoris pulsaba demandando atención. Me moví nerviosa, impaciente por terminar de masturbarme o que lo hiciera él. Blake me tomó por el cuello con la mano que tenía libre, con delicadeza pero en un gesto posesivo. Apoyó el pulgar sobre mi pulso cuyos latidos se intensificaron al sentir su mano rodeándome el cuello.

—Quiero enseñar a tu cuerpo quién es su dueño, pero quiero oírtelo decirlo —murmuró, chupándome el lóbulo de la oreja y mordiéndolo con fuerza.

Traté de revolverme, pero él me tenía inmovilizada.

Me lamió el lóbulo de la oreja para aliviar el escozor. Sus besos en mi cuello, ardientes y con la boca abierta, me dejaron sin aliento y loca de excitación. Moví las caderas hacia atrás, apretándome contra su pene rígido, implorándole en silencio que me follara. Él hizo que inclinara hacia delante, apoyando los pechos en el sofá. Retiró la mano de mi cuello y la apoyó en mi vientre. La deslizó dentro de mi húmedo y ardiente sexo, sus dedos restregando el duro capullo de mi clítoris. Yo me tensé al sentir el contacto de su mano, el pausado ritmo de sus caricias llevándome al borde de la locura.

—Eres mía, Erica. Tu corazón, la sangre que palpita a través de él cuando te tengo sometida de esta forma. Tu cuerpo, el modo en que se mueve para mí, que se corre para mí. Todo es mío. Dilo. Dime que soy tu dueño.

Yo me moví para incrementar el contacto con su mano, sin hacer caso de

su petición.

—Dilo.

Torcí el gesto, sintiendo de nuevo el deseo de rebelarme.

—Nadie es mi dueño.

—¿Qué?

Su pregunta encerraba un claro desafío. De alguna forma el fuego de mi deseo espoleó también mi furia. Necesitaba correrme, aliviar esa tenión y todo lo que comportaba.

—Nadie es mi dueño —le espeté experimentando de nuevo una sensación de impotencia y frustración.

Las yemas de sus dedos abandonaron mi clítoris. Sujetándome con fuerza por las caderas, tiró de mí hacia atrás, apretándome contra él, restregando su pene duro contra mis nalgas. Yo contuve el aliento, mi furia disipándose en el tornado del deseo de que me follara.

—Te equivocas. En cuanto te puse ese anillo en el dedo, me convertí en tu dueño. No te hagas la tonta fingiendo que no lo sabías. Me prometiste que nadie volvería a tocarte. ¿Lo recuerdas? Entonces te castigué, y ahora volveré a azotarte en el trasero una y otra vez hasta que te oiga decir esas malditas palabras.

Se apartó y se colocó a un lado, y al cabo de unos instantes sentí el latigazo de su cinturón sobre mis muslos. El grito que brotó de mis labios quedó ahogado en el sofá cuando me propinó otro latigazo.

—¡Blake!

—Podemos hacer esto tanto tiempo como quieras. Me pone cachondo ver cómo se te pone rojo el culo.

—No estábamos juntos. —Mi voz, cargada de todas las emociones que en él parecían estar ausentes, se quebró cuando me propinó otro doloroso trallazo en el culo.

—¿Quién tuvo la culpa? —bramó.

Yo. El ardiente escozor de mi piel aumentó cuando me asestó otro azote en el mismo lugar. Grité, tensándome y tratando de apartarme, pero él me tenía inmovilizada. No espaciaba los azotes. Quería que yo experimentara ese castigo en toda su dureza, como jamás lo había hecho.

Soy tu dueño.

Las palabras se grabaron en mi cerebro mientras recibía un azote tras otro, tensándome hasta que pensé que mis músculos iban a agarrotarse. Cada azote me causaba un dolor que hacía que el placer pareciese algo imposible de

alcanzar. Cada uno parecía más violento que el anterior hasta que mi cuerpo se quedó insensible. Las lágrimas rodaron por mis mejillas, y el único lugar donde sentía dolor era en el corazón, donde yo misma nos había herido a los dos.

Apenas sentí alivio cuando él se detuvo. Mi visión de la habitación desde el cojín en el sofá estaba nublada por las lágrimas. Él me separó las rodillas y me sobresalté cuando las palmas de sus manos rozaron la sensible piel que había soportado su castigo. Sus dedos se deslizaron por la raja de mi culo hasta alcanzar mi húmedo sexo, hundiéndose en él. Yo gemí, abrumada por todo lo ocurrido. Mi cuerpo parecía un cable de alta tensión, insensible y al mismo tiempo sobreexcitado. Pese al duro castigo, mi sexo estaba empapado de deseo por él.

Él retiró la mano de mis genitales e insertó la húmeda yema de un dedo en el apretado orificio de mi culo.

—Debería follarte por aquí. Te lo mereces —murmuró.

Yo sacudí la cabeza. Había conseguido resistir el dolor, pero no podía soportar más. En todo caso, no creía poder hacerlo. No sabía si él dejaría que me corriera, pero incluso esa angustiada perspectiva era mejor que el castigo con el que me amenazaba ahora.

—No, por favor.

Él insertó un segundo dedo, dilatándome el ano.

Contuve el aliento y mi cerebro, que estaba envuelto en una bruma, cobró de nuevo vida. Levanté la cabeza del sofá tensando todo el cuerpo.

—¡No! Te lo suplico, Blake. Por favor, no lo hagas. ¡No puedo soportarlo!

Él guardó silencio a mi espalda y se apartó sin decir palabra. La sensación de alivio cayó sobre mí como un martillo.

—Puede que esta noche no, pero te tomaré por detrás. Cuenta con ello. ¿Sabes por qué? —Se agachó, rozándome la oreja con sus labios—. Porque soy tu dueño —musitó.

Yo apreté la mandíbula; aún quedaba un hilo de rebeldía en mí. Mi agarrotada garganta confirmaba el torrente de emociones que se abría paso hacia mis ojos. Esperanza, dolor, amor. Los minutos o las horas que habían transcurrido habían suscitado una serie de violentas emociones que habían sacudido mi cuerpo como una tormenta eléctrica.

—Voy a follarte, y te juro por Dios que no dejaré que te corras hasta que digas las palabras.

Sosteniéndome por la cadera, apoyó su miembro en la entrada de mi sexo y

me penetró con furia. En la habitación resonó un alarido casi como el de un animal, y comprendí que lo había emitido yo. Un placer casi desesperado me invadió. Corría por mis venas casi como una droga adictiva, haciéndome enloquecer, hasta el punto de que lo único que me importaba en el mundo era sentir su cuerpo dentro del mío. Me separó más las piernas para que sintiera cada una de sus embestidas, penetrándome hasta el fondo.

—Mía —repetía mientras me acometía una y otra vez—. No volverás a olvidarlo nunca, Erica.

El hecho de sentirme poseída por él me ofuscaba los sentidos, me trasladaba a otro lugar. Yo lo necesitaba. Le necesitaba a él. Necesita eso. Y era suya.

Mío. Eres mío. Soy tuya. Para siempre. Fuera de mí, repetí esas palabras como un mantra hasta que perdieron todo sentido. *Eres mi dueño. Eres mi dueño. Siempre lo has sido.*

—Eso es. Soy tu dueño, cariño.

Abrí los ojos. Había pronunciado las palabras en voz alta. Todas ellas. En el ciego frenesí de mi deseo.

—Y tú, maldita sea, eres mi dueña.

Su confesión interrumpió mis divagaciones. De pronto me penetró con tal violencia que grité. Sus dedos regresaron a mi clítoris, estimulándome de nuevo. Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso, pero él me sujetaba por los brazos con firmeza. Me tenía atrapada en el placer, inmovilizándome de forma que lo único que sentía eran sus rudos movimientos, la tremenda fricción en mi pasaje íntimo. La necesidad de correrme me abrasaba como si tuviera fuego en las venas.

—Blake... Dios mío, haz que me corra. Te quiero. Soy tuya..., por favor..., por favor. No puedo parar.

—¿Quieres correrte?

—¡Por favor!

—Entonces córrete —dijo.

Como obedeciendo una orden, la tormenta que se agitaba en mi cuerpo estalló. Me apreté contra su verga, oprimiéndola con mi sexo, sintiendo que me penetraba hasta el fondo. Cada músculo de mi cuerpo se tensó en un infinito y sublime estado de satisfacción. Sollocé de placer, mis sonidos amortiguados por los cojines en los que tenía sepultado mi rostro. Fue una liberación total, dejándome débil y temblando. Apoyando una mano en el sofá para conservar el equilibrio, él se corrió, apoderándose de mi cuerpo con

la misma pasión y energía con que se había apoderado de mi corazón. De todo mi ser. Yo lo acepté, deseando que su posesión alcanzara mi alma.

Se hundió dentro de mí con una última embestida, tenso y silencioso.

El sudor me refrescó la piel. Él me cubría la espalda con su cuerpo, envolviéndome con su calor. Todo mi cuerpo parecía suspirar, debilitado hasta lo indecible. Al cabo de unos momentos él emitió un trémulo suspiro y me rodeó el torso con el brazo. Un abrazo. Cálido y yo quería creer que amoroso. Flexioné los dedos contra su estómago, deseando estrecharlo contra mí, sentirlo junto a mí. Pero él seguía teniéndome cautiva, negándose a soltarme.

—Te quiero —dije.

Cuando las palabras brotaron de mis labios, rogué que me respondiera lo mismo. *Perdóname. Haz que olvidemos todo esto.* Pero al cabo de un instante se apartó y dejé de sentirlo. Una vez libre, me volví. Él desapareció en el cuarto de baño. La puerta se cerró de un portazo en el silencio de la habitación.

Vacía y aterida de frío, me senté en el suelo y me rodeé el torso con los brazos. Al cabo de unos minutos de escuchar el chorro de la ducha, me acerqué a la cama. Las piernas apenas me sostenían. Me dejé caer sobre las frescas sábanas y me cubrí con el edredón, deseando que el pesado cobertor fuera los brazos de Blake rodeándome.

Dejé que las lágrimas rodaran por mis mejillas. Una oleada tras otra de lágrimas, hasta que el sueño lo sumió todo en la oscuridad.

—Erica... despierta.

Me desperté sobresaltada, abriendo los ojos al tiempo que la habitación, inundada de luz, adquiría nitidez. El corazón me latía demasiado aceleradamente, como si yo experimentara aún un pánico latente. Blake estaba de pie junto a mí, bebiéndose un café. Vestía un pantalón y una camisa recién planchada. Me relajé un poco, aliviada al comprobar que aún estaba allí.

—Vamos a almorzar con Alex. Me ha enviado un mensaje de texto diciendo que se retrasará, pero empieza a arreglarte.

Me incorporé despacio y me cubrí con las ropas de la cama para ocultar mi desnudez. Me froté los ojos, esperando que la somnolencia remitiera. Miré el reloj. Había dormido casi doce horas, pero mi cuerpo parecía estar drogado, exhausto. Lentamente, empecé a recordar los detalles de la noche. No había bebido una gota de alcohol, pero de alguna forma me sentía resacosa. Tal como había prometido, Blake me había propinado la noche anterior la mayor azotaina de mi vida. Traté de sentir ira, pero en mi corazón solo había dolor y arrepentimiento.

Cuando busqué su mirada, él se apartó y centró su atención en su teléfono móvil.

—Deberías darte una ducha.

Me recliné de nuevo sobre las almohadas. Me pasé la mano por mi alborotado pelo y pensé en cómo había terminado nuestra noche. Sola. Lejos uno del otro. Acobardada, por fin hice acopio de las fuerzas necesarias para levantarme. Me encaminé hacia el cuarto de baño con paso torpe y lento. Tenía los músculos agarrotados y la cabeza estaba a punto de estallarme.

Permanecí largo rato en la ducha, debajo del chorro caliente como si el agua pudiera eliminar el persistente dolor que me aquejaba. Unos pensamientos sobre James y el error que yo había cometido y por el que ambos estábamos pagando asaltaron mi fatigado cerebro. Blake era exageradamente celoso, pero comprendí que la noche anterior le había causado un profundo dolor.

Se había marchado, dejándome sola con la intensidad de lo que habíamos

hecho sin decir una palabra. Habíamos vivido otras noches intensas. Él me había empujado hasta el borde del precipicio y nos habíamos despeñado juntos. Para bien o para mal, esas noches siempre terminábamos juntos. Pero la noche anterior no, y cuando me dejó sola, cruzamos una línea roja. Él había violado un nuevo e invisible límite que yo ignoraba que existía. Posiblemente yo, con lo que había hecho para desencadenar su furia, también hubiera cruzado una línea roja. Pero la sensación de vacío que él había dejado en mí era distinta a todo cuanto había experimentado antes. Ese vacío arrojaba una sombra sobre el dolor y el castigo que él me había infligido, haciendo que pareciese más sombrío.

El calor de la ducha me produjo una renovada sensación de debilidad y cansancio. Cerré el grifo, salí y me sequé con una toalla, consciente de que Blake estaba al otro lado de la puerta sosteniendo en sus manos mi corazón. En algún momento tendríamos que hablar sobre lo sucedido, pero no sería una conversación cómoda. Yo estaba demasiado aturdida para exponer a Alex mi propuesta, pero de alguna forma no me importaba tanto como debería.

Blake se entretuvo trabajando con su ordenador portátil mientras yo me vestía para nuestra cita con Alex. No nos dirigimos la palabra. Como impelida por una fuerza magnética, mi mirada no cesaba de posarse en él. Si se dio cuenta, no lo demostró, pues no levantó la vista del ordenador para nada.

Si él hubiera querido que habláramos, ¿qué le habría dicho yo? En lugar de ello, procuré ajustar mi paso al suyo cuando entramos en el restaurante del hotel y nos dirigimos hacia nuestra mesa. Cuando me senté en la silla traté de disimular un gesto de dolor. No podía ignorar las molestias que sentía en mi magullado trasero, pero no quería dar a Blake la satisfacción de que se percatara.

Al llegar, Alex me saludó. Yo sonreí débilmente y cruzamos unas frases de cortesía. Comenté que yo había abandonado la fiesta temprano porque no me sentía bien, lo cual no dejaba de ser cierto. Él quería que le diera más detalles, que le explicara la logística de Clozpin. Yo asentí, pero el entusiasmo que pudo haberme sacado del atolladero y permitirme salir airoso de la conversación brillaba por su ausencia. Me limité a contemplar la comida en mi plato, sin el menor apetito. No cesaba de darle vueltas a lo que había sucedido entre Blake y yo. ¿Qué importaba todo lo demás cuando las cosas no funcionaban entre nosotros?

Se produjo un silencio incómodo, pero la parte de mí a la que pudo haberle importado no le importaba. Blake apoyó una mano en mi rodilla debajo de la mesa y me la apretó suavemente. Yo alcé la vista y lo miré. Al sentir el contacto de su mano el corazón empezó a retumbarme en el pecho, como si no hubiera empezado a latir hasta ese preciso instante. Él arrugó levemente el ceño, mirándome con gesto interrogante, pero cuando abrí la boca para hablar, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Discúlpalos, Alex, enseguida volvemos.

Me levanté de la mesa junto con Blake, con los ojos nublados por las lágrimas, y buscamos un lugar apartado en el otro extremo del restaurante. La oscuridad nos envolvía. Su cuerpo se aproximó al mío, robándome el aliento de los pulmones. Yo ansiaba que me tocara. Necesitaba que me tocara para impedir que me viniera abajo.

Él tomó mi rostro suavemente en sus manos. Yo suspiré, invadida de nuevo por el cansancio. Me obligó a levantar la cabeza y lo miré a los ojos. Esos ojos que me desarmaban, que traslucían oscuridad y pasión —todo lo que yo amaba en ese hombre— se clavaron en mí.

Te amo. Quería decírselo. Quería dejar que las palabras brotaran de mis labios una y otra vez hasta que él me respondiera lo mismo.

—Blake...

—¿Estás bien?

Me acarició la mejilla con el pulgar. Más contacto, cada caricia suya me abrumaba. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que empezaron a rodar por mi rostro. Apoyé las manos en su pecho, deseosa de sentir su calor, su fuerza.

—No puedo hacerlo, Blake. En estos momentos es imposible. Lo siento..., no puedo.

Él me tranquilizó y me enjugó las lágrimas.

—Lo haré yo, ¿de acuerdo?

—No, no puedo estropear esto. Tengo que estar presente.

—No vas a estropear nada. Todo irá bien. Yo hablaré con Alex. Sube y descansa. —Me tomó por los hombros y deslizó las manos por mis brazos, deteniéndose allí solo unos segundos antes de marcharse. Antes de que yo pudiera detenerlo, desapareció y me quedé de nuevo sola.

Me encaminé apresuradamente hacia los ascensores, agachando la cabeza para ocultar mi rostro manchado de lágrimas. Me las enjuagué pero no dejaban de rodar por mis mejillas. ¿Qué diablos me ocurría?

Cuando llegué arriba, observé la habitación vacía. Vacía, como mi corazón

hueco y dolorido. Quería que Blake estuviese aquí. Me disgustaba que no estuviera conmigo, pero en esos momentos yo no estaba en condiciones de sentarme con Alex para hablar de negocios, lo cual no dejaba de ser irónico, dado que el propósito del viaje era justamente ese.

Sin desnudarme, me dejé caer en la cama sin hacer. Me había despertado sin sentir el contacto de su piel y ahora estaba de nuevo allí, sobreviviendo a duras penas sin él. Empecé a sucumbir al sueño, dispuesta a regresar a casa, rogando que de alguna forma pudiera despertarme y comenzar de nuevo.

Me senté a la cabeza de la mesa de juntas y esperé a que el resto del equipo se instalara a mi alrededor. Después de haber dormido buena parte de la tarde en la habitación del hotel y de haber regresado a casa en el vuelo nocturno, me habría convenido descansar un rato. Una parte de la pesada bruma emocional se había disipado. Lo suficiente como para que cuando Blake me informó sobre su reunión con Alex, mi cerebro se centró de nuevo a regañadientes en los asuntos referentes al negocio. Los términos que habían acordado eran excelentes, mejores que los que yo habría conseguido o siquiera exigido. Quería sentirme sorprendida, pero con Blake al volante el resultado era previsible. Lo único que tenía que hacer yo era aprovechar la oportunidad que se me ofrecía y tomar las iniciativas necesarias para seguir impulsando el éxito de nuestra compañía.

—¿Cómo te ha ido en San Francisco?

La voz de Alli interrumpió mis divagaciones. Se había sentado en la silla junto a mí. Miré sus ojos castaños, deseando poder explicárselo todo. Mi dulce y cariñosa amiga. No sabía por dónde empezar. ¿Cómo podía explicarle que mi futuro marido me había castigado porque me habían pillado besándome con uno de mis empleados cuando Blake y yo habíamos roto? Dios, me hallaba en un dilema de lo más jodido.

—Bien —mentí.

Me dolía todo el cuerpo, debido al sexo, por supuesto, pero habían transcurrido varias horas sin que se hubiera producido ninguna emoción real entre Blake y yo. Durante el viaje de regreso, todo había sido frío y distante entre nosotros. Pero yo había intuido en él cierta vacilación, una tensión que se traducía en la sequedad de cada palabra que pronunciaba, en su deliberado afán de evitar mi mirada mientras yo le suplicaba más. Una mirada, una caricia, cualquier cosa que me diera a entender que todo iba bien entre

nosotros.

Demasiado cansada para insistirle en que me explicara qué le ocurría, me había comportado de forma maquinal. Era una sensación que recordaba bien, una sensación que había experimentado no hacía mucho, que yo misma había provocado, cuando Blake y yo habíamos permanecido separados en unas circunstancias muy distintas. Todo ello me afectaba profundamente. Me disgustaba no saber lo que él estaba pensando, y en parte temía lo que me respondería si se lo preguntaba. Necesitaba creer que superaríamos esa crisis, que había una luz al final del túnel. De haber pensado siquiera por un momento que no lo lograríamos, no sé si habría podido seguir adelante.

Los asistentes fueron sentándose alrededor de la mesa, y yo tomé unas notas de última hora. Aparté de mi mente todos mis temores, negándome en silencio a dejar que los acontecimientos del fin de semana dieran al traste con toda mi jornada. Pese a todo, había mucho que hacer y yo tenía que seguir adelante.

James ocupó la silla frente a Blake. El ambiente a mi alrededor se tensó, llenando el espacio entre ellos. Su mutua antipatía era palpable. La claridad de ideas que yo empezaba a recuperar se desvaneció cuando observé la forma en que Blake miraba a James. Este se rebulló en su silla mientras el otro le dirigía una mirada tan venenosa, que no me habría chocado que al cabo de unos segundos ambos se hubieran lanzado a la yugular del otro.

Solté una palabrota para mis adentros, preguntándome cómo había logrado Blake convencerme para que le dejara dirigir la reunión sabiendo que James también estaría presente en medio de aquel mal rollo. Debí suponer que Blake buscaría una oportunidad para encararse con él, para iniciar algo que pudiera rematar.

Me apresuré a tomar la palabra para que centraran su atención en el tema que nos ocupaba.

—Este fin de semana Blake y yo nos hemos reunido con un posible socio, Alex Hutchinson, quien nos ha autorizado para que derivemos las ventas de comercio electrónico a su sitio web, a cambio de una mayor publicidad y comisiones para nosotros. Aún no hemos resuelto los pequeños detalles, pero esto representa una fantástica oportunidad para fomentar nuestro crecimiento, para expandirnos más y ampliar nuestro negocio. Tendremos que hacer algunos ajustes en nuestra plataforma para sacar el máximo partido de esta oportunidad.

—¿Alguna novedad con respecto a los anunciantes? —inquirió James,

minimizando mi buena noticia con la fría realidad del golpe que nos habíamos llevado debido a los intentos por hundirnos por parte de la web competidora.

Allí intervino en la conversación.

—Ningún otro anunciante ha retirado su cuenta desde la semana pasada, lo cual indica que Risa seguramente ha ido a por los que tenía más a mano, por decirlo así. Confiamos en que el resto nos siga siendo fiel durante nuestro proceso de expansión.

Yo disimulé un gesto de desagrado. Se me ocurrían otros epítetos para definir a Risa que habría preferido utilizar.

—¿Cuándo quieres que nos pongamos en marcha? —preguntó Chris, nuestro programador residente aficionado a las camisas hawaianas.

—Lo antes posible. Sé que será complicado construir esto al tiempo que mantenemos lo que tenemos. Pero creo que con lo que hemos pasado debido a los intentos de hackearnos, podremos llevar a cabo varias tareas a la vez sin muchas dificultades. Sid, empieza a echar un visazo al API de esa web.

Blake le pasó un puñado de papeles.

—Aquí tienes la documentación. Alex y yo la hemos examinado a fondo. No creo que tengas ningún problema en implementarlo.

Sid tomó los papeles, abriendo los ojos con gesto de sorpresa. Yo esboqué una pequeña sonrisa; aún era prematuro para celebrarlo, pero me alegraba haber logrado captar al menos el interés de Sid. El hecho de ver cómo el plan comenzaba a perfilarse me asustaba un poco. Me estaba metiendo en terreno desconocido, pero era preciso hacerlo. O nos hundíamos o salíamos a flote, y yo estaba decidida a conseguir que sobreviviéramos. Esa oportunidad que nos ofrecía Alex prometía ser el salvavidas que necesitábamos.

El resto de la reunión transcurrió sin novedad mientras yo repartía las tareas entre todos los presentes. Empecé a sentirme más centrada que hacía un rato. Solo me había ausentado durante el fin de semana, pero había regresado completamente descentrada. El hecho de volver a reunirme con el equipo me había ayudado a centrarme, y estaba deseosa de emprender ese nuevo proyecto. La tensión que había detectado en Blake había remitido, por lo que supuse que a él quizá le sucedía lo mismo. No obstante, James me dirigió algunas miradas de preocupación. Como de costumbre, había intuido que ocurría algo, que yo tenía un mal día. Yo no sabía cómo explicarle el motivo. Un suspiro de cansancio escapó de mis labios. Habría dado cualquier cosa por poder dar marcha atrás.

La reunión concluyó y los asistentes empezaron a dispersarse. Yo recogí mis notas, dispuesta a regresar a mi mesa e iniciar mi jornada.

—Tenemos que hablar.

La voz de Blake sonaba grave, el tono amenazante era inconfundible. Al alzar la vista comprobé que estaba mirando a James.

Este permanecía sentado, inmóvil detrás de una máscara de supuesta indiferencia.

—¿Sobre qué?

Blake se levantó despacio.

—Creo que es preferible que hablemos en privado, ¿no te parece? —respondió señalando la puerta.

James se levantó de la silla con gesto indolente y se dirigió hacia la puerta. El corazón me latía con fuerza mientras echaba un vistazo alrededor de la oficina. Nadie parecía haberse percatado. Los seguí apresuradamente. Cuando los alcancé se habían detenido en el pasillo. Cerré la puerta a mi espalda.

Blake estaba frente a James, con las piernas separadas y los brazos cruzados.

—Quería informarte yo mismo de que debes presentar tu dimisión. Preferiblemente esta semana.

—¿Cómo dices? —James se tensó visiblemente—. Mi jefa es Erica, no tú.

—Eso es lo de menos. Debes irte y punto.

El tono de Blake no admitía réplica. La ira y la confusión hicieron presa en mí. Quería que Blake supiera cuánto lamentaba lo ocurrido, lo desesperadamente que deseaba arreglar las cosas entre nosotros. Pero me estaba atacando donde más me dolía. Mi negocio. Mi medio de vida. El lugar seguro que me pertenecía a mí y solo a mí, y con esas exigencias no hacía sino empeorar la situación.

—¿Qué haces, Blake? Déjalo correr. —Avancé un paso hacia él, confiando en que nadie en la oficina pudiera oírnos.

—James se marcha, Erica. Es así de sencillo. A menos que quieras que me marche yo.

—No lo dices en serio. —Lo miré de hito en hito, casi demasiado cansada para poner a prueba su determinación.

James se rió por lo bajo, interrumpiendo nuestro toma y daca. Sus ojos azules y fríos estaban fijos en Blake, las manos apretadas a sus costados.

—El éxito se te ha subido a la cabeza, Landon. Crees que puedes venir

aquí y dar órdenes a todo el mundo. ¿Qué clase de imbécil prepotente se comporta de esa forma? Y para colmo has tenido el valor de ponerle la mano encima. Debería partirte la cara para que sepas cómo se siente Erica.

Blake se volvió de nuevo hacia James; en su mandíbula pulsaba un tic.

—¿De qué coño estás hablando? Jamás le he puesto la mano encima.

Yo avancé un paso tentativo hacia ellos, aunque no las tenía todas conmigo. Con tantas emociones al rojo vivo, temía que si me interponía entre ellos podía acabar lesionada.

—No, James. No lo entiendes.

—¿Le dijiste que yo te había golpeado?

Sostuve la mirada implorante de Blake llena de confusión, quizás incluso de cierto sentimiento de culpa. Pero él estaba equivocado. Sentí que se me encogía el corazón y las lágrimas afloraron a mis ojos.

—No. Por el amor de Dios, dejadlo estar.

James avanzó un cauteloso paso hacia mí, suavizando el tono.

—No tienes que aguantar esta mierda, Erica. Basta con que digas una palabra y lo echaré de aquí.

—De eso nada.

Blake propinó un empujón a James, que era más bajo que él, y este chocó contra la pared. James reaccionó de inmediato tratando de asestarle un puñetazo, que Blake logró esquivar por los pelos. Ambos se enzarzaron en una pelea, empujándose y tirando uno del otro, hasta que estaba convencida de que se matarían si yo no intervenía. Tenía que obligarles a detenerse.

—Fue Daniel —grité, sin importarme revelar la verdad que había mantenido en secreto a fin de detener esa locura.

Blake apartó a James de un empujón, y durante un momento mantuvo las distancias mientras ambos trataban de recuperar el resuello y se observaban enfurecidos.

Un gesto de confusión aplacó un poco la ira de James.

—¿Quién?

—Es... da lo mismo. El día que me viste en ese estado, acababa de verlo. Nos habíamos peleado y... —Suspiré, sintiendo que el peso de las últimas cuarenta y ocho horas caía de golpe sobre mí—. Fue él quien me golpeó.

Se hizo un profundo silencio. Sin palabras, sin puñetazos. Ninguno de los dos hombres se movió.

La expresión en el rostro de Blake me destrozó. Por si no bastara con el dolor que le había causado averiguar lo de James y yo, esas palabras

arrojaron sobre su rostro una sombra de traición que hizo que yo deseara arrojarme en sus brazos y repetirle lo mucho que lo lamentaba. Que lamentaba todo lo ocurrido.

—Primero esto —dijo Blake, señalando a James—, y ahora me dices que Daniel te golpeó. ¿Qué coño está pasando, Erica? ¿Hay algo más que quieras decirme? Vamos, suéltalo todo de una vez.

Me temblaban los labios y las lágrimas amenazaban con aflorar de nuevo. Blake estaba demasiado lleno de ira para sentir en esos momentos mi arrepentimiento. Yo estaba sola con él. Sola y esforzándome por mantener cierta paz entre mi vida personal y mi vida profesional. Una causa perdida donde las haya.

— Marchaos. Los dos. —Las últimas palabras se quebraron en mi garganta, faltas de convicción y reflejando mis destrozados nervios.

James soltó una palabrota y nos dejó solos; sus pasos desaparecieron por la escalera. La puerta de abajo se cerró de un portazo y el eco ascendió hasta nosotros. Blake se quedó inmóvil, taladrándome con la mirada. El silencio era doloroso; en mi mente se agolpaba multitud de pensamientos que parecían gritar en medio del silencio.

Casi podía oír los de Blake. Más preguntas en torno a «por qué». *¿Por qué había sido tan estúpida? ¿Tan cabezota?* Cuando alcé la vista y la fijé en sus dolidos ojos, estos me lo confirmaron. El esfuerzo por contener su furia, la culminación de todo el dolor que yo le había causado era evidente en su postura. Los músculos de sus brazos estaban tensos, dispuestos a abalanzarse de nuevo sobre James y propinarle una soberana paliza.

Yo quería pedirle perdón, tratar de recuperarlo, pero la indignación que sentía contra mí misma me lo impedía. Sabía que Blake estaba celoso, pero había llevado sus celos demasiado lejos. No tenía derecho a encararse con James ni a inmiscuirse en mis asuntos de esa forma. Por más dolido que estuviera por lo ocurrido.

—Ni siquiera sé qué decirte —dijo por fin.

—Entonces no digas nada. Blake... Estoy rendida, me duele todo el cuerpo y estoy a punto de perder los nervios. No necesito que me humilles, que pretendas convencerme de que tengo la culpa de todo. —Mi voz tembló cuando me enjugué una lágrima que había rodado por mi mejilla—. Quizá sea cierto, pero no soporto que me lo digas ahora. No lo resisto.

Él dudó unos momentos mientras el tenso silencio llenaba de nuevo el espacio entre nosotros. Luego dio media vuelta y se fue sin decir palabra.

Había abandonado de nuevo mi mundo. Lo observé alejarse, liberada de la presión de su resentimiento, pero infinitamente más apenada que antes.

Me detuve en el pasillo, con la mano apoyada en la puerta. La risa de Alli y de otras personas traspasaban los muros de su nuevo apartamento. Yo quería celebrarlo y sentirme feliz por Alli y por Heath, pero mientras Blake mantuviera las distancias conmigo me resultaba imposible experimentar esa emoción.

Blake había interpretado mi petición de que no dijera nada y se fuera al pie de la letra. Habían transcurrido un par de días. La noche anterior se había quedado trabajando de nuevo hasta tarde, había llegado a casa después de que yo me hubiera ido a dormir y se había levantado antes que yo. La única prueba de su presencia allí era una taza de café vacía en el fregadero. Siempre parecía estar más allá de mi alcance, y aunque yo también estaba enfadada, la distancia entre nosotros me estaba destrozando.

Respiré hondo y abrí la puerta, sin estar remotamente preparada para asimilar todo el amor que flotaba a mi alrededor cuando me hallaba en presencia de la familia de Blake. Era un sentimiento contagioso, por lo que albergué cierta esperanza de que fueran capaces de sacarme, y sacar también a Blake, de ese hoyo.

Como un perfecto reflejo de la energía que derrochaban Alli y Heath, el apartamento reverberaba con el sonido de risas, el rumor de conversación y la sonora carcajada que soltó Alli cuando el corcho de la botella de champán salió disparado.

—¡Erica!

La hermana menor de Blake, Fiona, se acercó apresuradamente para abrazarme cuando entré en la sala de estar. Seguida por Catherine, que me abrazó afectuosamente cuando Fiona se apartó.

—¿Cómo estás, cariño? Tienes un aspecto magnífico.

—Bien, gracias. —Esbocé una débil sonrisa, bajando la vista y observando tímidamente el conjunto que me había puesto. Me sorprendió no llevar unos zapatos desparejados, teniendo en cuenta lo obsesionada que estaba últimamente con mis problemas. Una falda negra, un top y unas bailarinas del mismo color. Con eso era difícil equivocarme.

Cuando miré de nuevo a Catherine, observé una arruga de preocupación en

su entrecejo. Me animé al instante y adopté una expresión risueña. Pese a todo, no quería que mis problemas empañaran la fiesta de Alli. Era un momento importante para ella y para Heath, y yo temía robarle protagonismo con todo el trajín de mi boda que ella me había asegurado que teníamos que resolver esa noche.

Alli se acercó con nosotras, me tomó de la mano y me condujo hacia el interior del apartamento.

—Te ofreceré una visita guiada.

—De acuerdo. —Saludé brevemente a Heath y a Greg con la mano antes de que desaparecieran de la vista.

Alli me condujo a través del apartamento, mostrándome una habitación tras otra. No faltaba de nada, tal como cabía suponer tratándose de la vivienda de un Landon. Unos colores cálidos, unas habitaciones espaciosas y una decoración de buen gusto. Algunas estancias estaban aún repletas de cajas, pero en general el espacio rezumaba un aire de hogar, el hogar de Alli y de Heath.

—Es precioso, Alli.

Ella alzó los hombros con gesto de satisfacción y sonrió.

—Gracias. Me encanta. Estoy muy ilusionada acondicionándolo para convertirlo en nuestro hogar. Heath ha trabajado duro para ponerlo a punto, pero aún podemos añadirle unos últimos toques.

Yo sonreí también, consciente de lo mucho que Alli y Heath habían avanzado en su relación. Hacía solo un par de meses que él había abandonado el centro de rehabilitación, pero era evidente que habían emprendido juntos una vida saludable y normal. Alli trabajaba con ahínco después de haberse reincorporado a mi compañía, y Heath hacía otro tanto en la de Blake. Este quería que su hermano se involucrara más en el negocio, y por lo que me habían contado, Heath había agarrado al toro por los cuernos, dedicando más tiempo e interés por la empresa que antes.

En el fondo me sentía muy feliz por ellos. Pero no podía evitar compararlos con Blake y conmigo. A pesar de compartir un apartamento, estábamos más distanciados que cuando yo vivía un piso más abajo. La decisión de vivir juntos había sido fácil, casi demasiado fácil. Al principio yo tenía ciertas reservas, pero ante la insistencia de Blake, mis bolsas de basura llenas a reventar que había sacado hacía un par de meses de la residencia estudiantil de Harvard emprendieron otro viaje escaleras arriba. En menos de veinticuatro horas, mi vida estaba más firmemente integrada en el organizado

mundo de Blake. Aunque me gustaba compartir ese espacio, nunca había tenido la sensación de que el apartamento me pertenecía, no como Alli sentía que le pertenecía el que compartía ahora con Heath.

—Me alegro mucho por ti —dije, tratando de reprimir el temblor de mi voz mientras Alli me miraba en busca de aliento y apoyo por ser yo su mejor amiga.

Ella sonrió, satisfecha, y me tomó del brazo.

—Gracias, cariño. Me siento feliz. Ahora bebamos unas copas de champán para alegrarnos más. Tenemos que hablar sobre los detalles de la boda y ultimar los pormenores de la fiesta con Fiona.

—¿La fiesta?

Alli puso los ojos en blanco y se llevó la mano a la boca.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Mierda, mierda, mierda. Olvida lo que he dicho.

Yo la detuve antes de que abandonáramos la habitación.

—En serio, Alli. Suéltalo de una vez.

Ella se encogió de hombros, resignada.

—Tenía que ser una sorpresa. Catherine quiere ofreceros a Blake y a ti una fiesta para celebrar vuestro compromiso.

Yo arqueé las cejas.

—¿Lo sabe Blake?

—Por supuesto.

—¿Por qué no me lo dijo nadie?

—Pensamos que sería más divertido que fuera una sorpresa. Sé que has estado muy estresada con todo lo que ha ocurrido en la compañía últimamente. No queríamos darte otro quebradero de cabeza. En realidad, no es nada especial. Tan solo una pequeña fiesta en casa de ellos con algunos amigos de la familia que quieren conocerte y volver a reunirse.

Como era de esperar, sentí una opresión en la boca del estómago. No imaginaba quiénes eran esos *amigos de la familia*, pero en vista de la tensa situación entre Blake y yo, era muy posible que tuviera que arreglármelas sin él durante buena parte de la velada. Una perspectiva que lejos de animarme contribuyó a mi angustia.

—¿Te parece bien?

—Desde luego —respondí—. Será divertido. Si puedo echaros una mano, dímelo.

—No te preocupes por nada. Creo que Catherine lo tiene todo organizado. Lo único que tenéis que hacer tú y Blake es presentaros y disfrutar de la fiesta.

Alli me tomó la mano y me la apretó para tranquilizarme cuando entramos de nuevo en la sala de estar. Fiona estaba llenando las flautas de champán, acercándose al borde lo máximo posible sin que la espuma se derramara.

—¿Dónde están los chicos? —pregunté.

Fiona se sentó en el sofá con su copa.

—Arriba. En la azotea hay una terraza. En noches como esta allí se está muy bien cuando se pone el sol.

Me pregunté si Blake había llegado y había subido a la terraza con su padre y su hermano, pero me avergonzaba reconocer que no sabía dónde había estado durante el último día y última noche. Quería creer que todo podía ser diferente. La compañía de su familia siempre hacía que Blake se mostrara más humano, menos endiosado en cierto sentido. Quizá la presencia de su familia nos permitiría derribar el muro que se había erigido entre nosotros y conversar, hablar largo y tendido. Hacía poco que nos habíamos comprometido, por lo que cabía suponer que estábamos enamorados, que teníamos una relación estable y deseábamos gozar de nuestra mutua compañía. En esos momentos apenas podíamos compartir una habitación sin que se produjera una tensión palpable entre nosotros.

Alli y yo nos sentamos en el amplio sofá modular, frente a Fiona. Admiré el espacio abierto y la luz que penetraba a raudales a través de una ventana salediza situada en la parte delantera.

—Creo que debemos proponer un brindis. Por el traslado. —Fiona alzó su copa hacia Alli—. Y, por supuesto, por el compromiso matrimonial de Blake y Erica.

—Salud —exclamamos al unísono.

Me recliné en el sofá y bebí un trago. Quizá fuera eso lo que necesitaba mientras Blake se calmaba. Un poco de champán y compartir un rato agradable con mis amigas.

Alli se apresuró a rebuscar en su bolso, que estaba en el suelo.

—A propósito de compromisos matrimoniales.

Sacó un montón de revistas de bodas adornadas con coloridos marcadores. Mi afán de compartir un rato con mis amigas se desvaneció de golpe.

—Como es natural, lo más importante es elegir tu vestido de novia, Erica, pero tenemos que decidir los colores esta noche, porque me saca de quicio no

saberlo, y reconozco que en ese aspecto soy egoísta.

Yo me reí bajito. No había pensado en ello. En todo caso, desde la escuela secundaria, cuando los colores rosa y morado eran los preferidos de todas las niñas.

Fiona se levantó y se sentó al otro lado de Alli.

—Este me encanta. Pero quizás en azul marino —dijo, señalando uno de los modelos.

Alli frunció los labios.

—No sé. Si vamos a hacerlo en la playa, quizá debería haber más contraste. ¿Qué os parece malva, o un color intenso como el fucsia?

Fiona se echó a reír.

—Sería fantástico obligar a Blake y a Heath a que lucieran unos chalecos y unas corbatas de color rosa.

Alli se unió a las carcajadas de Fiona. Al cabo de unos momentos la tormenta de ideas había degenerado en unos comentarios sobre relucientes fajas de color rosa para los caballeros y ambas estaban a punto de caerse del sofá de la risa. Yo estaba dispuesta a dejar que siguieran planeándolo todo ellas con tal de cambiar de tema. Entonces oí ruido en la cocina y recordé que Catherine estaba preparando ella sola la cena para todos. Los hombres aún no habían aparecido.

—Iré a ver cómo va la cena. Enseguida vuelvo.

Me dirigí a la cocina y encontré a Catherine removiendo algo en una enorme y humeante cacerola. Olía a comida italiana y deliciosa. De pronto me sentí famélica aunque ese día apenas había tenido apetito.

—Hola, cariño. ¿Quieres algo?

—No, nada. Pensé que quizá necesitabas que alguien te echara una mano.

Catherine sonrió.

—Creo que lo tengo todo bajo control. Ve a charlar con las chicas.

Miré alrededor de la espaciosa cocina diseñada por un interiorista, deseando encontrar algo que limpiar. Lo que fuera con tal de tener una excusa para no regresar hasta al cabo de unos minutos a la sala donde estaban reunidas mis damas de honor.

¿Qué diablos me ocurría? ¿No deseaban todas las mujeres del planeta participar en ese proceso? ¿Cómo podía dirigir una compañía emergente de moda online sin mostrar el menor interés por los pequeños detalles de lo que tenía visos de convertirse en una boda como jamás había podido imaginarme? La frase «una boda por todo lo alto» adquiriría un nuevo sentido con cada

momento que transcurría mientras Alli y Fiona competían entre sí para obtener mi beneplácito a sus propuestas.

Me mordí el labio mientras trataba de buscar un pretexto para quedarme.

—¿Te sientes bien?

—Perfectamente —respondí, asintiendo. *Aunque no me importaría que la Tierra me tragara ahora mismo*—. Supongo que necesito un respiro. Ellas...

Catherine esbozó una media sonrisa, observándome con gesto comprensivo.

—¿Te sacan de quicio?

Yo me reí.

—Quizás un poco.

Oímos más carcajadas procedentes de la sala de estar y Catherine y yo nos miramos con gesto de complicidad.

—A Alli se le escapó lo de la fiesta de compromiso. Te lo agradezco. No tenías que hacerlo.

—¡Tonterías! Me apetece hacerlo. No tienes idea de lo ilusionada que está nuestra familia con la noticia. Están impacientes por conocerte. De veras, se mueren de ganas de ver a Blake. Suele mostrarse un poco esquivo a la hora de hacer acto de presencia en las reuniones de la familia extendida.

—De todos modos, gracias. Me siento fatal porque seguramente debería pensar en este tipo de cosas. Debería estar haciendo una docena de cosas que ni siquiera se me han ocurrido últimamente.

Todo avanzaba demasiado rápido. El trabajo. Los planes de boda. Para colmo, esa crisis con Blake amenazaba con desbaratarlo todo.

—Blake es el tipo de persona a la que le gusta organizarlo todo, pero supongo que no será de mucha ayuda con los preparativos de la boda.

Yo meneé la cabeza.

—Más bien no.

Miré alrededor de la habitación, nerviosa, tratando de evitar cruzar la mirada con Catherine. Cuando guardó silencio, la miré de refilón. Tenía el ceño arrugado. Se acercó y apoyó la mano sobre la mía.

—¿Va todo bien entre vosotros? —preguntó suavemente—. Espero que no te moleste que te lo diga, pero en estos momentos no pareces una chica felizmente comprometida para casarse.

Tragué saliva para aliviar el nudo en la garganta.

—No es nada grave.

—¿Ha hecho Blake algo que te ha disgustado?

Sentí un pellizco en el corazón y cerré los ojos. ¿Cómo podía explicarle lo que había ocurrido entre los dos durante esos últimos días? Me limité a asentir con la cabeza, incapaz de ocultar mi dolor.

—Nos disgustamos ambos. Los dos estábamos equivocados. Y las cosas se han puesto tensas. De un tiempo a esta parte apenas hemos hablado.

Bajé la vista, restregando el suelo de baldosas de pizarra con el pie.

—A veces Blake es agobiante. Exasperante.

Ella se rió bajito.

—Dímelo a mí, que tuve que criarlo.

Sonreí débilmente.

—Ya me lo imagino.

—Es un joven complicado. Siempre lo ha sido. Es mi hijo y lo querré siempre pase lo que pase, pero es muy cabezota. Pero desde el momento en que te conocí supe que eras buena para él. Rezo todos los días para que él también sea bueno para ti. Ha cambiado en muchos aspectos positivos. Nunca le había visto comportarse con tanta ternura como lo hace contigo, Erica. Hay algo distinto en él. Pequeños detalles, que yo he captado.

Las lágrimas afloraron a mis ojos. Antes de que pudiera decir algo o hallar un pretexto para marcharme, ella me abrazó y yo le devolví el abrazo.

—No te des por vencida con él —musitó Catherine—. Si alguien puede influir en él y derribar esos muros, eres tú.

Me aparté un poco y me enjuagué las lágrimas que rodaban por mis mejillas.

—Desearía no sentirme tan alejada de él en estos momentos.

La voz de Blake resonó a través del apartamento, mezclándose con la de Heath y la de su padre. Sentí que se me encogía el corazón ante la perspectiva de verlo. Estaba allí.

—¡Blake! —lo llamó Catherine, volviéndose hacia la sala de estar y soltándose.

Me enjuagué de nuevo los ojos, confiando en ocultar toda señal de haber llorado. Al cabo de unos segundos, Blake se reunió con nosotras. Entró en la cocina y se detuvo junto a la puerta, con las manos enfundadas en los bolsillos de su pantalón vaquero. Me quedé sin aliento al comprobar lo impresionante que estaba sin pretenderlo. *Es mío*, me dije para tranquilizarme, pero últimamente no había tenido esa sensación. Nos miró a las dos y finalmente sus ojos verdes se posaron en mí. Yo desvié la vista, deseosa de ocultar mi reciente vulnerabilidad, pero sabía que en cuanto me

había visto se había percatado de lo disgustada que estaba.

—Blake. —El tono de Catherine era áspero—. Tienes que hablar con Erica. Todo el mundo aquí lo está celebrando y divirtiéndose y esta pobre chica está deshecha en lágrimas por tu culpa. Empieza a hablar.

Él la miró unos segundos, impasible.

—No quiero hablar de esto contigo, mamá.

Ella torció el gesto.

—¡El genio de la familia! Cielo santo, no espero que hables de ello conmigo. Habla con tu prometida, que dentro de poco será tu esposa. Arregla lo que se haya roto aquí, es lo único que tengo que decir al respecto.

Ella lo miró con dureza y luego suavizó el gesto al volverse de nuevo hacia mí. Me tomó la mano y me la apretó para darme ánimos.

Blake dio media vuelta sin decir palabra. Atravesó la cocina y desapareció en el pasillo. Yo lo seguí hasta que nos quedamos solos en una de las habitaciones casi vacías que yo había visto antes. Supuse que era el despacho que tenían en casa. Había dos estanterías contra la pared, repletas de papeles.

Blake se detuvo en el centro de la habitación, de espaldas a mí. Yo cerré la puerta y me apoyé contra ella.

La repentina privacidad significaba también silencio, un tenso e incómodo silencio entre nosotros. Me devané los sesos en busca de algo que decir, algo que nos trasladara de nuevo al momento que compartíamos antes de San Francisco. Pero no sabía qué decirle. Se había enfadado conmigo porque había llorado delante de su madre, aunque jamás se me habría ocurrido contar a Catherine lo que había sucedido entre nosotros.

—Supongo que quieres hablar —dijo Blake con tono quedo, volviéndose hacia mí.

Asentí y tragué saliva para aliviar el nudo que tenía en la garganta. No quería hablar allí, pero ¿quién sabe cuándo volvería a tener la oportunidad de estar a solas con él?

—No quería hacer esto aquí, pero no sabía nada de ti. Tu madre me preguntó si nos habíamos disgustado y perdí los nervios. Lo siento.

—Ahora estoy aquí.

Bajó el tono de voz y avanzó un paso. Se detuvo frente a mí, con las manos enfundadas aún en los bolsillos. Era una postura que solía gustarme, esa actitud de «me importa una mierda» que adoptaba a veces, por lo general cuando se trataba de algo referente al trabajo. Recuerdo el aspecto que tenía cuando se sentó en la silla frente a mí en la sala de juntas de Angelcom,

mostrando una aparente indiferencia. Yo me había sentido tan indignada como profundamente atraída por él. Ahora lo conocía mejor. Sabía que eso le afectaba, pero estaba confusa acerca de cómo me sentía yo con respecto a nuestra situación en esos momentos.

—Blake... me has hecho daño.

Él apretó la mandíbula y pasaron varios segundos en silencio.

—Te advertí que si abrías la puerta de esa parte de mí...

—No me refiero al dolor físico —dije—. Sé que a veces nos enfadaremos y nos haremos daño. Es inevitable. Sé que trataremos de vengarnos el uno del otro de diversas formas. Reconozco que la otra noche fue complicada para mí, no por algo que no hubiéramos hecho antes, pero al final lo único que sentí fue tu furia. Eso me hirió más que cualquier molestia física, porque sentí que me odiabas y deseabas lastimarme. Quizá lo hiciste para sentirte mejor...

—Te aseguro que no. —En su rostro se pintó una mueca de contrariedad.

—Entonces, ¿por qué? Me dejaste allí como si yo no significara nada para ti. Parece como si me alejaras de ti para castigarme más. ¿Hasta cuándo hemos de soportar esta situación? ¿Cuántas veces tengo que decirte que lo siento, que cometí un estúpido error que desearía poder borrar?

Él se volvió ligeramente de espaldas, pasándose los dedos por su alborotado cabello castaño oscuro.

—Jamás debió suceder.

Me apoyé contra la puerta, abatida.

—Lo sé. Ojalá no hubiera sucedido.

Él se volvió de nuevo hacia mí.

—No. Creo que no acabas de entenderlo. Lo que sucedió cuando estábamos separados... Todo sucedió porque no me creías capaz de obligar a Daniel a que dejara de amenazarte.

—No es verdad.

—Es verdad, Erica. Si hubieras confiado en mí, no nos habríamos separado. James jamás habría tenido ocasión de aproximarse a ti cuando estabas en un estado tan vulnerable.

—Pensé que Daniel te mataría. ¿No lo entiendes? Te echaba de menos, estaba desesperada, deseaba hallar el modo de salvar nuestra relación, pero cuando te vi con Sophia esa noche, y luego con Risa, me di por vencida. Sabía que todo había terminado entre nosotros, que te había perdido. No tuvo nada que ver con que yo deseara a James, sino con que me sentía tan vacía sin ti que dejé que se aproximara demasiado a mí.

—¿Crees realmente que yo habría dejado que Daniel nos lastimara a ti o a mí? ¿Crees por un segundo que no habría removido cielo y tierra para asegurarme de que estabas a salvo de ese maníaco? En lugar de ello, me destrozaste el corazón.

El dolor que denotaban sus palabras era sincero. Yo lo sabía porque había pasado también por esa tortura. Debido al temor que me infundían las amenazas de Daniel, ambos habíamos vivido un infierno durante varias semanas.

—No se trata solo de James, aunque no me alegro de que sucediera, créeme. Pero no es sino otro ingrato recordatorio de toda la situación. Tú habías sufrido mucho con Daniel y yo no quería que siguieras sufriendo. Pero lo cierto es que al no acudir a mí en busca de ayuda nos expusiste a ambos a un mayor peligro. ¿Cómo quieres que sea tu marido si no permites que te proteja? Maldita sea, Erica, te he concedido el espacio que necesitas pese a que mi instinto me aconsejaba que no lo hiciera, ¿y qué hemos conseguido con ello?

Los labios me temblaban mientras absorbía la ferocidad de sus palabras.

—Cometí un error. Estaba asustada, y en esos momentos lo único que me importaba era saber que estabas a salvo.

—¿Cuántas veces harás que pasemos por esto porque eres demasiado obstinada para confiar en mí?

—Me estás castigando por unas decisiones que tomé en el pasado, por cosas que no puedo borrar. La situación es distinta ahora.

Él sacudió la cabeza.

—¿Tú crees? ¿Puedes asegurarme que no volverías a tomar las mismas decisiones? Porque yo puedo asegurarte ahora mismo que si hubieras sabido, intrínsecamente y sin ninguna duda, que debías acudir a mí cuando Daniel te amenazó, todo se habría resuelto de forma distinta. Te previne sobre James. Yo lo sabía. Sabía que se estaba aproximando demasiado a ti, pero tú dejaste que lo hiciera. Es más, sigues haciéndolo, aunque sabes que me saca de quicio. Siento deseos de destrozar a ese hijo de puta por haberte puesto las manos encima. ¿No te das cuenta del daño que esto me causa, Erica?

Yo pestañeeé para reprimir las lágrimas ante ese ataque. Habían pasado días sin nada, y ahora eso...

—Blake...

—Quiero asumir el control, Erica. Pero no voy a arrebatártelo. Tienes que cedérmelo tú. Tú abriste esa puerta. Ahora tienes que atravesarla. Has tratado

de trazar una línea roja entre nosotros, en el trabajo y en nuestra relación, que te permita conservar el control que crees que necesitas. Pero se acabó.

Sentí una opresión en la boca del estómago a la vez que el acostumbrado deseo de echar a correr. No sabía si podría cederle alguna vez el control que él deseaba. ¿Y si no era capaz de hacerlo?

—¿Qué dices?

—Digo que me has asegurado que me amas tal como soy. Pues yo soy así. Lo que sucedió con Daniel... y ahora James. No puede volver a ocurrir nada semejante.

—Yo no quiero que ocurra —insistí.

—Y yo te garantizo que no ocurrirá.

Abrí la boca durante una fracción de segundo, pero las palabras se perdieron en lo que él decía. Él debía de saber que lo que me pedía era imposible. ¿Por qué no podía conformarse con dominarme en la alcoba?

—¿Se trata de que yo sea tu sumisa? ¿Quieres que juegue contigo al juego de dominación/sumisión? De acuerdo, Blake. Te suplicaré. Me arrodillaré, pero no permitiré que ese juego se extienda a mi vida profesional. Tengo unos límites, y tienes que comprenderlo.

—Esto no es un juego para mí. Y tu forma de pensar es justamente el problema.

Avanzó un paso, taladrándome con los ojos. Yo me puse a la defensiva, apretando con fuerza la espalda contra la puerta. Él apoyó las manos a cada lado de mí, nuestros cuerpos casi tocándose, sin cederme un ápice de terreno. Yo no podía pensar con claridad teniéndolo tan cerca. Él sostuvo mi mirada sin pestañear; en sus ojos no había asomo de duda. Cuando habló, su voz era grave.

—¿Cómo te sientes, Erica, cuando me cedes el control?

Era una pregunta capciosa, pero comprendí que ya no estábamos hablando de Daniel o de James. Su semblante se había suavizado, la dura intensidad que reflejaba se había transformado en otra cosa. En algo sexual. No menos intensa; la energía era palpable. Resonaba entre nosotros, produciéndome unos chispazos en la piel en todos los puntos donde me tocaba. La yema de un dedo sobre el arco de mi boca, su pulgar sobre el acelerado pulso en mi cuello. Dios, deseaba sentir sus manos en todo mi cuerpo.

—Cuando te dejas llevar sin oponer resistencia te sientes de maravilla, ¿no? Sabes que me ocuparé de ti, de los dos. Sabes que pase lo que pase, haré que los dos alcancemos el clímax.

Bajó la mano, su palma rozándome el pecho y deslizándose sobre mi torso, como marcando todos los lugares que constituían sus dominios. Que sobre mi cuerpo eran muy numerosos.

—¿Te he dejado alguna vez insatisfecha? ¿Ha ocurrido alguna vez, por extremo que fuera el castigo que te infligía, que no me hayas suplicado más? ¿Que no te hayas corrido como una loca, gritando mi nombre? Dime que no es así.

Me quedé sin aliento y traté de recuperarlo. Meneé la cabeza, conociendo la respuesta tan bien como él. Sentí un intenso calor que pulsaba debajo de mi piel y entre mis piernas al recordar lo que él podía hacerle a mi cuerpo, el poder que tenía sobre él. Yo podía aceptar ese tipo de dominación. De hecho, no quería que esa parte de él cambiara nunca.

Él se inclinó sobre mí. Su boca apenas rozó mis labios. Yo arqueé la espalda ofreciéndome a él, pero se apartó, dejándome mareada debido al intenso deseo que me invadía. Emití un trémulo suspiro, tratando de romper el hechizo que había arrojado sobre mí. Con promesas de ejercer un control del que ya era esclava, atrayéndome con el señuelo de algo que significaba mucho más.

—¿Qué me estás haciendo?

—Mostrarte lo que deseas, lo que ambos necesitamos.

—Sabes que no se trata de esto. Sé que puedo darte lo que me pidas y que no me decepcionarás. Pero no puedes... tenerme bajo tu yugo, reivindicar tu derecho sobre mí y esperar que te permita ser mi dueño.

Él arqueó las cejas.

—¿De veras? No fue eso lo que dijiste la otra noche. Oí las palabras, altas y claras.

—No me diste otra opción. Si me dejas colgando en el borde del abismo, a punto de alcanzar el orgasmo, te diré que eres el emperador de Roma.

—¿No quieres que sea tu dueño? ¿No quieres pertenecerme como yo quiero pertenecerte a ti? ¿Es eso?

Empecé a sentir un dolor sordo en el pecho al oír sus palabras. No podía tomar una decisión acerca de lo que me decía debido a la persistente angustia que me producía la perspectiva de dejar que alguien controlara mi vida.

—Nunca he tenido que depender de nadie, ni responder ante nadie. Lo sabes, y sin embargo tratas de cambiarme, como si yo pudiera pulsar un resorte y eliminar ese rasgo en mí.

—Si te casas conmigo, te aseguro que eso cambiará. De forma permanente.

—¿Eso qué significa?

—Significa que tendrás que acudir a mí incluso *antes* de pensar en tomar una decisión precipitada. Significa que tendrás que involucrarme en todos los aspectos de tu vida, para asegurarme de que lo haces, lo cual incluye despedir a James de tu compañía. Significa que tendrás que pedirme ayuda cuando la necesites, y que jamás me ocultarás nada. Y cuando se produzca una situación que exija que yo la resuelva, lo dejarás en mis manos. Sea lo que sea.

Se inclinó de nuevo sobre mí, su mirada seria, escrutando mi rostro, trazando una delicada línea a lo largo de mi mandíbula. Cuando habló de nuevo, su voz era un murmullo.

—Significa que cada vez que respires, cada paso que des, no lo darás solo para avanzar en tu vida, sino en la nuestra. Lo darás sabiendo que estoy junto a ti, ligado irrevocablemente a cada decisión que tomes.

El pecho me dolía debido al esfuerzo de respirar profundamente y llenar mis pulmones de aire. Lo intenté una y otra vez, mientras trataba de asimilar lo que él decía. No me concedía espacio para huir, para luchar, para nada.

—Tengo... tengo la sensación de que me estás dando un ultimátum.

Lo miré con los ojos muy abiertos, con gesto interrogante, confiando en estar interpretando lo que me decía de forma equivocada. La seriedad que reflejaban sus ojos me respondió antes de que lo hiciera él.

—Lo quiero todo, Erica. No me conformo con menos. Asúmelo o...

Traté de reprimir los temblores que me sacudían el cuerpo. ¿Cómo podía pedirme eso? ¿Amenazarme con nuestra relación? Me sentía como un animal enjaulado, acorralado.

—¿O qué? —Las palabras surgieron de mis labios con tono áspero, desafiante.

Me sujetó por la cintura con fuerza al tiempo que crispaba la mandíbula sin cesar. Antes de que yo pudiera calcular lo cabreado que estaba por haberle desafiado, sus labios oprimieron los míos. Me besó con furia, con insistencia, obligándome a abrirlos. Yo los abrí para él, sin estar preparada para la devoradora pasión de su lengua. Él murmuró unas obscenidades, sofocadas por la frenética unión de nuestras bocas. La inesperada furia de su pasión me recorrió el cuerpo, estimulando todos mis instintos para devolvérsela.

Lo besé con frenesí, agarrándolo por la camisa para intensificar el contacto entre nosotros. Nuestras lenguas se enredaron, nos mordimos, nos fundimos en un ardiente abrazo. Inmovilizada por sus caderas, sentí la inconfundible

rigidez de su miembro presionado contra mí. Apoyó la palma de la mano en mi muslo, arremangándome la falda, dándome a entender sin la menor duda lo que deseaba de mí. Yo contuve el aliento, ahogando el sonoro gemido que quería escapar de mis labios cuando expeliera el aire.

Deslizó la mano entre mis piernas, acariciando mis partes íntimas a través de mis bragas, haciéndome enloquecer de deseo. Un breve gemido escapó de mi boca, mientras el placer anulaba la parte racional de mi cerebro que sabía que nos hallábamos en un lugar inadecuado para aquello. A mi cuerpo eso no le importaba cuando él me tenía en sus garras.

—¿Por qué, Erica? ¿Por qué diablos luchas contra mí?

Moví las caderas, restregándome contra su mano. Tenía las bragas empapadas y estaba preparada para recibirlo allí mismo. Cuando yo sentía sus manos sobre mí, él tenía siempre las de ganar. Luchar contra él era una causa perdida, y puesto que me había privado durante tanto tiempo de sus caricias, yo estaba dispuesta a reptar sobre su cuerpo con tal de poner fin a esa distancia.

Deslicé las manos debajo de su camisa, sobre su torso desnudo.

—Te deseo... ahora.

Él espiró con fuerza y sus dedos masajearon mi palpitante sexo a través del liviano tejido de mis bragas. Yo cerré los dedos y le clavé las uñas en los costados, ciega de deseo e imaginando todas las formas en que deseaba que me hiciera el amor.

De pronto se oyó el ruido de otro corcho al saltar de una botella de champán en la sala de estar. Seguido por las conocidas voces de su familia y de Alli llamándome, un oportuno recordatorio de que no estábamos lo bastante solos para continuar con lo que habíamos comenzado.

Nos separamos, resollando.

—Joder. —Blake se apartó tambaleándose y se ajustó la ropa.

El bulto en su pantalón vaquero indicaba que estaba empalmado, dispuesto a follarme sobre cualquier superficie que pudiera encontrar. En esa habitación, podría haber sido sobre la mesa de trabajo de Heath. Eso habría un error. Muy placentero, pero un error.

Tragué saliva, esforzándome en reconducir mis pensamientos de nuevo a la realidad. Eché la cabeza hacia atrás. Jadeaba al tiempo que trataba en vano de contener el torrente de tensión sexual que me inundaba. *Joder*. Eso era peor que el séptimo círculo del infierno. Él se había alejado unos pasos, una distancia insoportable teniendo en cuenta lo íntimamente que me había

acariciado.

—Blake, no quiero pelearme contigo. Por favor, vámonos a casa y olvidemos todo esto.

Al cabo de un momento, se volvió hacia mí, haciendo que el corazón me diera de nuevo un vuelco. Pero no vi resignación en sus ojos. Al contrario, su determinación parecía haberse reforzado durante el instante en que traté de que mis células cerebrales volvieran a ponerse en marcha.

—Te he dicho que lo siento, y era sincera —dije con tono implorante.

—Lo sé. Pero esta vez no basta. Lo que te pido... esto no es lo que *deseo*. Es lo que *necesito*. Es lo que necesitamos *los dos*.

Sostuvo mi mirada, la tensión intensificándose entre nosotros. Abrí la boca para decir algo, pero él se me adelantó.

—Depende de ti, Erica.

Unas simples palabras. La firmeza de su tono al pronunciarlas. La expectativa en sus ojos mientras esperaba a que yo... ¿qué? ¿Me sometiera? ¿Se lo diera todo? Esperaba que le diera hasta la parte más pequeña de mi ser a la que yo me aferraba con desesperación, junto con mi amor, mi confianza y mi futuro.

Estuve a punto de desmoronarme. Quería romper a llorar porque sabía que no podía darle la respuesta que él necesitaba. Cómo iba a hacerlo. Era inconcebible.

Mientras luchaba conmigo misma, él cerró la distancia entre nosotros. Me besó, oprimiendo breve y suavemente sus labios contra los míos. La ternura de ese gesto me desconcertó de nuevo, mientras él me miraba profundamente a los ojos.

—Te quiero, Erica. Pero si no puedes darme esto... —No terminó la frase, sino que se limitó a menear la cabeza; sus ojos, un tornado que reflejaba las emociones que se agitaban en él.

Pero... ¿qué estaba diciendo? ¿Qué todo se había acabado entre nosotros? Antes de que pudiera preguntárselo, abrió la puerta y me aparté para dejarlo pasar. Con la cabeza gacha, las manos enfundadas de nuevo en los bolsillos, echó a andar por el pasillo hacia el bullicio en la sala de estar.

Me quedé allí plantada, paralizada por lo que había sucedido. Pese a las ganas que tenía de hablar con él, no daba crédito al resentimiento que había acumulado durante todo ese tiempo.

Todas las emociones que había reprimido para seguir adelante con mi vida durante los últimos días habían aflorado esa noche, y me sentía incapaz de

permanecer allí con su familia y fingir que todo iba bien entre nosotros. Habría bastado con que mirara a Blake, sabiendo que nuestra relación estaba en jaque, para que estallara en lágrimas.

Aunque bastara con decir lo siento, no podía seguir repitiéndolo, mi corazón no lo soportaba más. No soportaba saber que todo lo que le había dado no era suficiente para él.

Sin dar a la madre de Blake ninguna indicación de cómo se había desarrollado nuestra conversación, pasé junto a ella al atravesar la cocina y entré en la sala de estar. La animada conversación se detuvo cuando entré. Ignorando a los demás, por temor a derrumbarme si cruzaba la mirada con alguno de los presentes, en especial con Blake, me acerqué a Alli. Estaba de pie junto al sofá, sosteniendo una copa en la mano. Tomé mi bolso y le di un apresurado abrazo.

—Lo siento —murmuré, y me fui.

El apartamento estaba a oscuras y silencioso. Demasiado silencioso.

Había regresado sola y había tratado en vano de conciliar el sueño. En mi interior luchaba con la enormidad de lo que había dicho Blake, lo que me había pedido, la propuesta *después* de su propuesta matrimonial. Pero esta no iba acompañada de un espléndido anillo de diamantes, sino de la amenaza, muy real, de quedarme sin nada. Yo quería creer que se había tirado un farol, que podría disuadirlo de semejante idea. Pero ¿y si no lo conseguía? ¿Y si nada de lo que yo dijera podía modificar la posición en la que él me había colocado?

Poco antes de medianoche envié un mensaje de texto a Alli, preguntándole si Blake había pasado la noche allí. No, se había marchado. Alli no sabía adónde. Por fin, ya de madrugada, me venció el sueño.

La mañana era más húmeda de lo habitual después de la llovizna que había caído durante la noche. Al salir me encontré a Clay esperándome con el Escalade, dispuesto a llevarme al trabajo. Incluso los días en que no me llevaba al trabajo en coche, siempre andaba cerca. Estaba claro que Blake no quería arriesgarse a que me sucediera algo, y yo sabía que era inútil tratar de hacerle cambiar de opinión al respecto.

Gocé con el aire fresco y seco del todoterreno mientras Clay me conducía a través de las calles de la ciudad. Me puse a pensar en Blake y dónde pasaba sus noches. Antes de que mi imaginación se desbordara de nuevo, miré a Clay.

—¿Sabes dónde estuvo Blake anoche?

Su mirada se cruzó con la mía en el retrovisor.

—No lo sé con certeza, señorita Hathaway. Me pidió que esta semana estuviera a la disposición de usted. No he vuelto a saber nada de él desde entonces.

—¿Le acompaña otra persona?

—No, señorita. Solo usted.

Al parecer Blake no temía por su propia seguridad, pero yo sí. Las calles desfilaron a toda velocidad hasta que nos detuvimos frente a la oficina. Me despedí de Clay y eché a andar rápidamente hacia la entrada del edificio.

Mi cuerpo necesitaba desesperadamente más café para poder afrontar la jornada, pero decidí renunciar a mi costumbre matutina de pasarme por el Mocha. Había estado evitando a Simone. No sabía lo que James le habría contado sobre su encontronazo con Blake. Me sentía emocionalmente agotada debido a lo que había sucedido entre Blake y yo la noche anterior. Temía que si me veía envuelta en otra situación emocionalmente tensa, me derrumbaría.

—Erica.

Deteniéndome junto a la puerta que daba acceso a la escalera de la oficina, me volví y vi un rostro conocido. Ante mí estaba Isaac Perry, vestido con un atuendo profesional consistente en un pantalón gris y una camisa de color claro con escote en V. *Joder, lo que faltaba.*

—¿Qué haces aquí?

Apenas pude disimular mi enojo por el hecho de que Isaac hubiera elegido precisamente ese día para presentarse de modo imprevisto. Al menos tuvo la decencia de mostrar cierta turbación.

—Te envié un correo electrónico. Como no me contestaste y estaba en la ciudad, decidí pasarme por aquí.

—Pudiste llamar para anunciarme tu visita.

—Lo sé, lo siento. Fue una decisión de última hora.

Crispó la mandíbula varias veces. No parecía el hombre que me había metido mano hacía unos meses. Parecía el hombre con la sonrisa de adolescente que me había convencido para que cenara con él en privado, una cena que había sido el desencadenante de todo lo que había ocurrido posteriormente.

—Sé que estás muy ocupada. No te entretendré —dijo.

—Si Blake averigua que estás aquí... —Por una vez me alegré de no tener que preocuparme de que Blake pasara a verme. Al menos, no creía que lo hiciera. Después de lo de la noche anterior, supuse que estábamos destinados a pasar otra temporada separados.

Isaac torció ligeramente el gesto, bajó la vista y la fijó en sus costosos mocasines.

—Lo sé. Me imagino que no es mi mayor fan. Confiaba en que te compadecieras de mí y me dieras la oportunidad de disculparme.

Me aparté un poco de la puerta, cruzando los brazos. Estábamos en público, pero la última vez que nos habíamos visto me había sobado por todas partes con sus asquerosas manos. No podía y no quería fiarme de él.

—No creo que tengamos nada que hablar, Isaac.

Él soltó un bufido, adoptando un aire más humano y menos tentativo que antes.

—Lo siento, Erica. De veras. Por favor, deja que te invite a un café. Es lo único que te pido. Cinco minutos.

Sus ojos azul claro me miraron implorantes, y recordé al Isaac Perry que rezumaba encanto. Además, me prometía un café.

—De acuerdo.

Sus ojos se animaron, pero yo no las tenía todas conmigo. Con el corazón en un puño, entré en el Mocha seguida por él, confiando en que por algún milagro Simone librara esa mañana, lo cual era pedir mucho, dado que no había entrado ni una vez en el local sin que la vivaracha y pelirroja camarera se acercara a saludarme.

Simone estaba sirviendo a otro cliente cuando nos sentamos a una mesa. Me recliné en la silla, deslizando el dedo por el borde de la mesa. Isaac iba a presionarme sobre lo de anunciarse en nuestra red social, y yo aún no había tomado ninguna decisión al respecto. Blake se pondría furioso, como era natural, pero yo sería una idiota si rechazaba una cuenta como la de Isaac si esta contribuía a promover mi negocio más rápidamente. Dado el cúmulo de emociones que enturbiaban la situación, me costaba decidir la forma de abordar su oferta.

Absorta unos instantes en mis pensamientos, casi me sobresalté cuando Simone se acercó a saludarnos.

—Hola —dijo con una sonrisa afable—. Hace tiempo que no te veía por aquí.

—Hola, Simone. Humm, sí. Lo siento —respondí. Las palabras brotaron atropelladamente, y ese no era el momento de abordar el tema con ella. Supuse que lo mejor era explicarle lo que había ocurrido con James y quitarme el problema de encima.

—¿Lo de siempre? —me preguntó, interrumpiendo mis reflexiones y haciendo que me centrara de nuevo en el presente.

—Sí.

Su mirada se posó en Isaac, quien admiraba con gesto indolente su imponente tipazo, como solían hacer la mayoría de los hombres.

—Que sean dos —dijo él, sonriendo educadamente.

Yo suspiré, impaciente por ingerir mi próxima dosis de cafeína.

—Bien..., ¿de qué querías hablar?

—Quería explicarte...

—Sobran las explicaciones, Isaac. No me gusta que los hombres me soben, ni que me toquen de ningún modo sin mi consentimiento expreso.

—Sé que me pasé de la raya.

—Te pasaste varios pueblos. Y me cuesta pasar eso por alto y apresurarme a hacer negocios contigo. Espero que lo entiendas.

Él apretó los labios.

—Desde luego. Cometí un error. Mi conducta fue inexcusable.

Mientras yo asimilaba esa simple confesión, considerando la posibilidad de perdonarlo, él continuó:

—Bebí demasiado.

Yo arrugué el ceño, reacia a aceptar su disculpa.

—¿Bromeas? Compartimos una botella de vino.

—Me estaba medicando. Tomaba unos fármacos que, combinados con el alcohol, inciden en mi conducta. Tú no podías saberlo, y no es una excusa.

—Tienes razón, no lo es.

Él fijó la vista en la mesa.

—Quiero que comprendas que no soy así. Mentiría si dijera que no me sentía atraído por ti, pero de haber estado en mi sano juicio, no me habría comportado contigo de esa forma.

Lo observé con atención, preguntándome adónde quería ir a parar. Su deseo de que le perdonara resultaba un tanto inesperado, y no pude por menos de sospechar de sus intenciones.

—¿Qué quieres de mí, Isaac?

Él suspiró y se enderezó en la silla.

—El mundo es muy pequeño. Tenemos varios conocidos en común. Me consta que Blake no quiere saber nada de mí, pero es probable que nuestros caminos vuelvan a cruzarse algún día. Pese a lo ocurrido —dijo, señalándonos a él y a mí—, confiaba en que pudiéramos trabajar juntos. Considéralo una ofrenda de paz.

—Un acuerdo económico vinculante es una ofrenda de paz un tanto extraña.

Él reprimió una sonrisa.

—Tal vez, pero supuse que te parecería más valiosa que flores y bombones.

—Estoy comprometida para casarme. Habrías tirado el dinero.

Me miró con gesto serio, achicando los ojos ligeramente.

—No lo sabía. Enhorabuena.

—Gracias —respondí secamente.

—En cualquier caso, deseo sinceramente trabajar contigo. Antes de que el alcohol hiciera que me comportara como un cretino, me interesó la propuesta que hiciste. Me encantaría intentarlo si crees que podemos superar mi épica metedura de pata.

Yo meneé la cabeza. ¡Si supiera lo que yo había pasado!

—No sé...

Él se reclinó en la silla y agachó la cabeza.

—De acuerdo. Lo entiendo, Erica. No pasa nada. Pensé que merecía la pena intentarlo. Por si te interesa, lo lamento mucho. Me avergüenza mi comportamiento. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que debía verte y pedirte perdón. Espero que si volvemos a vernos, como supongo que sucederá, al menos podamos saludarnos de forma cordial.

Yo suspiré, deseando no sentir lástima de él. Traté de interpretar su lenguaje corporal en busca de algún signo que indicara que me estaba vacilando, pero se mostraba tan encantador como el día en que nos conocimos.

—Pensaré en ello, ¿de acuerdo?

Él sonrió.

—Es lo único que te pido. —Se levantó apresuradamente—. Gracias por acceder a escucharme. No pretendía pillarte desprevenida, pero algunas cosas es preferible hablarlas cara a cara.

—Estoy de acuerdo. —Habría sido mucho más fácil rechazar su intento de alcanzar una tregua a través de un correo electrónico. Pese al intenso odio que Blake sentía por ese hombre, empecé a pensar en la posibilidad de ese puente entre nuestras compañías.

Simone nos trajo nuestros cafés, servidos en unos prácticos y humeantes vasos de cartón para llevar. Él le entregó un billete y le dio las gracias antes de marcharse.

—¿Quién es ese? —preguntó Simone.

—Un posible anunciante.

¿Lo era? ¿Consideraba yo en serio ese puente de tregua entre nuestras compañías? No estaba del todo convencida de que sus intenciones fueran malas, pero tampoco tenía ganas de perdonarlo.

—Y muy generoso. Me ha dado una propina de cuarenta dólares.

Yo me reí. Ella se sentó en la silla que había ocupado Isaac.

—¿Qué ocurre? ¿Me estás evitando?

Bebí un trago de mi café, demasiado cansada para poner una cara que no era la mía. Ella me miró achicando los ojos.

—Simone, a riesgo de cabrearte y crear un mal rollo entre James y tú, debo decirte algo.

—James te besó. Ya lo sé.

Yo la miré pasmada.

—¿Lo sabes?

—Sí, me lo contó el otro día. Dijo que Blake se enfureció con él y le pidió que presentara su dimisión.

—Joder —murmuré, una reacción motivada tanto por lo que había sucedido esa tarde como por el hecho de que Simone lo supiera.

—Escucha, tienes que resolver esto con James. Esto era lo que me preocupaba sobre el triángulo amoroso, pero...

—Pero ¿qué?

—Erica, James me importa. Hace tiempo que salimos, y sé que él te aprecia. Me ha asegurado que ya no está enamorado de ti, pero sigue considerándote una amiga. No sé si él y Blake serán capaces de hacer algún día las paces, pero tú eres el eje central del tema. Todo depende de ti.

Yo solté un gemido de protesta.

—Odio esto. Blake me ha colocado en una posición muy ingrata. No quiero despedir a James y estoy furiosa con Blake por haber organizado este follón con él. No tenía derecho a hacerlo. Está claro que le tiene unos celos horribles y no soporta la idea de que yo trabaje todos los días con alguien que me tiró los tejos.

En los labios rojos de Simone se dibujó una sonrisa.

—Hablaré con James. Y para que lo sepas, lamento que esto te esté afectando. Creo que James y tú formáis una magnífica pareja. En serio. Los dos sois amigos míos, y no quisiera que esto se interpusiera entre vosotros. Por desgracia, los celos de Blake son un persistente recordatorio de una indiscreción que estoy segura que tanto James como yo preferiríamos olvidar. Los dos queremos pasar página, y espero que podamos hacerlo.

—La situación no es sencilla. Pase lo que pase, esto no afectará a nuestra amistad. Sigo siendo tu amiga. Fuertes y unidas ante todo, ¿vale?

Me reí y ella extendió la mano para que chocara mi puño contra el suyo. Lo hice y ella se levantó de la silla.

—Ve a poner orden en tu disparatada vida mientras yo sirvo más

combustible para cohetes a estos adictos, ¿de acuerdo?

—Me parece un planazo. Gracias.

Ella sonrió satisfecha antes de alejarse. Tomé mi café y salí del establecimiento sintiéndome más animada. Al menos no había tenido que apagar ese fuego.

En la oficina, dediqué la mañana a ponerme al día con los correos electrónicos antes de que Alli entrara para informarme de los progresos que había hecho en materia de anunciantes. Había captado otras dos cuentas, lo cual era un excelente comienzo para compensar la falta de ingresos que habíamos sufrido. Yo estaba haciendo unos rápidos cálculos cuando ella me interrumpió.

—¿Qué ocurre entre tú y Blake?

Alcé la vista y comprobé que me miraba con gesto de preocupación. Suspiré y dejé el bolígrafo. En algún momento tendría que contarle la verdad. Después de abandonar su fiesta a toda prisa, era natural que Alli se preguntara qué había sucedido entre Blake y yo para que yo me marchara precipitadamente.

—Nada que deba preocuparte. Hemos tenido algunos problemas.

—Es lógico que me preocupe por ti. Especialmente cuando Blake se queda en mi apartamento hasta altas horas, encerrado con Heath y sosteniendo con él una conversación íntima y fraternal hasta medianoche.

Yo me rebullí en la silla.

—No sabía que se había quedado hasta tan tarde.

—¿No regresó a casa?

Yo negué con la cabeza.

—¿Adónde supones que fue?

Me puse a tamborilear con el bolígrafo sobre la mesa.

—La verdad, no tengo ni idea.

—¿Qué ha ocurrido entre vosotros? Has estado muy rara desde que regresaste de San Francisco. Pensé que todo había ido bien.

—Y así es, en el aspecto laboral. Pero nos topamos allí con Risa. Mira, no puedo hablar de esto aquí. ¿Quieres que tomemos una copa esta noche después del trabajo? Trataré de explicártelo... de alguna forma.

Contuve una exclamación de fastidio. Esa conversación iba a ser muy engorrosa.

—De acuerdo. Me voy a almorzar. ¿Quieres algo?

—Sí, tráeme lo que comas tú.

Allí se marchó y al cabo de un minuto James ocupó su lugar en la silla detrás de mi mesa.

—¿Tienes un minuto?

—Desde luego.

Moví unos papeles sobre mi mesa, sin ningún motivo aparte del afán de postergar lo que fuera que había venido a decirme. Pero Simone tenía razón. Teníamos que hablar. Teníamos que llegar al fondo de la cuestión. Apoyé la frente en las manos. Aún no habíamos dicho una palabra y ya empezaba a perder los nervios. Respiré hondo y dije:

—Tenemos que hablar.

Él se reclinó en la silla, observándome.

—¿Vas a despedirme?

—No. —Yo me hundí en la silla. Todo el café del mundo no conseguiría que esa conversación fuera más llevadera—. Siento mucho todo lo ocurrido. De veras, no sé por qué se han liado tanto las cosas, pero deseo arreglarlas de todo corazón. Lo que ocurre es que no sé cómo hacerlo de una manera que satisfaga a todo el mundo.

—El único que está cabreado es Landon. El resto de nosotros nos comportamos como adultos. No entiendo por qué te afectan tanto sus berrinches a menos que te amenace con retirar su inversión.

—Él jamás haría eso. Y... no lo sé, James. Le he colocado en una posición difícil que me resulta imposible explicarte.

—Supongo que tiene algo que ver con ese tal Daniel, ¿no?

—Es más complicado de lo que imaginas. No porque no seas capaz de entenderlo..., pero es preferible mantener algunas cosas en privado. Y sí. Daniel fue uno de los motivos por los que Blake y yo nos separamos. Todo se complicó más a partir de entonces, hasta que encontramos la forma de hacer las paces. Cuando Blake averiguó lo que había ocurrido entre tú y yo... —Suspiré, cerrando los ojos—. Supongo que podríamos decir que fue la gota que colmó el vaso, y ahora estoy buscando la manera de solucionar las cosas entre nosotros.

James dudó unos instantes.

—Yo te aprecio, Erica. Y este trabajo es importante para mí, pero si vas a seguir con Blake y el hecho de que yo esté aquí te complica la vida innecesariamente, estoy dispuesto a irme. Esta tensión me disgusta tanto como a ti.

—Pero yo no quiero que te vayas. Eres importante para la compañía, y

para mí. A pesar de todo lo ocurrido, sigues siendo mi amigo. Y no voy a echar a un amigo.

Él se mordió el labio, golpeteando el borde de la silla con el pulgar, absorto en sus pensamientos.

—¿Sería más fácil para ti que yo no estuviera aquí?

—¿A qué te refieres? Acabo de decirte...

—Me refiero en la oficina. ¿Sería más sencillo si yo no viniera todos los días a la oficina? Podría trabajar desde casa. Es un mero tecnicismo, pero si con eso puedo conservar el empleo y quedarme en la compañía, merece la pena tenerlo en cuenta.

Yo medité en ello.

—¿Estarías dispuesto a hacerlo?

—Desde luego. Y si al cabo de un tiempo necesitas a otra persona que ocupe mi puesto en la oficina, me marcharé. Quizá funde mi propia compañía. Como autónomo o lo que sea.

Arrugué la nariz porque esa parte de la propuesta me disgustaba.

—Detesto esto.

—Yo también, pero no es culpa tuya. No sé qué ideas te ha metido Blake en la cabeza, pero debí retirarme cuando supe que acababas de salir de una relación. Necesitabas un amigo, y yo te fallé en ese aspecto.

—No me fallaste.

—Saqué unas conclusiones precipitadas. Sobre muchas cosas. Yo también tengo la culpa de lo sucedido, y si es preciso que me sacrifique por ello, lo haré.

—Te agradezco la oferta. Pero no debemos apresurarnos en tomar una decisión.

—No creo que sea apresurada, sinceramente. Hace tiempo que debimos tomarla. Es evidente que estás estresada. Has estado muy alterada toda la semana, y me disgusta verte así. No quiero ser la causa de tus problemas. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Pero si podemos llevar a cabo este cambio, al menos de momento, y eso te proporciona cierto alivio o espacio para resolver las cosas con Blake, debemos hacerlo.

—Confío en que se calme un poco. Quizá pueda tratar de razonar con él.

—Lo cual era mucho pedir.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en sus rodillas.

—Quieres casarte con Blake, ¿verdad?

Yo hice una pausa.

—Sí.

—Personalmente, no soporto a ese tío, pero está claro que es importante para ti. Lo bastante importante como para que le aceptaras cuando se te declaró. No quiero ser la persona que te impida conseguir lo que deseas. Ambos la pifiamos con esta relación sentimental laboral, y ahora tenemos que resolver el problema.

Asentí brevemente, lamentando que sus palabras encerraran una verdad pura y dura.

—Quizá tengas razón.

—Ninguno de los dos lo deseamos, pero creo que es lo que debemos hacer.

El resto del día pasó volando. Quizá no toda esperanza estaba perdida en el paisaje de mi vida. Habíamos captado nuevas cuentas, yo estaba en paz con Simone y, al menos de momento, James y yo habíamos hallado una solución para seguir adelante. Sin embargo, no podía negar que la idea de que él abandonara la compañía me partía un poco el corazón. Formaba parte del equipo, además de ser mi amigo. Echaría de menos su presencia en la oficina todos los días, y no podía evitar estar indignada con Blake por haberme colocado en una posición que había obligado a James a marcharse. Mientras pensaba en eso, Alli entró para recordarme que habíamos quedado en tomar una copa antes de cenar.

Recogí mis cosas para marcharme. Al cabo de unos minutos, Clay nos dejó en un elegante restaurante especializado en sushi situado en una concurrida calle. Alli y yo pedimos unos Mai Tais. Me bebí el dulce cóctel con una pajita y pedí educadamente a la camarera que me trajera otro cuando nos sirvió nuestros rollitos variados. Ese era uno de esos días. Al menos, confiaba en que el alcohol me ayudara a conciliar el sueño cuando regresara a casa y me acostara de nuevo en nuestra cama vacía.

—De modo que James trabajará desde su casa durante un tiempo —dije por fin, sabiendo que el tenso silencio de Alli estaba cargado con sus tácitas preguntas sobre qué diablos ocurría.

Ella arrugó el ceño.

—¿Por qué?

Respiré hondo.

—Cuando Blake y yo no estábamos juntos, James y yo empezamos a salir con frecuencia, como amigos. Yo procuré que nuestra relación fuera puramente profesional, pero él comenzó a querer más. Al fin me tiró los tejos y...

Alli me miró boquiabierta.

—No me dirás que...

—Nos besamos. Fue un beso breve, y yo quise cortarlo tres segundos después de que empezara. Al parecer Risa lo vio todo y este fin de semana, durante el evento con motivo de la concesión de premios, se lo contó a Blake.

Supongo que quería vengarse de mí y enturbiar nuestra relación. Por desgracia, lo consiguió. Blake se puso furioso. Nos peleamos. Me exigió que James abandonara la compañía... o todo se habría acabado entre nosotros.

Me llevé un trozo de sushi a la boca, detestando que Blake hubiera ganado. Le había dado lo que él quería.

Allí me miró, pasmada, con sus grandes ojos.

—No me imaginaba eso.

—Por eso no te lo conté. Fue un error, y yo quería pasar página, pero no he podido hacerlo y ahora estoy pagando las consecuencias.

—¿Se han arreglado las cosas entre tú y Blake ahora que James ya no estará en la oficina?

—No tengo ni idea. No hemos hablado.

Destrocé uno de mis rollitos mientras pensaba en la inquietante distancia que se había interpuesto entre nosotros durante los últimos días. Pese a lo indignada que estaba con Blake, odiaba cada minuto de nuestras peleas. Nada iba bien cuando no estábamos juntos, y solo podía confiar en que la situación cambiaría a partir de ahora.

—Bueno, ¿cómo te va con Heath? Dame alguna esperanza. Parece que todo está perfecto entre vosotros.

Ella se encogió de hombros y colocó un trocito de jengibre sobre uno de sus rollitos.

—Yo no diría tanto como perfecto.

Arqueé una ceja.

—¿Problemas en el paraíso?

Ella se rió, pero su sonrisa se borró enseguida.

—No lo sé. Heath me preocupa.

—Es comprensible, pero ¿te ha dado motivos para ello?

—De eso se trata. En realidad, no. Pero no puedo evitar preocuparme. Ha finalizado el programa de rehabilitación y desde entonces no dejo de temer que el día menos pensado volverá a caer.

—Pero te tiene a ti. Tiene a Blake, su trabajo, su familia. Parece que ha enderezado su vida. Todo va bien, ¿no?

—Lo sé. Aparentemente todo va sobre ruedas. El apartamento, nuestros trabajos. Pero cada vez que le llamo o le envío un mensaje de texto, me dice que lo vigilo. Me recuerda que Blake y su familia también lo vigilan. Es comprensible, pero dice que no necesita que todos estemos pendientes de cada uno de sus movimientos. Yo le quiero demasiado para arriesgarme a

perder lo que tenemos.

Pensé durante unos segundos en lo que Alli acababa de decirme. Yo no había conocido al Heath drogadicto tan bien como conocía al Heath sano y sobrio, pero había visto lo suficiente para darme cuenta de lo distinto que era él entonces. Yo creía que el cambio espectacular que había dado se debía a su relación con Alli y al hecho de no poder consumir cuando había regresado al centro de rehabilitación. Blake también lo creía, motivo por el cual había decidido traerlo a casa antes de lo previsto.

—Parece como si temieras que vuelva a fallar, Alli —dije al cabo de unos momentos.

Ella bajó los hombros con gesto de abatimiento y sus ojos reflejaban una profunda tristeza.

—Tengo miedo. No quiero volver a pasar por lo que hemos pasado. Yo estaba hecha polvo. Tú misma viste el estado en que me encontraba. Necesito a Heath, estoy locamente enamorada de él y no puedo imaginarme la vida sin él. Pero para que esto funcione, tiene que estar limpio. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para conseguirlo.

—Recuerdo que estabas hecha un desastre, pero él también. Creo que los dos os necesitáis mutuamente, pero lo que él necesita ante todo es que confíes en él. Todos sabemos cómo es Blake, y unos padres son unos padres. Heath quiere que lo ames y confíes en él, no que le hagas de madre.

Alli suspiró.

—Es duro, porque cuando estábamos en Nueva York pasábamos juntos cada rato libre. Solo teníamos que organizarnos en torno a mi horario en la oficina, pero desde que trabaja con Blake disponemos de menos tiempo para estar juntos.

—El hecho de que no estéis juntos a cada minuto del día no significa que Heath corra peligro. El hecho de trabajar con Blake y asumir sus responsabilidades con seriedad es bueno para él. Aunque signifique que durante unas horas no pueda estar contigo.

Ella asintió.

—Tienes razón. Pero ojalá no tuviéramos que vivir con este demonio invisible que amenaza con interponerse entre nosotros. Cada día es una oportunidad para que las cosas se tuerzan.

Yo tomé su mano y se la apreté.

—Alli.

Ella alzó la vista y me miró a los ojos.

—Deja de pensar que puede suceder algo malo. Lo mejor que puedes hacer es amarlo, demostrarle que te importa y sacar el máximo partido de cada minuto que estáis juntos. Deja de intentar controlar lo que no puedes controlar.

Me puse a andar apresuradamente debajo de la marquesina del edificio cuando la lluvia arreció. Eché un vistazo alrededor de la calle pero no vi rastro del Tesla de Blake. El alma se me cayó a los pies, consternada ante la perspectiva de pasar otra noche sin él. Hacía un rato se me había ocurrido llamarlo para contarle mi conversación con James, pero algo —quizás el orgullo— me impidió hacerlo. Él acabaría averiguándolo..., pero yo no quería que supiera aún que había ganado ese primer asalto.

Cuando subí la escalera me encontré con Cady frente a la puerta del apartamento que Sid y yo habíamos compartido tiempo atrás.

—Hola —dijo sonriendo, con las llaves en la mano.

—¿Has visto a Blake? —pregunté, mostrando un entusiasmo claramente menos afectado que el suyo.

—Cuando me marché aún estaba en la oficina. ¿Por qué?

Yo dudé unos segundos en si debía darle más detalles.

—Por nada. Es que anoche no vino a casa.

—Ah. —En su rostro se pintó un gesto de preocupación—. Es probable que anoche se quedara a trabajar hasta tarde. Parecía cansado y..., bueno, hoy no ha estado precisamente de buen humor. Quizás ese sea el motivo.

Di un suspiro de alivio. Sin embargo, por más que supiera que Blake se había quedado a trabajar en la oficina el hecho era que no había regresado a casa. Di las gracias a Cady y subí la escalera hacia nuestro apartamento. Dejé mis cosas en la isla en la cocina y entré en nuestro dormitorio. La cama estaba deshecha, las sábanas hechas una maraña, pero por motivos nada placenteros. Yo apenas había pegado ojo, y él seguramente tampoco.

Me duché rápidamente y salí del cuarto de baño. El apartamento estaba tan silencioso como cuando había llegado. Me envolví en una toalla, sujetándola sobre el pecho, y me acerqué a la cómoda donde guardaba mi ropa. Mis joyas reposaban en un estuche plano sobre el mueble. Me puse de nuevo el anillo y me fijé en los diamantes de las pulseras que hacían juego. Las tomé. Sentí su peso en la palma de mi mano. Las costosas joyas relucían bajo la tenue luz del dormitorio. Eran preciosas, pero lo más importante era su significado.

Acaricié los pequeños medallones. La ruleta de platino tintineó contra su compañero, el corazón... El corazón de Blake.

Al levantar la vista observé el reflejo de mi imagen en el espejo. Lo único que veía ahora eran mis cansados ojos cargados de una tristeza que solo el estar lejos de Blake podía provocar. Sostener este pulso con él era inútil y dañino cuando mi respuesta siempre sería «sí». Cuando el único futuro que podía imaginarme era un futuro con él.

Deseaba que volviera junto a mí a toda costa, incluso a expensas de mi orgullo. Pensar que podía mantenerme firme en mi propósito contra alguien como él —un hombre que cuando veía algo que deseaba no se detenía ante nada hasta conseguirlo— era, en el mejor de los casos, una quimera. Pero maldita fuera, él me obligaba a hacerlo. No bastaba con que yo le hubiera entregado mi cuerpo y mi corazón, pero de alguna forma yo siempre lo había sabido. Una parte de mí sabía que un día nuestra relación llegaría a ese punto, que él me forzaría al máximo. Desde el primer día había demostrado tener un carácter controlador y exasperante. Yo había sido una idiota al pensar que podía cambiar.

Pero él tenía razón. Yo había luchado como una leona para mantener esa línea entre nuestros mundos. Había dejado que penetrara en el mío, poco a poco, pero siempre le había mantenido a una distancia prudencial de ciertos aspectos de mi vida. Le había dado más de lo que jamás había dado a nadie, convencida de que eso sería suficiente. Pero no lo era. Ahora lo veía con toda claridad.

Yo no quería luchar, y no quería que nuestra relación se convirtiera en un campo de batalla. Tal vez ese fuera el motivo por el que él no me había dado ahora otra opción. Ambos nos sentíamos dolidos y desdichados debido a mi estúpido error, y él quería hacerme pagar, o cambiar, por ello.

Me coloqué las pulseras en las muñecas, admirándolas. Siempre las había lucido con orgullo. Quería que todo el mundo supiera que las llevaba por él. Aunque nadie conociera el significado que tenían para nosotros. Nuestra promesa. Como la que lucía en el dedo.

Blake podía ser mi dueño, podía haberse adueñado de algo profundo en mí, pero yo también me había adueñado de algo valioso en él. Algo que él jamás había dado a otra persona.

Me volví y observé la cama, el lacerante dolor de su ausencia era demasiado intenso para ignorarlo.

El aguacero me había calado casi hasta los huesos cuando atravesé la puerta de las oficinas del Landon Group. La puerta del despacho de Blake estaba entornada, arrojando un pequeño haz de luz sobre el suelo. Llamé discretamente antes de entrar, confiando en no causarle un infarto con mi inesperada visita.

Estaba sentado perezosamente a su mesa, con los pies apoyados en ella, la vista fija en el televisor situado al otro lado de la estancia antes de fijarla en mí.

—¿Trabajando duro? —Rodeé la mesa y me senté en el borde de la misma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Blake.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte encerrado aquí, de morros?

Él apretó la mandíbula y acercó un vaso de whisky a sus labios. Observé el movimiento de los músculos de su cuello mientras tragaba.

—No estoy de morros. —Depositó el vaso en la mesa y me miró de arriba abajo, hasta detenerse en mis zapatos de tiras y tacón alto negros—. Estás empapada.

Yo arqueé las cejas y miré a través de las ventanas de su despacho. Todas las persianas estaban echadas, impidiéndole contemplar la vista del mundo exterior.

—Si alguna vez abandonarás tu guarida, te percatarías de que fuera está lloviendo a cántaros.

—¿Has venido andando? —me preguntó, arrugando el ceño.

Yo puse los ojos en blanco.

—No. Me ha traído Clay en coche. Tranquilo. —Miré su mesa y me fijé en una pila de documentos con un logotipo que me resultaba familiar.

—¿Qué son esos papeles? —pregunté, cogiéndolos.

Él suspiró, visiblemente irritado.

—Los datos financieros de la agencia de modelos de Sophia. —Me los arrebató de las manos y los arrojó al otro lado de la mesa, fuera de mi alcance.

Yo le miré recelosa.

—¿Ha venido a la ciudad?

Él bebió otro trago.

—¿Por qué, crees que me los ha entregado en mano?

Yo le observé fijamente, negándome a dejar correr el tema.

—No, Sophia no ha venido a la ciudad, al menos que yo sepa. Puedes

ocultar de nuevo tus garras.

Sonreí aliviada.

—No puedes reprocharme que te lo pregunte.

—Supongo que no —respondió entre dientes.

Respiré hondo y decidí ir directamente al grano. Aunque me apetecía jugar con él hasta alcanzar algún tipo de solución, supuse que solo la alcanzaríamos hablando seriamente. Aunque la última vez había sido un fracaso.

—He pensado mucho en lo que dijiste anoche.

—Y —respondió él secamente.

—Entiendo que estés disgustado, y entiendo el motivo. Te he mostrado ciertas reservas, en particular con respecto a la compañía. En cierto sentido, ha constituido mi refugio. Es la parte de mi vida a la que siempre puedo regresar, al margen de lo que suceda entre nosotros, sabiendo que es mía. Que todos los éxitos y los fracasos son míos. Representa todo lo que me he esforzado en conseguir, y temo compartirla contigo. Siempre lo he temido. Pero estoy dispuesta a cambiar y dejar que te involucres más en ella.

Él sostuvo mi mirada sin pestañear.

—¿Qué te ha inducido a tomar esta decisión al cabo de tanto tiempo?

—Bueno, para empezar, si vamos a casarnos... —Hice una pausa reflexionando en eso, tratando de no ponerme nerviosa ante la posibilidad de que no nos casáramos, de que él ya no deseara que lo hiciéramos—. Supongo que a ese respecto lo que es tuyo es mío. Si no puedo fiarme de mi futuro marido, ¿de quién voy a hacerlo?

Él depositó el vaso en la mesa. Enlazó las manos sobre sus rodillas, observándome.

—De acuerdo —dijo simplemente—. Doy por sentado que James se marcha, ¿no?

Yo escruté sus ojos en busca de alguna señal que indicara que estaba dispuesto a ceder en eso.

—¿No se te ha ocurrido que te estás comportando de forma poco razonable con respecto a que James siga en la compañía?

—Si me comporto de forma poco razonable es en respuesta a tu conducta poco razonable, y en tal caso me parece más que justificado. Ya te he dicho lo que opino sobre el tema. Nada ha cambiado.

—¿Y si te dijera que a partir de hoy puedes tener todo el control que quieras en la compañía a excepción de ese pequeño detalle? —Ilustré el «pequeño detalle» con el pulgar y el índice, como si eso pudiera ayudar.

—Vete, Erica. No merece la pena que esta noche nos quedemos a dormir los dos aquí. —Blake retiró los pies de la mesa, los apoyó en el suelo y se volvió hacia los monitores del ordenador.

Joder, qué tozudo era. Estaba claro que no estaba dispuesto a ceder un ápice.

Blake, que Dios lo perdonara, jugaba sucio. No le importaba poner nuestra relación en jaque con tal de conseguir lo que quería, lo que necesitaba. Estaba claro que esa noche yo no lograría hacerle entrar en razón. A menos que también jugara sucio.

—Como quieras —convine, levantándome de la mesa. Lentamente, me desabroché el botón superior de mi gabardina. Uno tras otro, me los desabroché todos. Blake se volvió de nuevo hacia mí. Su mirada se posó en la parte delantera de mi chaqueta, que estaba abierta ofreciéndole un atisbo de lo que yo llevaba debajo. Que no era mucho.

—No conseguirás manipularme con sexo.

Ladeé la cabeza.

—¿No? —respondí con tono desafiante, sabiendo en mi fuero interno que ya había cedido a sus exigencias.

Sonreí y me quité la chaqueta que llevaba puesta. Tras arrojarla a un lado, me quedé plantada ante él, casi desnuda, con el suficiente encaje negro para cubrir lo imprescindible. Del pelo, que tenía empapado, me caían unas gotas que se deslizaban sobre la piel ya húmeda de mi cuerpo. Temí presentar un aspecto desastroso debido a la lluvia, pero a juzgar por la forma en que Blake entreabrió los labios, el efecto era justamente el contrario.

—Pienso que quizá consiga hacerte cambiar de opinión.

—No lo lograrás. Estoy harto de estas historias, Erica.

De haber tenido yo los ojos vendados, quizá le habría creído, habría pensado que no podría convencerlo. Pero sus ojos le delataban, fijos en mi pecho cuando me llevé las manos al cierre delantero del sujetador.

—Creo recordar que sientes debilidad por el encaje —dije con tono guasón.

—Mi única debilidad eres tú —murmuró.

Esas palabras me llegaron al corazón. La sonrisa juguetona se borró de mi rostro. Deseaba ser su debilidad, pero no si a él le enojaba, como parecía indicar el tono de su voz. Di media vuelta y me alejé lentamente. Mi audacia no me había servido de nada, y me sentía avergonzada y dolida. Quería que él me deseara, que pusiera algo de su parte para resolver la situación, que

accediera a esa pequeña concesión.

—¿Adónde diablos vas?

Sonreí de nuevo ante ese pequeño signo de esperanza. Me detuve frente al sofá situado al otro lado del despacho y me desabroché el sujetador. Dejé que los tirantes resbalaran sobre mis hombros y mis brazos, impidiéndole contemplar mis pechos desnudos. A continuación inserté los pulgares en la cinturilla de mi sucinta braguita y me la bajé, quedándome completamente desnuda, aparte de las joyas.

—No conseguirás ganar de esta forma.

Me volví y él se acercó al instante, deteniéndose ante mí, mirándome con ojos febriles.

—No pretendo ganar. —Mi tono chistoso desapareció con esa confesión.

—Entonces, ¿qué haces?

Pasé las manos sobre su pecho.

—Dejar que ganes tú.

Él torció el gesto.

—Estás jugando conmigo. No me interesan esos juegos.

—No estoy jugando. Te doy lo que quieres: a mí, por completo. —Le rodeé el cuello con los brazos. Mis pechos rozaron su torso cubierto. Sentí que el corazón le latía aceleradamente, al ritmo de los furiosos latidos del mío.

—No podemos seguir así. Estar separados nos destrojará. No puedo vivir sin ti, Blake. Apenas puedo sobrevivir una noche sin ti. ¿Cómo voy a arriesgarme a perderte para el resto de mi vida? Si no quieres concederme siquiera el pequeño favor que te pido, no puedo hacer nada al respecto. De modo que dejaré que ganes tú. Te doy todo lo que tengo, mi cuerpo, mi alma, mi negocio. Toma lo que quieras, haz que lo quieras.

Lo miré a los ojos, ansiando que creyera mis palabras.

—Y James.

Contuve el aliento, resignada a la elección que debía hacer.

—Se irá. Está decidido.

Él me miró en silencio. Me abracé a él, pero no me tocó. Seguía conteniéndose. Sin embargo, al observar la tensión de sus músculos debajo de su piel no pude evitar pensar que cambiaría de actitud en cualquier momento. Me había convertido en la presa, y esa cacería daría un cambio radical en un instante. La perspectiva hizo que mi corazón se pusiera a latir aceleradamente.

—Esto es lo que quieres, ¿no? —pregunté con voz ronca al ver que se humedecía los labios.

—Esto no es todo lo que quiero.

Sus ojos rebosaban de deseo, mezclado con una firme determinación que yo había visto reforzarse en él durante los últimos días. Mi piel ardía bajo su mirada mientras me recorría todo el cuerpo.

—Te lo estoy dando todo —musité.

—Me gustaría creerlo, pero no has hecho más que luchar contra mí. ¿Cómo sé si ha cambiado algo?

¿Cómo podía demostrárselo?

El amor no bastaba. Mis palabras, cada una de las cuales era sincera, no bastaban. Yo estaba desnuda y vulnerable, pecho contra pecho con el hombre que me exigía que le diera cada pedacito de mí. Apoyé mi peso de nuevo en los talones y dejé caer las manos. ¿Cuánto sería suficiente? Había accedido finalmente a sus demandas, y ahora no sabía cómo demostrárselo.

Nerviosa, me retorcí los dedos entre nosotros. La yema de mi dedo rozó el pequeño anillo de diamantes sobre mi nudillo. De golpe se me ocurrió una idea. Los nervios se crisparon en mi estómago y la adrenalina comenzó a pulsar a través de mi cuerpo. Cerré los ojos.

Joder. Me disponía a dárselo todo. Y estaba aterrorizada.

Emití un trémulo suspiro, confiando en que al expeler aire aliviaría el nudo que tenía en la garganta. Abrí los ojos y me pertreché para lo que tenía que hacer. Miré a Blake a los ojos, un tornado de deseo y preocupación.

—Blake, te quiero con locura. Y confío en ti, te lo aseguro. —Controlé el temblor de mi voz, porque no quería darle motivos para dudar de mis palabras—. De modo que te ruego que entiendas que me refiero a todo...

todo lo que tengo. Por favor, no hagas que me arrepienta.

Cerré los ojos un segundo y me postré lentamente de rodillas. El único sonido en la habitación era el de metal contra metal, el tintineo de las pulseras cuando apoyé las manos en los muslos.

Esperé su reacción. Que creyera en mí, que viniera a mí y fuera el artífice de nuestra reconciliación.

Transcurrió un minuto que se me hizo eterno. Ningún movimiento, ninguna palabra. Solo el eco de lo que yo había hecho y la tensión de la incógnita de adónde nos conduciría. Él se agachó lentamente frente a mí. Yo mantuve los ojos fijos en el suelo y luego en el tejido oscuro de su pantalón vaquero que se tensaba sobre sus rodillas. Me tomó por el mentón e hizo que alzara la cabeza para mirarlo a los ojos. Tenía los labios entreabiertos y jadeaba suavemente al ritmo de mi laboriosa respiración.

Deslizó un dedo sobre mis temblorosos labios.

—Esto es lo que quiero, si tú también lo quieres —dijo por fin.

El corazón me retumbaba en el pecho, un sonoro recordatorio de lo mucho que él significaba para mí.

—Te quiero a ti. No puedo prometerte que seré perfecta, pero trataré de ser lo que tú deseas, lo que tú necesitas.

Él deslizó la palma de la mano sobre mi mejilla y me agarró del pelo, instándome a que me pusiera de pie. Me incorporé de rodillas y me levanté apoyando las palmas contra su pecho. Sentí los duros músculos flexionarse debajo de mis manos. Él me sostuvo frente a él, nuestros labios apenas rozándose, sus ojos ardiendo de emoción.

Su aliento murmuró sobre mis labios.

—Lo único que he deseado, desde el día en que nos conocimos, era obtener tu confianza. Quiero estar siempre ahí para ti, ayudarte, protegerte. No puedo hacer nada de lo que deseo si luchas contra mí y me alejas de ti.

—No volveré a hacerlo, te lo prometo.

Sus ojos se suavizaron. Me rodeó la cintura con un brazo, estrechándome contra él.

—Y yo te prometo que *jamás* permitiré que te arrepientas de esa decisión.

Una cálida sensación se extendió a través de mi pecho, disipando los nervios y la duda. El amor que sentía por ese hombre me embargó, produciéndome un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. La lujuria y el deseo iluminaban el camino, y comprendí que tenía que ser mío ahora. Pronunciando su nombre, lo besé febrilmente, como si fuera la última

oportunidad que tendría de hacerlo. Enredé los dedos en su cabello, aferrándome a él, deseando que nuestros cuerpos se fundieran. Él respondió a mi silencioso deseo apoyando ambas manos en mi culo. Un rápido movimiento de sus caderas me indicó lo mucho que él me deseaba también.

Empecé a boquear porque el beso y la electricidad que flotaba en el aire me habían dejado sin aliento.

—Tómame ahora. Toma lo que es tuyo, Blake.

Él me tomó rápidamente en brazos y me transportó al sofá, tumbándome en él boca arriba. Mientras nos besábamos, un beso apasionado, me tomó por las muñecas y las sostuvo sobre mí. Yo arqueé la espalda alzándome del sofá, nerviosa e impaciente por sentirlo de nuevo contra mí. Al cabo de unos instantes me soltó y traté de extender las manos hacia él, pero comprobé que me había sujetado las muñecas con las pulseras. Eran las esposas más caras que jamás luciría, y su belleza ejercía sobre mí una fascinación como nada lo había hecho nunca.

—Me has dado lo que deseo, Erica. Ahora voy a darte todo lo que tú deseas. Esta noche no te faltará de nada, cariño.

Mis dedos ansiaban tocarlo, enredarse en su pelo, deslizarse por su espalda. Gemí, presa de un deseo impotente de moverme y abrazarlo.

—Entonces fóllame y no me hagas esperar más.

Él me besó en el cuello y el torso, dejando un rastro húmedo sobre mi cuerpo. Un lametón en el ombligo, un leve roce de sus dientes sobre el hueso de mi cadera.

—Blake —gemí.

—Lo haré, cielo. Créeme, lo haré. Pero primero quiero sentir tu sabor.

Tomó una de mis piernas y la apoyó en el suelo. Luego tomó la otra por la rodilla y la sostuvo con firmeza contra el respaldo del sofá, dejándome completamente expuesta a él. Permanecí tendida en el sofá, enloquecida de deseo y exhibiendo mis partes íntimas al hombre que siempre conseguía reducirme a una desvergonzada zorra con unas pocas pero oportunas palabras.

Un intenso calor se extendió a través de mi cuerpo. El corazón me latía con furia, la tensión sexual me dominaba, confundándose con el amor que sentía por él. Apreté los puños, recordando que estaba maniatada. El frío metal se clavaba en mi piel cada vez que trataba de moverme, recordándome quién era el dueño de este momento. Cerré los ojos y suspiré, hundiéndome sin fuerzas en el mullido sofá.

—Buena chica. Recuéstate y haré que veas las estrellas —murmuró.

Deslizó los labios sobre mi muslo. Cada vez que sentía su lengua sobre mi piel, ponía los ojos en blanco. Crispé los dedos sobre el brazo del sofá, sin poder mover las manos que él me había sujetado con las pulseras. El calor fluía a través de mi cuerpo como lava líquida. Jamás había experimentado un deseo tan intenso y sin embargo me mostraba paciente y confiada en que él saciaría ese deseo.

Sus manos, cálidas y expertas, se deslizaron desde mis rodillas hasta el centro de mi cuerpo, donde me abrió más la vulva con sus dedos. Cuando su boca entró en contacto con la sensible piel entre mis piernas, me puse a temblar. Me sujetó los muslos con fuerza a fin de mantenerme inmobilizada. La suave presión del beso en mis partes íntimas dio paso a su lengua, que empezó a lamerme suavemente el clítoris. Yo grité sintiendo que mi paciencia se agotaba mientras él seguía masajeando el tenso capullo de nervios, chupando y lamiendo al tiempo que murmuraba obscenidades contra él.

—Tienes un sabor divino. —Al decir eso sentí su aliento sobre mi sexo pulsante, fresco en contraste con la maravillosa calidez de su boca. ¡Dios, su boca! Su lengua recorrió el mismo sendero, arriba y abajo, succionando y devorando. Me devoraba de una forma que no tenía nada de superficial o tentativo. Yo estaba peligrosamente a punto de correrme, moviéndome con frenesí contra los movimientos de su boca.

—¿Quieres correrte con mi polla dentro de ti, cielo? ¿Quieres poder tensarte alrededor de ella cuando te haga alcanzar el clímax? —Blake introdujo un dedo dentro de mí, lo suficiente para recordarme lo que me estaba perdiendo.

Me apresuré a asentir, mi voz sustituida por los jadeos que ya no podía controlar. Lo deseaba. Deseaba cada momento intensamente erótico que su maravillosa mente era capaz de idear. Él se levantó sin decir palabra. Se quitó la camisa y se desabrochó el cinturón.

El sonido que emitió al deslizarse a través de las presillas me provocó un ardiente hormigueo en la piel. Me mordí el labio y arqueé un poco la espalda. En sus labios se dibujó una sonrisa de satisfacción mientras se desabrochaba el pantalón vaquero y se lo bajaba sobre los muslos junto con el calzoncillo, mostrando su sexo duro, imponente, preparada para penetrarme.

—Reconócelo.

Fijé la vista en su rostro, tan espectacular como el resto de su anatomía.

Arrugué el entrecejo.

—Reconoce que te gusta el cinturón.

Me mordí el labio inferior con más fuerza. El dolor, la dulce punzada de deseo.

—Sé que te gusta. —Él se rió—. El coño se te humedece de una forma increíble cada vez. En realidad no es preciso que lo reconozcas, porque lo sé. Tu cuerpo te delata. Pero me encantaría oírte pronunciar las palabras.

El recuerdo del cuero lastimando mi piel suscitó en mí una respuesta física que no alcanzaba a comprender. Pese a los temores que había experimentado, sin que pudiera evitarlo, la verdad es que me gustaban las cosas que habíamos hecho. No recordaba nada que no me hubiera complacido, e incluso que no me hubiese encantado. Quería que él me empujara hasta el límite. Quería sentirme al borde del abismo. Quizá fuera retorcido, y quizá nada de ello tendría sentido para los demás, pero él tenía razón. Me gustaba, y era inútil negarlo. En mis labios se dibujó una pequeña sonrisa.

—Sí, me gusta.

Él se detuvo junto a mí, de pie, sonriendo con gesto burlón.

—Creo que he atrapado a una pequeña pervertida. Una inteligente y hermosa pervertida. Sabía que eras perfecta para mí, y no dejas de demostrármelo cada vez.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Pero me gusta más tu mano. Me gusta que sientas también el escozor, y cuando te paras para tocarme allí.

Él gimió y tomó su pene rígido, acariciándosela de arriba abajo.

—Esta noche no pensaba darte una azotaina, pero haces que en estos momentos desee tumbarte sobre mi mesa.

—Por mí no hay inconveniente —respondí, mirándolo con ojos rebosantes de deseo. Cuando iba a suplicarle que lo hiciera, se agachó y se colocó entre mis piernas. Cuando se tumbó sobre mí, el sedoso contacto de nuestros cálidos cuerpos resbalando uno contra el otro me produjo una sensación casi insoportable. Contuve el aliento y él tomó mi labio inferior, que yo me había mordido antes, en su boca. Lo succionó y pasó la lengua sobre la hinchada piel.

—No quiero castigarte, tesoro. Quiero recompensarte. Quiero pasar horas haciendo que te corras para mí. Una vez... —sus labios se posaron en mi cuello— y otra... —chupeteándomelo y trazando un húmedo sendero hasta el hombro— y otra vez, hasta que me supliques que pare.

Yo me tensé, consciente de que me había conducido hasta el borde del abismo.

—Te suplico... que empieces de una vez. Deja que me corra, Blake, por favor.

—Lo haré. ¿Cómo quieres que lo haga? ¿Espacio?

Yo arqueé la espalda cuando su boca se posó sobre mi pecho. Me lamió el duro pezón con movimientos circulares de la lengua, succionándolo y tirando de él.

Alzó la vista y me miró. Yo sacudí la cabeza.

—¿Deprisa? —Se centró en el otro pecho, prodigándole las mismas caricias hasta que creí que iba a volverme loca.

—Sí —murmuré.

—¿Con rudeza?

Tomó mi pezón entre sus dientes mientras sus dedos buscaban de nuevo mi sexo húmedo y caliente. Introdujo dos dedos en él, girándolos lentamente. Me mordió suavemente el pezón, haciendo que me estremeciera y me tensara.

—Joder —exclamé con voz ronca.

Él retiró la mano de mis genitales y se trasladó de nuevo a la parte superior de mi cuerpo.

—Tu cuerpo me dice todo lo que necesito saber, cariño. Ahora voy a darte todo lo que deseas.

Cuando la ardiente punta de su glándula tocó mi sexo, pensé que iba a morir debido a la maravillosa y abrumadora sensación de alivio que experimenté. Me penetró con toda facilidad, y emití un gemido de placer. Empezaba a perder la noción de la realidad con demasiada rapidez. Él comenzó a mover las caderas con furia. Los posesivos movimientos estuvieron a punto de hacerme perder la razón. Luego me besó por todas partes, en la cara, en los hombros, en el cuello.

—Blake, por favor, deja que te toque. Lo necesito.

Con su cuerpo encajado profundamente en el mío, observé en sus ojos una profunda vulnerabilidad cuando asintió. Bajé las manos; los músculos de los hombros me dolían debido a la postura. Él soltó los broches de las pulseras, liberándome rápidamente. En cuanto lo hizo, le agarré del pelo y le obligué a bajar la cabeza para besarlo apasionadamente en la boca.

Interpretando ese gesto como una luz verde para follarme hasta dejarme sin sentido, me sujetó por las caderas y empezó a moverse con furia. Unos movimientos profundos y poderosos que me empujaron hacia el otro extremo

del sofá hasta que él apoyó la otra mano contra el brazo del mismo. De esa forma podía embestirme con más fuerza, penetrarme más profundamente.

—¿Esto es lo que quieres, bonita?

—Sí —gemí—. Dios, sí. —Le arañé en los costados, deseando dejar mi marca en su piel. Le sujeté las caderas entre mis muslos, haciendo que se moviera más deprisa sobre mí. Necesitaba sentirlo, sentir nuestros cuerpos unidos, hacer que todo desapareciera en ese éxtasis.

—Jamás pensé que podía amar a alguien como te amo a ti... Erica... Dios, no sabes lo que me haces.

Yo me puse a temblar; la profundidad de su penetración me provocaba unas oleadas de placer como descargas eléctricas a través de todo el cuerpo. Estaba perdida en esa sensación. Le agarré por la raíz del pelo, mi sexo tensándose alrededor del suyo. Parecía como si todo se viniera abajo. Las paredes, mi orgullo. Nada importaba excepto aquello...

De improviso se incorporó de rodillas. Tomó mis tobillos y los apoyó sobre sus hombros. Cuando volvió a penetrarme, lo hizo tan profundamente que sentí como si me lanzara en órbita.

Deslizó la mano entre nosotros y empezó a acariciarme el clítoris con movimientos circulares. Vi todos los colores del arcoíris detrás mis párpados. Empecé a deslizarme hacia el abismo. El orgasmo estaba tan próximo que podía saborearlo. Lo sentí desde las yemas de los dedos hasta las puntas de los pies.

—Blake. —Su nombre brotó de mis labios como un ruego.

—Dime lo que quieres.

—¡Con más fuerza! —grité, sintiendo que el clímax me inundaba. Arquee la espalda, alzándola del sofá, mis músculos crispándose de forma espasmódica sin poder controlarlos.

Con un rugido feroz, me tomó por las caderas. Sujetándome con ambas manos, me encajó sobre su polla y empezó a follarme con una violencia como yo jamás había experimentado. Su largo y rígido sexo me llenaba por completo, golpeando contra lo más profundo de mi pasaje íntimo de una manera deliciosa, como hacía siempre segundos antes de que se corriera.

Soltó una sarta de obscenidades, pulsando dentro de mí. Alzando los ojos hacia el techo, contuvo el aliento. Tenía un aspecto tan destruido como me sentía yo. Acto seguido se apartó de mí y se dejó caer de espaldas en el sofá. Llevándose las manos a la cabeza, emitió un lento y trémulo suspiro.

—¿Por qué?

Él volvió la cabeza para mirarme; la confusión se mezclaba con el devastado aspecto de su rostro.

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué nos has privado de esto?

Él se rió y yo sonreí también, demasiado agotada para algo más que hacer un comentario chistoso. Al cabo de unos momentos su sonrisa se desvaneció. Apoyó la mano en mi rodilla y me acarició la pierna con ternura. Pasaron varios minutos en silencio.

—No vuelvas a abandonarme, Blake —dije en tono quedo.

Nos miramos a los ojos.

—No te abandoné.

—Abandonaste nuestro lecho, y no sabía dónde estabas.

—No quería alejarme de ti. No quiero permanecer nunca lejos de ti. Solo pienso en ti. Eres la única persona con la que deseo estar.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

Él suspiró.

—Si regresaba a casa, iba a follarte hasta dejarte sin sentido.

Me reí de nuevo, pese a la seriedad que trataba de transmitir.

—¿Desde cuándo es un crimen?

—No es un crimen, pero pese a lo increíble que es esto —y te aseguro que ha sido increíble—, follándote no iba a conseguir lo que quería. En todo caso, solo complicaría más las cosas y lo liaría todo. Los dos sabemos que el problema entre nosotros no es el sexo. Pero confiaba en que más pronto que tarde entrarías en razón. Estaba dispuesto a hacerme pajas hasta que cedieras a mis peticiones, aunque confieso que la perspectiva no me atraía en absoluto.

Yo sacudí la cabeza sin dar crédito.

—¿Y ahora que he cedido?

Él bajó la mano, tomando la mía y entrelazando nuestros dedos.

—Ahora quiero llevarte a casa y demostrarte mi gratitud hasta que amanezca.

Me vestí para ir a trabajar y me reuní con Blake en la cocina. El hecho de verlo allí, sirviendo el café, hizo que fuera aún más consciente de lo terrible que había sido el breve distanciamiento entre nosotros. Quería que Blake formara parte de mi vida cada mañana, cada noche y cada minuto que

pudiéramos robar entre medias. Supuse que la vida de casados me ofrecería esa oportunidad. Al pensar en ello, un pequeño escalofrío de excitación me recorrió el cuerpo.

Cuando rodeé la isla para tomar mi taza de café, él me atrajo hacia sí para besarme. Yo me fundí en sus brazos. Sus labios oprimieron los míos con fuerza y su lengua jugueteó con la mía. Los recuerdos de la noche anterior estaban muy vivos en mi mente. Cada caricia, cada momento de intenso frenesí. Deseé que tuviéramos tiempo para otra sesión. No obstante, el fin de semana estaba cerca y podríamos pasar al menos parte de él en la cama. Yo quería a Blake junto a mí, pero también quería recuperar el sueño perdido. Lo cierto era que apenas había dormido desde el viaje a San Francisco, y el cansancio empezaba a pasarme factura.

—Estoy hecha polvo. —Me separé de él y me senté en un taburete frente a la encimera con mi café.

—Ya somos dos. ¿Por qué no te quedas en casa?

—Algunas personas tenemos que trabajar, querido.

Mientras nos bebíamos el café se hizo un cómodo silencio entre nosotros.

—¿Cuándo se marcha James?

Yo apreté la mandíbula, molesta todavía por el hecho de que James tuviera que irse.

—Precisamente quería hablarte de eso.

Él dejó su taza en la encimera con un golpe brusco y me miró arqueando las cejas con gesto desafiante.

—No es lo que piensas —dije para tranquilizarlo.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Yo no quería pedirle a James que se fuera, pero lo he hecho por ti.

—Por nosotros —matizó él.

Yo solté un bufido.

—De acuerdo. Me resulta difícil no ver el paralelismo con tu situación con Sophia.

Él me miró con rostro inexpresivo antes de volverse para rellenar su taza.

—Ella vive en Nueva York.

—Pero te has acostado con ella. Tienes una historia con ella. Mantuvisteis una relación sexual y romántica. Aunque no la detestara personalmente, me fastidia que sigas viéndola... aunque sea esporádicamente.

Él se volvió y se apoyó en la encimera. Era una postura distendida, pero intuí la tensión de sus músculos debajo de su ropa. Me irritó el mal rollo que

el nombre de esa mujer había provocado entre nosotros. También me irritó el hecho de que él estuviera vestido. Esas conversaciones resultaban más fáciles cuando los dos estábamos desnudos.

—El único motivo por el que nos vemos es por cuestiones de negocios. Ya te lo he dicho. ¿Por qué sigues insistiendo en el tema?

—Porque soy humana, y al igual que tú, tengo celos de cualquiera que quiera arrebatarme lo que me pertenece. Tú me perteneces, y ni tú ni yo podemos negar que esa mujer te desea. Por más que me asegures que «solo sois amigos», yo podría decir lo mismo sobre James y yo y no me creerías.

—¿Qué quieres que haga al respecto?

Deslicé el dedo por el borde de mi taza; de golpe temí estar rozando de nuevo el desastre con Blake, justamente cuando hacía poco que habíamos hecho las paces.

—¿Cuánto tiempo hace que participas en su negocio?

Él arrugó el ceño.

—Cuatro años.

Yo asentí.

—Es mucho tiempo.

—¿Adónde quieres ir a parar, Erica? Suéltalo de una vez.

—Quisiera que consideraras la posibilidad de desvincularte de su negocio. No digo que desee que su empresa se vaya a pique, pero pienso que ella mantiene ese vínculo contigo a modo de cordón umbilical. De esa forma, siempre tendrá la oportunidad de tratar de recuperarte.

—Tiene cero posibilidades de recuperarme.

—¿Le has dicho que vamos a casarnos?

Él crispó el maxilar. Se apartó de la encimera y tiró el resto de su café en el fregadera.

—Eres un coñazo, Erica, ¿lo sabes?

Yo me reí, aliviada de que su chusco comentario mitigara la tensión entre nosotros.

—Haz lo que quieras, Blake. Simplemente te he dicho lo que pienso. Quieres que sea sincera contigo y lo soy. He hecho un sacrificio por el bien de nuestra relación, y esos sacrificios resultan más llevaderos cuando la otra parte también está dispuesta a hacerlos.

Él rodeó la isla y se detuvo frente a mí. Me miró con ojos chispeantes y risueños. Algo había cambiado en él, lo cual me llenó de gozo.

—Pensaré en ello.

—Gracias —murmuré, alzándome para besarle en los labios.

—¿Te hace eso feliz?

Yo sonreí.

—Tú me haces feliz, de modo que sí. Cuanto menos tenga que compartirte con otras personas, mejor.

Él soltó un suspiro y se agachó de nuevo para besarme, deslizando la lengua sobre mis labios.

—¿Qué te parece si te hago feliz una última vez antes de irnos a trabajar?

Pasé toda la mañana ocupada con mis múltiples tareas. En términos generales, todo iba bien. Blake y yo habíamos hecho las paces, James y yo habíamos llegado a un acuerdo y yo estaba dispuesta a seguir con mi vida. Después de comer Daniel me envió un mensaje de texto, recordándome que habíamos quedado en reunirnos por la tarde.

Me maldije por haberlo olvidado. Al salir de la oficina tomé un taxi para ir al cuartel general de la campaña electoral de Daniel. Por más que yo no necesitaba un segundo trabajo, al observar el estrés y la energía nerviosa que rezumaba el asistente del director de la campaña electoral de Daniel me compadecí de él. Me condujo sin dilación a través de las oficinas del cuartel general, cuyo ajeteo siempre conseguía ponerme nerviosa.

—Me alegro de volver a verte, Erica. —Will cerró la puerta a nuestras espaldas. Se pasó la mano por su pelo rubio oscuro y alborotado, y se sentó detrás de su mesa.

Yo me senté frente a él y saqué mi bloc de notas.

—Yo también me alegro de verte a ti. ¿Cómo va todo?

—Bueno, como supongo que sabes, estamos en plena fase de debates —respondió alzando las manos.

Yo sonreí.

—No, no lo sabía. ¿Eso es bueno?

Él arqueó las cejas. Seguía pensando que ese era un trabajo importante para mí, no una situación en la que Daniel me había involucrado coaccionándome, lo cual explicaba mi absoluta ignorancia sobre la situación de la campaña. Si hubiera querido información, sabía cómo obtenerla, pero no había ningún aspecto de la carrera para gobernador de Massachusetts que me atrajera, aunque mi padre biológico fuera un destacado candidato.

—Hasta ahora, no podemos quejarnos. El señor Fitzgerald ha ganado la mayoría de ellos. Ocupamos una excelente posición en la carrera, y dado que solo queda un mes de campaña, queremos que este último esfuerzo logre consolidar nuestra victoria.

—Es natural. —Yo aún no tenía claro si quería que Daniel ganara o perdiera. Era mi padre, y aunque era un criminal y un sociópata, una parte de

mí quería que ganara. Aparté el extraño pensamiento de mi mente y pedí a Will que me pusiera al corriente. Había permanecido varias semanas ajena a todo lo referente a la campaña electoral. Por fortuna, Daniel me había concedido cierto espacio, pero tenía la sensación de que eso no duraría mucho.

Will pasó una hora poniéndome al día. Hablamos sobre estrategias y contrastamos ideas. De alguna forma logré hallar ciertos paralelismos entre mi empresa y los objetivos de marketing de Daniel, y cuando me fui había procurado a Will unas nuevas iniciativas para poner en marcha hasta que nos reuniéramos de nuevo dentro de una semana.

El constante rumor en la zona junto al pequeño despacho de Will aumentó de volumen. Intuyendo un cambio, aparté la vista del director de campaña. A través de las ventanas del despacho vi a un grupo de personas congregadas junto a la entrada, en la que aparecía ahora Daniel. Presentaba un aspecto tan imponente como de costumbre vestido con un traje impecable, pero mostraba un talante distendido. Movía los labios en silencio. De pronto sus ojos azules se cruzaron con los míos y sonrió de oreja a oreja. Al cabo de unos segundos se reunió con nosotros en el despacho de Will.

Me levanté sin saber muy bien qué hacer. ¿Debía estrecharle la mano?

—Will, uno de nuestros becarios tiene unas preguntas sobre unos comunicados de prensa que vamos a emitir hoy. Sobre unas declaraciones mías y demás. ¿Puedes ocuparte de ello? Dame un momento para hablar con Erica.

—Por supuesto. Tomaos todo el tiempo que necesitéis. —Se levantó apresuradamente, recogiendo su teléfono móvil y unos papeles.

Pese a lo inquietante que era a veces la presencia de Daniel, me relajé cuando Will salió de la habitación llevándose su tremendo estrés. Daniel se repantigó en la silla, cruzando las piernas, y empezó a tamborilear con los dedos sobre su rodilla.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Y Blake?

Lo miré alarmada. Él se rió bajito. Parecía estar de buen humor, pero yo tenía la costumbre de abordar cualquier comunicación directa con él, sobre todo cuando se refería a Blake, con cautela. Quizás estaba aún escamada por algunos de nuestros encuentros menos cordiales.

—Era una pregunta. La última vez que nos vimos me dijiste que ibais a

casaros. ¿Alguna novedad al respecto?

Yo emití un suspiro de alivio que mitigó el temor de que Daniel siguiera albergando una profunda inquina contra mi prometido.

—Humm, no. La verdad es que no. ¿Cómo está Margo? —pregunté, confiando en cambiar de tema.

Daniel apartó la vista de mí.

—Lo va asimilando poco a poco. Las elecciones han sido una tabla de salvación para ella, le han dado algo en que centrar sus energías, gracias a Dios.

—Supongo que eso es bueno.

—El otro día me preguntó por ti.

Yo no había visto a Margo desde hacía varias semanas, desde antes de la muerte de Mark. Me horrorizaba encontrarme cara a cara con la mujer que había parido a mi violador sabiendo que nuestro desdichado parentesco era lo que en última instancia lo había llevado a la muerte. No podía contemplar el dolor en sus ojos y compartirlo. Y no podía fingir que no sabía que mi padre era el motivo de que ella hubiera perdido a su hijo.

—¿Sabe que trabajo contigo en la campaña?

Él asintió.

—Sí. ¿Habéis resuelto Will y tú los detalles?

—Sí, creo que se me ha ocurrido un buen plan para tus próximos pasos. Si todo sigue yendo bien al margen de la difusión online, nuestros esfuerzos pueden darte la victoria. Nunca había hecho esto en términos de política, pero creo que el pronóstico es prometedor.

—Excelente. Eso es lo que quiero oír. Me alegro que hayamos podido resolver esto de alguna forma.

Yo hice unos garabatos en mi bloc de notas. Ahora se alegraba, pero me había hecho pasar un infierno para obligarme a ir allí cuando habría bastado con que me lo pidiera amablemente. Sin el asesinato y la violencia y las amenazas de muerte que confiaba que fueran cosa del pasado.

—Erica.

Al oír su tono imperioso levanté la cabeza.

—¿Ayudaría si te dijera que lo siento? ¿Que siento todo lo que ha sucedido?

—Estoy aquí. ¿No te basta? ¿Pretendes que encima me alegre?

—Haría que me sintiera mejor. Si ganamos, tendremos muchos motivos para alegrarnos.

Traté de imaginar ese escenario durante un momento. No estaba segura de que mi visión de la victoria coincidiera con la suya.

—¿Crees realmente que ganar estas elecciones te dará la felicidad?

En su entrecejo apareció una profunda arruga y se levantó de la silla.

—Tengo un día muy ajetreado. Tengo que comentar algunas cosas con Will antes de marcharme, pero celebro haberte visto.

Me apresuré a coger mi bolso, guardé mi bloc de notas en él y me levanté.

—Nos veremos más tarde entonces.

Pasé junto a él y alargué la mano para abrir la puerta. Él me sujetó del codo y le solté bruscamente. El ritmo de mi corazón se disparó al recordar la última vez que me había tocado, zarandeándome furioso.

Volví la cabeza. Nos miramos a los ojos.

—Aunque no signifique nada para ti, aunque no te sientas necesariamente feliz aquí, quiero que sepas que me alegro de que formes parte de esto.

Yo asentí brevemente y salí de la habitación.

Me despedí de Will con la mano y me marché a toda prisa. Al alejarme vi a Daniel observándome con expresión estoica.

Al entrar en el apartamento percibí un succulento olor a comida y una suave música de jazz en sonido *surround*. Blake estaba en la cocina, con gesto de intensa concentración mientras daba los últimos toques a dos platos.

—¿Qué es esto? —Dejé el bolso y me apoyé contra la encimera para observarlo.

—Si lo he hecho todo correctamente, debería parecer y saber a un solomillo envuelto en hojaldre. Creo que Julia Child se sentiría orgullosa.

Yo sonreí, encantada con el gesto y sintiéndome también orgullosa de él. Como era de esperar, Blake era increíble en todo lo que se proponía hacer.

—De haber sabido que arrodillándome iba a conseguir que me prepararas la cena todas las noches, lo habría hecho antes. Ya sabes que la forma de conquistarme es a través del estómago.

Él sonrió.

—Cuidado con lo que dices, no sea que más tarde tenga que castigarte.

Yo me reí y murmuré un «humm».

—Suena interesante. Espero que cumplas tu palabra.

Él me miró con gesto hosco.

—No confundas mi habilidad culinaria con debilidad, cielo.

—Jamás me atrevería. Tú nunca haces nada que no sea perfectamente dominante. Pero no me obligues a llamarte «amo» mientras comemos, ¿vale?

Me acerqué a él por detrás y le rodeé el torso con los brazos, abrazándolo mientras él decoraba nuestros platos con unas ramitas de hierbas.

—De acuerdo. Sentémonos a comer —dijo.

Retiré los brazos de alrededor de su torso y nos acercamos a la mesa. Me sonrojé al recordar haber estado atada sobre ella el día en que llegué a casa y me encontré a un Blake mucho menos amable que ese día.

—¿En qué piensas?

Lo miré con ojos como platos, como si me hubiera sorprendido en el acto.

—Humm... en la mesa.

Él se rió y se llevó un bocado de carne a la boca.

—¿Pretendes que apuremos esta cena gourmet a toda prisa para que pueda atarte?

—No. Me gusta relajarme un poco antes de que te pongas a practicar tu arte con las ligaduras. ¿Qué te ha puesto de tan buen humor?

Él se reclinó en su silla.

—Max ya está fuera.

Yo arqueé las cejas.

—¿De Angelcom? Es fantástico. ¿Cómo lo has conseguido?

—Por desgracia, mi charla con Michael resultó bastante infructuosa. Dijo exactamente lo que supuse que diría. Siempre quiere que Max y yo resolvamos nuestras diferencias entre nosotros, sin implicarse él en el tema. De modo que me las ingení yo solito.

—¿Qué hiciste?

—Hablé con Heath sobre la posibilidad de retirar nuestra inversión del negocio de Sophia. Él también ha invertido un dinero. No estoy seguro de que pueda hacerse sin...

—Un momento, ¿qué tiene esto que ver con Max?

—Básicamente, examiné todas las inversiones que compartía con los miembros discrepantes de la junta y pensé en la peor jugada que podía hacerle a cada uno de ellos. Tras unas breves conversaciones, obtuve su consentimiento.

—Caray. No te importa jugar sucio.

—¿Te sorprende?

—No —confesé.

Él se encogió de hombros.

—Pude haber hackeado sus cuentas bancarias y dejarlos sin un centavo. He sido un buen chico.

—¿Se lo has comunicado a Max?

Él negó con la cabeza; sus ojos reflejaban aún una profunda satisfacción. Yo odiaba a Max, desde luego. Pero me alegré de ver al fin a Blake tan contento después del mal trago que yo le había hecho pasar.

—Ordené a una de las secretarias que le remitiera una copia de las actas junto con nuestras más sinceras disculpas. Creo que captará el mensaje.

Mastiqué en silencio durante unos momentos, tratando de imaginar la reacción de Max al recibir la noticia. Me pregunté si sería para él tan importante que lo hubieran echado como para Blake haber conseguido deshacerse de él. Angelcom era un importante canal de acceso a los negocios de Blake que ofrecía a Max la oportunidad de volver a perjudicarlo en el futuro. Sin ese acceso, Blake estaba más seguro. *Nosotros* estábamos más seguros.

—Supongo que te sientes aliviado.

—Desde luego. Y también optimista, porque mientras votábamos sobre las posiciones de los miembros de la junta, hice que añadieran a otra persona.

—¿A quién?

—A la futura señora de Blake Landon, por supuesto.

Lo miré patidifusa, sin saber qué decir.

—Creo que algunos de los problemas de confianza que hemos tenido se deben a que yo estoy implicado en tu trabajo mientras que tú no tienes prácticamente nada que ver con el mío. Me alegro de que vinieras a mí, Erica. No imaginas lo aliviado que me siento. Pero no quiero que pienses que no tienes ningún poder en nuestra relación, que no tienes voz ni voto. Y no quiero entorpecer tu trayectoria como emprendedora. Fue ese espíritu lo que me atrajo de ti, de modo que no deseo en modo alguno sofocar ese fuego. He pensado en ello, y creo que un puesto en la junta es el lugar ideal para que participes con tu experiencia como jefa de una compañía online.

Dejé mi tenedor en la mesa y tragué saliva para aliviar el nudo en mi garganta. Apenas era capaz de asimilar esas palabras y ese gesto. Era consciente de que todo cuanto temía que pudieran arrebatarme estaba más seguro en manos de Blake. Bajo su control. Al parecer bastaba con que yo cediera un poco de control para recuperarlo de otra forma.

—Gracias. Me halaga que hayas pensado en ello. Pero ¿estás seguro? Siempre me siento un poco cohibida en esos eventos organizados por la

industria. No me imagino ocupando un puesto en la junta y expresando mis opiniones. Implicarme a ese nivel es una decisión muy importante.

—Tomar la decisión de casarme contigo fue una decisión muy importante. Añadirte a la junta fue fácil. Conquistarás a esos tipos en un abrir y cerrar de ojos. Eres inteligente y guapa, además de descarada. No sabrán qué hacer contigo, como me ocurre a mí la mayoría de las veces. Francamente, no veo la hora de asistir al espectáculo.

—¿No son todos inversores? Yo no soy una inversora. ¿Qué papel haré allí?

—Eres mi esposa, o lo serás. Y esto es lo que hago. Busco nuevos proyectos en los que invertir. A partir de ahora, cuando decida invertir uno o cinco millones en un nuevo proyecto, tú formarás parte del proceso de decisión.

Yo jugueteé con mi servilleta sobre mi regazo.

—No pretendo estropear esta increíble noche, pero creo que es el momento idóneo para hablar de eso. Supongo que querrás que firme un acuerdo prematrimonial, ¿no?

No habíamos hablado sobre la propiedad de bienes ni nada de esas cosas desde que me había pedido que me casara con él. Yo no estaba segura de poder quitarme de encima el complejo de desigualdad entre nosotros en lo referente al dinero. Por más que él me había asegurado una y otra vez que no tenía importancia, yo quería ganarme la vida, hacer mi propia aportación a nuestras vidas.

El entusiasmo que mostraban sus ojos se disipó un poco, dando paso a una expresión seria.

—Lo que es tuyo es mío, eso está claro. No necesito un documento legal para hacer que me sienta más seguro en nuestro matrimonio. Si decides divorciarte de mí y hacérmelas pasar canutas, no hay dinero que pueda resarcirme del dolor de perderte. Es algo que ni me he planteado.

—Creo que te precipitas. Has dedicado la mitad de tu vida a amasar una fortuna, ¿y ahora quieres arriesgarlo todo?

—¿Te consideras un riesgo? Por lo general, cuando me abandonas solo te llevas mi corazón. Creo que ese es el mayor riesgo de todos.

Yo arrojé mi servilleta sobre la mesa y desvié la vista, odiando el renovado recordatorio del profundo dolor que le había causado. Pero antes de que pudiera seguir lamentándome de que Blake hubiera sacado el tema, tomó mi mano, me obligó a levantarme y a sentarme en sus rodillas.

—No quiero hablar sobre las posibilidades de que no estemos juntos, en ningún sentido. Te quiero. Quiero casarme contigo. No hay nada más importante que eso. Ese vínculo, esa promesa, es el único documento que me interesa que tengamos.

Yo suspiré. Estaba claro que no iba a ganar la discusión. Apoyé una mano en su pecho, sintiendo cómo se expandía y se contraía lentamente al ritmo de su respiración. Su corazón latía allí, alimentando la carne y la sangre del hombre al que amaba tanto que me dolía.

—Espero que sepas que yo jamás...

Él me silenció apoyando un dedo en mis labios.

—Confío en ti, y te aseguro que ese tema no me preocupa en absoluto. Pero volviendo a Angelcom, ¿quieres hacerlo? Voté para añadirte a la junta cuando los tenía a todos agarrados por las pelotas, pero si no quieres hacerlo, lo comprenderé.

—Creo que será divertido. Y estoy de acuerdo en que conviene que esté más informada sobre todo lo que haces. Me da cierto miedo, como es natural, pero será una experiencia beneficiosa para mí. Me has enseñado mucho.

—Perfecto. —Él enredó los dedos en mi pelo y me hizo inclinar la cabeza para besarme. Me sentí un poco aturdida mientras gozaba de la suavidad de sus labios. Sus manos rodeándome con firmeza pero también con amor, estrechándome contra él. En ese momento de ternura entre nosotros, pensé distraídamente en el progreso que habíamos hecho. Esa parte de mí que tenía ciertas reservas y había intentado protegerse durante tanto tiempo parecía ahora muy pequeña, casi pueril. El hecho de depositar en Blake toda mi confianza había cambiado las cosas entre nosotros más de lo que pude haber imaginado. En un sentido muy positivo.

Este cambio me recordó algo menos positivo. Me aparté un poco, escrutando sus ojos.

Él alzó la mano y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Qué ocurre?

—Quiero hablarte de algo.

Hice ademán de levantarme, pero él me lo impidió.

—Cuéntamelo.

Yo dudé un momento.

—Isaac se presentó ayer en la oficina.

—¿Ah, sí?

La contrariedad que surgió de sus labios no era tanto una pregunta como

una amenaza. Yo me puse a jugar con el tejido de su camiseta. Me daba cierto reparo hablar sobre personas a las que él detestaba estando tan cerca de él.

—Hace un par de semanas se puso en contacto conmigo. Al principio no le hice caso, porque no sabía cómo tratarlo después de la forma en que se había comportado.

—No me dijiste nada.

—Es verdad, pero te lo cuento ahora. —Lo miré a los ojos, tratando de transmitirle que eso también era un progreso, aunque estuviera envuelto en una noticia que le contrariara—. No quería disgustarte y, por otra parte, quería reflexionar yo sola sobre el tema. Isaac quiere anunciarse en nuestra compañía. No sería una cuenta desdeñable. Abarcaría todas las publicaciones relevantes para nuestro mercado, lo cual significaría un gran éxito para nosotros.

—No puedes aceptarlo como anunciante. —Su voz era inexpresiva, sin denotar la menor duda.

—Supuse que dirías esto, y comprendo tus razones. Como es natural, comparto tus recelos. Por si te interesa, te diré que parecía sinceramente arrepentido de su conducta. Aparte de ese incidente, me parece un tipo bastante inofensivo.

—Nadie con tanto dinero y poder es inofensivo.

—Tú también tienes mucho dinero y poder. ¿Qué te hace diferente a él?

Blake arqueó las cejas.

—¿Te parezco inofensivo? El que esté enamorado de ti no significa que dudaría un segundo en destruir a alguien que me amenazara a mí, a ti o una de nuestras compañías.

—Tienes razón. Nos ayudaría a paliar la pérdida de ingresos mientras llevamos a cabo esos cambios con Alex, pero supongo que no merece la pena exponernos a ese riesgo.

—Más tarde pagarías por ello, te lo garantizo. Todo tiene un precio.

Yo lo observé durante un momento.

—¿Qué hay entre vosotros dos?

—¿Aparte del odio que me inspira por haber tratado de forzarte?

Yo ladeé la cabeza, rogándole en silencio que fuera sincero conmigo.

—Sé que hay algo más. Lo conoces desde antes de conocerme a mí, y ya entonces no le tenías ninguna simpatía.

Él suspiró y me soltó la mano. Me dio una palmadita en el trasero como

diciendo: «Anda, largo».

Yo arrugué el ceño.

—No. Quiero que me lo cuentes ahora, mientras estoy sentada en tus rodillas.

Su expresión no mudó durante unos instantes, y me pregunté si iba a negarse a hacerlo. Por fin, soltó un resoplido y empezó a hablar.

—Desde que conozco a Sophia, Isaac ha formado parte de su círculo de amistades. Ella había hecho de modelo para sus anuncios publicitarios y eran amigos desde hacía tiempo. Cuando rompí mi relación con ella él acudió en su auxilio. Hizo el papel de héroe a la perfección. Estoy convencido de que solo pretendía follársela, y quién sabe, quizá lo consiguió. Cuando rompimos, él trató de demonizarme ante ella y otros. A mí me tenía sin cuidado lo que pensarán los demás. Me preocupaba que ella pensara que la había abandonado.

—Pero no la abandonaste.

—Ya te lo dije, no lo encajó bien. Cuando rompimos ella había dejado de consumir y no lo comprendió. Tuve que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no regresar junto a ella al menos para que dejara de sufrir. Pero no fue solo por el tema de las drogas. En realidad, fue la gota que colmó el vaso. La distancia entre nosotros cuando ella estuvo en rehabilitación no hizo sino poner de relieve lo distintos que éramos. Lo nuestro nunca habría funcionado.

—¿Estabas enamorado de ella?

Él apretó los labios.

—No lo sé. Decíamos que lo estábamos, pero en realidad no sé si lo que sentía por ella era amor. Deseaba cuidar de ella, y a ella le complacía que lo hiciera. Durante un tiempo funcionó, pero no puedo asegurar que fuera amor. No tenía nada que ver con lo que hay entre nosotros, Erica.

Me mordí el labio, esforzándome en ignorar los celos que me reconcomían.

—He pensado en lo que dijiste, sobre desvincularme de su agencia. Desde el punto de vista financiero, sería muy perjudicial para ella. Poseo más acciones en ella que cualquier otro inversor. Invertí mucho dinero cuando ella fundó su agencia para contribuir a ponerla en marcha. Aparte de eso, Heath también ha invertido dinero en ella. No estoy seguro de lo que piensa al respecto, pero no parece muy convencido. Su relación con ella es distinta. Tienen una amistad, una conexión más profunda que la que yo tenía con ella. Quizá porque ambos pasaron juntos una época muy dura en sus vidas y han conseguido superarla. No sé, pero en parte no quiero obligar a Heath a

hacerlo.

Yo desvié la mirada, tratando de ocultar mi decepción. A mí tampoco me convenía obligar a James a trabajar desde su casa. Apreté los labios con gesto de resentimiento. Blake deslizó la palma de su mano sobre mi mejilla e hizo que me volviera un poco, recuperando mi atención.

—Entiendo el motivo por el que te disgusta, de modo que veré qué puedo hacer. Quizá pueda hacerse de forma progresiva para que no tenga un impacto tan negativo sobre su empresa.

—Sigues velando por ella como si fuera una niña.

Él se tensó levemente.

—Es posible. Los viejos hábitos nunca mueren.

—Sophia no está tan indefensa como parece. Si hubieras visto cómo me habló... Puede ser un bicho. Si utiliza esa personalidad en su vida profesional, le irá de maravilla.

—Los celos pueden convertir a las personas en una versión muy negativa de ellas mismas.

Mis pensamientos no dejaban de girar en torno a ese sentimiento. Me había visto obligada a echar a James de la oficina para aplacar los celos de Blake. Me levanté de sus rodillas bruscamente, pese a sus intentos por retenerme.

Cuando entré en la cocina con la intención de fregar y recoger los cacharros hasta que se me pasara el mosqueo, él me siguió. Me obligó a volverme y me acorraló contra la encimera.

—Basta.

—Basta, ¿qué? —le espeté.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que destruya su negocio?

—Eres inteligente, Blake. Seguro que encontrarás la solución. Ofrecele un plan de pago. Concédele un préstamo. Quizá pueda empezar a vender lo que supongo que es una importante colección de zapatos de firma. Pero no quiero que siga teniendo sus garras clavadas en ti, *bajo ningún concepto*.

Él puso los ojos en blanco.

—Ella no tiene sus garras clavadas en mí. Las tienes tú. Como en este jodido momento.

Lo miré enojada. No me importaba lo que dijera. Sus intentos de tranquilizarme eran baldíos si cada vez que me topaba con Sophia la expresión de su rostro insinuaba una historia muy distinta. Hasta que él rompiera todo trato con esa mujer siempre me lo restregaría por las narices.

—Eres mío, y la próxima vez que la vea quiero que lo sepa. No me importa

que me digas que estoy celosa, y si eso me convierte en una persona desagradable, lo siento.

Él me apartó un mechón de pelo, recogíndomelo detrás de la oreja.

—Me gusta que desees proteger nuestra relación. Eso no te convierte en una persona desagradable.

—Entonces rompe toda relación con ella. Por favor. —Mi irritación se ablandó en sus brazos; tan solo deseaba que hiciera lo que debía hacer.

Entre nosotros transcurrió un prolongado silencio. Mi resentimiento dio paso a una profunda decepción.

—De acuerdo.

Yo alcé la vista, pero antes de que pudiera decir una palabra él me besó en los labios, silenciándome, concediéndome todo lo que yo quería.

Marie estaba a mi espalda, rizándome unos mechones de pelo. Alli mostraba una expresión de intensa concentración mientras me aplicaba un poco de colorete en las mejillas.

—Te preocupas demasiado, Alli. Es la fiesta de compromiso, no el día de la boda. Estoy bien.

Ella retrocedió un paso, ladeando la cabeza.

—Ahora lo estás. Estás perfecta. Además, vete acostumbrando. Casarse es como asistir al baile del instituto habiendo tomado esteroides.

En mis labios se dibujó una sonrisa.

—Eso es lo que temo. Si sigues diciéndome esas cosas, aceptaré la propuesta de Blake de fugarnos.

Fiona alzó la vista desde su asiento, sosteniendo otra revista de novias en el regazo.

—¡No serías capaz!

—No —confesé—. Sois las únicas amigas que tengo, y si os privo de asistir a mi boda estoy segura de que no volveríais a dirigirme la palabra jamás.

—Tonterías. —Alli ahuecó una espiral de pelo que Marie acababa de rizar—. Pero debemos ir pronto a elegir el vestido. Creo que es clave para que empieces a pensar en la boda.

Yo suspiré.

—Quizá tengas razón. Debería empezar a mirar esas revistas en busca de ideas. No sé por dónde empezar.

—No es necesario que te esfuerces, porque Alli y yo ya hemos elegido el vestido para ti —terció Fiona, mirándome con ojos risueños.

Yo me reí.

—De acuerdo.

—De raso y con escote palabra de honor. —Fiona abrió la revista por una página en que aparecía la foto de una preciosa modelo vestida de novia.

—Humm, es bonito. ¿Qué os parece de encaje?

Alli me miró sorprendida.

—¿Es lo que quieres?

—No sé, quizá. Creo que a Blake le gusta el encaje.

—Debe de ser cosa de familia —comentó Alli con tono socarrón.

Yo me reí, procurando no moverme para que Marie no me quemara sin querer con las tenazas calientes.

Fiona no ocultó una expresión de disgusto.

—Madre mía, dejemos esta conversación. Me vais a provocar pesadillas.

Alli y yo soltamos una carcajada al tiempo que cruzábamos una mirada cargada de significado.

En ese preciso instante se abrió la puerta y Heath asomó la cabeza.

—Mamá me ha pedido que os comunique que han empezado a llegar los convidados, de modo que salid cuando estéis listas. No les hagáis esperar demasiado para conocer a la invitada de honor —añadió guiñando el ojo.

—Vete, Heath. Vas a ponerla nerviosa —dijo Fiona.

—Tranquila. Tengo mi carisma líquido —repliqué, alzando mi copa de champán casi vacía.

Marie soltó el último rizo.

—No necesitas carisma líquido. Todo el mundo te adorará.

Sus palabras me animaron. De todos los presentes aquí, Marie era mi única familia, aunque cuanto más pensaba en ello más se difuminaba la línea entre la familia de Blake y la mía. Allí vivía en ambos mundos junto a mí, y yo no era una extraña en las vidas de los Landon. Eran amables y cariñosos, y cada día me sentía más integrada en su familia. La ausencia de mis parientes me importaba poco, y los momentos en que lamentaba no tener una familia más normal cada vez eran menos frecuentes.

—Enseguida salimos. En cuanto nos hayamos puesto guapas. —Alli se pasó los dedos por el pelo, que estaba perfecto.

—Tú eres más que guapa, eres impresionante —declaró Heath sonriendo sin apartar los ojos de Alli.

Ella se sonrojó, fingiendo no hacerle caso.

—Largo de aquí, grosero. —Fiona arrojó con fuerza un cojín contra la puerta, pero no logró alcanzar a Heath, cuya risa era audible al otro lado.

Marie rizó el último mechón de mi cabello.

—Ya estás lista, cariño.

Yo me levanté, mirándome de nuevo en el espejo. Mi aspecto no me importaba tanto como el hecho de causar buena impresión a todos los parientes y amigos de los Landon. Esa iba a ser una reunión presidida por los Landon, y confiaba estar a la altura de las circunstancias.

Alli me tomó del brazo y me dio un pequeño codazo.

—Anda, salgamos para que seduzcas al árbol genealógico de los Landon.

—Estoy lista. Vamos a ello.

Cuando salimos del cuarto de invitados que las chicas y yo habíamos utilizado para arreglarnos, Blake se acercó a nosotras. Estaba impresionante con un pantalón vaquero oscuro y una camisa de rayas, suelta en la cintura, con las mangas arremangadas hasta el codo. Estaría impresionante vestido de cualquier manera, con un saco o una toga. Mientras los demás se dirigían hacia la sala de estar, me quedé rezagada para gozar de un momento a solas con él.

—Estás espectacular. Me muero de ganas de que te vean —dijo, y sus ojos adquiriendo un tono más oscuro.

—¿Te gusta? —pregunté, bajando la vista y mirando mi vestido palabra de honor de color crema. El cuerpo estaba cubierto de encaje y la falda, que me llegaba por debajo de las rodillas, estaba formada por unas capas transparentes del mismo tejido.

—Me encanta. Muy adecuado para una novia. Pero, como es natural, tú me gustas más.

Blake me estrechó contra sí y se inclinó para besarme, un beso tierno y lleno de cariño. La carga de electricidad, el arco de energía siempre presente, parecía crepitar entre nosotros. Sus labios rozaron los míos casi con gesto reverente. Yo cerré los ojos y me fundí en sus brazos. Él deslizó la lengua por el borde de mis labios. Yo suspiré y los abrí para gozar del dulce sabor de su boca.

Su lengua penetró más profundamente en la mía, buscando y mordisqueando. Gemí suavemente, alzándome de puntillas. Él se apartó un poco, sacudiendo la cabeza.

—Vámonos antes de que decida raptarte y sacarte de aquí para hacerte el amor.

Yo no habría opuesto ninguna objeción, pero sabía que sus padres nos esperaban y habían dedicado mucho tiempo y esfuerzos en organizar esta fiesta.

—Alli ha pasado más de veinte minutos maquillándome. Me mataría. Por no hablar de tus padres y el resto de la gente.

Él se detuvo.

—¿Estás nerviosa?

Me encogí de hombros.

—Quizás un poco. No conozco a la mayoría de los invitados.

—Enseguida los conocerás. La mayoría son amigos de mis padres de cuando yo era niño. Les encantarás. —Me tomó las manos, entrelazando sus dedos con los míos. Permanecimos pecho contra pecho, sin movernos. Yo me habría quedado en esa postura todo el día, oculta entre sus brazos. Como si el resto del mundo no existiera.

—Te quiero, Blake. Te lo digo continuamente, pero a veces me gustaría demostrártelo más. Las palabras se quedan cortas.

Él acercó mi mano a sus labios y besó el anillo de compromiso que adornaba mi dedo anular.

—Claro que me lo demuestras. Todos los días, permaneciendo a mi lado. Y si eso no bastara, tendrás el resto de nuestras vidas para demostrármelo.

Yo sonreí de gozo.

—Me parece un plan perfecto.

—Anda, vamos.

Blake me condujo a la espaciosa sala de estar que conectaba con la elegante cocina y al impresionante comedor de los Landon. Desde las tres estancias se divisaba el océano a través de grandes cristaleras. La amplia sala de estar había empezado a llenarse de invitados que charlaban unos con otros. Antes de que yo pudiera presentarme, Catherine se acercó acompañada por el primer grupo de amigos. Al verlos Blake sonrió complacido, y yo me preparé para la primera de las numerosas presentaciones que habría esa noche.

Transcurrieron horas mientras nos dirigíamos de un grupo a otro. Los miembros de la familia extendida de Blake eran tan encantadores y adorables como sus parientes inmediatos. Para ellos, Blake seguía siendo un joven, incluso un niño. Lo observé en sus ojos y en la espontaneidad con que interactuaban con él. Ya no parecía el hombre dominante y avasallador que luchaba a brazo partido para conseguir lo que quería, sino que bromeó e incluso se sonrojó un par de veces ante las anécdotas de su juventud que contaron algunos.

Yo repetí la historia de cómo nos habíamos conocido en la sala de juntas de Angelcom, reviviendo esos momentos. La atracción inicial que habíamos sentido el uno por el otro no había hecho sino aumentar desde entonces.

Por fuera, Blake era perfecto. Guapo, un hombre de éxito, increíblemente rico y, para colmo, encantador. No obstante, muy pocas personas conocían su corazón. La oscuridad que anidaba allí a veces y la pasión que había consolidado nuestra unión. En el cuadro que pintaba de su juventud, vi a un

hombre extremadamente inteligente en busca de respuestas en nuestro convulso mundo. Y durante esa búsqueda, había perdido a un amigo.

Aunque Blake se negaba a hablar de ello en profundidad, yo sabía que el suicidio de Cooper pesaba sobre su conciencia. Suponía que algo había cambiado también en él cuando había sucedido esa tragedia. En él había nacido el afán de controlarlo todo. Su firme determinación de no volver a vivir una experiencia tan terrible unida a la oportunidad que le había ofrecido Pope, su mentor, de prosperar en la industria del software le había facilitado el control que ansiaba. Ahora poseía más control que la que suele alcanzar la media de las personas en su vida.

Me hallaba absorta en mis pensamientos unos minutos cuando de pronto observé que Blake se había puesto serio. Cuando me volví hacia donde miraba él me quedé de piedra. Max charlaba con gesto distendido con Michael, el hombre que comprendí que era su padre por las fotos que había visto online. Vestido con un pantalón caqui y una camiseta oscura con escote en V, Max mostraba su habitual sonrisa encantadora. Ambos hombres eran de la misma estatura y complexión física, y Michael, pese a su edad, no resultaba menos atractivo. Tenía la piel tostada por el sol y el pelo blanco salpicado por unos pocos mechones rubios que se habían encanecido con el paso del tiempo.

Cuando la mirada de Max se posó en nosotros, se quedó callado unos instantes. Michael se dirigió hacia nosotros. Sin decir palabra, abrazó a Blake con toda naturalidad. Ese pequeño gesto indicaba que la relación entre ellos era más que meramente profesional. Max dio media vuelta y se puso a charlar con otro grupo de personas que había en la fiesta.

—Me alegro de verte, Blake. Y, por supuesto, muchas felicidades.

Cuando Michael se apartó, sus ojos sonreían. Durante un minuto, emanaban más calor de lo que yo había imaginado.

—No estaba convencido de que alguna vez darías ese paso, pero estoy gratamente sorprendido.

Luego su mirada se detuvo en mí, con no menos calor y admiración.

—Debes de ser la guapa Erica de la que he oído hablar tanto. La semana pasada Catherine me tuvo al teléfono durante casi una hora. Creo que quería asegurarse de que acudiría, pero, como es natural, lo habría hecho de todos modos. Soy Michael.

Yo estreché su mano.

—Celebro que hayas venido. Me alegro de conocerte por fin.

La postura de Blake se había relajado solo levemente.

—No nos comunicaste que Max vendría contigo.

Michael dirigió la vista hacia la puerta por la que habían entrado.

—Para ser sincero, yo tampoco lo sabía. Le comenté que iba a venir a la ciudad y él estaba enterado de la fiesta, por lo que supuse que tu madre le había enviado una invitación.

La expresión de Michael parecía algo más fría mientras que las fosas nasales de Blake se habían dilatado en un gesto de evidente fastidio.

—Michael, Erica, disculpadme un momento. Enseguida vuelvo. —La sonrisa de Blake era tensa, pero el tono de su voz delataba la ira que apenas lograba ocultar.

Michael suspiró profundamente.

—Moriré feliz si la rivalidad entre esos dos se resuelve algún día. Entretanto, me roban años de vida.

—Seguro que no eres el único al que le gustaría que pusieran fin a su rivalidad.

—Sin duda. Es una lástima que dos personas tan inteligentes dediquen tanto tiempo a intentar pisarse el uno al otro.

Yo no estaba del todo en desacuerdo con él, pero sabía que de los dos, el agresor era Max. No obstante, me mordí la lengua. Por suerte para él, Michael parecía estar en la inopia sobre los detalles de las tácticas de Max, o quizá los ignoraba simplemente. Un hombre de su talla profesional tal vez no podía hacer otra cosa. Tenía que dirigir unos imperios mientras su hijo y su protegido se peleaban a cuenta de unos asuntos que él probablemente consideraba insignificantes.

Blake y Catherine desaparecieron. Yo lo sentí por ambos. Max no debió haber ido, pero el caso es que estaba allí y la preocupación hizo que se me formara un nudo en el estómago. Supuse que estaría indignado con Blake por haberlo echado de la junta, y confié en que no se produjera una confrontación entre ellos que arruinara la velada.

Michael me miró con gesto pensativo.

—Es posible que tú pudieras hacerles ver lo absurdo de su actitud, Erica. Te conocen, te respetan. A veces los hombres no ven más allá de sus narices. Son reaccionarios. Me imagino que lo sabes por experiencia. Quizá lo único que necesiten es el consejo de una mujer inteligente y con dotes de convicción que les haga comprender que todo esto es una pérdida de tiempo.

Sentí que me ruborizaba. Ese hombre apenas me conocía. Además, ¿qué

poder tenía yo sobre uno o el otro? Max había hecho lo imposible por arruinar el éxito de mi compañía. Yo era la última persona que podía imponer paz entre ellos. Me había convertido en la tercera parte, inevitablemente involucrada en ese tremendo follón.

—Te agradezco tu voto de confianza, pero creo que sería peligroso inmiscuirme entre ellos.

Él asintió.

—Es posible. Max es mi hijo y Blake es casi un hijo para mí. Por desgracia, ninguno de los dos hace el menor caso de lo que digo. Por otra parte, es evidente que Blake te hace caso a ti. Si consiguieras que Max también te hiciera caso, habríamos avanzado algo. Es difícil preocuparte por otras cosas cuando tienes a una mujer hermosa en los brazos.

Michael sonrió, y yo, pese a mis reservas, me sentí más animada. Quería decir más para tratar de informar a ese hombre idealista a la par que encantador sobre la verdad. Pero sabía que era inútil. Michael, Max y Blake eran como dioses en guerra unos contra otros, sin ninguna perspectiva del potencial impacto que podían tener sobre todas las personas implicadas en el tema. Salvo que Max sabía exactamente el impacto que él tendría sobre mí. Quizá la salud de mi negocio le hubiera interesado solo superficialmente en su momento, pero había adquirido mayor importancia desde que Max se había percatado de que podía perjudicar a Blake a través de él.

Con todo, yo no había hablado con Risa ni con Max desde que habían creado su web. Por más que deseaba decirles exactamente lo que pensaba de ellos, había decidido guardar silencio.

—Creo que te sentaría bien una copa.

Al volverme vi a Max, ofreciéndome una copa de champán. Dudé unos segundos, pero al sentir que Michael no me quitaba ojo, la acepté como un gesto de momentánea paz. Forcé una tensa sonrisa para disimular la antipatía que me inspiraba Max.

Este saludó a su padre con un gesto de la cabeza.

—Papá, Greg me ha preguntado por ti.

—¿Ah, sí? En tal caso iré a saludarlo. —Michael escrutó la habitación y se volvió hacia mí—. Me alegro de haberte conocido por fin, Erica. Espero que tengamos ocasión de conversar de nuevo antes de que me vaya, pero si no es así, espero que logres convencer a Blake de que venga a visitarme en Dallas. Hace mucho que no viene por allí.

—Desde luego. Lo intentaré.

Él me besó en la mejilla y me guiñó el ojo antes de dejarme con Max. En cuanto me quedé a solas con él me sentí incómoda. Ese debía de ser un día feliz, pero yo no tenía nada que decir a Max. Al margen de las optimistas perspectivas de Michael sobre la posibilidad de que la paz reinara entre todos, Max me había herido y atacado mi compañía de una forma que era imperdonable.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

Max soltó un bufido, fingiendo sentirse ofendido.

—Supuse que te alegrarías de verme. Estuve a punto de estampar mi firma en unos documentos para concederte dos millones de dólares. Pero supongo que los cuatro millones de Blake te parecieron más apetecibles.

—No, pero tu tendencia a cagarte en todo lo que él hace influyó en mi elección.

—¿Fue tu elección? ¿O te puso él entre la espada y la pared? Así es como actúa, por si no lo sabías. Manipula a la gente y se coloca de modo que te impide tomar otra decisión que no sea la que él desea. ¿Ese es el tipo de hombre con el que quieres casarte?

—¿Qué quieres Max? ¿O has venido aquí solo para fastidiar a todo el mundo?

—De hecho, esperaba poder hablar contigo.

Me encogí de hombros y bebí un sorbo de champán.

—Aquí estoy.

—Quiero hablar de negocios, y prefiero no hacerlo en presencia de los padres de amigos de la infancia. ¿Podemos hablar a solas?

Me observó fijamente. Miré alrededor de la habitación y no vi a Blake, pero la perspectiva de que se apresuraría a intervenir si me veía hablar con Max era más que probable.

—Blake no quiere que estés aquí. Deberías marcharte. Sus padres han dedicado mucho tiempo e ilusión en organizar esta fiesta y no quiero que Blake y tú la arruinéis con vuestros problemas.

—De acuerdo. Me iré en cuanto me concedas un momento.

Yo suspiré, sintiendo que mi irritación aumentaba a medida que se prolongaba este impasse entre los dos. Aunque no tenía ganas de mantener una charla con Max, tampoco quería que Blake montara una escena. Dejaría que Max dijera lo que quería decirme y con suerte conseguiría que se fuera para que el resto de la velada transcurriera como estaba previsto.

—Muy bien. Cinco minutos, y luego quiero que te vayas.

—Me parece justo.

De mala gana, abandoné la sala seguida por Max y lo conduje por un pasillo que daba acceso al estudio de Greg. En la habitación reinaba un ambiente fresco y silencioso.

Entré y me detuve junto a la amplia mesa de Greg, apoyándome contra ella.

La puerta se cerró detrás de Max con un clic.

—Esto está mejor, ¿no te parece? —Se acercó a mí mostrando una expresión cauta que ocultaba algo.

—Di lo que tengas que decir.

Él se detuvo a pocos pasos, una distancia que traté de convencerme de que era prudencial. Sentí una crispación en la boca del estómago. Una incómoda sensación me recorrió la piel.

Él alzó su copa, sonriendo satisfecho.

—¿Brindamos?

Yo puse los ojos en blanco.

—¿Por qué diablos vamos a brindar, Max?

—Por Blake.

Yo ladeé la cabeza, esperando que continuara.

—Por haber conquistado a la chica, por haberme echado de Angelcom y por haber logrado que mi padre dejara de interesarse por su propia familia durante más de quince años. ¿No crees que eso merece un brindis?

Cada una de sus palabras destilaba resentimiento. Pero cuando pensé en lo que nos había hecho a los dos, me resultó imposible sentir la menor compasión por él. Me alegré de que estuviera perdiendo su batalla con Blake, y por eso sí me apetecía brindar.

—Salud. —Alcé mi copa y dejé que el champán se deslizara por mi garganta. Paladeé el líquido, que alivió la sequedad de mi boca después de tantas horas de presentaciones y conversación.

En los labios de Max se dibujó una sonrisa.

—Dime, ¿cómo va el negocio?

Yo me reí.

—A ti te lo voy a decir... Has perdido a tu contacto interno. A partir de ahora tendrás que tratar de adivinarlo y confiar en acertar.

—Tus palabras destilan amargura, Erica. ¿Por qué? Te dije que me interesaba el concepto. Tú decidiste que no querías que invirtiera en él. ¿No demuestra mi interés el hecho de que estuviera dispuesto a convertirlo en una

realidad con o sin ti?

—Lo que demuestra es tu empeño en perseguir las empresas de Blake tratando de pergeñar algo que pueda rivalizar con lo que él ha creado. Tenías acceso a información privilegiada sobre mi compañía y la utilizaste contra mí. Fue un golpe bajo.

Él achicó un poco los ojos, observándome con rabia. No me importó. Quería que sintiera las pullas que le lanzaba.

—No existía una cláusula de confidencialidad entre nosotros. Yo estaba en mi derecho.

—Estabas en tu derecho de comportarte como un hipócrita y un cabrón sin principios éticos. Por desgracia, no existe ninguna ley contra eso.

Él se rió bajito.

—Menos mal. Por suerte para ti, tampoco existe ninguna ley que te prohíba follar con quien te convenga para alcanzar tus objetivos.

Cerré los ojos y deposité mi copa en la mesa. De pronto me sentía demasiado agotada para desear el alivio de la bebida.

—Vete. —Mi voz carecía de la energía que yo deseaba que acompañara esa orden.

Cuando abrí los ojos, él se había acercado más y se hallaba frente a mí.

—Solo digo que si querías follar con alguien para obtener financiación para tu negocio, podías haberlo hecho conmigo. Sabes bien que eso es lo que piensa todo el mundo. No me necesitas a mí para destruir tu reputación. Lo has hecho tú solita, cariño.

Yo torcí el gesto.

—Estás mintiendo.

—¿Eso crees? A la gente le encanta hablar. Los chismorreos sobre la industria, cuando se difunden en los círculos adecuados, se propagan como la pólvora. Una chica atractiva como tú, la protegida de alguien como Landon. Él también tiene una notable reputación. Tú eres la última de una larga lista, de modo que no te creas especial solo porque va a casarse contigo.

—Tú no sabes cómo es Blake en realidad. Él me ama... —Me detuve, confundida por la lentitud con que articulaba las palabras. Por lo cansado que se sentía de pronto mi cuerpo. Sacudí la cabeza, pero el movimiento solo hizo que me sintiera más mareada. Estaba bebida, más de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo. *Mierda.*

Bajé la vista y miré mi copa, y entre las burbujas observé unos gránulos, apenas visibles, que flotaban cerca del fondo. Levanté la vista, que tenía

nublada. Cuando logré distinguir a Max, su dentadura blanca y perfecta relucía a través de una sonrisa malévola. Era un auténtico demonio disfrazado de ser humano.

—Veremos si te sigue amando después de esta noche.

El pánico hizo que mis piernas me condujeran hacia la puerta, pero él se interpuso en mi camino, sujetándome por los brazos.

—¿Te marchas tan pronto? Quédate un rato más.

Me arrastró hacia atrás, arrojándome de un empujón sobre el sofá. El impacto me produjo una nueva oleada de cansancio. Traté de incorporarme. Cada músculo de mi cuerpo estaba invadido por esa inusitada y repentina debilidad. Yo había subestimado a Max tiempo atrás, y ahora había vuelto a hacerlo. La confusión me nublabá los sentidos mientras trataba de comprender lo que sucedía. Mi mente se movía con excesiva lentitud, era incapaz de fijar mi atención en lo que me rodeaba hasta que él se detuvo junto a mí, tomándome bruscamente por el mentón para que volviera el rostro hacia él.

—El mejor escenario que se me ocurrió fue hacer que parecieras una borracha ante la familia de Blake. Pero esto es mucho mejor. Ahora podré saborearte yo también y, con suerte, quizá consigamos destruir el idílico sueño de Blake cuando te vea en este estado. Borracha y habiendo follado conmigo como la puta que eres.

—Max, no. —Mi cabeza era como un tambor, en la que resonaba una incesante y silenciosa vibración. Traté de ordenar a mis piernas que se movieran, pero cuando lo hicieron, Max me obligó a tumbarme de costado en el sofá.

De pronto sentí su boca sobre la mía, metiéndome la lengua entre los labios. Le empujé débilmente. Él respondió a mis débiles intentos de liberarme con una risotada de desdén, echándome su aliento caliente en la cara.

—Eso es, MacLeod dijo que eras una luchadora. Tienes todo un historial. ¿Sabe Blake que eres una zorra?

El nombre de Mark evocó en mí un recuerdo profundo y violento.

—No, por favor —dije con voz pastosa. Las palabras se fundieron en el espacio entre nosotros, junto con mi sensación de que estaba a punto de perder el conocimiento.

Él sofocó mis débiles gritos.

—No temas. Será rápido. Hace meses que se me pone dura al pensar en ti,

Erica. Ahora sabrás lo que se siente cuando te folla un hombre de verdad, no un hacker de tres al cuarto que se ha aprovechado del éxito de mi familia. Con suerte, tú también te acordarás.

Traté desesperadamente de no perder el control, de luchar contra la parálisis que se deslizaba por mis venas como melaza fría, haciendo que todo movimiento fuera insoportablemente lento. Traté de llenar mis pulmones de aire, pero el creciente pánico que me invadía y el enemigo invisible contra el que luchaba mi cuerpo me impedían respirar con normalidad.

—Buena chica.

Perdí el control, vagamente consciente de que él estaba sobre mí y de la brutal presión de su cuerpo a través de mis bragas.

No, no, no. Dios, no.

Nadie podía oírme, pero mi mente gritó hasta que mi visión se sumió en la oscuridad.

Abrí los ojos, pero enseguida volvieron a cerrarse. Cada vez que trataba de recobrar la lucidez, algo me lo impedía. Jamás me había sentido tan cansada. Cuando mi mente consciente empezaba a recordar detalles de lo que había ocurrido, mi cuerpo exigía dormir. Yo cedía al tiempo que luchaba contra esa angustiada necesidad. Había algo extraño en ello. El cansancio debilitaba mis músculos, invadiendo mis fatigados huesos.

Mientras me despertaba y volvía a sumirme en el sueño, sentí que se me revolvían las tripas, como si tuviera ganas de vomitar. Las potentes náuseas y el peligro de que me pusiera a vomitar donde estaba acostada fue lo que por fin me obligó a levantarme de la cama. Una vez de pie, abrí la puerta del cuarto de baño y logré a duras penas alcanzar el retrete.

Al cabo de varios extenuantes minutos, me quedé sentada en el suelo, inmóvil, con la cabeza apoyada en el brazo mientras trataba de recuperar el resuello.

—Cariño.

Oí a mi espalda la voz angustiada de Blake. Luego sus brazos me rodearon. Me dio unas palmadas en la espalda y sentí el calor de sus manos a través del liviano camisón que llevaba puesto. La fatiga me invadió de nuevo, debilitándome en el refugio que me ofrecían sus brazos. Me incorporé un poco, apoyada contra él, y me limpié la boca, decidida a no convertir el suelo del baño en una cama.

Él me besó en el hombro.

—¿Estás bien?

Yo asentí con la cabeza.

—Ya me siento mejor. —Por suerte, el hecho de vomitar había aplacado de momento la sensación de náuseas. Quería moverme, quitarme de encima este peso que me lo impedía—. ¿Me ayudas a levantarme? Me siento muy débil.

—Claro. Levántate poco a poco.

Asentí de nuevo. En ese momento el esfuerzo de ponerme de pie me parecía imposible. Él me rodeó los hombros con un brazo y la cintura con el otro y por fin conseguí levantarme. Blake me recogió un mechón de pelo

detrás de la oreja y observé su imagen reflejada en el espejo. Sus ojos, por lo general muy expresivos, estaban ocultos por unas gafas oscuras que casi nunca se ponía.

Yo le solté, renunciando a la seguridad que me ofrecía su sólido cuerpo, y me apoyé en el lavabo mientras reunía las fuerzas necesarias para lavarme la cara y los dientes. Él me apartó el pelo del rostro y del cuello, dejando que el sudor frío se evaporara de mi piel.

—¿Te apetece una taza de té? ¿Quieres que te traiga algo?

—Creo que el té me sentará bien. —Mi voz sonaba tan débil que no estaba segura de si me había oído hasta que se alejó, después de besarme suavemente en la mejilla.

Habría podido quedarme dormida de pie, pero conseguí regresar de nuevo a nuestro lecho. Aturdida por ese decaimiento físico, mi mente no cesaba de preguntar qué había sucedido. ¿Qué había desencadenado ese malestar? No se trataba de una resaca. Jamás me había sentido así y mi cerebro estaba demasiado espeso para descifrar lo ocurrido. Me acosté en la cama y en cuanto me tapé con la manta, el grato calor bastó para sumirme de nuevo en un sueño profundo.

La noche era oscura como boca de lobo pero poco a poco empecé a tomar nota de dónde me hallaba. Sentí la hierba húmeda bajo mis pies. Fresca contra el aire cálido. De pronto él tiró de mí, obligándome a avanzar. Pese a mi aturdimiento, comprendí adónde nos dirigíamos. El mismo lugar al que él me conducía siempre. Quizás un centenar de veces, y yo le seguí. Como la joven estúpida y borracha que era, siempre le seguía.

Risas. Todos se reían, celebrándolo. Lo sabían. Yo arrugué el ceño, preguntándome qué hacían todos allí.

Él aumentó la presión de su mano sobre mi brazo lo suficiente para causarme dolor, y sentí un nudo en el estómago. Comprendí lo que iba a ocurrir.

La perversa sonrisa de desdén, fruto de lo satisfecho que se sentía de sí, de su odio. Él me odiaba. Tenía que odiarme forzosamente para hacerme esto. Aunque yo le implorara, él me tumbaría en el suelo y me inmovilizaría. El mismo tono áspero de su voz mientras me explicaba lo que se proponía hacerme.

Pero cuando lo miré a los ojos comprobé que eran distintos. No eran los iris oscuros y circulares que me atormentaban. Confundida, escruté sus facciones hasta que se solidificaron y lo reconocí. Max. El rostro, ese cuerpo

que me aplastaba pertenecían a Max.

Sentí que el corazón me daba un vuelco segundos antes de experimentar el conocido dolor. Por más que me resistiera, él siempre conseguía abrirse paso en la oscuridad, tomar lo que deseaba.

Impotente, no podía moverme. No podía echar a correr. Boqueando, tratando de recobrar el sentido de la realidad, pronuncié su nombre. Una súplica en tono inquisitivo. Luego, al percatarme de que tenía voz, incluso a través del barullo y la mezcla de risas que nos rodeaba, grité. Grité pidiendo auxilio.

Me incorporé apresuradamente en la cama, gritando todavía, hasta que me di cuenta de que estaba en casa, en nuestra alcoba. El aire penetraba y salía de mis pulmones, intensificando la sensación de mareo. Sentí un cosquilleo en la piel debido al sudor y al rastro imaginario que habían dejado las manos de otro hombre sobre mí.

Me sobresalté cuando Blake entró apresuradamente en la habitación. Llevaba puesto el pantalón del pijama, sin la camisa. Rodeó la cama y se sentó en el borde. Yo respiraba trabajosamente. Al cabo de un minuto habló en tono quedo, casi en un susurro.

—¿Me dejas que te abrace, cariño?

Yo lo miré con ojos como platos. No podía articular palabra, demasiado inmersa aún en el sueño que había tenido. ¿Podía dejar que me abrazara? ¿Deseaba que lo hiciera? No conseguía pensar con claridad hasta que él extendió tentativamente los brazos hacia mí.

Sujeté sus manos entre nosotros, manteniéndolas a una distancia prudencial. El repentino contacto evocó el dolor que había experimentado. No obstante, contra todos mis instintos, sostuve sus manos porque algo en mí no quería soltarlas. Apreté la mandíbula, tragando saliva para aliviar el nudo seco que tenía en la garganta. Las lágrimas afloraron a mis ojos, pero algo en mi interior resistió al acto reflejo de luchar contra él. Mi mente racional me recordó que no él era el enemigo, que yo le necesitaba. De modo que esperé, como quien se aferra a una valla electrificada, a que el pánico y el dolor remitieran.

—Erica... cielo. Respira. Soy yo, tranquila.

Respiré con dificultad hasta que mi cuerpo se relajó lo suficiente para poder hablar. Cuando recobré la voz, sonaba ronca.

—He tenido un sueño. No... estoy segura de qué sucedió.

—¿Una pesadilla... como las otras?

Me apresuré a asentir. Blake sabía lo de mi sueño y que a veces me asaltaba, por más que yo deseaba que desapareciera para siempre.

—Más o menos, pero era Max. De alguna forma, era Max.

Recordé su rostro, la versión del sueño confundiéndose con el rostro que mi mente consciente conocía. Entonces irrumpieron en mi mente unas imágenes de la fiesta. Marie, Michael y unas caras borrosas. Luego Max, esbozando su arrogante sonrisa mientras contemplaba mi cuerpo inerte. Sentí que la bilis me trepaba por la garganta. Solté las manos de Blake y me rodeé el torso con los brazos, como si eso pudiera protegerme de lo que mi mente me mostraba ahora.

—¿Qué ha ocurrido, Blake? —pregunté, mirándolo con ojos que traslucían el terror que me atenazaba—. No lo recuerdo, pero sé que ocurrió algo. Dímelo.

La consternación en los ojos de Blake mientras tensaba la mandíbula me lo confirmó.

—No te ha lastimado, cielo.

Alzó la mano para tocarme, crispada en un puño, pero la bajó antes de que pudiera rozarme siquiera. Estaba pálido a excepción de un moratón que tenía en la mejilla y en el que yo no había reparado hasta entonces. Flexionó los músculos de los brazos como si se contuviera para no volver a tocarme. En ese momento me fijé en su mano, que tenía envuelta en una gruesa venda blanca.

—Estás herido.

Él negó con la cabeza, apretando la mandíbula.

—Él está en peor estado que yo.

Me llevé la mano a la boca. Una nueva sensación de náuseas me asaltó mientras trataba de formular mentalmente la pregunta que quería hacerle. No quería saberlo, pero era preciso. Sostuve la mirada de Blake, escrutándolo, deseando no tener que preguntárselo. Si yo no deseaba oírlo, él no deseaba decírmelo.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas mientras temblaba de pies a cabeza. Solo era capaz de recordar unos pocos detalles de la noche anterior, pero de alguna forma comprendí que había sucedido algo espantoso. Y, que Dios me asistiera, el culpable de lo sucedido era Max.

—Necesito saber lo que hizo —musité.

Él cerró los ojos unos segundos como para contener su ira.

—Al entrar sorprendí a Max... tocándote. No... no llegó a tener sexo

contigo.

Cerré los ojos, haciendo que se me saltaran más lágrimas.

—Dios mío.

—Estabas drogada. Era evidente. Apenas podías moverte. Te has pasado dos días durmiendo.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué? —Las palabras brotaron en un sollozo mientras me esforzaba en comprender por qué había querido Max lastimarme, someterme a una tortura a la que a duras apenas había logrado sobrevivir tiempo atrás.

—No volverá a hacer nada semejante.

—¿Cómo lo sabes?

En el breve silencio que se produjo sus ojos asumieron una expresión seria y sosegada.

—Le he puesto la cara nueva, Erica, por eso lo sé. Los dos tenemos suerte de que no lo matara porque era lo que quería hacer. Tuvieron que intervenir tres personas para separarme de él. —Blake flexionó la mano al tiempo que torcía el gesto.

—Todos lo vieron. Me horroriza imaginar lo que deben de pensar.

Blake me tomó la mano, apartándola de mi rostro. Me humedecí los labios reseco y respiré hondo para calmarme. El contacto con su mano no me dolió como me había dolido hacía un momento. Los pensamientos habían empezado a reorganizarse en mi mente a medida que el sueño se separaba de la realidad.

—No piensan nada. Saben lo que él hizo. Mi madre ha estado muy preocupada. Marie no ha dejado de telefonar. A la pobre Alli he tenido que echarla de aquí varias veces. No he dejado que nadie se te acercara para que pudieras descansar. Sé que necesitarás tiempo para superarlo. Nadie piensa mal de ti. Pero te garantizo que a él lo consideran un cerdo.

—Me llamó puta. —Me estremecí al recordar las palabras—. Dijo que no había tenido reparo en follar con quien me convenía para alcanzar mis objetivos. Se ha propuesto destruirnos, Blake.

—Es él quien está destruido.

Yo lo miré con gesto interrogante.

—No había visto a Michael tan devastado en mi vida. No sé qué ocurrirá entre ellos, pero ni siquiera Michael podrá pasar por alto un follón de estas proporciones. Fue él quien me separó de Max, pero jamás olvidaré la forma en que lo miró. Ni siquiera se acercó para ayudarlo. Simplemente dio media

vuelta y se marchó.

—Me dijo que quería que Max y tú hicierais las paces.

Las fosas nasales de Blake se dilataron en un gesto de ira.

—Jamás habrá paz entre nosotros hasta que uno de los dos muera.

El odio ponía de relieve los ángulos duros de su rostro. Alcé una mano y la deslicé sobre los tensos músculos de su mandíbula. Él los relajó, dejando que le acariciara. Me besó suavemente las yemas de los dedos. Su tierno gesto empezó a eliminar la sensación de horror con que me había despertado. Blake estaba allí. Estábamos juntos, a salvo. Me recordé esas verdades una y otra vez, incluso cuando mi mente trataba de asimilar los recuerdos fragmentados de lo que había hecho Max.

—¿Estás seguro de que él no...?

Blake me miró abriendo mucho los ojos, en los que se reflejaba una profunda tristeza.

—Segurísimo. Fui en tu busca antes de que apareciera nadie más. Sus intenciones estaban muy claras, pero no consiguió lo que se proponía. —Me acarició el brazo, moviendo el pulgar en círculos sobre mi hombro, como si quisiera tranquilizar a una niña atemorizada—. Lo habría matado. Nadie habría podido impedírmelo, ni entonces ni ahora. De haber ido un centímetro más lejos, su corazón habría dejado de latir.

Una extraña sensación de alivio me invadió, como si hubiera escapado a la muerte de milagro. Si Max me hubiera violado, no podía imaginar siquiera el devastador efecto que me habría causado. Habría sido como una especie de muerte, al igual que Mark había matado una parte de mí cuando hace años me había arrebatado la inocencia. Traté de reprimir las persistentes náuseas mientras una multitud de sensaciones nuevas y recientes hacían presa en mí. Sobre mi piel se extendió una fina capa de sudor. Max no había conseguido lo que se proponía, pero la amenaza de que pudo haberlo hecho me atormentaba.

Alargué una temblorosa mano hacia el pecho de Blake. Aproximarme físicamente a él era como atravesar un muro. Todos mis instintos me aconsejaban que me quedara donde estaba a salvo. Él dejó que me acercara a él, sin prisa, sus caricias apenas un murmullo sobre mi piel. Temblando de pies a cabeza, por fin me acomodé sobre sus rodillas. Él me acarició la espalda lentamente, con cautela, hasta que por fin me relajé contra él.

—Todo irá bien. Ahora estás a salvo. Estoy contigo, cielo.

Rompí a llorar en sus brazos mientras él trataba de tranquilizarme. Esa

nueva violación intensificó el peso de la anterior hasta que pensé que había derramado todas las lágrimas que mi cuerpo era capaz de producir. A través de mis sollozos, Blake siguió murmurando palabras de consuelo. En el aire a nuestro alrededor flotaban promesas de su amor, insistiendo en que siempre me protegería y me mantendría a salvo, hasta que las creí con toda mi alma.

El persistente cansancio que me había dejado postrada durante varios días por fin había remitido. Por primera vez desde la fiesta, había recuperado mis energías, pero a instancias de Blake, llamé a la oficina para decir que me quedaría otro día en casa a descansar. Incapaz de permanecer a solas con mis confusos pensamientos, me pasé toda la tarde viendo películas. Comedias sin la menor profundidad emocional que no podían amenazar la paz psicológica que tanto me había costado alcanzar.

De pronto la puerta del apartamento se abrió y solté un grito. Levantándome de un salto del sofá, contemplé el preocupado rostro de Alli.

—Lo siento, no pretendía asustarte. Te he traído el almuerzo —dijo, sosteniendo una bolsa de papel.

Yo retiré la mano de mi acelerado corazón.

—De acuerdo. Gracias.

Alli se sentó a mi lado en el sofá, depositando la bolsa en la mesita de café.

—Lo siento —repitió—. ¿Cómo te encuentras? Quise venir a verte antes, pero Blake insistió en que necesitabas descansar. Heath me dijo que Blake había ido hoy al despacho, de modo que decidí venir a verte de extranjis.

—Estoy bien. Me siento mejor. Lo que Max echó en mi copa me ha dejado postrada durante varios días. Pero por fin empiezo a sentirme de nuevo como un ser humano. Estoy impaciente por regresar mañana al trabajo. Quedarme en casa sin nada que hacer me da demasiado tiempo para pensar en todo lo ocurrido.

Ella se mordió el labio y sus ojos se humedecieron. Antes de que yo pudiera decir nada, me abrazó con fuerza. Yo le devolví el abrazo al tiempo que trataba de contener también las lágrimas. Alli lo sabía. Todo el mundo lo sabía. No podía ocultárselo a mi mejor amiga y fingir que no estaba sufriendo.

—No sé qué decir —murmuró—. No doy crédito a lo ocurrido. Me parece imposible.

—Todo va bien, Alli. Estoy bien —aseveré para tranquilizarla, deseando

convencerme yo misma pese a que la voz me temblaba. Quizás ese día no estaba bien, pero lo estaría. Superaría ese trance, del mismo modo que había superado el otro. Pero cuanto más pensaba en lo que Max había hecho y en la fiesta, más me preguntaba si había conseguido superar *realmente* lo que me había hecho Mark.

—Todo no va bien. Ese tipo no puede irse de rositas después de lo que te ha hecho, Erica.

Me recliné en el sofá y me enjuagué las lágrimas. No quería derrumbarme en esos momentos. No quería remover de nuevo el tema después de haber pasado todo el día tratando de olvidarlo. Aparte de bombardear mi mente con estúpidos programas de televisión, me había esforzado en relegar los recuerdos de la otra noche que no cesaban de atormentarme a los oscuros recovecos de mi mente donde ocultaba los recuerdos de Mark. No quería pensar en nada de eso.

—¿Erica?

Alcé la vista.

—Supongo que acudirás a la policía. Tendrás que cooperar con ellos para que puedan arrestarlo y presentar cargos contra él.

—Creo que sí —respondí, delatando el hecho de que aún no estaba convencida de poder afrontar ese trago.

—Tienes que hacerlo. Me parece increíble que Max haya tenido el valor de denunciar a Blake después de lo que te hizo. Su afán de venganza no tiene límites. Todo esto es un disparate sin sentido.

Yo me incorporé, asegurándome de haber oído bien.

—¿Max ha denunciado a Blake?

—¿No te lo ha dicho Blake? Max ha presentado cargos contra él por agresión. Está claro que Blake lo hizo para defenderte. Ese cabrón tenía más que merecida la paliza que recibió.

Yo expelí el aire que había contenido. Apoyé la frente en la palma de la mano.

—Es increíble que Blake no me lo dijera. Me contó que le había partido la cara a Max, pero no se me ocurrió que eso pudiera ocasionarle problemas. Mierda, ni siquiera puedo pensar con claridad. Esto es tremendo.

Allí me tocó el hombro suavemente.

—Blake no quiere preocuparte. Sabe que no es fácil para ti, sobre todo después de lo que pasaste con Mark. Estoy segura que, de haber estado en el lugar de Blake, Heath habría hecho lo mismo. Por suerte, los Landon tienen

unos excelentes abogados.

—Seguro que los Pope también los tienen. Dios, a Blake solo le faltaba verse envuelto en este problema. Esto ha vuelto a alterarme.

Alli suspiró bajito.

—¿Irás a hablar con la policía? Prométeme que lo harás.

Me apresuré a asentir.

Lo cierto es que dudaba sobre si acudir a la policía. Blake me había dicho que los detectives habían dejado sus tarjetas de visita y sin duda querrían hablar conmigo. La perspectiva me aterrorizaba. Quizás era por el mismo motivo que me había frenado a la hora de acudir a la policía cuando Mark me había violado. En el fondo me culpaba a mí misma. El sentimiento de culpa y el bochorno de compartir la experiencia con otra persona me había llevado a guardar silencio. Había enterrado lo sucedido en un lugar tan profundo, que no me importaba que detuvieran a mi agresor, ni siquiera relatar mi historia.

Pero eso era distinto. Yo conocía a Max, y dadas las numerosas personas que estaban presentes, nadie podía poner en duda lo que había hecho. Las drogas que me había hecho ingerir eran prueba suficiente de sus intenciones. Yo no sabía si lograría reunir el valor necesario para entrar en la comisaría y relatar mi historia. Pero si con ello ayudaba a Blake a librarse de esa absurda situación, estaba dispuesta a hacer lo que fuera.

—Iré contigo. No estarás sola —anunció Alli tomándome la mano.

—Gracias. No sé qué haría sin ti.

—No tendrás que averiguarlo nunca. Siempre estaré ahí para ti, no pienso irme a ninguna parte. Todos te apoyaremos. Todos formamos una familia.

Mi corazón rebosaba de gratitud por su inquebrantable amistad.

—Eh, se me ocurre una idea —dijo Alli más animada, apretándome la mano.

Yo arqueé las cejas.

—¿Qué?

—Sé que probablemente ni se te ha pasado por la cabeza, pero ¿qué te parece si esta semana vamos a comprar tu vestido de novia? Te distraerá de este mal trago que has pasado.

Yo sonreí y asentí con la cabeza.

—Me parece perfecto.

—Alli me ha dicho que Max te ha denunciado.

Blake había trabajado hasta tarde y no hacía ni cinco minutos que había llegado a casa cuando abordé el tema. Apenas había pensado en otra cosa desde que Alli se había marchado esa tarde. Para colmo, estaba mosqueada con él por no habérmelo contado enseguida. Él se quitó la camisa y entró en el baño contiguo a nuestro dormitorio, ignorándome olímpicamente. Yo le seguí.

—Blake.

—No tiene importancia.

—Tiene importancia que haya presentado una querrela criminal contra ti.

Él suspiró y se volvió hacia mí. Traté de concentrarme en el asunto que nos ocupaba, pero su cuerpo despojado de la camisa y su olor cuando me estrechaba contra sí, como hizo en esos momentos, trastornaban mis células cerebrales. Apoyando una mano en mi cadera, se inclinó y me besó suavemente en los labios.

—A mí no me preocupa, y a ti tampoco debería preocuparte, ¿de acuerdo? Ya tienes bastantes problemas.

Yo lo miré a los ojos, haciéndole comprender que era imposible que no me preocupara.

—¿Afectará eso a tu trabajo? ¿Qué pasará con Angelcom y las otras empresas en las que aparece tu nombre?

Una breve risa escapó de sus labios.

—¿Te refieres a mi reputación? El dinero habla, Erica, y por suerte tengo mucho. Las razones por las que la junta quería retener a Max hasta que los tuve agarrados por las pelotas son las mismas razones por las que nada de esto les importará. Yo tengo los triunfos en la mano. De todos modos, me importa una mierda lo que piensen los demás.

Yo no podía evitar la inquietud que había arraigado junto al odio que sentía ahora por Max.

Blake me tomó la cara entre sus manos.

—Escúchame. No te preocupes por esto. No se trata de algo que no pueda resolver, y te aseguro que voy a hacerlo.

—¿Cómo?

Él suspiró y me soltó, dejando unos centímetros de distancia entre nosotros.

Metí los dedos en la cinturilla de sus vaqueros, atrayéndolo hacia mí. Él me miró con gesto de sorpresa.

—Mañana iré a hablar con la policía. No recuerdo todos los detalles, pero confío en que sean suficientes. Si eso significa que debo declarar, haré lo que sea necesario.

Él hizo una pausa.

—Me alegra saberlo. No por mí, sino por ti.

Yo arrugué el ceño.

—No estoy segura que lo haría si no fuera para ayudarte. Me enfurece que Max te haya hecho esto.

—¿Por qué no quieres contar tu historia a la policía, Erica? Él se merece tener que afrontar lo que te hizo, y Dios sabe que tú mereces justicia. No la obtendrás nunca si no cuentas a la policía lo que ocurrió. Tú eres la víctima, y tienen que oír tu historia, no la mía.

Bajé la vista y la fijé en la cintura de Blake, donde tenía los dedos enganchados en las presillas de su pantalón vaquero.

—No soporto la perspectiva de tener que pasar por ese trago.

Él me tomó de la barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos, observándome con expresión seria.

—Hay veces que es preciso rendirse, y otras que tienes que luchar, por más que te desagrade la idea.

Yo me perdí en sus ojos durante un segundo.

—Y tú quieres que yo luche.

—No puedo tomar esa decisión por ti. Pero si esto te sirve de muestra —dijo, señalando las gruesas costras rojas que decoraban sus nudillos—, ya sabes lo que pienso sobre dar a ese cabrón su merecido.

Torcí el gesto al observar las lesiones en su mano y recordar cómo se las había hecho. No podía imaginarme las lesiones de Max, pero me alegré al pensar el sufrimiento que debían de causarle. Respiré hondo a través de la nariz. Había pasado los últimos días tratando de pasar página. No quería volver a pasar por este infierno. No daría a Max la satisfacción de destruirme como había hecho Mark.

—Te agradezco que te pelearas por mí, pero no se trata de vengarme.

—Tienes razón. Se trata de hacer que Max Pope tenga que rendir cuenta de

sus actos por primera vez en su vida. Tiene que escarmentar, aprender una lección que hace tiempo que se merece. No es venganza. Es justicia. Significa subsanar una situación injusta que ha permanecido impune demasiado tiempo.

Por más que yo me pusiera a discutir con él, Blake tenía razón. Max no solo me había amenazado, traspasando una línea que jamás debió traspasar: había traicionado mi confianza, amenazando tanto mi compañía con las de Blake. Los perjuicios que había sufrido Blake eran infinitamente más graves que las experiencias que habíamos compartido con Max. Antes de que yo conociera a Max, sabía que era un playboy, un joven consentido y malcriado. Había conseguido eludir unas consecuencias que habrían hundido a cualquier otro. Había estado protegido por la fortaleza de dinero y poder de su familia. El profesor Quinlan había utilizado esa circunstancia en beneficio propio, consiguiéndome una reunión con él con la promesa de que invertiría en Clozpin.

¿Cuánto tiempo iba a durar aquello? ¿Durante cuánto tiempo lograría Max desbaratar nuestras vidas sin tener que afrontar las consecuencias, movido por los locos celos que le inspiraba Blake? Puede que Blake tuviera razón. Puede que ese fuera un hecho que no podía ser ignorado, ni por Michael ni por la ley. Puede que esa infracción demostrara por fin a Max que no era inmune a las consecuencias.

Blake interrumpió mis reflexiones con un beso al mismo tiempo tierno y cauto. Luego retrocedió, observándome.

—¿Qué tal te ha ido hoy? ¿Te sientes mejor?

—Estupendamente. Ya te lo dije esta mañana. Mañana regresaré al trabajo, digas lo que digas. Si me quedo un día más en casa, sin nada que hacer, me volveré loca.

Él sonrió con gesto guasón.

—No podemos permitir que eso ocurra.

Se volvió de espaldas y abrió el grifo de la ducha. Luego se desnudó y abrió la puerta, inundando la habitación de vapor. Yo me mordí el labio, observando su espalda y su trasero cuando se colocó debajo del chorro de agua. El fuego que había permanecido latente en mí durante días se reavivó. Al parecer, el haberme visto privada durante varios días de nuestros ratos de intimidad me había pasado factura, y ahora que había recuperado mis energías, me costaba contenerme.

No estaba segura de estar preparada, pero añoraba nuestros momentos de

intimidad. Blake se había mostrado cauto conmigo. Excesivamente cauto. Me fastidiaba que lo que había ocurrido hubiera erigido un muro invisible entre nosotros, separándonos debido al temor de lastimarnos uno al otro cuando yo necesitaba a Blake más que nunca.

Me bajé el pantalón vaquero, dejándolo caer al suelo, y me quité el sujetador y la camiseta al mismo tiempo. Él se volvió para observarme; su rostro reflejaba el silencioso deseo que se agitaba en mí. Entré en la ducha detrás de él. Blake me dejó pasar para compartir el chorro de agua conmigo. Nuestros cuerpos se tocaron, haciendo que se dispararan las habituales alarmas. Mis pezones rozaron el suave vello de su pecho, endureciéndose al instante. Me detuve allí, contentándome con nuestra proximidad mientras el agua caliente caía sobre nosotros.

—Te he echado de menos —dije.

—Y yo a ti, cielo.

Apoyé las manos sobre su pecho, ansiando sentir cada relieve de su musculatura deslizándose debajo de mis dedos, fundirme con él. Bajé la mano para tocar los tensos músculos de sus abdominales. Quería tocarle más abajo. Quería sentir su ardiente piel debajo de mis dedos, saber que me deseaba tanto como yo a él. Después de toda esa locura, anhelaba sus caricias, tranquilizarme comprobando que nada había cambiado entre nosotros. Deslicé los dedos sobre la línea de vello que se extendía desde su ombligo hacia abajo. Él me sujetó la mano, deteniendo mi exploración.

—Vuélvete —me ordenó con tono quedo.

Yo lo miré con la cabeza levemente inclinada, conteniendo el aliento al oír esa simple orden. Por lo general, cuando me ordenaba que me volviera ocurrían cosas agradables. Le hice caso y apoyé las manos en el frío mármol de la pared de la ducha. Cerré los ojos, imaginando sus manos sobre mí, mientras el agua se deslizaba por mi espalda entre nosotros.

Oí un breve clic y sentí sus manos en mi pelo, masajeando y enjabonándome la cabeza. Aunque no era la caricia que esperaba, me complació. Eché la cabeza hacia atrás mientras él me frotaba el cuero cabelludo describiendo diez diminutos círculos con los dedos.

—¿Te gusta?

Yo murmuré un «humm».

—Mucho. Gracias.

—Estoy a tu disposición.

Yo sonreí. Él movió el chorro para aclararme el jabón del pelo y me lavó el

resto del cuerpo, de la cabeza a los pies. Me lavó los hombros, masajeando los tensos músculos. Luego hizo que me volviera de forma que estábamos cara a cara mientras seguía lavándome, sin descuidar un palmo de mi cuerpo, entre mis pechos y sobre mi vientre. Evitó detenerse precisamente en los puntos donde yo deseaba que lo hiciera. La situación me hacía enloquecer, pero él parecía no tener prisa, ni parecía gozar con el habitual juego del tormento sexual al que jugábamos con frecuencia.

Se arrodilló para pasar la esponja por las plantas de mis pies. Eso me produjo cosquillas, pero al verlo agachado a mis pies, incapaz de ocultar su deseo agitándose bajo su peso frente a mí, la sensación de cosquillas desapareció. Cada caricia inocente de sus manos intensificaba mi necesidad de experimentar una caricia más íntima. Él estaba empalmado, y yo ardía de deseo.

Cuando se levantó, le arrebaté la esponja de las manos y la arrojé al suelo. Lo agarré del pelo y lo atraje hacia mí, haciendo que nuestros pechos se rozaran. Él gimió y me apartó, empujándome contra la pared de la ducha. El instinto se impuso y, al cabo de unos segundos, me monté sobre él. Colocando el muslo sobre su cadera, me apreté contra su cuerpo duro y musculoso. Él me sostuvo por el culo, incrementando el contacto. Ambos anhelábamos fundirnos el uno con el otro.

—Te echo de menos. Quiero sentirte —gemí.

Inspiré aire antes de oprimir de nuevo mi boca sobre la suya. Su sexo rígido presionaba contra mi vientre, enloqueciéndome. El contacto me produjo una descarga eléctrica de deseo. Pero la sensación estaba contaminada. Lo besé con más furia, tratando de ahogar la duda. Él gimió, deslizándose la mano sobre mi muslo. Se abrió camino lentamente entre mis piernas, deteniéndose sobre mi pubis antes de tocarme en ese punto. Yo me tensé en sus brazos, sin comprender de inmediato el motivo. Jadeaba, mi acelerada respiración delataba la pugna que se libraba en mi interior. *Mierda.*

—¿Qué pasa, cielo?

Lo besé con furia, cerrando el pequeño espacio entre los dos, respondiendo a cualquier pregunta que él pudiera tener. Maldita fuera, lo necesitaba. Lo necesitaba más que nunca.

Él se apartó y me sujetó la mano, impidiéndome que siguiera acariciándolo.

—No tenemos que hacerlo.

—Quiero hacerlo.

Él dudó unos instantes.

—Lo sé. Yo también lo deseo, pero... tienes que concederte un tiempo.

—Estoy bien —insistí, pero mi voz temblaba.

¿Lo estaba realmente? Sabía lo que quería, lo que necesitaba, pero no podía negar la tensión. Nerviosa, pronta a reaccionar, pugnaba contra mi deseo. La pugna me enfureció al tiempo que exacerbaba mi deseo, ansiando que él me hiciera el amor, que me follara al margen del sentimiento que yo me negaba a reconocer.

Me besó, un beso lento y casto que apenas sentí a través del calor y la humedad que se había acumulado sobre mi piel. El gesto parecía repetir sus palabras.

—Estoy bien, Blake —insistí—. Él no me hizo nada, estoy bien. Nada ha cambiado.

Él me miró con ojos cargados de preocupación.

—El hecho de que él no consiguiera su propósito no significa que no hayas pasado por un infierno emocional. No estamos hablando de unos nudillos machacados. Sabes tan bien como yo que esas heridas son más profundas de lo que los dos queríamos que fueran. Necesitas tiempo. Debemos tomarnos un tiempo.

Me daba rabia que probablemente tuviera razón. Odiaba haberme convertido en una persona tan débil y vulnerable en cuestión de días.

—Quizá sea más fuerte de lo que imaginas.

Él emitió un suspiro de exasperación.

—No tengo ninguna duda sobre tu fortaleza, Erica. Me refiero a tu estado psicológico, a tu bienestar. No puedes despachar este asunto como si fuera una nimiedad.

—¿Por qué no dejas que sea yo quien te diga lo que soy capaz de soportar?

Mi bochorno se mezclaba con el rechazo. Lo dejé solo en la ducha. En el dormitorio, abrí bruscamente unos cajones de los que saqué unas prendas interiores y una camiseta y me fui a la cama. Acurrucada en mi lado de la misma, traté de ignorar su presencia cuando se acostó junto a mí. Al cabo de un momento se acercó por detrás, rodeándome la cintura con el brazo. Oprimiendo los labios contra mi hombro, me acarició el brazo, produciéndome un escalofrío que casi hizo que olvidara mi irritación.

—En otras ocasiones te he forzado más allá de tus límites. Deja que ahora los respete, aunque tú no quieras.

Cerré los ojos ante la verdad que encerraban sus palabras. La verdad y el

amor y la preocupación que los hombres que habían erigido ese muro emocional entre nosotros no habían tenido. Emití un prolongado suspiro, confiando en su criterio.

—Mírame —susurró.

Me volví a regañadientes, colocando mi cuerpo frente al suyo. Una sonrisa suavizó su rostro mientras deslizaba un dedo sobre mi mandíbula, trazando una sensual línea sobre mis labios.

—Te quiero, incluso cuando estás cabreada e indignada.

—Odio esto.

Él me miró con gesto serio.

—Lo sé. Sé que los dos deseamos más, pero merece la pena esperar. Lo único que quiero esta noche es saborear la dulzura de tus labios y estrecharte contra mí. Tengo el resto de la vida para hacerte el amor. Esta noche, solo deseo abrazarte.

Algo cedió en mí, la necesidad de resistirme remitió bajo la delicada insistencia de Blake. Mis músculos se debilitaron y me rendí.

A la mañana siguiente entré en la oficina dispuesta a afrontar la jornada. Dispuesta a afrontar mi vida. Allí se levantó para saludarme cuando me acerqué a su mesa.

—No te lo vas a creer.

Abrí los ojos como platos. Existía un amplio abanico de posibilidades con respecto a cosas que me costaría creer.

—¿Qué?

—La web de PinDeelz se ha caído. Sid dice que se cayó anoche.

—¿Sabemos por qué? Podría ser cualquier cosa. Problemas con el servidor o un aumento del tráfico en la Red.

—No creo que ese sea el motivo.

Allí me condujo hacia su ordenador y abrió el sitio web. En la pantalla apareció una llamativa imagen en blanco y negro. Yo la había visto con anterioridad, en nuestra propia web. M89. El logotipo del grupo de hackers había sustituido la página de inicio de la web competidora, pero ahora me sentía más confundida que nunca.

—No lo entiendo. Si Trevor y Max se han conchavado para crear esto, ¿por qué iba Trevor a hackearlo? Es más, ¿cómo puede hackear su propia web?

Alli se puso a jugar con un mechón de pelo, enroscándolo entre sus dedos.

—Yo tampoco lo entiendo. A menos que Max se haya peleado con Trevor y esto sea una venganza. Como si Trevor quisiera darle un escarmiento o algo parecido.

—Y yo creía que las cosas no podían ser más extrañas.

—La buena noticia es que al menos uno de sus anunciantes ha vuelto a ponerse en contacto con nosotros para renovar el contrato. Como es natural, nadie ha mencionado a PinDeelz, por tengo la impresión de que otros anunciantes seguirán su ejemplo.

Yo me reí bajito.

—Es increíble. Ya veremos cuántos vuelven con el rabo entre las piernas. O cuánto tiempo permanece la web desactivada.

—Hablando de volver con el rabo entre las piernas, ¿qué has decidido sobre Perry?

—Parece estar arrepentido, pero no es suficiente. Blake tiene razón. No nos conviene tener tratos con él.

—Estoy de acuerdo. —La voz grave de James nos interrumpió. Parecía haber surgido de la nada.

—Hola, James —dije, confundida sobre su presencia en la oficina.

—Alli creyó oportuno que yo estuviera aquí mientras tú permanecías ausente.

—Muy bien. —Me apresuré a asentir, no queriendo pensar en la posible reacción de Blake—. Me alegro de que estés aquí. ¿Tienes un segundo para ponerme al día?

Dejé a Alli y entré en mi pequeño despacho, el cual ofrecía escasa privacidad. James me siguió y se sentó en la silla frente a mí.

—¿Qué ocurre? ¿Qué me he perdido, aparte de toda una semana?

—He hablado con tu novio. Fue bastante interesante, pero de momento voy a quedarme en la oficina.

Lo miré boquiabierto mientras trataba de asimilar sus palabras. No hacía ni quince minutos que había regresado al trabajo y me sentía más aturdida de que lo había imaginado. Sentí una punzada de temor en el estómago.

—¿Es una broma?

Él se rió.

—No tienes de qué preocuparte. Pero quizá debas hablar de ello con Landon.

—De acuerdo. En tal caso, ¿quieres hacer el favor de ponerme al día? Estoy muy atrasada en el trabajo.

Pasé el resto de la mañana poniéndome al corriente. Después de una semana ausente de la oficina, me di cuenta de los progresos que habían hecho en mi ausencia. No tardaríamos en llevar a cabo los cambios que nos colocarían a años luz del sitio web de Max. Aunque la amenaza de la competencia era cosa del pasado, comprendí con claridad que la competencia había constituido una importante motivación a la hora de obligarnos a avanzar de una forma totalmente distinta.

Poco antes de la hora de almorzar sonó mi teléfono. Casi me da un infarto cuando vi el rostro de Risa en la pantalla.

Tras dudar un instante, respondí.

—¿Sí?

—Hola, Erica, soy Risa.

—Ya. —*Es obvio. ¿Qué diablos quieres?*

—Mira, sé que probablemente soy la última persona con la que deseas hablar. Pero... necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—¿Podemos quedar para almorzar?

Una sensación de angustia hizo presa en mí. Risa era socia de Max, y mi encuentro con él para hablar de «negocios» había tenido unas consecuencias desastrosas.

—No tengo nada que decirte.

—Por favor, te lo ruego. Por favor. Sé que me odias. Y tienes todo el derecho a hacerlo. Si no quieres volver a verme ni hablar conmigo después de hoy, no volveré a molestarte.

Contemplé el tabique blanco frente a mí. El tono de Risa sonaba distinto. Sonaba... desesperado. Yo no tenía por qué preocuparme por ella, pero lo cierto es que me preocupaba. Cerré los ojos, tratando de imaginar cómo iba a afrontar eso sola. Entonces se me ocurrió una idea.

—Nos veremos en el delicatessen de la esquina, cerca de la oficina, a mediodía.

—Perfecto, gracias.

Colgué antes de que ella pudiera añadir algo más y me comuniqué con Alli a través de Skype para pedirle que se pasara por mi despacho para hablar conmigo.

Apareció al cabo de unos segundos.

—¿Qué hay?

—¿Te apetece, por casualidad, almorzar con Risa? Quiere hablar conmigo.
No me fío de ella, y temo que si acudo sola soy capaz de estrangularla.

—De acuerdo. Yo también quiero decirle un par de cosas.

—Hecho.

—**G**racias de nuevo por reuniros conmigo.

Risa parecía una perrita callejera sentada frente a nosotras. Allí estaba reclinada en su silla, con los brazos cruzados, observando a Risa con desdén. Yo no creía que Allí fuera capaz de odiar a nadie, pero en esos momentos mostraba una expresión bastante convincente. Pese al patético aspecto de Risa, tuve que esforzarme en sentir lástima de ella. Llevaba el pelo, normalmente lustroso y liso, recogido en un moño medio deshecho. Vestida con un pantalón vaquero y una sencilla camisa negra, con el rostro maquillado, parecía cansada y demacrada. La joven astuta y dinámica que había dejado Clozpin y se había llevado mi base de datos de usuarios parecía haber envejecido en el breve espacio de tiempo desde que se había marchado. Yo quería decirle que tenía un aspecto desastroso, pero decidí callarme.

—Aún no estoy convencida de que debería perder el tiempo contigo, de modo que si tienes algo que decir, dilo.

Ella nos miró a Allí y a mí con ojos empañados por las lágrimas.

—Lo lamento. Quiero que lo sepáis.

—Es un poco tarde para lamentarte —le espetó Allí, quitándome las palabras de la boca.

—Lo sé, y no espero que me perdonéis. Cometí un error. Max... me convenció de que si quería labrarme un porvenir y progresar en mi carrera, lo mejor, es decir, lo único que podía hacer era marcharme. No es la persona que yo creía que era.

Yo apreté la mandíbula, tragándome las palabras. Max tampoco era la persona que yo creía que era. Era mucho peor.

—Me utilizó para perjudicarte —continuó Risa, mirándome con ojos tristes e implorantes—. Se aprovechó de mis emociones, de mis celos y de mis inseguridades para convencerme de que debía dejar la compañía. Pero ahora ni siquiera sé quién es. Tiene problemas, según creo, y está obsesionado con destruir a Blake. No tiene nada que ver con el negocio que yo pensé que íbamos a crear juntos. Es algo mucho más profundo de lo que supuse.

Me incliné hacia delante, observándola atentamente. Empezaba a

comprender que no tenía ni idea de lo que había ocurrido entre Max y yo.

—Risa, la semana pasada Max me drogó y trató de aprovecharse sexualmente de mí. No le importó llegar a esos extremos con tal de herir a Blake. Créeme, no tienes ni idea de lo depravado que es hasta que no has pasado por lo que he pasado yo.

—¿Qué? —Risa me miró sin dar crédito—. Dios mío. No lo sabía. Sabía que él y Blake se habían peleado, pero no tenía ni idea.

Yo me tensé contra las emociones que amenazaban con embargarme. No podía perder el control ante ella, por más que la conducta de Max seguía causándome un intenso sufrimiento. En lugar de ello, me aferré a mi ira.

—Ya. Pregúntale qué pasó. Seguro que te contará un cuento chino de que yo me insinué a él durante mi fiesta de compromiso. Y dado que te pareció divertido contarle a Blake lo de James, quizá podáis intercambiar anécdotas sobre lo puta que soy. —Apreté los dientes, resistiendo a duras penas el deseo de levantarme y marcharme. En cualquier caso, había querido ver a Risa una última vez para obtener mi desquite. ¿Quién sabe cuándo volvería a tener la oportunidad de decirle lo que pensaba?

—No pienso que seas una puta. En cierto momento, cuando estaba aún furiosa porque me habías despedido, conté a Max que te había visto con James. Fue él quien me aconsejó que se lo dijera a Blake. Yo no quería hacerlo. Cuando se lo conté, Blake se enfureció tanto que me arrepentí enseguida de habérselo dicho. Ni siquiera sabía que tú y Blake estabais comprometidos.

Alcé el mentón y apreté los labios.

—Y, pese a todo, nos va de maravilla. A pesar de que Max y tú habéis tratado de arruinar mi negocio, mi relación con Blake y a mí, estamos mejor que nunca. ¿Qué quieres ahora? Lo elegiste a él. Ahora tienes que vivir con esa elección.

—Quiero dejarlo. De veras. —Risa tenía los ojos húmedos. La servilleta que sostenía en la mano la había retorcido hasta prácticamente destrozarla. Dios, estaba hecha un auténtico desastre.

—Pues déjalo. A mí me tiene sin cuidado.

Ella se apresuró a asentir, cabizbaja.

—Quiero hacerlo —murmuró—. Temo que me arruine. Al margen de lo que pasó entre vosotros, es una persona completamente distinta de lo que yo creía. No sé quién es. Creo que tiene problemas económicos. Dijo que no podía seguir financiando nuestra web. Todos nuestros esfuerzos se han ido al

garete. Oí unas conversaciones que tuvo con su padre. No puedo asegurarlo, pero creo que su padre le ha cortado los fondos. Todo está jodido.

—Lo sé, Risa. Pero tampoco me importa.

Ella emitió un prolongado suspiro.

—Deja que te compense por lo que hice. Antes me sentía fatal, pero ahora... Me parece increíble lo que te ha hecho.

Yo me reí.

—No quiero que me compenses por nada. Quiero seguir adelante con mi vida, y tú no formas parte de ella. Por lo visto has sido víctima de una persona despreciable con unos motivos inconfesables, pero no soy la persona a quien puedes acudir en busca de ayuda.

Durante un momento sus ojos castaño oscuro adoptaron una expresión seria.

—Puedo ayudarte a dar con Trevor.

Yo arqueé una ceja.

—Es muy escurridizo. Me cuesta creer que dejará que tú o incluso Max os acerquéis a él.

—Puedo tratar de encontrar pruebas de que Max le pagó, quizás unas señas para que puedas localizarlo. No va a parar. Si alguien odia a Blake más que Max, es Trevor.

La observé con atención, picada por la curiosidad. ¿Iba a tener la oportunidad de dar con un enemigo a través de otro, o era un paso peligroso que permitiría a Risa aproximarse a mi mundo cuando lo que yo deseaba era no tener nada más que ver con ella?

—Reconozco que me siento intrigada, pero no lo bastante para morder el anzuelo. En estos momentos Trevor no me preocupa. A diferencia de ti y tus socios, no planeo mis días en función de la venganza y el contraataque. Solo deseo seguir con mi vida. Tengo que organizar mi boda y dirigir mi negocio. Lamento que Max se aprovechara de ti. Puede que me equivocara, pero te apreciaba sinceramente, Risa, y eso es difícil de olvidar. Espero que esto te haya servido al menos de lección.

—No espero que vuelvas a admitirme en la oficina, pero quiero enmendar mi error. De alguna forma, quiero compensarte por lo que hice.

Me apoyé contra la pared en el fresco y oscuro pasillo fuera del despacho mientras pensaba en la posibilidad de una jubilación anticipada. Ese primer

día de regreso al trabajo sin duda era el más agotador de la historia. Tomé el teléfono y marqué el número de Blake.

—¿Qué hay, cielo?

Yo suspiré, todavía incapaz de asimilarlo todo.

—Verás... hoy he almorzado con Risa.

—¿Qué? —Su preocupación era palpable en esa palabra.

—Pedí a Alli que me acompañara, y Clay nos llevó en el coche. No he tenido ningún problema.

—¿Qué quería Risa?

—Supongo que quiere compensarme por lo que me hizo. Dice que se siente fatal por lo ocurrido, aunque como era de esperar, Max no le contó lo que sucedió realmente en la fiesta. Risa pensó simplemente que tú y él os habías liado a puñetazos.

Blake soltó un bufido.

—Pero sigue con él, al menos por ahora. Teme que él quiera vengarse de ella si se marcha. Lo lamento sinceramente por Risa, pero ella misma se lo haya buscado.

—Son tal para cual —murmuró él. Al fondo se oía el tenue sonido del teclado.

—Risa piensa que Michael ha cortado los fondos a Max.

Se produjo un silencio. No oí el teclado ni palabras, solo el leve sonido de la respiración de Blake.

—¿Por qué piensa eso?

—Dijo que había oído unas conversaciones entre ellos. Y Max le dijo que no podía seguir financiado PinDeelz. No estoy segura, pero quizá tenga algo que ver con el hecho de que la web haya sido desactivada. En estos momentos pone que M89 la ha hackeado, lo cual no tiene sentido.

—La he hackeado yo.

Abrí la boca para decir algo, pero las palabras se me quedaron atascadas durante un segundo.

—¿Tú has hackeado esa web?

—No te hagas la sorprendida. Max se lo tiene más que merecido.

De no haberme quedado patidifusa, quizá me habría compadecido un poco de ellos.

—Pero si Trevor creó la web...

—Trevor es un *troll*, no un programador. Y es evidente que no puso tanto interés en crear esa web como cuando se dedica a hackear. Conseguí entrar y

eliminar el servidor sin mayores problemas. Trevor es un pésimo programador.

—Pero ¿y el logotipo M89?

—Lo hice para confundir a Max.

Solté una breve carcajada. Blake era un retorcido, pero reconozco que me pareció un toque genial.

—Quizá dio resultado. Risa comentó que Trevor ha desaparecido del mapa. Max no consigue localizarlo.

—Sin duda porque ha dejado de pagarle. El negocio que Max utilizaba como fachada para pagar a Trevor se disolvió hace unos días. Si Michael le ha cortado la financiación, quizá sea ese el motivo.

En mi mente bullía un sinfín de pensamientos mientras trataba de asimilar esos nuevos detalles. Atacarme debió de ser el detonador que puso en marcha esa cadena de acontecimientos. Y si lo que había dicho Risa era cierto, es posible que el mundo de Max empezara a derrumbarse. Sus finanzas, su familia e incluso su libertad.

—Si todo esto es debido a Michael, eso explicaría por qué ninguno de tus otros inversores quiere disgustarlo.

—No te dejes engañar por su encanto. Michael es un tipo estupendo, pero no conviene enemistarse con él.

—Pero ¿su propio hijo...?

—Max ha obtenido por fin lo que se merece. No siento la menor compasión por él, y tú tampoco deberías sentirla.

—Lo sé. Te aseguro que no la siento —respondí. En esos momentos pensaba en otra cosa. Aún tenía que hablar con la policía, una perspectiva que me horrorizaba.

—Tengo que dejarte, Erica. Tengo una llamada. Pero he olvidado decirte que mi madre quiere que mañana por la noche vayamos a cenar con ellos. Le dije que iríamos sin pensar. ¿No te importa verlos a todos tan pronto después de lo ocurrido?

—Claro que no. Quiero mucho a tu familia, Blake.

—Lo sé, pero después de lo sucedido..., no es preciso que vayamos si no te apetece.

—No me importa. De veras, estoy bien. Tengo que pasar página. No puedo borrar lo ocurrido, pero tampoco me conviene obsesionarme con ello. Recuerda que he pasado por algo peor. Además, me apetece volver a verlos. La mayoría de las veces me siento abrumada por ellos, pero me has tenido

aislada demasiado tiempo. Tengo ganas de regresar al mundanal ruido.

—De acuerdo, confirmaré a mi madre que iremos.

—Estupendo.

—Te quiero, cielo.

Yo sonreí.

—Yo también te quiero.

Me concentré en la revista que tenía en el regazo, tratando desesperadamente de no sentirme agobiada. De un tiempo a esa parte vivir en mi cerebro era como vivir en un circo de tres pistas. Sid y James tenían los planes para el relanzamiento de la compañía bajo control, de modo que Alli y yo decidimos tomarnos la tarde libre para ir a comprar mi vestido de novia. Yo estaba aún afectada por mi encuentro con Risa y no opuse ningún reparo cuando Alli propuso que nos tomáramos un respiro.

—Hola, pequeña.

Al alzar la vista vi a Marie dirigiéndose hacia mí. Sonrió afectuosamente, pero sus ojos reflejaban preocupación. Cuando se acercó me levanté del elegante sofá color crema de la tienda de novias y la abracé.

—Tienes buen aspecto, cariño. ¿Cómo te sientes?

—Bien —insistí, tragando saliva para reprimir el torrente de emociones que me produjo volver a verla—. De veras, me siento muy bien. Incluso he regresado al trabajo.

—Me alegro. —Marie no se movió, sino que siguió abrazándome con fuerza. Cuanto más tiempo permanecíamos en esa postura, menos control tenía yo sobre las lágrimas que amenazaban con rodar por mis mejillas.

—Marie. —Me reí débilmente para no romper a llorar—. Vas a hacerme llorar. No puedo seguir llorando por esto.

Ella se apartó, mirándome con los ojos húmedos como los míos.

—Es bueno que llores. Lo que te ocurrió fue espantoso. No me imagino por lo que estás pasando.

Negué con la cabeza y me froté los ojos.

—No es algo a lo que no haya sobrevivido antes. Estoy bien.

Ella arrugó el ceño y en cuanto las palabras brotaron de mis labios me arrepentí de haberlo dicho. Había empezado a dar por sentado que todo el mundo sabía lo de Max, y que la mayoría incluso sabía lo de Mark. Me desagradaba que mi pasado fuera del dominio público, pero curiosamente me

proporcionaba cierto consuelo. A veces ocultar lo que había sucedido y fingir que no formaba parte de mí requería más energía que aceptarlo sin más.

Durante los últimos años había pensado a menudo en contar a Marie lo ocurrido con Mark, pero al final había decidido no agobiarla con esa revelación. No sé por qué se lo dije ahora, salvo para dar otro paso hacia sacar esa cicatriz a la luz. Sin embargo, no quería disgustarla contándoselo ese día.

Ella me restregó lentamente la parte superior de los brazos.

—¿A qué te refieres?

—No es nada. Olvídalo. Se supone que hoy es un día feliz, ¿de acuerdo?

—Sonreí y me sorbí la nariz, tratando de recobrar la compostura.

Marie me miró con los labios apretados y luego emitió un breve suspiro.

—Desde luego. Gracias por invitarme a venir. No sé si seré capaz de no ponerme a llorar como un bebé cuando te vea vestida de novia. ¿Has elegido ya el vestido?

Miré a mi alrededor en busca de Alli.

—No, aún no. Alli está con la vendedora eligiendo unos vestidos para que me los pruebe. Dice que ya sabe lo que quiero. Generalmente lo sabe, de modo que la dejo hacer —concluí, encogiéndome de hombros.

En ese preciso instante Alli apareció acompañada por otra mujer joven. Ambas iban cargadas con más encaje blanco del que yo habría sabido manejar.

Sentí un nudo en el estómago. *Maldita sea, no hay más remedio que afrontarlo.*

Al cabo de quince minutos, la vendedora me sujetó la espalda del vestido con unos imperdibles y me ciñó el tejido alrededor del pecho y la cintura. Entré con cuidado en la pequeña habitación que habían reservado para nosotras en la tienda. Alli y Marie estaban sentadas en el borde del sofá, observándome con ojos como platos cuando salí. Me volví para mirarme en los espejos.

Marie se llevó las manos a la boca. Antes de que yo rompiera a llorar, me concentré de nuevo en el vestido. Era precioso, pero los detalles del diseño se me escapaban porque solo me imaginaba dirigiéndome hacia Blake vestida con él. Para ser su esposa. Para ser suya, para siempre.

La realidad de ese pensamiento me impactó como si me hubieran dado un mazazo. No sabía si iba a vomitar, a desmayarme o a prorrumpir en lágrimas. Lo único que sabía era que hasta ese momento la idea de casarme me había

parecido más abstracta. Ahora era real, la tenía ante mis narices y era imposible ignorarla.

Allí se acercó sonriendo de oreja a oreja.

—Es precioso. Me encanta. ¿Te gusta?

—Esto está ocurriendo realmente —fue lo único que atiné a decir.

Ella se rió y me apretó cariñosamente los hombros.

—¡Sí! Está ocurriendo y vas a ser muy feliz.

Me reí un poco ante lo surrealista que me parecía todo.

—Me parece increíble que esté haciendo esto. Que vaya a casarme.

Marie se colocó al otro lado y me tomó la mano, mirándome con ojos rebosantes de cariño.

—¿Estás preparada para esto, tesoro?

Miré su imagen reflejada en el espejo, incapaz de articular palabra mientras yo me hacía la misma pregunta. La opresión que sentía en mi interior desapareció cuando me oí responder.

Sí.

Nunca había estado más preparada.

Observé mis pies que se hundían en la arena húmeda. Una ola tras otra me lamía las pantorrillas. Mientras esperábamos que la cena estuviera lista, Blake y yo habíamos bajado a la playa privada de sus padres, deteniéndonos en la orilla del agua. Aspiré el aire salado y húmedo sobre mi piel en la cálida noche estival. Alcé la vista y contemplé el horizonte que empezaba a oscurecerse.

—¿No tienes la sensación de que nos hallamos en el borde del mundo?

Blake se agachó para recoger una concha que había arrastrado la marea.

—Supongo que sí. —La arrojó de nuevo a las agitadas aguas—. El océano te encanta, ¿verdad?

—Sí. Creo que ya no podría vivir sin él. —Me reí bajito—. Supongo que me gusta vivir en el borde del mundo.

Miré a Blake a los ojos. Mostraban una expresión serena, contemplativa. El tenue resplandor del crepúsculo arrojaba sombras sobre su rostro. La brisa que soplaba del océano agitaba la camiseta *vintage* que llevaba. Los bajos de su pantalón vaquero, que se había arremangado por encima de los tobillos, estaban aún húmedos. Blake era perfecto en todos los aspectos que eran importantes para mí. Perfecto y mío.

Me tomó la mano y me atrajo hacia él. Yo no me resistí, gozando con el calor de sus brazos. Me rodeó la cintura, acercándose a él hasta que estuvimos pecho contra pecho. Mis manos se enredaron en su pelo castaño oscuro, revolviéndoselo. Sonreí, memorizándolo a él y ese momento.

—A veces desearía tomarte en brazos y llevarte lejos de aquí. Huir de esta locura y tomarnos unas auténticas vacaciones. Unas largas vacaciones.

Respiré hondo. No podía estar más de acuerdo con él, pero también sabía que era un deseo irrealizable. Había pasado mucho tiempo deseando poder huir de mi vida, pero sin tener la menor idea de adónde huir o a quién acudir. En vez de ello, había resistido la tentación y había seguido adelante, manejando mi vida a través de unos tiempos durísimos. A través de la muerte de mi madre, a través de la separación del único padre que había conocido hasta hacía poco y luego a través del infierno que me había hecho pasar Mark. Y allí estaba, más fuerte, más feliz que nunca, disfrutando de ese

momento perfecto con el hombre al que amaba con toda mi alma.

—Yo también deseo escapar contigo. Pero este es nuestro hogar, y nuestras vidas siempre nos estarán esperando aquí. Además, si me tomo más tiempo libre sufriré una crisis. Tengo que ponerme al día en un montón de cosas después de haberme ausentado tanto tiempo del despacho. —Pensé de inmediato en la montaña de trabajo que apenas había abordado esa semana. El almuerzo con Risa me había descentrado cuando debía concentrarme en los detalles referentes a los cambios que íbamos a llevar a cabo.

De pronto recordé algo.

—¿Qué ha ocurrido con James? Casi me dio un infarto cuando lo vi en la oficina esta mañana. ¿Qué ha sucedido?

—Allí quería que se quedara en la oficina para echar una mano mientras tú estuvieras ausente.

—No creo que esa fuera la única razón por la que has accedido a que se quede.

—No, estuvimos hablando.

—¿Él te fue a ver? —Me aparté un poco, sin dar crédito a que James hubiera ido a ver a Blake o a la inversa.

—Los dos sabemos que James siempre ha mostrado una actitud muy protectora hacia ti, de modo que cuando Alli insinuó que alguien te había lastimado, le faltó tiempo para presentarse en mi despacho para averiguar más detalles.

—¿Y?

—Creo que inicialmente quería asegurarse de que yo no había tenido nada que ver con lo que te había pasado. Parece obsesionado con la idea de que te maltrato.

Blake torció el gesto, y las emociones que traslucía su rostro me alarmaron.

—No creo que tenga nada que ver contigo. Su padre era una persona violenta, y creo que es muy sensible a ese tema.

—Quizá sea eso. En cualquier caso, después de averiguar que Max te había atacado y sabiendo que Daniel también te había herido, expuso un argumento muy convincente sobre la necesidad de quedarse en la oficina por tu bien.

—¿Y tú accediste?

—Básicamente, por más que quisiera, no puedo permanecer a tu lado las veinticuatro horas del día. Después de todo lo que ha ocurrido últimamente, me parece oportuno que James esté en la oficina para asegurarnos de que

estás a salvo en tu lugar de trabajo.

Me aparté un poco más, mirándolo sin dar crédito.

—A ver si lo he comprendido. ¿Estás diciendo que estás dispuesto a que James se quede en la compañía en calidad de mi guardaespaldas interno?

—Erica. —Percibí un tono de advertencia cuando pronunció mi nombre—. Si piensas que voy a correr algún riesgo cuando se trata de tu seguridad, estás loca.

Traté de alejarme, pero él no se movió.

—No soporto la idea de que estéis todos pendientes de mí, esperando que suceda algo terrible. Quiero que confiéis en que soy capaz de cuidar de mí misma, al menos un poco.

—Lo sé, pero ahora tengo el deber de protegerte. ¿Recuerdas?

Era cierto. Yo había renunciado al derecho a oponerme a él en esa cuestión.

—Además, yo sabía que no fue fácil para ti acceder a apartar a James de tu vida.

—No me diste otra opción.

—Pudiste haberte negado. Me alegro de que no lo hicieras y que estuvieras dispuesta a hacer ese sacrificio por nosotros. No estoy plenamente convencido de que él no siga enamorado de ti...

—Sale con Simone. Seguro que ha pasado página.

—Eso fue lo que me dijo. Yo mismo no he logrado dejar de estar enamorado de ti, por lo que comprenderás que por más que él insista en ello no acabe de creérmelo. Como decía, es posible que siga enamorado de ti, pero mientras no intente tocarte, esos sentimientos pueden servir para mantenerte a salvo y fuera de peligro cuando yo no esté a tu lado. Decidí que mantenerlo en la oficina era una concesión que merecía la pena hacer.

—¿Blake Landon haciendo concesiones? —exclamé, poniendo los ojos en blanco.

Él me estrechó de nuevo contra sí, dándome una fuerte palmada en el culo a través del liviano algodón de mi vestido. Yo solté un alarido y me revolví.

—Si vuelves a poner en blanco esos ojos azules tan bonitos que tienes, te arrepentirás. —Me masajeó la nalga en la que me había dado el azote, abrazándome con ternura—. Deberías darme las gracias.

—Gracias. —Quise decirlo con tono sarcástico, pero me quedé sin aliento cuando me abrazó, apoyando las manos en mi espalda y luego en mi trasero con gesto posesivo.

—Así me gusta.

Yo reprimí una sonrisa.

—Eres un caso perdido, ¿lo sabes?

—Sí. Estoy perdidamente enamorado de ti. Vete acostumbrando. El matrimonio es para siempre.

Sus ojos relucían de una forma que olvidé que estaba enfadada con él.

—A propósito, confiaba en que esta noche pudiéramos hablar de los planes para nuestra boda.

Su comentario me desanimó un poco.

—¿Ah, sí?

Él me tomó la mano y echamos a andar de nuevo hacia la casa de sus padres.

—No creo que sea un secreto que no puedes competir con el entusiasmo que despierta en Alli todo lo referente a nuestra boda.

—¿De modo que lo has notado?

Él se rió.

—Soy muy observador. Pero se me ha ocurrido que podríamos dejar de lado los planes para una boda por todo lo alto y celebrar una ceremonia íntima. Eso no significa que no pueda asistir toda mi familia, y la tuya, pero no tratemos de organizar una boda de postín. Quiero casarme contigo, Erica. No quiero esperar. Ponme una faja de color rosa y casémonos.

—¿De veras?

—De veras. ¿Qué te parece? Podríamos hacerlo aquí, en el Vineyard. Una sencilla ceremonia en la playa, sacamos unas fotografías y pasamos un par de semanas en la casa, los dos solos. Entonces podré explorar de nuevo cada palmo de tu cuerpo con la maravillosa satisfacción de saber que eres mi esposa.

Sonreí de oreja a oreja, feliz ante la perspectiva. Sobre todo de que volviera a explorar cada parte de mi cuerpo.

—Me parece perfecto.

Él arqueó una ceja.

—Todo ello. Me parece perfecto.

Alli llenó mi copa de Pinot Grigio casi hasta rebosar mientras se reía de algo que había dicho Heath. Yo estaba ocupada escuchando a Fiona despotricar de su última cita, que había resultado un fracaso. En la mesa había un par de

botellas de vino vacías cuando concluimos otra cena familiar, exquisitamente preparada por cortesía de Greg, que había demostrado ser un fenómeno en la cocina.

Greg solía hablar poco, al menos en comparación con el resto de la familia. Pero era muy cercano. Más que Blake en algunas ocasiones, aunque yo había observado ciertas similitudes entre ambos. El hecho de que las personas se convirtieran en un producto de sus padres siempre me había fascinado, quizá porque era una perspectiva que a mí me faltaba. Blake era muy distinto de Heath y de Fiona, pero todos compartían ese hilo en común que los convertía en una familia.

Jamás pude imaginar que pasaría a formar parte de una familia tan maravillosa. Mi corazón rebotaba de felicidad cada vez que pensaba en la suerte que había tenido. Tener a Blake habría bastado, pero formar parte de su mundo hacía que la perspectiva de integrarme en su familia fuera más de lo que había soñado.

Catherine echaba por tierra todas las historias terroríficas que había oído sobre pérfidas suegras, y Fiona era una joven dulce, sencilla y cercana. Heath, pese a los problemas que había tenido con las drogas, se había convertido también en un amigo leal. Y Greg constituía el pegamento que los aglutinaba a todos.

De pronto se oyó un tintineo y miré la copa que Blake sostenía en la mano.

—Tenemos que hacer un pequeño anuncio.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —Allí palmoteó de gozo, enderezándose en su silla.

—Ya has propuesto un brindis, Blake. Basta de tanta propaganda. Me dejas en mal lugar —protestó Heath.

Allí se sonrojó y le dio un codazo. Heath la sujetó por la muñeca, atrayéndolo hacia él y depositando un casto beso en sus labios.

Blake se aclaró la garganta.

—En todo caso, queremos informaros de que hemos tomado algunas decisiones con respecto a la boda. —Me miró, indicando en silencio que podía tomar la palabra si quería.

Respiré hondo y empecé a hablar.

—Bueno, como la mayoría de vosotros sabéis, no he tenido mucho tiempo ni energías para dedicarme a planear la boda. Sé que probablemente deseabais y confiabais en que fuera una ceremonia por todo lo alto, lo cual, para ser sincera, me resultaba un poco agobiante.

Catherine negó con la cabeza.

—Ni mucho menos. Estamos aquí para apoyaros a ti y a Blake, al margen de lo que decidáis. Desde un punto de vista egoísta, como es natural me encantaría asistir al casamiento de mi hijo, pero sois vosotros quienes debéis decidir lo que queréis hacer. Es vuestro día especial.

—Me encantaría que estuvierais todos presentes. Os habéis convertido en mi familia... —Di un taconazo en el suelo, nerviosa, recordándome que no debía ponerme a llorar. Era un tema muy sensible. Entonces sentí la mano de Blake sobre mi rodilla, tranquilizándome—. Y dado que mi familia es muy reducida y un tanto distante, hemos pensado que sería maravilloso celebrar una ceremonia íntima con las personas más cercanas a nosotros. Para no complicar el tema, y para poder casarnos antes.

—¿No estarás embarazada? —soltó Heath.

Sostenía una copa de vino en la mano. Allí arrugó el ceño y le propinó un golpe en el hombro. Él la miró con gesto de disculpa.

—Te aseguro que no —me apresuré a contestar.

Catherine tomó la última botella casi vacía de vino y rellenó su copa.

—En todo caso, ninguno de nosotros te lo reprocharíamos. Estamos jubilados y aburridos. Necesito un nietecito cuanto antes.

Apreté la mandíbula. *Maldita sea*. Blake apenas pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Me apretó de nuevo la rodilla.

—Ha sido una cena estupenda, mamá. Dicho esto, creo que es hora de que nos vayamos a casa.

Quizás el vino blanco y el aire del océano me habían afectado, porque no podía dejar de tocar a Blake mientras él conducía el coche de regreso a la ciudad. Deslicé la mano sobre su muslo hasta notar el bulto en su pantalón vaquero, masajeándolo suavemente. Él apoyó la mano en la mía, pero no hizo que me detuviera.

—¿Qué te has propuesto, cariño?

—Esta noche quiero hacer el amor contigo, Blake. No puedo esperar más.

Le acaricié, sintiendo que su miembro se ponía rígido al contacto de mi mano. Deseaba todo su cuerpo, y esa noche lo tendría. No me importaba lo que había ocurrido. Blake era mi amante y nuestros cuerpos estaban hechos para todo cuanto yo deseara darle esa noche. Había pasado demasiado tiempo y lo necesitaba. Salvo que la palabra «necesidad» no hacía justicia a las

emociones que me embargaban esa noche. Había algo más, que había empezado a descifrar lentamente.

Él me sujetó la mano con firmeza, deteniendo mis movimientos. Observé que crispaba la mandíbula y comprendí que estaba preocupado.

—Espera a que llegemos a casa —dijo con tono quedo.

Le acaricié el suave glande con el pulgar, sosteniendo su pene con más firmeza.

Él contuvo el aliento.

—Joder.

Murmuré un «humm» con pura satisfacción femenina, inclinándome más para que nuestros cuerpos se tocaran.

—No quiero esperar —le susurré al oído. Mis pechos rozaron su brazo cuando alargué la mano para bajarle la cremallera de la bragueta.

Pero él me detuvo.

—Erica, quítame las manos de encima y mantenlas sobre tus rodillas. Ahora mismo. —Su expresión se endureció al tiempo que me daba esa orden con tono brusco; su anterior vulnerabilidad había desaparecido por completo.

El corazón empezó a latirme con furia mientras trataba de descifrar su estado de ánimo. ¿Estaba enojado o simplemente quería demostrarme quién mandaba allí? Con todo, el tono autoritario de su voz me provocó una leve excitación en el vientre. Me recliné en el asiento y apoyé las manos sobre mis rodillas.

Él me miró de refilón antes de fijar de nuevo la vista en la carretera.

—Levántate la falda y quítate las bragas. Quiero verte.

Yo sonreí, complacida con el rumbo que tomaba aquello. Obedecí y me subí la falda lo suficiente para que él me viera desnuda y preparada para recibirlo. Anhelaba montarme sobre él mientras circulábamos por la carretera, pero decidí esperar a que llegáramos a casa.

—Perfecto. Ahora tócate los pechos.

Dudé un segundo, pensando en su petición y en lo cachonda que me había puesto. Entonces me toqué los pechos con ambas manos, sintiendo su peso y lo tensos que estaban.

—Pellízcate los pezones como haría yo. Con fuerza.

Hice de nuevo lo que me pedía, y la sensación se extendió rápidamente hasta mi sexo. Reprimí un breve gemido de placer. Mis pezones se endurecieron enseguida, convirtiéndose en unos rígidos capullos que imploraban su boca. Él me miró de una forma, con ojos oscuros y peligrosos,

que hizo que me derritiera en el acto.

—Dime qué sientes.

Cerré los ojos y me moví sobre el asiento; el tacto del cuero en mi trasero me recordó que estaba desnuda. Gemí.

—Estoy caliente. Pero me siento frustrada. Quiero sentir tus manos sobre mi cuerpo.

—Lo sé, tesoro. Pronto las sentirás. ¿Quieres que deje que te sigas tocando?

—Sí. Por favor.

—¿Por qué no te metes los dedos y me dices qué sientes?

Espiré con fuerza; el deseo era tan acuciante que me estaba volviendo loca. No podía seguir así. Deslicé las manos sobre mi torso hasta que mis dedos alcanzaron el borde de mi sexo. Moví el índice sobre mi abertura, sobre mi sensible clítoris, y hacia abajo. Al abrir los ojos vi que Blake me estaba observando de nuevo, humedeciéndose el labio inferior con la lengua. Al percibir ese pequeño signo de deseo en él, me metí los dedos más adentro, acariciándome. Arqueeé la espalda, alzándola del respaldo del asiento, y gemí, deseando sentir su miembro dentro de mí, donde hacía tanto tiempo que lo anhelaba.

Él se ajustó y abrochó la bragueta antes de pisar el acelerador más a fondo.

—Háblame, cielo. No tardaremos en llegar.

—Podrías penetrarme con toda facilidad. Quiero sentirte aquí, tu boca, tu polla. No basta con que me acaricie yo misma. Tengo que tenerte a ti o me volveré loca, Blake. —Me toqué un pecho con la mano que tenía libre y me pellizqué el pezón con fuerza, tal como me había pedido hacía un rato.

—Joder —murmuró, sujetando el volante con fuerza.

—Eso es lo que quiero. Quiero que te muevas dentro de mí, que me embistas con furia. Quiero olvidarme de todo salvo de la sensación que eso me produce, lo perfecto que haces que sea cada vez.

Él me miró de soslayo y me sujetó el muslo con la mano que tenía libre. Me levantó la pierna de modo que mi rodilla quedó apoyada en la consola. Yo estaba abierta del todo, mostrando mi sexo y deseando atraer su atención, que tenía fija en la carretera.

—Sigue —dijo con voz ronca.

—Tú eres el único que ha hecho que me sienta así. Me encanta. Te quiero. Te necesitaba tanto, te echaba tanto de menos que creí que iba a volverme loca. Te necesito, Blake.

Seguí acariciando mi piel sensible, frenética de deseo.

—Blake, por favor —gemí, sin importarme nada. Estaba a punto de correrme y no podía esperar más.

—No te pares. Quiero ver cómo te corres para mí.

Hice lo que me pedía, anhelando desesperadamente aliviar mi excitación, aunque fuera acariciándome yo misma. A medida que me aproximaba al orgasmo, mis músculos se tensaron con fuerza. Cerré los ojos, sin tener idea de dónde estábamos hasta que el coche se detuvo de golpe y sentí las manos de Blake sobre mis pechos, su boca caliente y húmeda contra mi boca.

—Córrete, cariño. Rápido.

Su mano cubrió la mía mientras yo aceleraba el ritmo de mis últimas caricias. Tenía los músculos tensos, la piel me ardía en los pequeños puntos donde me tocaba con mi mano y la suya.

—Blake. —Musité su nombre una y otra vez.

—Me encanta verte hacer esto. Dios. Te deseo. Te deseo con locura.

Me corrí en el preciso momento en que él me clavó los dientes en el hombro. Solté un grito, temblando debido a la potencia del orgasmo.

Regresé lentamente a la realidad, consciente de que estaba despatarrada dentro de su coche, en nuestra calle, que no era tan privada. Tragué saliva para sofocar una exclamación, tratando de recobrar poco a poco la compostura. Blake se reclinó en el asiento, al parecer haciendo lo propio mientras miraba a través de la ventanilla.

—Vámonos.

Me apoyé contra la puerta del apartamento en cuanto se cerró a nuestras espaldas, saciada solo en parte. Las piernas aún me temblaban, pero cada célula de mi cuerpo estaba cargada, preparada para recibirlo.

—Acércate.

Blake se volvió después de avanzar unos pasos, el deseo y la indecisión reflejados en su bello rostro. El deseo venció cuando se acercó a mí, abrazándome con ternura. Me besó en los labios, unos besos suaves como pétalos de rosa. Yo me estremecí cuando me besó en el hombro y el brazo, entrelazando sus dedos con los míos. Luego se apartó un poco.

—No tenemos que hacerlo si no estás preparada.

Cualquier aumento en la separación entre nosotros, por pequeña que fuera, hacía que se me encogiera el corazón, anhelando retomar el momento de intimidad que habíamos compartido hacía unos instantes. Le aferré por la cadera, deseando obligarlo a regresar a mí, deseando que la distancia fuera el único obstáculo que se interponía entre nosotros.

—Deseo hacerlo.

—Podemos esperar. Dios sabe que yo también lo deseo, pero puedo esperar.

Sus palabras denotaban el esfuerzo que le costaba pronunciarlas. Me apoyé contra él mientras me acariciaba con ternura, unos susurros de piel sobre piel, una silenciosa declaración de nuestro amor que hacía muy poco no habíamos podido expresar. Blake era mi amante, y nos amábamos con nuestros cuerpos.

—Estoy preparada, Blake. Necesito esto, sentirme unida a ti. —Tenía que hallar la manera de convencerlo para que pudiéramos hallarnos de nuevo el uno en el otro.

Él me acarició la mejilla, mirándome a los ojos.

—Esperaré. El tiempo que necesites.

—No quiero esperar más. Yo...

Sacudí la cabeza, no quería mostrarle mis dudas, pero era demasiado tarde. Él se apartó, sus ojos verdes observándome con gesto inquisitivo.

—No lo soporto más. No sé si estoy preparada o si en algún momento me

entrará un ataque de ansiedad, pero tenemos que intentarlo porque no puedo vivir así, sin ti.

—Estoy aquí. No pienso ir a ningún sitio.

—No es lo mismo. Lo sabes. Nosotros somos así, nos amamos así, y a veces no puedo demostrártelo de otra manera.

—Necesitas tiempo para superarlo. Veo la vacilación en tus ojos. Siento que te cuesta entregarte. Me destroza. No soporto la idea de infundirte miedo y reavivar en ti esos recuerdos.

—Lo sé... Dios, no sabes cuánto lamento esto. —Me apoyé contra la puerta, derrotada por lo que Max había erigido entre nosotros.

—No tienes por qué lamentarlo. Te lo he dicho cien veces. Debes creerme cuando te lo digo. Nada de esto es ni ha sido nunca culpa tuya.

—Ojalá pudiera borrarlo. No sabes cuánto lo deseo..., olvidar para siempre el recuerdo de Mark, pero ni siquiera su muerte ha conseguido hacerme olvidarlo. Pensé que lo conseguiría, pero no ha sido así. Su muerte ha eliminado el temor de que pudiera volver a lastimarme, pero lo que me hizo por dentro... No sé si alguna vez logrará superarlo. Deseo creer que un día dejará de atormentarme, pero esto... lo que ha ocurrido hace poco..., es como si lo reviviera de nuevo. A veces tengo la sensación de que lo estoy presenciando de nuevo, pero con otros ojos.

—¿A qué te refieres?

—Sé que parece un disparate, pero antes, con Mark, después de que me atacara y durante un año, nunca me sentí realmente *mejor*. Seguía funcionando y me sentía relativamente satisfecha y seguía adelante con mi vida, pero para conseguirlo tuve que ocultar lo que me había hecho Mark. Tuve que encerrarlo en una caja, tirar la llave y convencerme de que lo había superado. Pero no era verdad. Antes de que aparecieras en mi vida, no había afrontado nada de esto. Quizá por un afán de protección con los estudios, porque no podía permitir que la violación destruyera todo lo que me había esforzado tanto en conseguir. Pero no puedo seguir fingiendo que no existe. Es como una cicatriz terrible y grotesca que estoy demasiado cansada para seguir ocultando. Tú la has visto, y no me juzgas ni me compadeces por ello. Forma parte de mí, y por primera vez desde hace años, comprendo que aún no he sanado del todo. Y lo acepto. Pero me siento mejor gracias a ti, gracias a que estamos juntos.

Me acerqué de nuevo a él, hasta que estuvimos pecho contra pecho, y lo besé suavemente. Inspiré profundamente. Su olor, su proximidad me

produjeron una sensación de vértigo.

—No voy a mentirte, Blake. Me siento un poco traumatizada. Odio sentirme así, y que hace un rato reaccionara como lo hice. No puedo prometerte que no vuelva a suceder de algún modo, por insignificante que sea. Físicamente, sé lo que deseo, pero nunca sé lo que desencadenará ese tipo de reacción. Tienes razón al decir que necesito tiempo. Pero no puedo permanecer durante ese tiempo alejada de ti porque tú eres el único capaz de hacer que me sienta mejor. Tú eres la única persona que puede hacer que supere esto, porque jamás he confiado en nadie como confío en ti. Te amo tanto que a veces me duele. Créeme cuando te digo que eres la única persona que puede sanarme, Blake.

Lo abracé con fuerza, dejando que una lágrima rodara por mi mejilla. Las emociones que me embargaban empezaban a desbordarse de una forma u otra.

—Cielo —murmuró contra mis labios, relajando los hombros debajo de mis manos.

—Por favor. —Lo besé de nuevo, con más firmeza, con más insistencia.

Él se apartó un poco; las arrugas en las esquinas de sus ojos indicaban preocupación. Me acerqué a él, pero antes de que pudiera sellar mi ruego con otro beso me alzó por la cintura. Yo le rodeé las caderas con las piernas y dejé que me transportara a la oscuridad del dormitorio. Me depositó a los pies de la cama, sin interrumpir el contacto entre nosotros.

Le acaricié el pelo, besándolo con más intensidad y haciendo que nuestros cuerpos se fundieran. Mi lengua se detuvo en la comisura de sus labios, moviéndose ligeramente, como pidiendo que le franqueara la entrada. Él suspiró contra mis labios y abrió la boca. Nuestras manos se deslizaron sobre el cuerpo del otro. A medida que la tensión irradiaba entre nosotros, cada movimiento era más medido y pausado que nunca. Yo no recordaba cuándo nos habíamos tomado tanto tiempo y lo habíamos hecho con tanta cautela. Y aunque una parte de mí le gritaba para que se apresurara, para que me tomara con toda la pasión que poseía, de algún modo esto era más importante. La danza lenta de pedir con cada caricia.

Cuando nuestras ropas cayeron al suelo, nuestras manos acariciaron y exploraron de nuevo el cuerpo del otro. Yo interrumpí nuestro beso y me senté en el borde de la cama. Retrocedí un poco, sin saber qué deseaba él de mí o qué era lo que yo sería capaz de soportar. La habitación estaba iluminada solo por la luna, que arrojaba un resplandor violeta sobre las

arrugadas sábanas debajo de mí. Él permaneció un momento de pie, su profundo amor por mí dibujado en su rostro en penumbra.

Me tomó el pie y lo acercó a sus labios, besando la almohadilla de mi dedo gordo. Yo me tumbé, dejando que mi cuerpo se relajara sobre el mullido edredón mientras él me besaba en la pantorrilla, siguiendo un decadente sendero hacia mi rodilla y ascendiendo por mi muslo. Poco antes de alcanzar mi sexo se detuvo, trasladándose al otro lado.

El acuciante deseo que me atormentaba desde hacía días era imposible de ignorar, imposible de resistir. El orgasmo que había tenido antes apenas había logrado aplacarlo. Deseaba implorarlo, pero sabía que él se tomaría su tiempo sin hacer caso de lo que le dijera. Nada le obligaría a traspasar los límites de su control. Siguió el sendero que había trazado con su mano y abrí los ojos de golpe. Le sujeté la mano a medio camino sobre mi muslo, deteniendo su recorrido. Respirando a través de los acelerados latidos de mi corazón, me esforcé en reprimir una emoción distinta que había hecho presa en mí.

Me miró sorprendido, sin mover un músculo. Traté de hallar las palabras adecuadas mientras él esperaba que dijera algo.

—No utilices tus manos. —Mi voz apenas era audible. Odiaba lo que esas palabras insinuaban, pero no podía dejar de decírselo y arriesgarme a estropear ese momento entre nosotros.

La línea de su mandíbula se endureció, haciendo que el músculo debajo de ella se crispara. Le apreté la mano para tranquilizarlo.

—No pasa nada —dije, evitando las verdaderas razones, las razones que él ya había adivinado. Uno de los últimos recuerdos más ingratos que yo tenía eran las manos de Max sobre mi cuerpo esa noche. Quería cerrar los ojos con fuerza hasta que la imagen desapareciese, pero en lugar de ello miré a Blake.

Él me soltó el pie, que cayó de nuevo sobre la cama. Se incorporó, taladrándome con sus ojos. Esa noche no se le escaparía detalle. La mayoría de los días estaba más pendiente de mi cuerpo que yo misma. Sabiendo a lo que nos enfrentábamos ahora, no dejaría que se le pasara nada por alto.

—Erica, te lo he dicho antes, necesitamos una palabra de seguridad. Si antes creías que no la necesitábamos, ahora quiero que utilices una.

Puse los ojos en blanco.

—Piensa que me sentiré más tranquilo.

—Ya te diré cuándo debes parar. Siempre lo hago —insistí.

—No. Es más complicado decirme que pare y explicarme el motivo. Basta con que utilices una palabra que lo diga todo. Que me diga que pare. Que me

diga si te estoy forzando hasta el límite, que tu mente te grita que me digas que pare el tiempo suficiente para pronunciarla. Necesitamos una palabra, de lo contrario esta noche no podemos seguir adelante porque no quiero arriesgarme a empujarte más allá de tus límites. Esta noche no.

Yo suspiré, sin estar convencida de que necesitábamos una palabra, pero si era tan importante para Blake, estaba dispuesta a ceder.

—¿Qué palabra quieres que utilicemos? Elige una.

—Tienes que elegirla tú. Es tu palabra de seguridad. Elige una que no dudes en decir si te fuerzo demasiado. No quiero hacerlo, pero...

—Límite.

Él arqueó las cejas.

—Utilizaré esa palabra. Diré «límite» si haces algo que me disgusta.

—De acuerdo, me parece bien.

Parecía convencido. Suspiró y la preocupación que reflejaban sus ojos se disipó. Me sorprendió que la elección de esa palabra le tranquilizara tanto, porque para mí siempre había tenido una connotación distinta. Como si el hecho de pronunciarla significara que no podía encajar todo lo que él podía darme, o que aceptaba sin reparos el papel de sumisa que había asumido hasta unos extremos inconcebibles.

El silencio cayó sobre nosotros, un espacio vacío que amenazaba nuestro momento. Le rodeé el muslo con el pie y tiré de su mano para obligarlo a inclinarse sobre mí. En lugar de colocarse entre mis piernas, se tumbó a mi lado. Me volví hacia él, mirándolo de frente. Con las cabezas apoyadas en las almohadas, nos miramos a los ojos.

—Deseo esto —musité—. Por favor, no dejes que arruine este momento y no temas lastimarme.

—Dime exactamente lo que quieres.

—Quiero que me hagas el amor, Blake, y que no pares. Durante el resto de nuestras vidas, quiero amor en nuestro lecho. No podemos dejar que nada vuelva a interponerse entre nosotros, pase lo que pase.

Antes de que él pudiera responder, lo besé. Era un beso cargado de frustración y determinación y, por encima de todo, amor. Nuestro amor era lo que nos ayudaría a superar aquello. Él me besó con idéntica pasión, colocándose como deseaba. Ambos aspiramos el aliento del otro, bebiéndonos, hasta que los segundos se convirtieron en minutos. Hasta que mis labios estaban doloridos e hinchados. El calor entre nosotros cubrió nuestra piel con una capa de sudor. Mis dudas no habían desaparecido, pero

habían quedado relegadas a un segundo plano. Tomé su grueso y rígido miembro que pulsaba entre nosotros, acariciándolo hasta la punta.

Él gimió de placer, arqueando las caderas hacia mí. Deslicé la mano hasta la base de su pene y lo subí de nuevo hasta el glande, moviéndolo suavemente.

—Esto es lo que deseo. Acércate.

Lo agarré de la cadera, tirando de él hacia mí, y me tumbé boca arriba. Con un ágil movimiento, se colocó sobre mí, pero sin que nos rozáramos apenas. Luego apoyó las manos a ambos lados de mi cabeza y se inclinó sobre mí. El calor de nuestros cuerpos se confundía. Me besó en el hombro y me mordisqueó en el cuello.

—Métetela dentro de ti.

Temblando un poco, tomé de nuevo su ardiente polla y la acerqué a mi sexo hasta que el glande me penetró unos centímetros. Lo agarré de nuevo de la cadera y tiré de él al tiempo que arqueaba la espalda, indicándole que me penetrara. Poco a poco, se deslizó dentro de mí sin la menor resistencia por parte de mi cuerpo.

—Dios mío. —Puse los ojos en blanco al tiempo que me invadía una intensa sensación de alivio y placer. Cada célula de mi cuerpo parecía suspirar, porque él había regresado junto a mí, donde debía haber estado siempre. Por fin habíamos salvado el insoportable abismo que se había abierto entre nosotros y todo volvía a ser perfecto.

—Mírame —murmuró.

Cuando abrí los ojos, los de Blake se habían oscurecido y estaban velados, cargados de deseo. Pero la habitual intensidad que apenas podía contener estaba mitigada por su preocupación por mí. Se quedó quieto dentro de mí, esperando que yo dijera algo.

—Es maravilloso sentirte dentro de mí, Blake. —Mi voz temblaba de emoción—. Creo que estoy a punto de correrme, pero quiero alargar este placer.

Él suspiró, moviéndose suavemente dentro de mí pero sin penetrarme hasta el fondo.

—Sabes que no me opongo a hacer que te corras tantas veces como quieras. No es necesario que te contengas.

Sonreí y le rodeé la cintura con las piernas. Sujetándolo por las caderas con mis muslos, le obligué a penetrarme de nuevo. Él lo hizo una y otra vez, cada vez con más seguridad, cada contacto entre nuestros cuerpos haciendo que yo

me relajara más y borrando todo pensamiento que pudiera atormentarme en ese momento tan perfecto.

Hicimos el amor de esa forma, sin palabras, sus movimientos guiados solo por los míos. Estábamos en perfecta sintonía, como si su cuerpo me escuchara. Con cada movimiento, con cada contacto de nuestros cuerpos, el fuego que ardía en mi interior se intensificaba. Pasé las manos sobre su piel, ansiando que adoptara un ritmo más acelerado a fin de saciar ese deseo que me consumía, pero gozando con esa lenta escalada. La llama no era menos intensa, y la necesidad de alcanzar el clímax no menos potente.

—Dime cuando vayas a correrte. Dime lo que necesitas.

La desesperación que denotaba su voz y su aliento sobre mi cuello me llevaron hasta el borde del abismo.

—Dios. Ahora... voy a correrme ahora.

Un torrente de calor me inundó cuando alcancé el orgasmo. Le arañé la piel con las uñas cuando necesité más. Me tensé alrededor de su miembro, creando una intensa fricción entre nosotros. Él me embistió hasta el fondo, llevándome a un estado de enajenación al que nadie me había llevado jamás.

—Erica...

A través de los furiosos latidos de mi corazón, oí la pregunta en su voz. Quería saber si yo estaba con él, si podíamos dejarnos arrastrar por nuestro frenesí. No era preciso que obrara con tanto cautela. Yo era incapaz de pensar, era inmune a los terrores cuando estábamos tan cerca de alcanzar el éxtasis.

—Te quiero. Te quiero con locura —gemí mientras se formaban unas lágrimas en las comisuras de mis ojos. Todo era por fin maravilloso e increíble. Las palabras brotaron de mis labios una y otra vez.

Él tomó mi mano con una de las suyas, presionándola contra la cama sobre mi cabeza. Con la otra me agarró por la cadera y me alzó de la cama. Me penetró hasta el fondo, con furia, y grité. El placer vibraba a través de mí, intensificándose a través del clímax que me había dejado sin aliento y sin fuerzas.

—Nadie puede arrebatarnos esto —dijo con voz ronca, penetrándome de nuevo. Me besó con un beso devorador que me dejó de nuevo sin aliento. Acto seguido me sujetó con fuerza por las caderas y se corrió.

Abrí un ojo a la luz del día que entraba a través de la ventana. Nos saludaba

otra mañana, y tras echar un vistazo al reloj decidí que era hora de ponerme en marcha. El cálido cuerpo de Blake estaba acurrucado a mi espalda. La mitad de las almohadas habían caído al suelo. Las sábanas formaban una maraña a nuestro alrededor. Cuando traté de levantarme, él gimió, obligándome a tumbarme de nuevo y estrechándome contra su musculoso pecho.

—Es tarde. Debemos levantarnos.

—No me importa —murmuró, besuqueándome en el pelo—. Eres demasiado guapa para que te deje.

Sonreí. Me sentía feliz y relajada entre sus brazos. Él me acarició suavemente, siguiendo un sendero descendente por mis brazos hasta la parte superior de mis muslos y subiendo de nuevo hasta la curva de mis caderas. Me tomó por ellas e hizo que me volviera. Lo suficiente para que nuestros cuerpos quedaran encajados uno en el otro. Lo suficiente para que yo sintiera que estaba empalmado. Un hecho que no me sorprendió, pero amenazaba con impedirme llegar puntualmente a la oficina.

Habíamos gozado de una noche increíble, y yo no podía dejar de pensar en ella. No solo en el sexo, que siempre me dejaba maravillosamente agotada y satisfecha. Pero habíamos traspasado una barrera, y lo habíamos hecho juntos. Yo me había negado a permitir que mi pasado nos mantuviera separados, y habíamos confiado lo suficiente el uno en el otro para superar los temores que había creado en ambos.

Algo había cambiado entre nosotros durante esas últimas semanas. A través de todos los problemas y obstáculos con que nos habíamos topado, estábamos aprendiendo a avanzar juntos. A veces no íbamos al mismo paso y tropezábamos, pero habíamos hallado un nuevo ritmo. Cada vez que confiábamos el uno en el otro, avanzábamos con mayor soltura.

La noche anterior Blake me había hecho el amor de una forma que denotaba esa soltura, y yo no podía sentirme más aliviada y satisfecha. Apreté el brazo con que me rodeaba la cintura, sin poder y sin querer resistirme.

Sus labios ascendieron hasta mi hombro, cubriéndome de besos la espalda y el cuello. Al llegar allí lamió y succionó la delicada piel. Yo cerré los ojos y me apreté contra él antes de darme cuenta de lo que hacía. Animándolo a continuar, conduciéndonos a ambos por un camino del que sabía que no podría retroceder.

Tomé su mano y la guié hacia la parte delantera de mi cuerpo, hacia la V

entre mis muslos. Él se detuvo antes de tocarme donde yo deseaba que lo hiciera, y yo no tenía fuerzas para obligarle a hacerlo.

—Tócame. No pasa nada.

—¿Estás segura? —Su voz era ronca debido al sueño, haciendo que sonara aún más sexi al tiempo que liberaba el músculo que lo mantenía alejado.

—Sí —respondí.

Él bajó la mano lentamente hasta que me alcanzó el sexo. Me acarició el clítoris con unos toques tentativos. Yo añadí presión a sus dedos, instándole a seguir, convencida de que todo iba bien entre nosotros y que eso era lo que yo deseaba. Primero lentamente y luego con más rapidez, continuó acariciándome hasta que oí los sonidos que hacían sus dedos sobre mi húmedo sexo. Un leve gemido escapó de mis labios. Sentí una tensión en el bajo vientre, donde deseaba que me penetrara.

Blake, situado a mi espalda, se incorporó sobre los codos. Me sujetó del pelo y tiró suavemente. Yo eché la cabeza hacia atrás, abierta de piernas mientras él proseguía con su asalto. Su aliento me hacía cosquillas en la delicada piel de mi sexo mientras lo chupaba y lamía y mordisqueaba.

—Blake —gemí. Me apretujé contra él sintiendo el calor de su erección.

—¿Quieres algo? —Me besó en la línea de la mandíbula y detrás de la oreja, sin cesar de mover sus diabólicos dedos sobre mis clítoris.

—Sí.

Él retiró los dedos de mi clítoris para restregar su miembro contra mi abertura, enloqueciéndome. Contra todo instinto, resistí el deseo de apretarme contra él, de hacer que me penetrara hasta el fondo. Me habría dicho que era una codiciosa, porque lo era. Deseaba sentir toda su polla, y me cabreaba tener que esperar.

Para colmo, me sujetó con fuerza por la cadera, inmovilizándome, asegurándose de que me movía solo cuando él quería que lo hiciera. La piel me ardía debajo de sus dominantes manos.

—Dime lo que quiero oír y te daré lo que desees.

—Fóllame, Blake. Hazme tuya.

—Ah, me encanta tu sucia boca —murmuró antes de penetrarme apenas un centímetro—. ¿Tienes idea del efecto que tiene sobre mi polla cuando me suplicas que te folle?

Yo apreté el puño contra las sábanas. Estaba a punto de estallar de excitación. Él siguió moviéndose lenta y suavemente, metiéndome solo la punta, jugando conmigo. Yo esperé pacientemente. De pronto alzó las

caderas y con un breve movimiento me penetró más profundamente. Contuve el aliento al experimentar la sensación de esa pequeña recompensa.

—Te quiero, Blake. Por favor..., por favor.

—No sabes cuánto me gusta oírte decir eso.

No obstante, siguió tomándose su tiempo, penetrándome centímetro a centímetro, haciendo que yo enloqueciera por el deseo de que me follara. Su mano me sujetó con fuerza y luego se relajó. De pronto, sin previo aviso, me soltó. Un segundo más tarde la palma de su mano entró en contacto con mi trasero. Yo grité, tensándome sin poder evitarlo alrededor de su sexo, invadida por un calor abrasador.

—Joder, tesoro. Me encanta ver cómo mi polla se desliza dentro de ti. Con toda facilidad, como si este fuera el sitio donde debe estar. —Se quedó quieto al tiempo que exhalaba con fuerza—. Estás tan tensa que me dejas sin aliento.

Mi gemido dio paso a un grito sofocado cuando volvió a propinarme un azote en el trasero, más fuerte que el anterior. Las reacciones de mi cuerpo me lanzaron en órbita mientras él empezaba a moverse más deprisa, penetrándome profundamente. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Me rodeó la cintura con un brazo y siguió moviendo las caderas con furia, acometiéndome por detrás.

—¡Blake! —grité cuando me penetró hasta el fondo. Él siguió embistiéndome una y otra vez, tan rápidamente que sentí que me aproximaba al abismo. Cuando alcancé el borde, volvió a golpearme en el trasero con fuerza. Yo me estremecí al alcanzar el clímax, experimentando un placer que me inundó de pies a cabeza. Un segundo más tarde, Blake se corrió. Con su verga sepultada dentro de mí, gimió. Se quedó quieto unos instantes y el cálido líquido de su eyaculación me llenó.

Permanecemos tendidos en la cama, agotados, bañados por la luz matutina. *Qué despertar.*

Al cabo de un momento, Blake se apartó de mí y se tumbó boca arriba, jadeando y tratando de recobrar el resuello.

—¿Una ducha? —pregunté, volviéndome hacia él.

—Ve tú. Me reuniré contigo dentro de un minuto. —Volvió la cabeza, mirándome a los ojos—. ¿Qué?

Yo tracé un pequeño círculo sobre su hombro con el dedo.

—Pensaba que nunca me cansaré de ver esa expresión en tu rostro.

Él sonrió.

—Más vale que muevas tu precioso culo y te metas en la ducha antes de

que te obligue a dibujar en mi rostro esa expresión durante el resto de la tarde.

—Tienes que ir a trabajar, colega.

—Créeme, en este caso el trabajo puede esperar.

Se volvió y alargó los brazos, pero me aparté apresuradamente, esquivando sus intentos de atraparme. No es que me hubiera importado mucho, pero tenía una montaña de trabajo esperándome en la oficina.

Me entretuve un rato en la ducha para relajar mis músculos tensos y cansados. Sonreí cuando pensé en todas las formas en que podíamos recuperar el tiempo perdido durante el fin de semana. Por fin, al comprender que él no vendría a reunirse conmigo, terminé de enjuagarme y cerré el grifo.

Salí de la ducha y al comprobar que él no estaba en el dormitorio, fui en su busca. Atravesé el apartamento descalza, envuelta en una toalla, siguiendo el sonido de su voz, y lo encontré en la cocina, maravillosamente desnudo todavía. Su pecho mostraba unos arañazos que eran el resultado de nuestras aventuras nocturnas, y su pelo, alborotado después de haber follado conmigo, tenía un aspecto adorable que solo yo podía apreciar plenamente.

—De acuerdo, gracias. Comunícamelo si se produce alguna novedad. — Tras decir eso colgó y dejó el teléfono sobre la encimera. Yo me hallaba en su campo visual pero él tenía la vista fija al frente.

—¿Pasa algo?

Entonces me miró, pero no pude adivinar lo que estaba pensando.

—¿Blake?

Él pestañeó, como regresando al presente y apartando a un lado los pensamientos que bullían en su mente.

—No, todo va bien. De hecho, más que bien.

—¿Con quién hablabas por teléfono?

Se frotó la frente con gesto distraído.

—Con mi abogado. Quería informarme de que los cargos han sido retirados. De modo que la vista ha sido suspendida.

Yo arqueé las cejas.

—¿Así, sin más?

Él se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Por qué ha retirado Max los cargos contra ti? No creo que te odie menos de lo que te odiaba hace una semana.

—No los ha retirado él. El fiscal los ha desestimado. Mi abogado cree que

quizá se deba a la naturaleza de la situación, dado que Max está acusado de agresión sexual. No obstante, piensa que he tenido suerte. En cualquier caso, me alegro.

Yo suspiré de alivio.

—Es fantástico.

Pensé de inmediato en el persistente recordatorio de que tenía que acudir a la comisaría para prestar declaración. Los cargos contra Blake habían sido mi motivación para hacerlo.

—Supongo que sigues pensando en ir a hablar con la policía.

Blake debió de observar la duda en mis ojos y se acercó a mí. Me quedé quieta, paralizada al contemplar su cuerpo perfectamente esculpido. Se detuvo frente mí y deslizó las palmas de las manos sobre mis brazos. Yo me estremecí al sentir sus manos frías sobre mi piel.

—Debes hacerlo —dijo con tono quedo.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que pasar por ese trago? —Las lágrimas afloraron a mis ojos. Sentí un nudo de aprensión en la boca del estómago.

—Tú misma has dicho que no has superado del todo el trauma. Me tienes a mí. Siempre me tendrás. Estoy aquí para amarte en todos los aspectos en que necesitas que te ame. Dios sabe que no puedo evitar amarte. Pero el hecho de habérmelo contado a mí, de habérselo contado a Alli... No basta. Debes ser fuerte y afrontar lo que te sucedió. Entonces y ahora. Cada vez que pienso en lo que te hizo Max..., en lo que pudo haberte hecho..., me hierve la sangre. Pero no puedo hacer esto por ti. Es tu oportunidad de resolver el problema de una vez por todas, y solo tú puedes hacerlo.

Yo cerré los ojos.

—No puedo. Hay algo que... No quiero derrumbarme delante de un extraño. Reconocer lo estúpida que fui..., lo vulnerable que él hizo que me sintiera. Todo lo mundo lo vio. —La voz se me quebró al pronunciar las últimas palabras.

Blake trató de tranquilizarme y me estrechó contra sí. Me apoyé en él y dejé que las lágrimas rodaran por mis mejillas.

—No fuiste una estúpida. Él hizo que te sintieras vulnerable, pero no tienes por qué sentirte así ahora. Eres fuerte. —Me abrazó con fuerza—. Puedes hacerlo.

La agente Bates me condujo desde su mesa hasta una pequeña habitación privada. Aparentaba la edad de mi madre y era una mujer corpulenta. Llevaba el pelo recogido en una coleta, de la que habían escapado unos rizos cortos que enmarcaban su curtido rostro.

Las patas de las sillas chirriaron contra el suelo de hormigón y nos sentamos a una mesa, cara a cara. Me retorcí los dedos, nerviosa, cuando ella abrió una carpeta y examinó unos papeles que contenía. El corazón me retumbaba en el pecho mientras esperaba que empezara a hablar. El escaso almuerzo que había tomado me había sentado fatal. Las frases de ánimo que me había repetido una y otra vez quedaban sofocadas por la voz en mi mente que me recordaba sin cesar las pocas ganas que tenía de hacer aquello.

Lo que Max había hecho era el detonador que amenazaba con remover el pasado que yo quería que permaneciera enterrado en él. Eso formaba parte del proceso de superarlo. Pero yo no conocía a esa mujer. Era una extraña para mí, cuyo aspecto era tan duro y frío como la habitación que compartíamos, y yo no quería mostrarme vulnerable ante ella ni ante nadie.

Después de examinar los papeles alzó la vista y me miró brevemente.

—¿Se siente bien?

Me centré de nuevo en su rostro. Respiraba de forma trabajosa. Me humedecí los labios.

—Sí, estoy bien. Un poco nerviosa.

Ella sacó un papel y apoyó el bolígrafo en él.

—No se ponga nerviosa. Lo único que tiene que hacer es contarme lo que sucedió tal como lo recuerda. Yo lo escribiré en este papel. Cuando haya terminado su relato se lo leeré. Y si todo es correcto, lo firmará y habremos terminado.

Yo me apresuré a asentir. La frialdad que había percibido en ella era un invento de mi imaginación. En un segundo se había convertido en una persona distinta, alguien que quizá no me juzgaría como yo temía que hicieran ella y el resto del mundo.

—De acuerdo —dije por fin.

—Cuénteme lo que sucedió la noche en que fue agredida.

Cerré los ojos y dejé que mi mente retrocediera a esa noche.

Por espacio de media hora relaté a la agente Bates los acontecimientos de la velada. Desde el rato que había estado charlando con los invitados, pasando por mi conversación con Michael, hasta cuando había accedido a la propuesta de Max de que habláramos en privado. Le conté cuanto podía recordar hasta que todo se sumió en la oscuridad. Durante la última semana, había recordado algunos fragmentos de la velada. Habría preferido no recordarlos, pero toda información contribuía a pintar un cuadro más completo de lo sucedido. El resto había sido presenciado por Blake y otras personas. Mientras la agente anotaba los últimos datos de mi relato, lamenté que otra persona me hubiera visto tan indefensa.

—¿Desea añadir algo más?

Centré mi atención de nuevo en ella y negué con la cabeza, angustiada por lo poco que recordaba de esa noche. Tal como me había prometido, la agente me leyó lo que había escrito en el papel. Yo lo firmé con mano temblorosa.

No temblaba debido a los nervios, sino a una inmensa sensación de alivio. Todo había terminado. Por fin. La agente me informó de que se pondrían en contacto conmigo si necesitaban algo más y me condujo fuera de la habitación.

Cuando me marché, el bloque de hormigón que se había instalado en mi estómago desapareció. Todo había terminado, literalmente. Ignoraba si el hecho de haber acudido a la policía contribuiría a que se hiciera justicia con Max, pero empezaba a significar algo más para mí. Había hecho algo que no había tenido ocasión de hacer antes. Había superado mis temores e inseguridades lo suficiente como para contar mi historia. Quería creer que constituía un importante paso hacia mi sanación.

Eché a andar entre las hileras de mesas y me dirigí hacia los ascensores. Al cabo de un momento oí una voz masculina a mi espalda. Al volverme vi a Daniel acompañado por otro hombre al que reconocí como uno de los detectives con los que había hablado.

—Señorita Hathaway. ¿Se acuerda de mí? Soy el detective Carmody.

La mano me temblaba un poco, pero él no me ofreció la suya. Mostraba un talante despreocupado, casi demasiado despreocupado en comparación con la atención con que me observaba. Yo traté de asumir una expresión impassible.

—¿Qué la trae por aquí? —me preguntó el detective.

Miré a Daniel. La contrariedad que reflejaba su semblante hizo que se me encogiera el corazón.

—Un asunto privado —murmuré.

—Ya. Bien, señor Fitzgerald, gracias por el tiempo que me ha dedicado. Les dejaré solos. —El detective se volvió de nuevo hacia mí y alzó levemente el mentón—. Estaremos en contacto.

La puerta del ascensor se abrió y entramos juntos. Yo me situé al fondo, apoyando las manos en la fría barandilla metálica.

—No esperaba verte aquí. —La expresión de Daniel no revelaba nada.

Mierda. ¿Y si pensaba que había ido a hablar con alguien sobre el caso sin resolver del suicidio de Mark?

Empecé a balbucir, sin saber qué responder.

—No tiene nada que ver con Mark.

Él alzó la vista para observar los números que descendían sobre la puerta del ascensor.

—En tal caso supongo que está relacionado con Max Pope.

Lo miré estúpidamente, arrugando el ceño.

—Sí. Pero ¿cómo lo sabes?

Él me miró a los ojos.

—Dirijo un bufete de abogados, ¿recuerdas? ¿A quién crees que llamó en primer lugar?

Lo miré boquiabierto. Me sobresalté al oír la campanilla del ascensor anunciando que habíamos llegado a la planta baja. Él salió del ascensor, yo solté la barandilla a la que me había aferrado como si fuera un salvavidas y salí tras él. Atravesamos la pesada puerta de la comisaría y nos detuvimos en la acera. Él sacó una cajetilla de tabaco y extrajo un cigarrillo. Yo arrugué la nariz.

—Deberías dejar de fumar.

Él me miró irritado y dio una calada al cigarrillo.

—¿En serio? Me arriesgo a perder una carrera en la que he invertido millones de mi propio dinero ¿y me dices que debo dejar el tabaco? No me fastidies.

Yo retrocedí un paso, colocándome a la defensiva. Su ira, por efímera que fuera, aún conseguía intimidarme.

—¿Por qué has venido a la comisaría? —pregunté, suponiendo que los motivos que lo habían llevado allí estaban relacionados con su malhumor.

—Porque alguien ha estado filtrando información a la policía.

Me quedé helada. Eso no auguraba nada bueno.

—¿Qué clase de información?

—Alguien les ha filtrado que eres mi hija. Lo han hecho a sabiendas de que esto va a perjudicar mi campaña. Mamones. —Daniel torció el gesto y exhaló una bocanada de humo.

Eso explicaba por qué Carmody me había mirado de esa forma, como si supiera un secreto. Era evidente que lo sabía.

—¿No lo has negado?

Él se rió.

—¿De qué serviría? Está claro que lo eres, y si existiera alguna duda una simple prueba de ADN lo confirmaría. Basta con que los dos nos bebiéramos una taza de café en su oficina y tendrían la prueba.

—¿Quién puede haberles filtrado ese dato?

Daniel meneó la cabeza al tiempo que en sus labios se dibujaba una amarga sonrisa.

—Quizá pienses que estoy loco, pero tengo a tu prometido en la cabeza de esa lista. A menos que quieras empezar a decirme qué otras personas lo saben, porque te aseguro que yo no lo he difundido a los cuatro vientos.

Sentí un nudo en el estómago cuando empecé a repasar mentalmente la lista. Ahora lo sabían Sid, Alli, Marie... y quizá también Heath. Pero ninguno tenía ninguna razón para beneficiarse si esa información pasaba a ser del dominio público.

Blake tenía sus razones para revelar el secreto de Daniel, pero ¿lo haría? ¿Incluso después de que yo le hiciera prometerme que no lo haría? Puede que el hecho de averiguar que Daniel me había golpeado fuera motivo suficiente para anular esa promesa. En el contexto de nuestra nueva situación, quizá la promesa que me había hecho no significara nada para Blake si pensaba que me beneficiaba revelándolo. Con todo, era adoptar una postura muy extrema. Las repercusiones de revelar esa información serían muy perjudiciales para Daniel, pero yo no creía que Blake quisiera que me salpicaran a mí también. Él no me haría eso. ¿O sí?

—Daniel, Blake sabe que soy tu hija, sí, pero no creo que fuera capaz de revelar esa información. Me aseguró que no te haría eso. —Confíe en que Daniel no percibiera la duda en mi voz, porque ante todo deseaba que Blake y yo no corriéramos ningún riesgo. Tiempo atrás había vivido atemorizada por las amenazas de muerte de Daniel.

Él se rió de nuevo, dando una larga calada al cigarrillo.

—Me lo prometió —insistí.

—Yo prometo a Margo diez cosas al día. Le gusta oírme decir las aunque

no siempre cumplo lo prometido. Disculpa que no me tome muy en serio las promesas de tu hacker. Así me paga el haberlo sacado de un aprieto.

Yo arrugué el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién crees que consiguió que retiraran los cargos contra él?

—¿Fuiste tú? —Yo dudé al tiempo que asimilaba la noticia—. ¿Cómo?

Él me miró de refilón con gesto casi de aburrimiento.

—No debería sorprenderte de que haya unos cuantos fiscales que me deben favores. No fue demasiado complicado pedir a alguien que mirara para el otro lado en el caso de una persona que había defendido una agresión sexual. Aunque ha dejado a Max hecho unos zorros.

—¿De modo que sabes lo que ocurrió?

Él asintió; su expresión permanecía impasible, aunque algo más tensa.

—Pero si Max acude a tu bufete, ¿no vas a defenderlo?

Daniel torció el gesto.

—Joder, por supuesto que no. ¿Por quién me tomas?

Lo miré asombrada, quizá demasiado en respuesta a su pregunta. ¿Quién era realmente Daniel? Tan pronto lograba conmoverme como amenazaba con eliminar al hombre al que yo amaba. Nunca podía estar segura de qué tipo de hombre era.

Él soltó un bufido.

—Aunque no me apetece que el mundo lo sepa, lo cierto es que eres mi hija. Y ese tipo te drogó y trató de violarte. Seguramente iré al infierno, pero no soy un desalmado. Bastante sufrimiento me causa tener que vivir con lo que hizo Mark. Puede que no acate siempre las reglas, pero no voy a ayudar a Max a irse de rositas.

Los pensamientos se agolpaban en mi mente mientras trataba de asimilar esa nueva información. Yo jamás habría contado a Daniel lo de la agresión, pero una pequeña parte de mí se alegraba de que lo supiera, sobre todo si ello significaba privar a Max de la protección de uno de los gabinetes jurídicos más prestigiosos de la ciudad.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté bajito.

—Tengo que hablar con mi equipo de relaciones públicas sobre el control de daños. Supongo que es cuestión de días para que la noticia acapare los titulares de la prensa.

Me observó un momento.

—Si estás segura de que Blake no filtró esta información, dile que me

ayude al menos a averiguar quién lo hizo. —Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón—. Porque quiero hablar con esa persona.

Yo estaba convencida de que se proponía hacer algo más que hablar.

Saludé con un breve «hola» a Cady, que levantó la vista de su mesa junto al despacho de Blake. Ese día su pelo presentaba un intenso color rosa.

—Ya puedes pasar —dijo indicando la puerta, aunque huelga decir que yo estaba decidida a hacerlo tanto si Blake quería como si no.

—Gracias —contesté, y entré.

Blake se giró en su silla cuando cerré la puerta a mi espalda.

Me miró sonriendo y mi corazón se derritió un poco. Habían pasado muchas cosas desde que lo había visto hacía unas horas, y a nadie tenía tantas ganas de ver como a él.

Me acerqué y se levantó para saludarme. Me abrazó y me besó en la frente. Yo me apoyé en él, aliviada de estar en sus brazos, aunque mi sensación de alivio durara poco cuando empezáramos a hablar. Él me tomó del mentón y me obligó a levantar la cara. Me miró arrugando el ceño.

—Estás disgustada.

Suspiré, exhalando al mismo tiempo la sensación de alivio.

—Hoy he visto a Daniel. Fui a la comisaría para prestar declaración y me lo encontré allí. Había estado hablando con los mismos detectives que me entrevistaron el mes pasado.

—¿Te dijo algo?

Blake me condujo hacia el sofá situado al otro lado de la habitación. Se sentó a mi lado, exigiendo con su gesto preocupado que se lo contara todo. Yo estaba dispuesta a contarle la verdad, pero no sabía si estaba totalmente preparada para oírla. Iba a cederle más control del que jamás había tenido, pero no estaba autorizado a revelar esa información, por más que odiara a Daniel.

—La policía sabe que Daniel es mi padre. Alguien les filtró la información. ¿Se lo dijiste tú? Si lo hiciste, te ruego que seas sincero conmigo.

El gesto preocupado de Blake se hizo más acentuado.

—No.

Lo miré a los ojos, estudiando su expresión en busca de algún signo que indicara que mentía.

Él torció levemente el gesto.

—¿Te he mentido alguna vez, Erica?

—No —reconocí al fin, reclinándome contra el suave cuero del sofá. De golpe comprendí que me habría resultado más fácil aceptar que lo había hecho Blake que tratar de desentrañar el enigma. Era un milagro que pudiera conciliar el sueño por las noches teniendo en cuenta la cantidad de personas que estaban empeñadas en destruirnos a uno de los dos.

—¿Ha vuelto a amenazarte Daniel? —me preguntó.

—No, gracias a Dios. Pero tú eres su principal sospechoso. Como es natural, le aseguré que jamás harías semejante cosa, pero no se toma muy en serio las promesas que me haces. Está cabreado, y no ve la hora de encararse con la persona que filtró esta información a la policía. Dice que si no has sido tú, debes averiguar quién ha sido.

—¿Y si ha sido una filtración anónima? ¿Cómo diablos voy a descubrir al autor? Dile a Daniel que se vaya a hacer puñetas y que lo averigüe él mismo.

—Blake. —Lo miré enojada.

—¿Qué?

—Esto es serio. La policía lo sabe, y estoy segura de que querrán volver a interrogarme dentro de poco.

—Debiste contarles la verdad en su momento. Ahora tienes que mantener la mentira y arriesgarte a que te acusen de obstrucción de la justicia.

—No quería ver a Daniel entre rejas.

Blake soltó una palabrota y me miró con expresión tensa.

—A veces me sacas de quicio, Erica. Ese hombre te golpeó y amenazó con matarme. Dios sabe qué otras barbaridades ha podido cometer que justificarían que pasara el resto de su vida en el trullo.

—Es mi padre, Blake. Lamento no tener una familia perfecta como la tuya. Mi madre ha muerto y mi padrastro ha rehecho su vida sin mí. Por desgracia, Daniel es el único padre que tengo. Preferiría no vivir el resto de mi vida sabiendo que yo le había enviado a la cárcel por matar al hombre que había estado a punto de destruir mi vida.

Blake se pasó la mano por el pelo, un gesto que siempre delataba su creciente frustración, por lo general contra mí.

—Y ahora ¿qué?

Suspiré.

—No lo sé. Antes, yo era simplemente una chica con la que Mark se había enrollado la noche en que murió. Ahora soy oficialmente su hermanastra y la hija ilegítima de un hombre poderoso cuya campaña, en la que ha invertido

millones de dólares, está a punto de irse al garete. Como es lógico, el descubrimiento causará un gran revuelo. La policía no tardará en volver a interrogarme.

—¿Estás segura de que dijiste a la policía que Mark había tratado de ligar contigo esa noche?

—Aunque no se lo hubiera dicho, en las fotos se ve claramente. Tienen una serie de fotos en las que aparecemos bailando. Él... susurrándome al oído. — Al recordarlo me estremecí y sentí que se me ponía la piel de gallina.

Blake guardó silencio unos momentos.

—¿Por qué hay tantas fotos de vosotros esa noche? Había centenares de personas presentes en ese evento, y no recuerdo haber visto a un montón de reporteros. Tú estabas espectacular, desde luego. No puedo negar que habrías atraído la atención de cualquiera esa noche. Pero ¿no te parece raro?

Yo estaba de acuerdo con él, pero no se me ocurría otra respuesta que tuviera sentido. La verdad es que no pensé en la desafortunada existencia de esas fotos cuando los detectives acudieron al apartamento el mes pasado para hacerme unas preguntas sobre Mark. Estaba demasiado nerviosa tratando de proteger a Daniel y de expresarme con naturalidad. Pero no dejaba de ser una suerte disponer de tantas fotos de un hombre que estaba a punto de morir, ¿no? De todas las personas presentes, el quién es quién de la ciudad, que alguien se fijara precisamente en nosotros, en mí...

De golpe me acordé.

—Madre mía —exclamé llevándome la mano a la boca.

—¿Qué?

Sentí náuseas y pensé que iba a vomitar.

—Mierda —murmuré, sacudiendo la cabeza sin dar crédito.

—Erica, háblame —insistió Blake, apartándome la mano de la boca y sosteniéndola en la suya.

—Richard. —Alcé la vista y lo miré—. Richard iba a cubrir el evento esa noche junto con un reportero gráfico. Y sabía que yo asistiría. Recuerdo que Marie le dijo que me buscara.

Blake y yo cruzamos una mirada cargada de significado.

—¿Qué más le ha contado Marie?

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin el aliento cotidiano de mis fans. Cada uno de vuestros mensajes y comentarios me llena de felicidad hasta un extremo que no imagináis. Poder escribir sabiendo que esperáis impacientes la siguiente entrega creada por mi imaginación me produce una satisfacción indescriptible.

Mi gratitud especial a mis betas y miembros de mi increíble equipo dedicado a promocionar mi libro por vuestro inquebrantable apoyo y paciencia. Team Wild constituye una fuerza que hay que tener en cuenta. ¡Os quiero con locura, señoras!

Muchas gracias a todas las personas que me prometieron que era posible escribir este libro a pesar de la estresante fecha de entrega, la increíble presión y todos los obstáculos que la vida puso en mi camino durante esa época, que fueron muchos más de los que yo había previsto. Gracias también a mi madre, que me recordaba que tenía que dormir, tomarme de vez en cuando un respiro y no perder de vista el panorama global. Aunque desoí la mayoría de esos consejos y seguí adelante contra viento y marea, gracias por recordarme que soy humana y no una *superwoman*.

Quiero dar también las gracias a mis amigos autores por su apoyo y sus palabras de ánimo. No sé cómo habría sobrevivido sin las frecuentes visitas y citas virtuales para tomarnos un whisky con mi sexi amiga del alma, Mia Michelle. Asimismo, gracias Jack, por ayudarme a superar ciertos momentos duros.

Como siempre, estoy profundamente agradecida a mi editora, Helen Hardt, por hacer que se produzcan milagros a última hora. Mis libros no nacen oficialmente en el mundo hasta que ella les echa sus polvos mágicos de edición. ¡Gracias a Amy y a Jon por el tiempo que dedicasteis a leer las galeradas!

Gracias también a Remi por presentarme a las estrellas y arrojar luz sobre algunos elementos de ese capítulo de la historia de Blake y Erica que de otro modo quizá no habría descubierto.

Por último pero no menos importante, gracias a mis colaboradores por ocuparse de mis asuntos mientras yo desaparecía durante días seguidos en el mundo de Blake y Erica. Mi gratitud especial a Kurt, cuya ayuda a la hora de rediseñar las cubiertas de la serie me ahorró un montón de tiempo y estrés. ¡Tienes la paciencia de un santo!



Redes sociales



<http://www.facebook.com/Sellotitania>



http://www.twitter.com/ediciones_urano



<http://www.edicionesurano.tv>

Presencia internacional



→ **Ediciones Urano Argentina**

Distribución papel: <http://www.delfuturolibros.com.ar>

Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital: <http://www.amabook.com.ar>

Contacto: info@edicionesurano.com.ar

→ **Ediciones Urano Chile**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranochile.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.cl>
Contacto: infoweb@edicionesurano.cl

→ **Ediciones Urano Colombia**

Distribución papel: <http://www.edicionesurano colombia.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.co>
Contacto: infoco@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano España**

Distribución papel: <http://www.disbook.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.es>
Contacto: infoes@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano México**

Distribución papel: <http://www.edicionesurano mexico.com>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.mx>
Contacto: infome@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano Perú**

Distribución papel: <http://www.distribucionesmediterraneo.com.pe>
Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>
Librería digital: <http://www.amabook.com.pe>
Contacto: infope@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano Uruguay**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranouruguay.com>

Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital: <http://www.amabook.com.uy>

Contacto: infour@edicionesurano.com

→ **Ediciones Urano Venezuela**

Distribución papel: <http://www.edicionesuranovenezuela.com/>

Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital: <http://www.amabook.com.ve>

Contacto: infoes@edicionesurano.com

→ **Urano Publishing USA**

Distribución papel: <http://www.spanishpublishers.net>

Distribución digital: <http://www.digitalbooks.pro/>

Librería digital: <http://www.amabook.us>

Contacto: infousa@edicionesurano.com

ECOSISTEMA DIGITAL

www.edicionesurano.com

NUESTRO PUNTO
DE ENCUENTRO

2 AMABOOK

Disfruta de tu rincón de lectura
y accede a todas nuestras **novedades**
en modo compra.

www.amabook.com

3 SUSCRIBOOKS

El límite lo pones tú,
lectura sin freno,
en modo suscripción.

www.suscribooks.com



DISFRUTA DE 1 MES
DE LECTURA GRATIS

1 REDES SOCIALES:

Ampio abanico
de redes para que
participes activamente.

4 QUIERO LEER

Una App que te
permitirá leer e
**interactuar con
otros lectores.**

 | iOS

